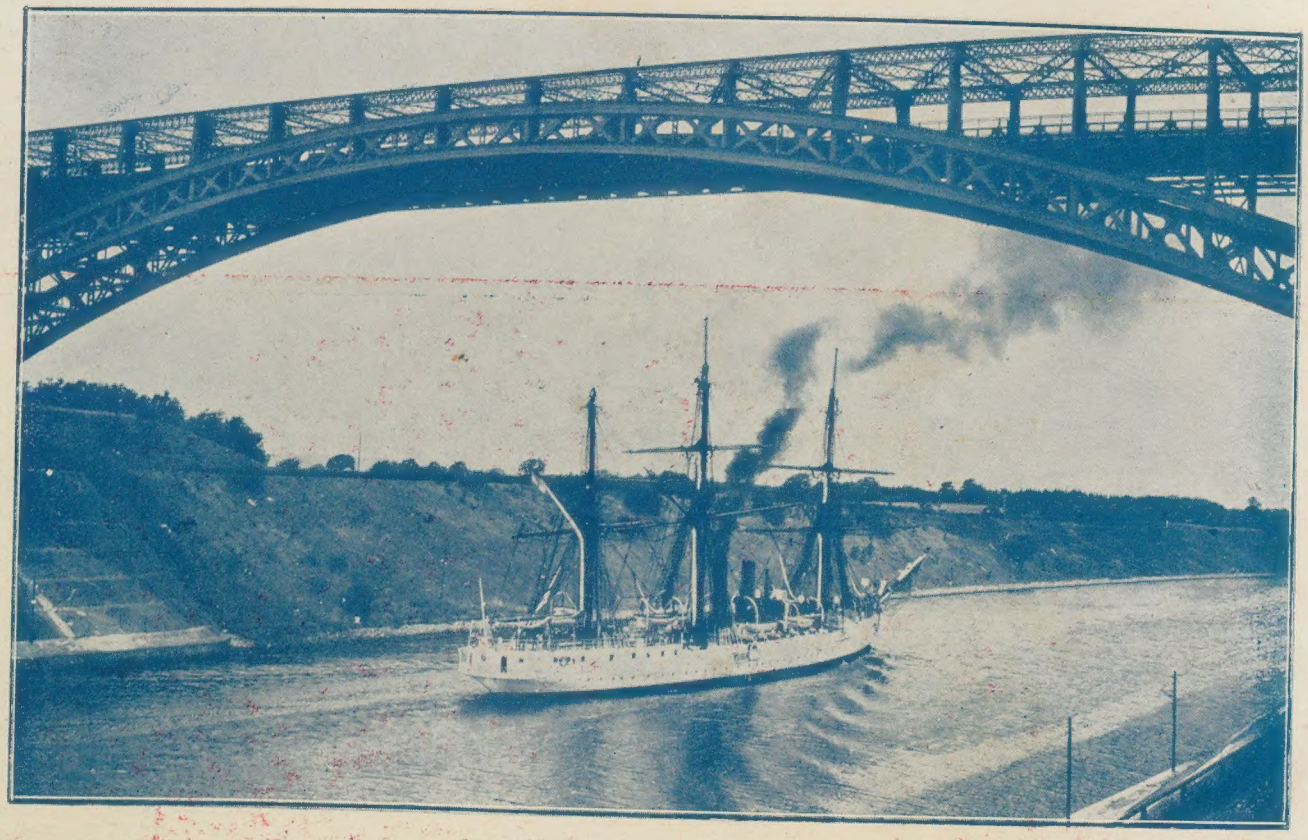
Fray Mocho

Nº. 908

Z
13135
18,902 (1929)

Del viaje de la fragata "SARMIENTO"

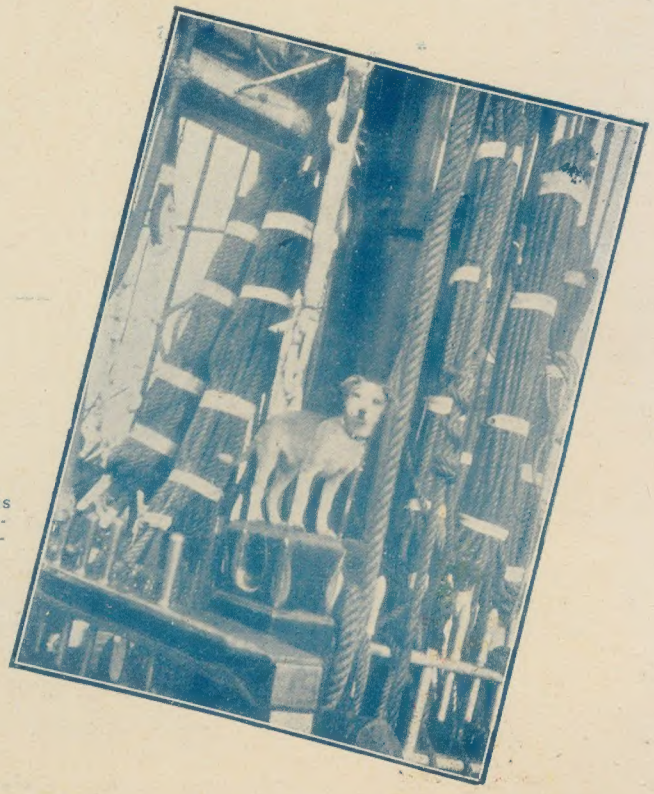


Nuestro buque-escuela navegando por el canal de Kiel (Alemania)

Poco antes de zarpar del puerto de San Sebastián (España), numerosas familias concurrieron a bordo, con objeto de despedir a los marinos argentinos.

Componentes de la "troupe" artística de la Sarmiento que, en la soledad del mar interpretó con acierto una obra de Vaccarezza

Los guardiamarinas argentinos retirándose de la Escuela Naval alemana situada en Flensburg, después de asistir a un banquete de camaradería con que fueron invitados por sus colegas



"Velacho", el más travieso de los tripulantes de la fragata Sarmiento.

Fundado el 3 de Mayo de 1912

Fray Mocho

Dirección, Redacción y Administración CERRITO 607

Año XVIII — Buenos Aires, noviembre de 1929 — No. 908

SUMARIO

PAGINAS

LAS PIEDRAS EN EL POZO, por C. Cabral .. 4 y 5
ESPAÑA Y LA CONFERENCIA DEL DESARME NAVAL .. 6
SONETOS INEDITOS DE DON MARCELINO MENENDEZ PELAYO .. 7
EL RUBI, por Rubén Darío .. 8 y 9
KARMA, poesía por R. del Valle Inclán .. 10
EL NUEVO GABINETE ITALIANO CONFIRMA LA GRANDIOSA VITALIDAD DEL REGIMEN FASCISTA .. 11
LA PRIMERA LAGRIMA, por Mono Sabio .. 12 y 13
DIPTICO, por Eduardo Marquina .. 14 y 15
CESAR FRANCK, poesía por Enrique Ruiz de la Serna .. 16
LA NAVE DE LAS ANIMAS, por Mateo Mille .. 17
EL TIO DE AMERICA por Mauricio Dengreaux .. 19
SOL, ARTISTA DE VERDAD, por Dionisio R. Napal .. 20
SOR JUANA INES DE LA CRUZ, por Juan López Núñez .. 22
EL TRIUNFO DEL DOCTOR JULIO PRESTES DE ALBUQUERQUE, PARA LA PRESIDENCIA DEL BRASIL, PUEDE CONSIDERARSE ASEGURADO .. 24
LA CONMEMORACION DE LOS DIFUNTOS, poesía por José Martínez Jerez .. 25
CUNA ABANDONADA, poesía por L. M. Cavestany .. 26 y 27
AYER, HOY, MAÑANA, por E. Gómez de Baquero .. 28 y 29
LA NOCHE DE DIFUNTOS .. 30
EL AMOR Y EL DINERO, por Gregorio Marañón .. 31
EL SECRETO DE CARLOS, por Andrés González Blanco .. 32
EL CUMPLIMIENTO DEL DEBER, por Arturo Dourlac .. 33
EN EL CEMENTERIO, por R. B. Girón .. 48
POLIN, por María Enriqueta .. 48
LA AGONIA DE DON JUAN, poesía por José Pavía R. Jaen .. 49
EL HOMBRE QUE BUSCABA LA DICHA, por E. Correa Calderón .. 50
LA SUERTE, por A. Hernández Catá .. 51
EL ULTIMO AMOR DE DON JUAN, por J. Ortíz de Pinedo .. 52
FRASES POPULARES, por Lope Barrón .. 52

PAGINAS

PLEGARIA, poesía por Santos Aguilera .. 53
TRIPTICO, poesía por Félix B. Visillac .. 53
CAPERUCITA ENCARNADA .. 54 y 55
VERGÜENZA, por Sebastián Gomila .. 56
SORPRESAS DEL SERVICIO, por Enrique Alió .. 56
EL ULTIMO AMOR DE BALZAC, por Juan López Núñez .. 57
FABULAS Y APOLOGOS .. 58
LA CONQUISTA, por René Pujol .. 59
CRONICA MUNDIAL .. 60 y 61
EL CHAL DE SEDA ROJA, por Mauricio Leblanc .. 62 y 63
EL TESORO ESCONDIDO, por Miguel Martos .. 64 y 65
VELADAS DEL FOGON. — COMO MURIO LA VETERANA, por L. F. Churruarín .. 66 y 67
EL PUNTO DE PARTIDA, por Raúl Viterbo .. 67
LA PAGINA MEDICA .. 68
EL PRECIO DE UNA ESPOSA EN DISTINTAS EPOCAS Y PAISES, por Marjorie Mears .. 69
EL TRIUNFO DE LA ORATORIA, por Oreste Ciattino .. 70
LOS HUEVOS DE ÑA GEROMITA, por Cleofé Pereyra de Goicoa .. 71
LOS CHACALES Y EL ELEFANTE, por León Tolstoy .. 71
LOS GRANDES SECRETOS DE LA NATURALEZA .. 72
EL PRESO COMPLACIENTE, por R. B .. 72
UN PUEBLO SIN GOBERNANTES, LEYES, NI RELIGION .. 73
LA BOMBA, por Rodolfo Bringer .. 73
MI RETRUQUE, versos gauchos por Guillermo Cuadri .. 74
CANSANCIO, versos gauchos, por Rafael J. Abellá .. 74
LAS SEIS ESPOSAS DE UN REY .. 75
ENTRETENIMIENTOS .. 76
LAS MUJERES EN EL MUNDO DE LA DELINCUENCIA, por Edwin T. Woodhall .. 77
LUZ INTERIOR, por Santiago Rusiñol .. 77
PAPEL Y TINTA .. 78

INFORMACIONES GRAFICAS — NOTAS DE ACTUALIDAD — VIDA SOCIAL — Etc. etc.

Ibero-Amerikanisches Institut Berlin Preußischer Kulturbesitz

PERSONAJES

SOR MARIA DE LOS ANGELES. — SOR CLARA. — UNA MUJER DESCONOCIDA

Departamento del torno en una Casa de Maternidad. Una cama a la derecha; una silla, un caballete, con un lienzo que pinta Sor María para entretener sus guardias. En la pared del fondo, sobre el torno, una ventana con reja. A la izquierda hay una puerta: da a un salón espacioso y aireado. Los niños pequeñuelos de la Casa juegan en él, en las horas de sol, se esponjan en la luz y parecen un bando de gorriones.

SOR MARIA DE LOS ANGELES copia una Virgen. La casa está silenciosa; la noche es húmeda. La luz del Departamento envuelve a Sor María en suavidades. En la puerta preséntase Sor Clara, y Sor María deja de pintar...

SOR MARIA. — Y ¿por qué ha venido usted? Yo hubiera hecho la guardia toda la noche...

SOR CLARA. — Porque tengo el deber de estar aquí... No puedo quedarme arriba... Mostrar predilección por algún niño, sería hacer más dolorosa la orfandad de los demás.

SOR MARIA. — Pero ¿qué dijo el doctor...?

SOR CLARA. — ¡Qué es cuestión de media hora...! ¡No hay remedio...! ¡Pobre Monín de mi alma...! En cuanto me sintió junto a su cuna, volvió su cabecita, clavóme los ojitos, hizo un esfuerzo para sonreir... ¡Me dieron unas ganas de llorar, que no se... no se... no se...!

SOR MARIA. — ¡La quiere a usted muchísimo...!

SOR CLARA. — ¡Sí, muchísimo...!

(Sigue un silencio angustioso. Sor María recoge sus pinceles y guarda sus pinturas).

SOR MARIA. — ¡Quede usted con Dios, hermana...!

SOR CLARA. — ¿Va usted arriba?

SOR MARIA. — Sí.

SOR CLARA. — ¿A verla...?

SOR MARIA. — Sí.

SOR CLARA. — ¡Vaya usted con Dios, hermana...!

(Sor Clara empieza su rezo, lento, susurrante, humilde. Después, se oye en la calle, al pie del torno, el llanto de una criatura y la voz de una mujer desconocida).

LA MUJER. — Vamos, ¿es hambre...? Sí, verdad que es hambre...? ¡Tiene hambre la pobrecita de mi alma...! ¡Vamos, vamos, no llores, ven acá...! ¡No llore por eso mi corazón...! ¡No llore por eso...!

(Sor Clara oye el chupeteo apresurado y goloso de la criatura. La mujer desconocida se ha sentado en el suelo, y deja caer su voz llena de mimos y lágrimas para repetir interminablemente): ¡No llore por eso mi corazón...!

SOR CLARA. — (Adivinando una gran pena). ¿Hermana...? (La mujer no responde y ella insiste): ¿Hermana...?

LA MUJER. — ¿Quién es...?

SOR CLARA. — Soy yo... La monja del torno... ¿Qué le sucede a usted...? ¿Qué tiene el niño...?

LA MUJER. — ¡Es una niña, hermanita...! ¡Tiene hambre...! ¡Las dos tenemos hambre...! ¡Ya ve usted que parece que traga el angelito, y apenas hay en mi seno una gota de leche...!

(La mujer desconocida ha empezado a sollozar).

SOR CLARA. — ¿Y la trae usted al torno...?

LA MUJER. — ¿Y qué he de hacer, hermanita....? ¿Hemos de morirnos juntas? Y no es la primera, no, que ya casi está una acostumbrada... Hace tres años he traído otra... ¡Se me parte el corazón cuando lo digo... ¡Darlas una a luz con tanto dolor, cuidarlas una con tanto amor, mirarse una en sus ojos, no tener una más alegría que esa, y luego... luego.... (Los sollozos la interrumpen un instante). ¡Y esta que se parece toda a mí...!

SOR CLARA. — ¿Y la otra...?

LA MUJER. — ¡También a mí...!

SOR CLARA. — Pero Dios no falta nunca... Aquí también queremos mucho a los niños, pobrecitos...

LA MUJER. — ¡No es igual...!

SOR CLARA. — Puede que no... ¡Mas a veces... yo no sé...! ¡En este mismo momento se está muriendo una niña que me quiere a mí lo mismo que si fuera su verdadera madre...!

LA MUJER. — ¿Y usted a ella...?

SOR CLARA. — ¡También como si fuera su verdadera madre...!

LA MUJER. — ¿Cuántos años tiene?

SOR CLARA. — Tres.

LA MUJER. — ¡Dios mío...!

SOR CLARA. — ¿Qué le pasa a usted...?

LA MUJER. — ¡No quiero ni pensarlo, hermanita...! ¡No quiero ni pensarlo...!

SOR CLARA. —¡Hija mía, en esta casa hay cerca de cien niños de esa edad...!

LA MUJER. — ¡Sí, sí, tiene usted razón...! (Y después de un suspiro que parece cortar su pensamiento): ¡Como quien tira piedras en un pozo...!

SOR CLARA. — ¡Y es un encanto Monín...! ¡Aquí todas la llamamos Monín...! Todavía ayer me pidió la medicina. Se la dí, la bebió, y díjome luego: — ¡Mil de gracias...! —¡Un encanto...!

LA MUJER. — ¡Angelito de mi vida...!

SOR CLARA. — Ayer también... porque cuando ella comenzó a agravarse fué ayer al oscurecer... me levanté de su vera y preguntóme: —¿Te vas...? —Sí. —¿Y vuelves...? —Sí. Y ella: —¿Ensinguirita, ensinguirita...?— ¡Yo no sé quien le enseñó todo lo que sabe...!

LA MUJER. — ¡Si la vuelven a una loca...!

(Vuelve el silencio, torvo y opresor. La niña parece harta porque ha dejado de chupotear y ha cerrado los ojitos. La mujer la besa mucho, la aprieta mucho, llora amargamente. Luego la vuelve a besar... Aún colocada en el torno la continúa besando... Después hace un esfuerzo y dice así): —¡Bueno, hermanita...!

SOR CLARA. — ¿Ya...?

LA MUJER. — ¡Figúrese usted...!

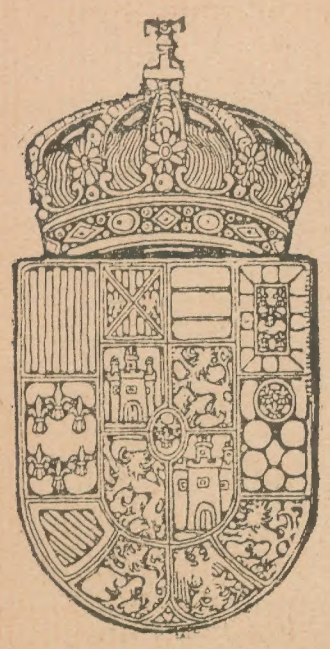
(Se le oyen medias palabras que le cortan los sollozos. El torno gira. Cuando llega la niña ante Sor Clara, ésta la acoge en silencio. La mujer desconocida se despide): —¡Adiós, hermanita...! ¡Que me la quiera usted como a Monín, y Dios se lo pagará...!

SOR CLARA. — ¡Hermanita, que Dios la acompañe...!

(La mujer se aleja, sollozando aún. Sor Clara arregla las ropas de la niña y la pone debajo de la luz... ¡Sor Clara ahoga un grito de terror, porque aquellos ojos verdes son los mismos de Monín...! Y coloca a la niña sobre la cama, se sube a una silla, se asoma a la reja... En la calle ya no hay nadie, mas Sor Clara repite muchas veces): —¡Hermana...! ¡Hermana...! ¡Hermana...!

(La mujer desconocida se ha alejado... Arriba en la enfermería ha comenzado un rezo congojoso que entra en el departamento hecho rumor... Acaba de pasar la media hora señalada por el médico. La niña de la mujer desconocida llora dolorosamente. Sor Clara la recoge entre sus brazos, la acaricia, la pasea, quiere cantarle, y llora este cantar: —¡Pobrecitos los niños que no tienen madre...!

C. C A B A L



España y la conferencia del desarme naval

El general Primo de Rivera, prefiere a la política de exhibiciòn, la política de discreción y de prudencia

El viaje del jefe de gabinete británico, señor Macdonald, a los Estados Unidos, con el propósito de convenir con el presidente, Mr. Hoover, todo lo concerniente a la limitación y reducción de los armamentos navales como un medio de asegurar la paz universal, ha producido entre algunos círculos españoles una serie de injustificadas suspicacias, entendiendo que el episodio de que se trata es suficientemente significativo, como para que el gobierno de la Península intervenga, reclamando un lugar, en la próxima conferencia naval a realizarse en enero próximo. — Argúyese, con este motivo, que, aparte de que la no concurrencia de España a la conferencia naval de Wáshington de 1921 la ha colocado en inferioridad de condiciones respecto de las primeras potencias europeas, el acuerdo Hoover - Macdonald tendrá la virtud de dejar establecido en forma incuestionable la preponderancia naval anglo - sajona, si antes no se opone la unión y la armonía entre los pueblos europeos y americanos no anglosajones, creando lazos estrechos entre las naciones grecolatinas, inclusive España y aquellas de la misma raza del continente americano. Y, a mayor abundamiento, agrégase, que habiendo desde 1921 crecido y desarrollado considerablemente su escuadra, como lo demuestran las actuales maniobras que se realizan, es menester que España reclame un lugar en la conferencia de enero, al lado de las cinco primeras potencias marítimas, ya que la cuestión del desarme plnnteado, afecta profundamente los intereses españoles, por cuanto el aludido país, no tiene la marina militar ni comercial que correspondería a la extensión de sus costas, ni a los grandes intereses que España posee en ultramar.

Estas opiniones, que con el propósito de combatir la política exterior del general Primo de Rivera se han hecho circular profusamente en España por los políticos desplazados, del antiguo régimen. entre ellos el ex ministro Pérez Caballero que en tal sentido ha publicado un artículo en el "A. B. C." de Madrid, ha dado odigen a que el gobierno de la Península explique su situación al respecto, y que haciéndolo, haya logrado, por medio de un breve comunicado dejar perfectamente establecida la posición de España frente a los acontecimientos mencionados. Dicha aclaración, cuyos principales párrafos vale la pena de transcribir, ha causado gran satisfacción en todos los círculos de la Península, entendiéndose que con ella el general Primo de Rivera no sólo ha demostrado no ignorar los acontecimientos políticos que se desarrollan alrededor de su gobierno, sino que ha demostrado una vez más su gran clarividencia de estadista y la elevada concepción que tiene respecto al rol que corresponde a España en los actuales momentos, entre los que, la cuestión de los armamentos navales no constituye ni con mucho un asunto de tan fundamental importancia que obligue a descuidar otros importantísimos problemas de gobierno.

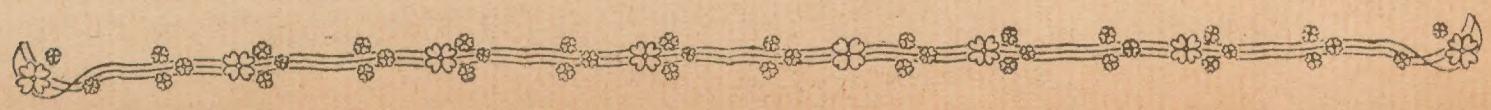
En este concepto, afirma el general Primo de Rivera, que el gobierno no juzga oportuno gestionar un puesto en la conferencia que tratará del desarme y de la reducción de armamentos, porque prefiere, a la política de exhibición, la política discreta y de prudencia. Que mientras menos asuntos le preocupen y le afecten, mayor eficacia se podrá esperar de la vitalidad del gobierno, no diluida sino condensada, y bien enfocada sobre objetivos esenciales de la vida exterior del país, sin desatender los internos, de cuya robustes emanará la verdadera vitalidad.

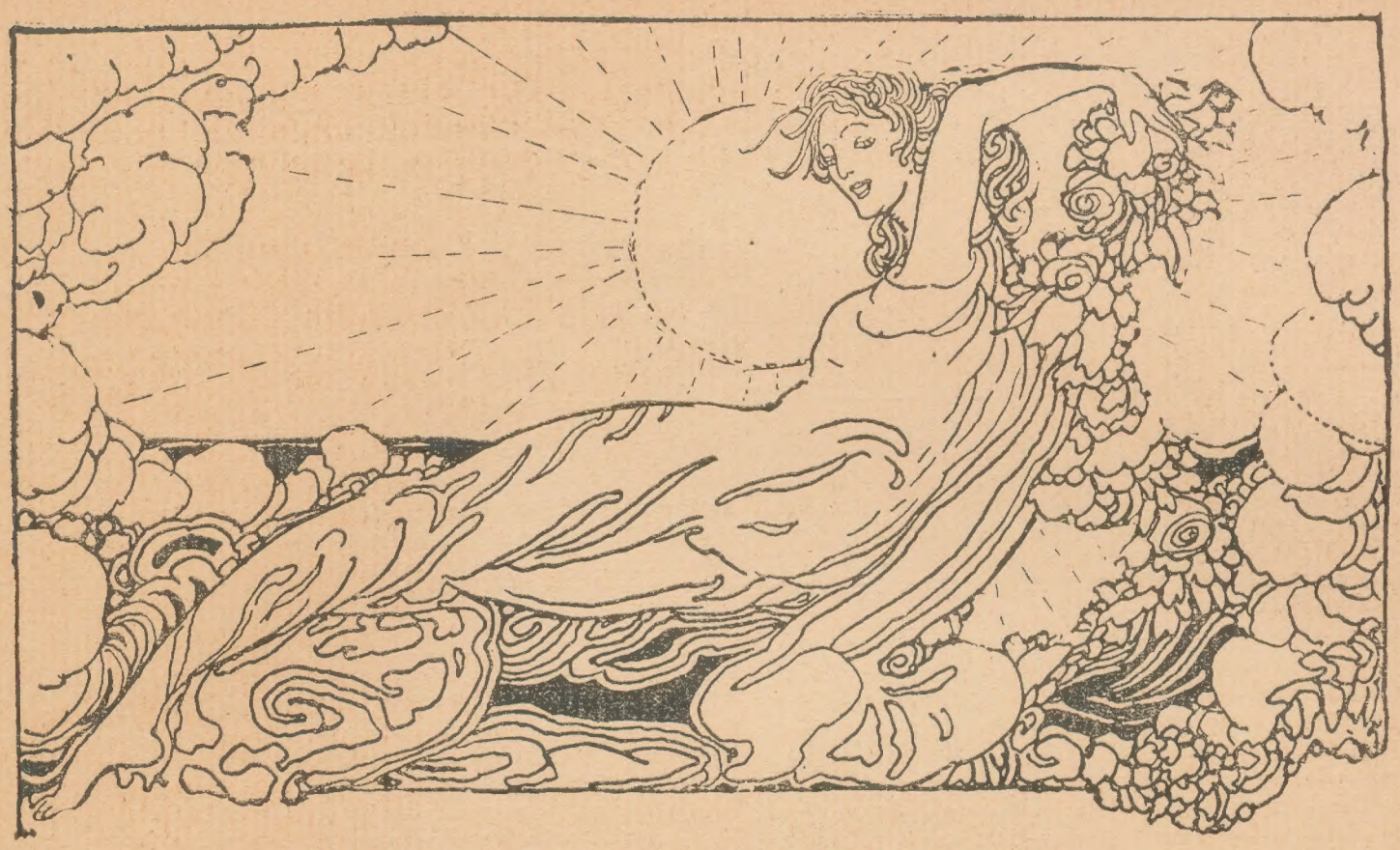
"Libre de preocupaciones y fuera del ambiente de suspicacias — agrega el general Primo de Rivera — la situación internacional de España es actualmente afortunada. Todos la estiman, y no despierta recelos de nadie. La inhibición de España en la conferencia, no es descuido ni desaliento, sino ponderación y altivez españolas, de no acudir a donde no se la llama; y como prefiere demostrar el movimiento andando, por ello es que realiza actualmente maniobras navales, que ponen a prueba la eficacia del mando material, no con el propósito de causar impresión, sino a fin de que el país sepa que el esfuerzo económico que hace para mantener la escuadra, no se pierde con indolencia ni se debilita por desconfianzas en la propia fuerza."

¿Puede pedirse una declaración más rotunda,, más eficaz y más razonable también que ésta, con la que el general Primo de Rivera plantea la situación de España frente a los acontecimientos internacionales de Europa? ¿Podría ser acaso más significativo y más práctico que un delegado español perorara en una convención de naciones sobre el poderío y la importancia naval de su país, que demostrar ese poderío e importancia prácticamente, como lo está haciendo el gobierno por medio de las maniobras navales?

El movimiento, dice el eminente jefe de gobierno español, se demuestra andando. Y así es, en efecto. ¿De qué mejor manera imponerse a la consideración de las potencias que olvidaron a España, que mediante una demostración real de sus efectivos navales? ¿Acaso las maniobras les pasarán desapercibidas? ¿Acaso una reclamación teórica del gobierno sería más productiva, que esta demostración, ante propios y extraños de la enorme vitalidad que ha recobrado el pueblo español, gracias al esfuerzo y al trabajo del ilustre jefe de un gobierno cada día más prestigioso y popular?

Convengamos entonces, que una vez más, el general Primo de Rivera ha demostrado ser un político moderno, sin suspicacias ni dobleces propios de una diplomacia anacrónica, y que dejando de lado las teorizaciones y las reclamaciones inconducentes, ha preferido dedicarse a lo suyo, a lo que interesa al país, y a lo que corresponde a la vitalidad de un pueblo, que no vive ya de la rememoración de sus glorias pasadas sino que, mediante un presente lisongero y francamente auspicioso, trabaja real y prácticamente, por un porvenir que el tiempo se encargará de demostrarlo tan grande, como la mente del general estadista que lo concibió y realizó.





Sonetos Inéditos

DE DON MARCELINO MENENDEZ y PELAYO

Soneto cuarto. A J. M.

Interea, dum fata sinunt, jungamus amores (Tibull.)

Cual suele por las puertas del Oriente,
Al roso despuntar de la mañana,
Desplegando su manto de oro y grana,
Mostrar la Aurora su risueña frente,
Y retratarse en límpida corriente,
Que murmurando entre las flores mana,
El rostro de la Ninfa soberana,
Guiando su carroza refulgente
Así brillaste tú, dulce Delia,
Ante mi vista, oh Dios! un solo instante,
Y yo pensé encontrar, ángel de amores,
Tu voz en el suspiro de la brisa,
En la faz de la Aurora tu semblante
Tu aliento en el perfume de las flores

M. Menéndez Pelayo

Santander, 22 de Agosto de 1874.

El Rubí

—¡Ah! ¡Conque es cierto! ¡Conque ese sabio parisiense ha logrado sacar del fondo de sus retortas, de sus matraces, la púrpura cristalina de que están incrustados los muros de mi palacio! Y al decir esto, el pequeño gnomo iba y venía, de un lugar a otro, a cortos saltos, por la honda cueva que le servía de morada, y hacía temblar su larga barba y el cascabel de su gorro azul y puntiagudo.

En efecto, un amigo del centenario Chevreul — cuasi Althotas — el químico Fremy, acababa de descubrir la manera de hacer rubíes y zafiros.

Agitado, conmovido, el gnomo — que era sabidor y de genio harto vivaz — seguía monologando.

—¡Ah, sabios de la Edad Media! ¡Ah, Alberto el Grande, Averroes, Raimundo Lulio! Vosotros no pudisteis ver brillar el gran sol de la piedra filosofal, y he aquí que sin estudiar las fórmulas aristotélicas, sin saber cábala y nigromancia, llega un hombre del siglo décimonono a formar a la luz del día lo que nosotros fabricamos en nuestros subterráneos! ¡Pues el conjuro! Fusión por veinte días de una mezcla de sílice y de aluminato de plomo; coloración con bicromato de potasa y con óxido de cobalto. Palabras, en verdad, que parecen lengua diabólica.

Risa.

Luego se detuvo. .

* * *

El cuerpo del delito estaba allí, en el centro de la gruta, sobre una gran roca de oro; un pequeño rubí, redondo, un tanto reluciente, como un grano de granada al sol

El gnomo tocó un cuerno, el que llevaba a su cintura, y el eco resonó por las vastas concavidades. Al rato, un bullicio, un tropel, una algazara. Todos los gnomos habían llegado.

Era la cueva ancha y había en ella una claridad extraña y blanca. Era la claridad de los carbunclos que en el techo de piedra centelleaban, incrustados, hundidos, apiñados, en focos múltiples; una dulce luz lo iluminaba todo.

A aquellos resplandores podía verse la maravillosa mansión en todo su esplendor. En los muros, sobre pedazos de plata y oro, entre venas de lipaslázuli, formaban caprichosos dibujos, como los arabescos de una mezquita, gran mu-

¡Puck se había entrometido en el asunto, el pícaro Puck!. .

chedumbre de piedras preciosas. Los diamantes, blancos y limpios como gotas de agua, emergían los iris de sus cristalizaciones; cerca de calcedonias colgantes en estalactitas las esmeraldas esparcían sus resplandores verdes, y los zafiros, en amontonamientos raros, en ramilletes que pendían del cuarzo, semejaban grandes flores azules y temblorosas.

Los topacios dorados, las amatistas, circundaban en franjas el recinto; y en el pavimento, cuajado de ópalos, sobre la pulida crisofasia y el ágata, brotaba de trecho en trecho un hilo de agua, que caía con una dulzura musical, a gotas armónicas, como las de una flauta metálica soplada muy levemente.

¡Puck se había entrometido en el asunto, el pícaro Puck! El había llevado el cuerpo del delito, el rubí falsificado, el que estaba ahí, sobre la roca de oro, como una profanación, entre el centelleo de todo aquel encanto.

Cuando los gnomos estuvieron juntos, unos con sus martillos y cortas hachas en las manos, otros de gala, con caperuzas flamantes y encarnadas,, llenas de pedrería, todos curiosos, Puck dijo así:

—Me habéis pedido que os trajese una muestra de la nueva falsificación humana, y he satisfecho esos deseos.

Los gnomos, sentados a la turca, se tiraban de los bigotes; daban las gracias a Puck con una pausada inclinación de cabeza, y los más cercanos a él examinaban con gesto de asombro las lindas alas, semejantes a las de un hipsipilo.

Continuó:

—¡Oh, Tierra! ¡Oh, Mujer! Desde el tiempo en que veía a Titania no he sido sino un esclavo de la una, un adorador casi místico de la otra.

Y luego, como si hablase en el placer de un sueño:

—¡Esos rubíes! En la gran ciudad de París, volando invisible, los vi por todas partes. Brillaban en los collares de las cortesanas, en las condecoraciones exóticas de los rastacueros, en los anillos de los príncipes italianos y en los brazaletes de las primadonas.

Y con pícara sonrisa siempre:

—Yo me colé hasta cierto gabinete rosado, muy en boga... Había una hermosa mujer dormida. Del cuello le arranqué el medallón y del medallón el rubí. Ahí lo tenéis.

Todos soltaron la carcajada. ¡Qué cascabeleo!

—¡Eh, amigo Puck!

¡Y dieron su opinión después acerca de aquella piedra falsa, obra de hombre o de sabio, que es peor!

—¡Vidrio!

—¡Maleficio!

—¡Ponzoña y cábala!

—¡Química!

—¡Pretender imitar un fragmento del iris!

—¡El tesoro rubicundo de lo hondo del globo!

—¡Hecho de rayos del poniente solidificados!

El gnomo más viejo, andando con sus piernas torcidas, su gran barba nevada, su aspecto patriarca, su cara llena de arrugas:

—¡Señores! — dijo — ¡no sabéis lo que habláis!

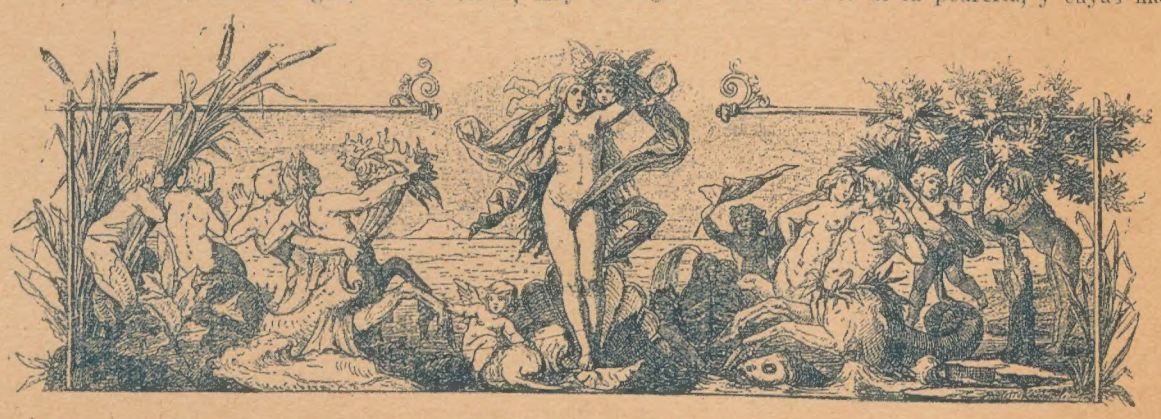
Todos escucharon.

—Yo, yo que soy el más viejo de vosotros, puesto que apenas sirvo ya para martillar las facetas de los diamantes; yo, que he visto formarse estos hondos alcázares; que he cincelado los huesos de la tierra, que he amasado el oro, que he dado un día un puñetazo a un muro de piedra y caí a un lago, donde violé a una ninfa; yo, el viejo, os referiré de cómo se hizo el rubí.

Oíd.

* * *

Puck sonreía curioso. Todos los gnomos rodearon al anciano, cuyas canas palidecían a los resplandores de la pedrería, y cuyas ma-



Brazos, espaldas, senos desnudos, azucenas, rosas, panecillos de marfil coronados de cerezas; ecos de risas áureas, festivas; y allá entre las espumas, entre las linfas rotas, bajo las verdes ramas... —¿Ninfas? — No; mujeres.

nos extendían su movible sombra en los muros, cubiertos de piedras preciosas, como un lienzo lleno de miel donde se arrojasen granos de arroz.

—Un día, nosotros, los escuadrones que tenemos a nuestro cargo las minas de diamantes, tuvimos una huelga que conmovió toda la tierra, salimos en fuga por los cráteres de los volcanes.

Un día yo martillaba un trozo de diamante inmenso, que brillaba como un astro y que al golpe de mi maza se hacía pedazos.

El pavimento de mi taller se asemejaba a los restos de un sol hecho trizas. La mujer amaba descansaba a un lado, rosa de carne entre maceteros de zafir, emperatriz de oro, en un lecho de cristal de roca, toda desnuda y espléndidos en un día; la tierra abría sus grietas de granito como los labios con sed, esperando el brillante despedazamiento del rico cristal. Al fin de la faena, cansado, dí un martillazo que rompió una roca y me dormí.

Desperté al rato al oir algo como un gemido.

De su lecho, de su mansión, más luminosa y rica que las de entrañas terrestres, pasó por allí, encontró aquella muchedumbre de diamantes rojos.

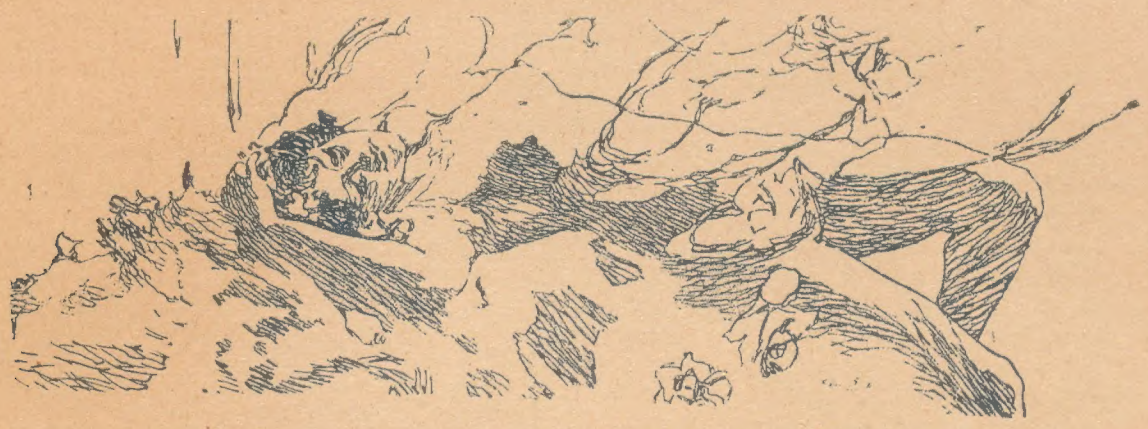
* * *

Pausa.

—¿Habéis comprendido?

Los gnomos, muy graves, se levantaron.

Examinaron más de cerca la



¡Ay!, y queriendo huir por el agujero abierto por mi maza de granito, desnuda y bella, destrozó su cuerpo, blanco y suave como de azahar y mármol y rosa, en los filos de los diamantes rotos...

El mundo estaba alegre; todo era vigor y juventud; y las rosas, y las hojas verdes y frescas, y los pájaros en cuyos buches entra el grano y brota el gorjeo, y el campo todo, saludaban al sol y a la primavera fragante.

Estaba el monte armónico y florido, lleno de trinos y de abejas; era una grande y santa nupcia la que celebraba la luz, y en el árbol la savia ardía profundamente, y en el animal todo era estremecimiento, o balido, o cántico, y en el gnomo había risa y placer.

Yo había salido por un cráter apagado. Ante mis ojos había un campo extenso. De un salto me puse sobre un gran árbol, una encina añeja. Luego bajé al tronco, y me hallé cerca de un arroyo, un río pequeño y claro, donde las aguas charlaban diciéndose bromas cristalinas. Yo tenía sed. Quise beber ahí... Ahora, oíd mejor.

Brazos, espaldas, senos desnudos, azucenas, rosas, panecillos de marfil coronados de cerezas; ecos de risas áureas, festivas; y allá entre las espumas, entre las linfas rotas, bajo las verdes ramas...

—¿Ninfas?

—No; mujeres.

* * *

—Yo sabía cuál era mi gruta. Con dar un golpe en el suelo, abría la arena negra y llegaba a mi dominio. ¡Vosotros, pobrecillos gnomos jóvenes, tenéis mucho que aprender!

Bajo los retoños de unos helechos nuevos, me escurrí sobre unas piedras, delavadas por la corriente espumosa y parlante; y a ella, a la hermosa, a la mujer, la así de la cintura, con este brazo antes tan musculoso; gritó, golpeó el suelo; descendimos. Arriba quedó el asombro, abajo el gnomo soberbio y vencedor.
da como una diosa.

Pero en el fondo de mis dominios, mi reina mi querida, mi bella, me engañaba. Cuando el hombre ama de veras, su pasión lo penetra todo y es capaz de traspasar la tierra.

Ella amaba a un hombre y desde su prisión le enviaba sus suspiros. Estos pasaban los poros de la corteza terrestre y llegaban a él; y él, amándola también, besaba las rosas de cierto jardín; y ella, la

Y en ronda, uno por aquí, otro por allá, fueron a arrancar de los muros pedazos de arabescos, rubíes, grandes como una naranja, rotos y chispeantes como un diamante hecho sangre y decían:...

enamorada, tenía — yo lo notaba — convulsiones súbitas en que estiraba sus labios rosados y frescos como pétalos de centifolia. ¿Cómo ambos así sentían? Con ser quien soy, no lo sé.

* * *

Había acabado yo mi trabajo: un gran montón de diamantes hechos en un día; la tierra abría sus grietas de granito como los labios con sed, esperando el brillante despedazamiento del rico cristal. Al fin de la faena, cansado, dí un martillazo que rompió una roca y me dormí.

Desperté al rato al oir algo como un gemido.

De su lecho, de su mansión, más luminosa y rica que las de todas las reinas de Oriente, había volado, fugitiva, desesperada, la amada mía, la mujer robada. ¡Ay!, y queriendo huir por el agujero abierto por mi maza de granito, desnuda y bella, destrozó su cuerpo, blanco y suave como de azahar y mármol y rosa, en los filos de los diamantes rotos. Heridos sus costados, chorreaba la sangre; los quejidos eran conmovedores hasta las lágrimas. ¡Oh, dolor!

Yo desperté, la tomé en mis brazos, la dí mis besos más ardientes; más la sangre corría, inundando el recinto, y la gran masa diamantina se teñía de grana. Me pareció que sentía, al darla un beso, un perfume salido de aquella boca encendida: el alma; el cuerpo quedó inerte.

Cuando el gran patriarca nuestro, el centenario semidiós de las piedra falsa, hechura del sabio.

—¡Mirad, no tiene facetas!

—¡Brilla pálidamente!

—¡Impostura!

—¡Es redonda como la coraza de un escarabajo!

Y en ronda, uno por aquí, otro por allá, fueron a arrancar de los muros pedazos de arabesco, rubíes, grandes como una naranja, rojos y chispenates como un diamante hecho sangre, y decían:

—He aquí lo nuestro, ¡oh madre Tierra!

Aquello era una orgía de brillo y de color.

Y lanzaban al aire las gigantescas piedras luminosas y reían.

De pronto, con toda la dignidad de un gnomo:

—¡Y bien, el desprecio!

Se comprendieron todos. Tomaron el rubí falso, lo despedazaron y arrojaron los fragmentos—con desdén terrible — a un hoyo que abajo daba a antiquisíma selva carbonizada.

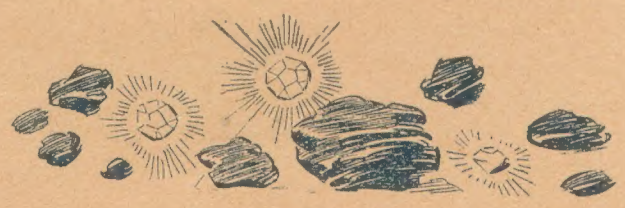
Después, sobre sus rubíes, sobre sus ópalos, entre aquellas paredes resplandecintes, empezaron a bailar, asidos de las manos, una farándola loca y sonora.

Y celebraban con risas el verse grandes en la sombra.

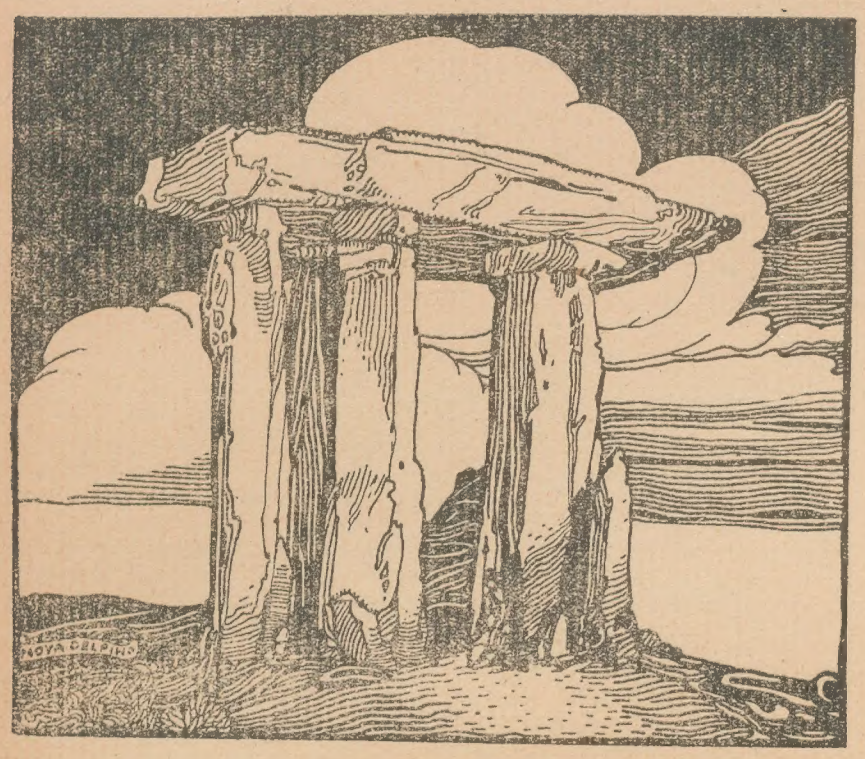
* * *

Ya Puck volaba afuera, en el abejeo del alba recién nacida, camino de una pradera en flor. Y murmuraba — ¡siempre con su sonrisa sonrosada! —: "¡Tierra!... ¡Mujer!..."

Porque tú, ¡oh madre Tierra!, eres grande, fecunda, de seno inextinguible y sacro; y de tu vientre moreno brota la savia de los troncos robustos, y el oro, y el agua diamantina, y la casta flor de lis. ¡Lo puro, lo fuerte, lo infalsificable! ¡Y tú, mujer, eres espíritu y carne, toda amor!



RUBEN DARIO



KARMA

QUIERO UNA CASA EDIFICAR
Como el sentido de mi vida,
Quiero en piedra mi alma dejar
Erigida.

Quiero labrar mi eremitorio
En medio de un huerto latino,
Latin horaciano y grimorio
Bizantino.

Quiero mi honesta varonía
Transmitir al hijo y al nieto,
Renovar en la vara mía
El respeto.

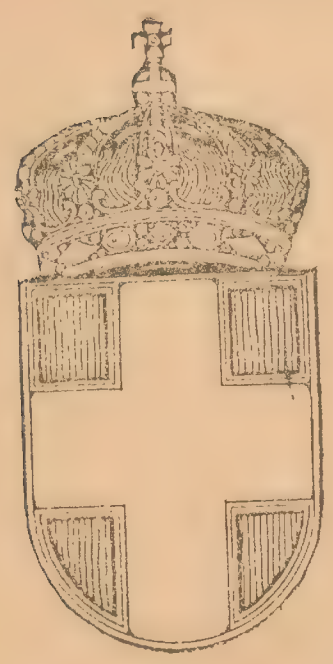
Mi casa, como una pirámide,
Ha de ser templo funerario,
El rumor que mueve mi clámide
Es de Terciario.

Quiero hacer mi casa aldeana
Con una solana al Oriente,
Y meditar en la solana
Devotamente.

Quiero hacer una casa estóica
Murada de piedra de Barbanza,
La Casa de Séneca, heróica
De templanza.

Y sea labrada de piedra,
La Casa-Karma de mi clán,
Y un día decore la yedra
Sobre el Dólmen de

VALLE-INCLÁN



El nuevo gabinete italiano confirma la grandiosa vitalidad del regimen fascista.

Benito Mussolini, el revolucionario que crea y no destruye

La entrega de siete carteras ministeriales a siete ministros jóvenes y entusiastas que fué interpretada por muchos como una debilitación del régimen fascista, obligado en virtud de quien sabe que acontecimientos a promover una reforma de sus métodos gubernamentales, ha servido por el contrario para demostrar palpablemente la vitalidad profunda del gobierno italiano que dirige Benito Mussolini, y para demostrar también, cómo la genial concepción del nuevo régimen lejos de constituir una secta aferrada a moldes preestablecidos e intangibles, el fascismo es un método de gobierno moderno, cuyo organismo necesita periódicamente un ajuste, que lo coloque, según lo exijan los acontecimientos, en condiciones de subvenir a las exigencias y a las necesidades colectivas del pueblo.

Partido eminentemente revolucionario por los nuevos ideales que persigue, el fascismo y su esforzado jefe, realizaron un experimento sin fórmulas ni antecedentes que le hubieran permitido aprovechar la experiencia; pero producida la revolución, a la inversa de los bolcheviques, el fascismo no se dedicó a destruir la forma orgánica del Estado tal como la encontró, sino a modificar lentamente el estado de cosas que existía, para construir sobre ellos, no sobre sus ruinas, el nuevo organismo que no solamente consiste en ocupar los puestos del Estado, sino en dirigir todas las fuerzas vivas y productivas de la nación.

No es extraño, entonces, que periódicamente, el fascismo produzca transformaciones en su organización interna para el mejor y más eficaz logro de su elevada idealidad nacional. Antes que nada, ello demuestra su enorme vitalidad y poderío, ya que un régimen que es capaz de renovar sus métodos y sus hombres, sin sufrir lo más mínimo en el fondo de sus principios ni en la raíz de su doctrina, es un régimen palpablemente preparado para la vida, que trata de crear, en la gerarquía del Estado, una organización lo más simétrica y menos complicada posible, que responda fácilmente a la fiscalización de parte de los que lo dirigen.

La entrega, pues, de las siete carteras ministeriales a los siete ministros que actualmente comparten las responsabilidades del gobierno con Benito Mussolini, tiende precisamente a este objeto. Jóvenes en su mayor parte, entusiastas, decididos, activos, compenetrados de los altos ideales que animan a su ilustre jefe; formados en la lucha y preparados para la tarea ya que hicieron su aprendizaje en la administración fascista, los colaboradores de Mussolini vienen a llenar una sentida necesidad de las circunstancias, para afrontar los árduos y complicados problemas nacionales que constituyen la verdadera fuerza motriz del estado.

No de otra manera, podría consebirse un gabinete encargado del afianzamiento de una transformación política e institucional que compredió a su hora a cerca de diez millones de hombres y mujeres de las clases productoras. Surgidos del seno mismo de esas clases, no puede caber la más mínima duda de que sabrán salir airosos, de las responsabilidades que han contraído. "El gobierno, ha dicho Mussolini, no toleraría debilidad, vacilaciones, retrasos y flojezas de parte de los ministros. Exijo que la máquina del estado funcione eficientemente y cuando inspeccione sus partes componentes y encuentre alguna obstrucción, una falta de la lubrificante en el aparato y poco cuidado en la conservación, busco enseguida la causa de esa deficiencia y trato de remediarla".

Tal concepción del gobierno, hasta crear un sistema estable, eficiente y justo, no puede dar sinó óptimos resultados. La constante observación de los hechos y de las causas para hallarles el remedio que correspanda mediante el ajuste del organismo donde se encuentre que falle, diferencia fundamentalmente al fascismo de los demás métodos gubernamentales conocidos. Y si se tiene en cuenta de que los últimos siete años han sido casi exclusivamente de organización, bien puede enorgullecerse Italia de los resultados obtenidos por su actual régimen de gobierno, cuyos verdaderos frutos y cuyo saldo realmente beneficioso y grande, no han de tardar en aparecer ante el mundo en toda la magnitud de su genial concepción.

Frente al Estado democrático liberal, el fascismo, como ya lo hemos dicho, no constituye solamente un gobierno. Es también algo más grande y considerablemente más efectivo, porque penetra, como acaba de manifestarlo el señor Mussolini, en la verdadera fuerza dinámica del Estado, en sus fuerzas productoras, en sus potencialidades espirituales. De ahí, que el mero advenimiento al gobierno no haya sido más que un paso en la enorme y complicada obra a realizar, para lo cual se cuenta, al mismo tiempo que con la fe inquebrantable y el ardimiento patriótico del Duce, con la colaboración decidida, franca y leal de hombres talentosos, que como los nuevos ministros están a la altura de la gloriosa misión a ellos encomendada .

Más poderoso, más prestigioso que nunca, dueño el fascismo del alma de un pueblo que se ha impuesto en la historia secular rel mundo como uno de los más esforzados paladines del progreso y de la civilización, surge a una nueva etapa de su vida gloriosa, con un nuevo plantel de jóvenes talentosos y probos, bajo el patrocinio eminente del genial fundador y propulsor de la nueva Italia, hoy rediviva. Vale decir, en una palabra, que el triunfo definitivo del fascismo hállase asegurado de antemano y que la actual generación podrá legar a la siguiente, una patria que sea digna de destinos más grandes que los del pasado, superando cada día más sus ideales en la conquista augusta de un futuro brillantemente grandioso.

La primera lágrima

Por Mono Sabio

Dibujo de Rojas

ACABABA de poner a un pleno, el 31, su edad, la última ficha que le quedaba. Era un pálpito que le había salvado en muchas ocasiones de la ruina y aquella vez confió más que nunca en que esa suegra en forma de hada que preside la atolondrada carrera de la bolilla de la ruleta, tendría para el él un gesto protector, porque es sabido que las suegras ofrecen a veces rasgos conmovedores, digan lo que quieran los "Amigos de la Ciudad".

—No va más — mugió con voz de martillero a sueldo mínimo, el croupier.

Las manos, muchas de las cuales ostentaban detestables y voluminosos anillos, se retiraron rápidamente de los cuadros, dejando allí montones multicolores de fichas. Las caras asumieron un gesto de estúpida ansiedad, mientras los ojos perseguían ávidos el galope de la bolilla, como si se tratase de una ninfa vestida con el ligero traje de fantasía que usan para sus paseos por el bosque estas simpáticas coristas del teatro de la naturaleza.

En la brillante cazuela donde se estaba guisando el substancioso salpicón de la fortuna, la bolilla era como uno de esos raros pedazos de carne que en las casas de pensión barata despiertan la codicia de los comensales al verlos flotar como dispersas boyas en un desolado mar de caldo.

—¡Colorado! ¡El treinta!

Jeremías Gatto sintió como si le dieran un puntapié en el mismísimo píloro. ¡Cosa bárbara! ¡Por un número! Inmediatamente, la congoja le subió por el esófago como si fuera un ascensor de carga y al llegarle a la faringe, explotó haciéndole soltar una estentórea carcajada.

Algunos de los presentes creyeron que el hombre aquel, se había convertido en una especie de cabra hilarante, pero Justo Alegre, su íntimo que siempre lo acompañaba, rió también y todos quedaron tranquilos, creyendo que se trataba de una apuesta.

No era aquella la primera vez que Jeremías Gatto, contestaba con una risotada volteriana a una sentencia adversa del destino, en recurso de alzada. La suerte y la desgracia le encontraban siempre igual, fuerte, sereno, sanguíneo, con su cuello corto y sus narices largas, bien apretado el poderoso vientre por el saco cruzado y muy alto el pantalón para dejar a las canillas una ventilación razonable. Había sido siempre así. Cuando no era más que un modestísimo rorro, reía siempre, mientras las criaturas de su edad se desgañitaban con llantinas ruidosas. Rió cuando le bautizaron, cuando le salieron los dientes, cuando pedía el pecho y lo despedía. Y eso que suelen hacer los chiquillos en los pañales, lo hacía él de risa.

Sus padres llegaron algunas veces a asustarse de tanta jocundia y frecuentemente exclamaban no sin cierta pena: "Esto no es un hijo, es una pochade en tres actos".

Así creció este hombre extraordinario y así llegó a los treinta años. Sin embargo es justo advertir que Jeremías Gatto, no era lo que todos entendemos por un caradura. Su optimismo era superior y no le faltaba en el segundo piso izquierdo, esa sangrienta piltrafa de la que tanto abusan los poetas decimales (o sea los que hacen décimas), por la gran cantidad de consonantes que tiene.

El pobre Gatto no había derramado en su vida ni una lágrima; no sabía lo que era llorar. Sólo allá por sus veinticinco abriles se quedó una vez muy serio, sintió en sus ojos una humedad extraña y la piltrafa a la que aludimos antes ligeramente, se le agitó como un flan con mucho huevo. Fué un día en que sorprendió a la viuda de la pieza número 58, dándole a una especie de "vizconde rubio de los desafíos" el beso que infructuosamente le había pedido él para sí por espacio de todas las noches que tiene un mes de tamaño natural.

La vecina era una morocha muy simpática, no muy joven pero bastante fresca, como puede imaginarse cualquiera por el rasgo con que acabamos de fotografiarla de cuerpo entero.

Herminia, que así se llamaba, negó luego aquel irritante episodio y Gatto rió una vez más con una risa que significaba en buen criollo: **"Onni soit qui mal y pense"**.

Después de este contratiempo en su primera aventura amorosa, pensó que las mujeres tienen una admirable predisposición al ocultamiento de la verdad y desconfió de ellas a tal extremo que en cierta ocasión dejó sin cobrar un quinto de la Lotería Nacional, no obstante aparecer premiado en el extracto, temiendo que fuera falso, sólo por el hecho de habérselo vendido una señora de esas que no dejan tranquilos un instante a los que cometen la imprudencia de sentarse a tomar algo en las aceras de la Avenida de Mayo.

Con estas ideas acerca del sexo bello y muy poco dinero en los bolsillos, un hombre no puede ser feliz. Y sin embargo, Gatto lo era, al parecer, porque seguía riendo a carros.

Una tarde, caminaba distraídamente por la Avenida Alvear y al ver cerca de la rotonda de los jardines de Palermo la fúnebre silueta de una viuda bastante corpulenta, se aproximó a ella con cierto aire seductor de junco emotivo. Vista de lejos, aquella señora parecía una papa, pero de cerca eran como setenta y tantos kilos largos de ese tubérculo suculento.

La tarde otoñal tenía un vago encanto de cuento del tío. El sol se había vestido de púrpura auténtica, garantida, y en el cielo de un violeta anémico flotaban pequeñas nubes blancas que hacían soñar con ricas yemas de coco.

Gatto se acercó con sigiloso paso felino. Ya junto a la negra esfinge adoptó una gallarda postura de aviso de tienda y moduló delicadamente esta frase:

—Por una sonrisa suya sería yo capaz de arrancarle uno a uno los pelos de la cola al caballo de la estatua de Garibaldi.

Rió ella y rió él y sobre aquellas risas surgió un diálogo amable y risueño, aunque, a decir verdad impropio de una viuda inconsolable.

Sabido es que los diálogos risueños entre personas de distinto sexo, suelen ser de resultados fatales para el celibato y así ocurrió que al cabo de tres meses Jeremías Gatto pasaba a mejor vida, porque la que llevaba de soltero era un tanto mojótona.

La carga matrimonial la llevaba nuestro simpático Gatto, con una sorprendente desenvoltura, como si se tratase no más que de un canasto de empanadas calientes. Sus risas explotaban ahora con una frecuencia más abundante. Daba la impresión de un acaparador o de un cómico con una contrata de diez años.

No sabiendo cómo procurarse cavilaciones, se metió en política para experimentar la voluptuosidad del dolor de verse luego abandonado por sus correligionarios. Nada. La buena fortuna le soplaba a plenos pulmones y su partido le demostró una consecuencia tan constante, que dudó de que aquello realmente fuera un partido. Era, sin duda, un entero. Gatto hizo toda clase de disparates políticos, cometió innumerables errores, denostó a los dirigentes, despreció a las masas y llegó hasta a conspirar con un contrario. Todo inútil. El triunfo se le venía encima en forma inevitable.

No tuvo más remedio que seguir riendo y aquellas risas eran interpretadas por todos como la expresión superior de una absoluta confianza en sí, que es como una escalera real en el pocker de la política y un soberbio full de ases en el del amor. Sonó su nombre por todas partes, le rodearon los débiles y los necios, publicaron su retrato las revistas y hasta el mismo pontífice del partido un día le quitó de la solapa del saco una motita de tabaco con gesto cariñoso, en presencia de treinta candidatos a una cartera vacante.

Pero la felicidad dura menos que un atado de cigarrillos y aunque en su hogar se respiraba un ambiente de ventura y todas las apariencias eran favorables a la hipótesis de que allí había viuda para mucho tiempo, no ocurrió así. Aquellas seis y pico de arrobas de papa desaparecieron de repente del domicilio conyugal sin dejar rastro.

Fué una mañana de otoño, dulce y templada, como guitarra de concierto. El sol acariciaba las cosas con su habitual encanto y un airecillo coquetón discreteaba de un lado para otro agitando las hojas de los árboles que ya empezaban a amarillear semejando esos canarios que pueblan la inmensa jaula de la Caja de Conversión.

Repentinamente se siente despierto. Un clamor formidable resonaba en la calle. Al pronto le parecieron bofetadas. Después se dió cuenta de que eran aplausos.

—¡Viva Gatto, el Caballero de la Legión de Honor! — vociferaba la multitud.

Se restregó los ojos creyéndose aun en sueños. ¿Era aquello posible? ¿El, un pobre Gatto, que se reía hasta de la Sociedad de las Naciones, y de la empresa de Pompas Fúnebres, elegido Caballero de la Legión de Honor?

Se dió vuelta para consultar el caso con su señora. No estaba. La llamó inútitlmente. En esto, advierte sobre la mesita de luz la presencia de una carta y la abre con mano convulsa. La carta decía sin quitar ni poner una coma: "Uyo con el hombre que hadoro. Perdóname". Aunque la h se había corrido de lugar, se veía claramente que se trataba de una fuga. ¿Quién sería el hombre que ella adoraba?

Por segunda vez en su vida se quedó perplejo. Afuera arreciaban los aplausos y los vítores.

—¡Que salga! ¡Que salga!

Sintió una mezcla extraña de impresiones desconcertantes. Por un lado la fuga de su mujer. Por el otro el entusiasmo de aquellos hombres, aclamándolo Caballero de la Legión de Honor, precisamente cuando acababa de perderlo. Se encontraba sumido en un charco de confusiones.

En la casa reinaba un silencio de tumba. Saltó Gatto de la cama y caminó por las piezas como un sonánmbulo.

¡Nadie! Así llegó a la cocina. La mucama era una linda china, un bello ejemplar de esas morochas del norte, llenas de pasión. Se acercó a ella. Exhalaba un penetrante olor a sopa pavesa.

—¿Qué haces?

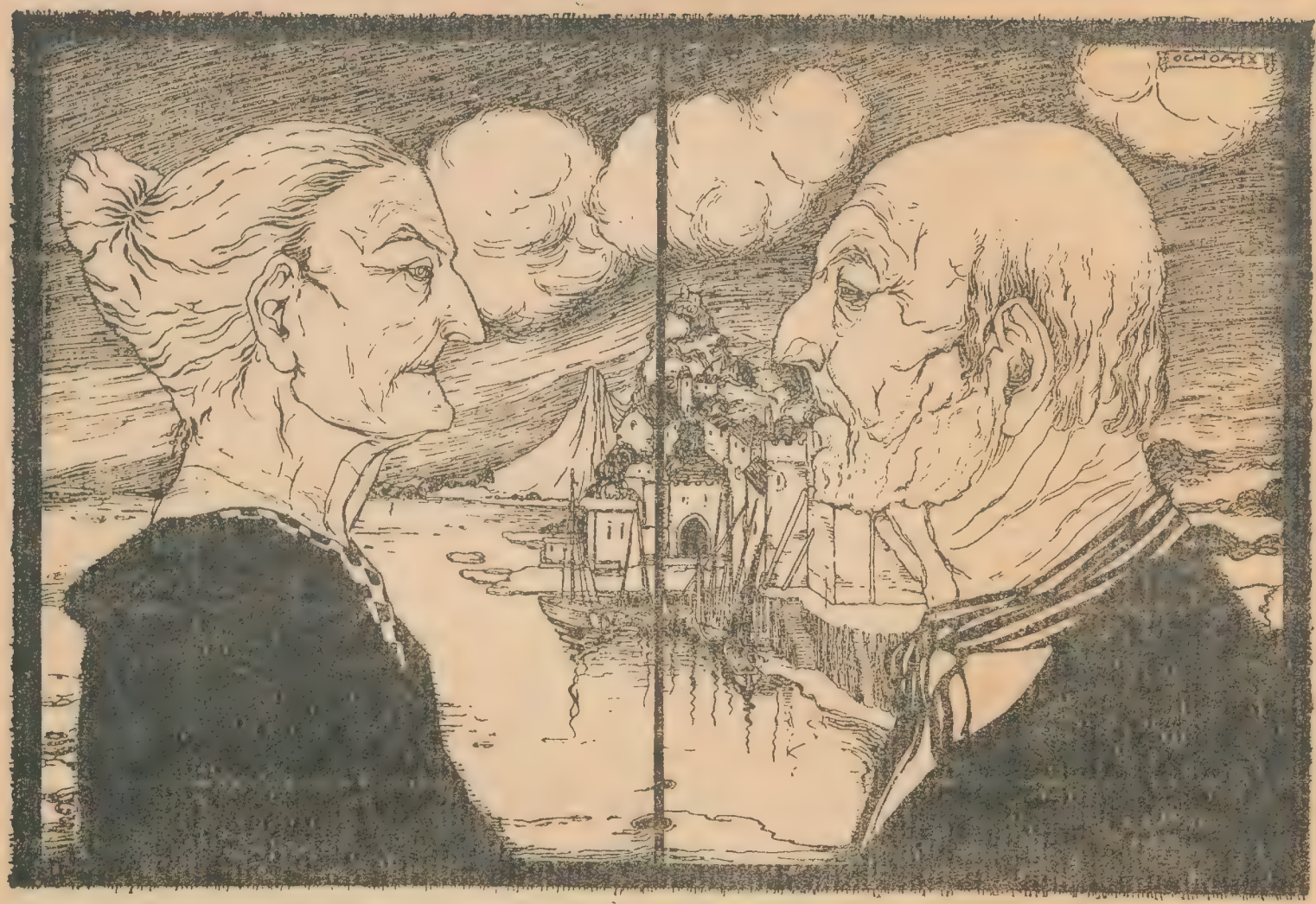
—Ya ve, señor. La comida. ¿Y usted?

—¡Yo soy Caballero de la Legión de Honor!

—¡Ah!

Cayó desmayada, mientras las multitudes que admiraban a Gatto asaltaban la casa con un diploma y una condecoración. Acudió él a socorrerla. Aquella emoción de la muchacha le llenó de placer. Aproximó sus labios a los de ella y le dió un beso. En medio de su desvanecimiento, la mucama alcanzó a defender su pudor restregándole al patrón por los ojos una cebolla recién cortada.

Y fué en aquel momento sublime cuando Jeremías Gatto sintió rodar por sus mejillas las primeras lágrimas.



DIPTICO

(DE UN PUEBLO DE MAR)

UN VIEJECITO

USCA SIEMPRE, al extremo de la calleja, un saliente de pizarras que le sirve de banco. Desde allí, descubre una pequeña playa. El viejecito, contrayendo un poco los músculos del rostro, sostiene, con el bastón hincado en el suelo, el balance del cuerpo hacia adelante y se va sentando, poco a poco, sin gula, con apagados gemidos, porque el dolor le oprime la espalda y los años pesan por encima del dolor.

Pero, terminada la operación difícil de sentarse, cuando el viejo se considera seguro en el familiar asiento de pizarra, cambia de aspecto por completo y es otro hombre. Sobre su zamarra de una lanilla obscura, asoma vigoroso todavía su busto sin arrugas y sonrosado, como el de un muchacho. La barba, muy blanca y muy bien recortada, pone una listita de color de espumas en las mejillas y alrededor de la boca. Y como el viejo tiene los hombros redondos y la cabeza se le separa poco del cuerpo, porque el cuello es corto y ancho, recuerda vagamente el busto agradable y sereno de algún poeta romano, entre Horacio y Ovidio, con los labios llenos de miel del Lacio y las facciones y la cabeza fuertes, de la antigua sobriedad etrusca.

Esta semejanza física trasciende, creo yo, de una dulce semejanza espiritual; de una afinidad íntima y secreta que no es difícil adivinar cuando el viejo empieza a hablaros. Ha viajado mucho, buen marino, buen vividor, en sus remotas mocedades. Ha visto Alemania — y hacía, desde ella, contrabando de rapé. Ha visto América — y ha tenido ingenios en Cuba. Ha visitado todas las costas de España, el mediodía de Francia, y se ha alargado, en ciertos viajes, hasta Grecia. Pero ninguno de estos viajes parece tan luminosoy y vivo, en su recuerdo, como sus repetidas excursiones a Italia.

Cuando el viejo habla de Italia, su voz se torna de inflexión dulce y en el fondo de sus ojos — redondos y negros — hay una luz más viva. Su propio hablar tiene una blanca claridad de exámetro. Mezcla, en su conversación, palabras italianas que, con lo bravo del acento cátalán, parecen latinas.

Entonces el bastón del viejo es como varita mágica que, acompañando y auxiliando la palabra, dibuja en el aire pórticos y monumentos de mármol; evoca grandezas latinas; abre el semicírculo de anfiteatros fabulosos; le hace al viejo y a los que le acompañan un ambiente familiar y dorado de limpios edificios con estatuas y columnas...

Ni deja el viejecito de advertiros que tiene parientes en Italia y heredad de casas en aquellas tierras: "cives romanus sum..."

—¡Buen puñado son tres moscas!... Ni os rentan esas casas, ni habéis de verlas nunca... — dice algún mozo burlón.

Y el viejo, mirándole con aire de desafío, muy encendidos los ojillos negros, replica:

—Quien sabe... quien sabe... todavía no he cerrado los ojos...

El viejecito tiene, anclado constantemente en la playa que allí forman las aguas, un botecito negro, con una vela pobre.

Cuando el mar está muy tranquilo, en los quietos finales de tarde, con todas las aguas espejadas, baja el viejo hasta la playa: y mira el botecito y mira el mar, del lado de Italia.

Su mujer, una Cornelia enjuta, pasa, casualmente para decirle:

—Se levanta viento; tendrás dolor esta noche...

Y el viejecito vuelve a remontar la playa, con pasos muy lentos, como si le arrancaran a la fuerza de aquel sitio.

Por su imaginación cruza entonces un resplandor tibio de Odisea. Un botecito negro, en alta mar, con la vela muy tirante de aire y, a lo lejos, en la línea del horizonte, su Itaca sonrosada: la divina Italia.

Pero instintivamente le retiene un miedo que no se explica; el miedo a aquella Isla sin fuentes donde tal vez le saldría al encuentro la Calipso negra de los viejecitos...

En el fondo de la calleja, blanquea su casa; y el viejo con el revés de la mano, se enjuga los ojos...

El dolor le da punzadas en la espalda.

UNA VIEJECITA

VISTE SIEMPRE de negro. Y aunque es ya viejecita y arrugada, tiene muy negros los cabellos y negros — de un negro brillante de carbunclo — los ojos movibles y grandes; dos ojos, de una limpidez casi infantil entre las arrugas y desastres de su vejez, potente y vigorosa todavía. Tiene la piel de un color moreno profundo, como calcinada por un fuego interior. Dijérais que la viejecita, donde aun subsiste tanto vivo, ha traído a la tierra otra misión que la de pasar los años y disiparse en ellos, como los demás. Hay, en su cuerpo ocultas energías misteriosas que están pidiendo siglos en cuya infinitud latir y conservarse.

Y cuando veo a la viejecita trepar, sin cansancio, por los callejones en cuesta de este pueblo; o andar, de grupo en grupo, ajetreando y diciendo su palabra a cada cual; o alisar sus cabellos y vestir galas severas; cuando la torre de la iglesia anuncia fiesta mayor con despilfarro de campanería, todavía siento una especie de íntimo consuelo; me reconozco confortado en mi limitación de hombre; y bendigo, en la complexión entera y dura de la viejecita, la noble valentía de la carne y la resistencia incansable de los nervios y el ritmo inalterable del corazón y la no extinguida llama de los ojos y todo el milagro, al parecer tan fácil, de la vida consoladora...

La viejecita va todas las tardes a la fuente. Y la fuente está al final de un camino largo, bordeado de cañaverales ufanos y sonoros. La viejecita, con el gran cántaro verde a la cabeza, sin que una sola vacilación altere el ritmo seguro de su andar, ni con el peso se contraiga un solo músculo en su frente, toda vestida de negro y cubriendo con los párpados tostados la magnífica negrura de sus ojos, parece una figura egipcia venida, por ocultos misterios de complicadas gestaciones, a la calma y retiro de estas playas.

Verla moverse y agitarse en la penumbra un poco oriental de su casita, es casi gozar del misterioso subsistir y removerse de una momia, en la concentración vital de su sepulcro.

Porque su casa es algo de ella que, por afinidad oculta, la refleja y acaba de explicarla. Los que ahora viven en el pueblo todos os afirman que aquella casa no ha cambiado desde que la conocen. Es una casita blanca y cuadrada, en la punta de una calle. La puerta da ingreso a una salita embaldosada de pizarra oscura. Allí hay aparejos de pesca que nadie utiliza; pero que están siempre limpios como si acabaran de secarse al sol. Cañas, redes, cestos y aparatos complicados, de sonoros nombres sin etimología. A un lado de esta especie de patio una escalerita que comunica con el primer piso. Y todo ese piso es una sa. blanca y limpia, en uno de cuyos rincones está la cocina de campana, con cacharrería fina de porcelana amarilla, y enfrente, protegida de cortinillas muy limpias y planchadas, la alcoba con enorme cama de barco, de madera brillante, con adornos vistosos, flores y guirnaldas raras. En una de las paredes de la alcoba hay un agujero con un catre. Y allí duerme la viejecita.

Toda la casa se barre todos los días; se dispone y ordena todos los días como si alguien tuviera que habitarla; mejor dicho: como si alguien realmente la habitara. La viejecita lava con agua hervida los cacharros de la cocina, y hace siempre, con las mismas sábanas finas, que se lavan cada semana, el mullido promontorio de la cama.

Y lo interesante y misterioso del vivir de la viejecita está en el cariño, el orden y el esmero que despliega, con infatigable actividad diaria, en el arreglo y compostura de la casa...

¿Para quien la dispone?...

Con sus ojos, magníficamente esplendorosos, la viejecita sondea el tiempo; y en la concavidad de lo eterno, debe descubrir un punto blanco, algo como la vela de una barca misteriosa donde le llega, de países imaginarios, un fantástico huésped.

La viejecita, toda remozada y vigorosa, abre al huésped, esperado siempre, las puertas de su casa. Y desde los aparejos de pesca, limpios y dispuestos, hasta las muelles blanduras de la cama rica y majestuosa, le muestra sus tesoros, como aquella otra vividora — la Reina de Saba, tal vez antepasada suya — debió mostrarle sus joyas al magnífico Tetrarca.

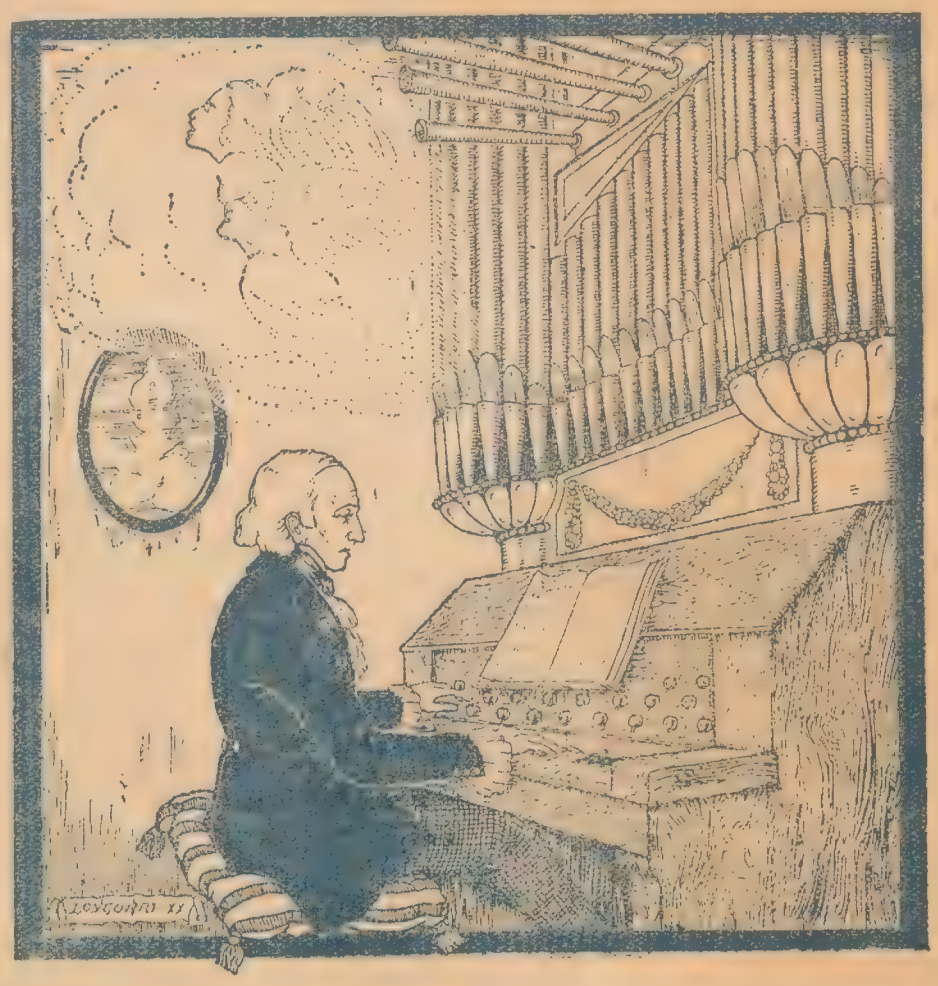
El huésped sonríe; y la viejecita está contenta...

Ella espera, espera...

Todo esto ocurrirá mañana, dentro de meses, tal vez de años... o de siglos: la viejecita no piensa en la muerte.

EDUARDO MARQUINA

César Franck



Pues el mundo es dolor,
sueña el viejo organista con un mundo mejor
y este místico anhelo
se declara en sus ojos, siempre vueltos al cielo.

Se oye la voz del órgano, se oye pausada y grave.
Como incienso sonoro,
se extiende por la nave
y sube a las ojivas el angélico coro.
Es el aire más blando y es la luz más suave...

Y es el alma más pura;
y todo lo perdona, porque lo olvida todo
al perderse en la altura
— igual a una paloma que, alzándose del lodo,
rescatase su albura.

Se oye la voz del órgano, se oye grave y pausada.
Es la voz mensajera de una paz anhelada:
¡de la paz interior,
pedida tantas veces al Señor!
Es el aire más blando y es más suave la luz
y no es en nuestros hombros tan pesada la cruz.
Nos nace un grande amor; tenderemos la mano
lo mismo al enemigo que al hermano;
sabremos convertir las espinas en rosas...

Nos nace un grande amor, un amor franciscano
hacia todos los seres y hacia todas las cosas:
¡el fraternal amor
que predicó a los hombres el Señor.!
Sigue la voz del órgano, sigue pausada y grave...
Se extiende por la nave
y sube a las ojivas del angélico coro,
como escala de oro
tendida de este mundo a otro mundo mejor
por el viejo organista soñador,
que declara su anhelo
en sus claras pupilas, siempre vueltas al cielo.

ENRIQUE RUIZ DE LA SERNA

La nave de las ánimas

Un *sampan* de tres metros de eslora vaga a la deriva por las aguas del Pacífico, si es que flota todavía, en busca de las almas de seis pescadores japoneses desaparecidos en el gran Océano. El viaje de la pequeña embarcación oriental no va guiado por ninguna mano de hombre.

Una antigua tradición japonesa dispone que cuando la mar devora a alguno o algunos de los que en ella se aventuran, una nave ha de ir sola, sin una persona viviente a bordo, en busca de las ánimas errantes de los desaparecidos; es una especie de holocausto que el hombre ofrece a las fuerzas de la Naturaleza que le han vencido, en compensación de las muchas veces que el ser humano la dominó a ella; la embarcación votiva debe, siempre según la tradición nipona, ir cargada de frutas, flores, agua y, sobre todo, tantas *tobas* o pedazos de madera como hombres desaparecieran víctimas de su oficio, pedazos de madera en los cuales, para que la ofrenda sea bien recibida por los dioses y éstos sepan a qué atenerse, deben ir grabados los nombres de aquellos por quienes se envía la frágil embarcación. Y este *sampan* que ha sido dejado a la deriva no lejos de las islas Hawai lleva seis *tobas* con los nombres S. Kavamura, T. Sano, L. Rasaril, G. Kusama, T. Iida y M. Yano, con una leyenda mística en que se invoca a los genios protectores del navegante.

Los pescadores desaparecieron en uno de los grandes temporales que asolaron las islas Hawai, en los últimos días del año pasado; habían salido de Necker para Honolulú con su *sampan*, el *Daikoku Maru*, y no llegaron nunca.

El *sampan* que se les envía ahora debe recoger sus almas en alta mar, donde se supone que vagan esperando tal auxilio, y conducirlas al Paraíso, y por ello se les envían víveres en el *sampan* que los busca, con objeto de que de nada carezcan en la nueva travesía al infinito que van ahora a emprender. El cortejo que acompañó a la embarcación de socorro (!) a su salida de Pearl Harbour fué numeroso, y con un marcado carácter religioso. El *sampan* fué conducido hasta el muelle en un carro a modo de féretro, y el cortejo llevaba como ofrendas objetos simbólicos de la pesca y del mar, banderitas y linternas; en el borde del muelle se había erigido una tienda en la que se colocó la *nave de las ánimas*, que quedó en bien corto espacio de tiempo materialmente cubierta de flores; mientras se recordaban uno por uno todos los pescadores desaparecidos en la inmensidad azul se recitaban plegarias, y los concurrentes tocaban campanillas y quemaban incienso y otras plantas aromáticas.

Otro pesquero igual al perdido el *Nagashina Maru*, recogió a bordo a la embarcación y salió con ella a la mar hasta un lugar en el que, tras izar sus minúsculas velas, fué dejado en el agua y entregado a la casualidad, que es la que ha de conducirlo al paraje en el que vagan las ánimas de los tripulantes del *Daikoku Maru*, entre el místico silencio de los que presenciaron la ceremonia, que cumplieron el último rito de arrojar flores aún sobre el *sampan* errante y rociaban su proa con aguardiente de arroz.

No se puede negar la poesía pagana de esta vieja tradición japonesa, tradición conservada aun en pleno desarrollo de las costumbres occidentales en el Imperio del Sol Naciente, porque en el fondo, los japoneses sienten dentro de sí el peso milenario de sus costumbres arcaicas, como ese agregado naval japonés en Leningrado que, creyéndose deshonrado por una fiesta un tanto excesiva en su propia casa, y leyendo una crítica severa en los diarios de la capital del feudo de los soviets, se abría el vientre en el clásico *Harakiri*, ante el retrato del Emperador, como los más respetuosos *samurais* de la antigüedad nipona. Con el *sampan* errante por las aguas del Pacífico, entre su cargamento de alimentos para las ánimas de los seis náufragos del pesquero, va también toda la fuerza de un pueblo aferrado a sus viejas leyendas que la civilización occidental, en su manía de hacer del mundo un inmenso paisaje *de serie*, con una vida *standard*, no ha podido derrocar sino en su aspecto externo.

Mateo MILLE

La caza con trampa

La caza con trampa es uno de los procedimientos cinegéticos más primitivos. Entre los salvajes se usan trampas conocidísimas. Por ejemplo, un indígena de Australia usa el procedimiento siguiente para cazar un halcón o un cuervo: se tumba en el suelo, teniendo en la mano un puñado de peces, y se finge el dormido; el ave acude a picar el cebo y entonces es cogida por el hombre, que la asa y se la come.

La trampa inventada primero por los más rudos hombres debe ser el hoyo, que en su forma más simple consiste en un agujero lo bastante profundo para que el animal pesado que llegue a caer dentro no pueda salir.

Selección

Los antiguos griegos querían generaciones sanas. A ese respecto observaban normas tan inflexibles, que toda criatura nacida en inferioridad de condiciones físicas era arrojada al abismo desde lo alto de una roca . . .

Hoy también se anhela el mejoramiento de la especie humana; mas otros son los procedimientos. La ciencia ha descubierto que una nutrición adecuada en la primera infancia tiene positiva repercusión futura. Como valor nutritivo, el seno materno no puede ser substituído. ¿Qué hacer entonces antes casos de insuficiencia? En millares y millares de circunstancias ha dado espléndidos resultados la Malta Palermo — magnífica combinación de elementos naturales que estimulan y activan las secreciones procurando al bebé una lactancia rica, abundante y provechosa; es decir la base de una buena salud.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A.
BUENOS AIRES

Descubrimiento médico argentino

No es un misterio para nadie, en el país, el adelanto de la ciencia médica argentina, que cada vez se torna más práctica, más analítica, más científica.

De nada carecen nuestras Universidades, y nada se practica y se estudia en el mundo sin que tenga entre nosotros un eco y el correspondiente examen.

Pero, sin menoscabo de nadie, ha de notarse que la **AUTOTERAPIA** tal cual la practica su descubridor, constituye la observación más original de la medicina argentina y posiblemente americana.

Al respecto, conviene hacer una somera historia.

Notó, hace más de veinte años, el Doctor Pedro Caride Massini, en su sanatorio, como un enfermo que sufriera un desgarramiento, mejoró notablemente al absorber su propia sangre.

Ello lo llevó a pensar que la sangre contenía un poder curativo, causal, de las enfermedades.

Faltaba saber qué componente de la sangre era el que operara la curación, así como también faltaba comprobar la hipótesis en casos prácticos tan numerosos que permitieran asentar una inducción científica.

Después de innumerables ensayos en animales, comprobó el Doctor Caride que el glóbulo rojo de cada enfermo tiene capacidad, en un límite amplio aunque no total, de curar los males del propio individuo al que los glóbulos pertenecen.

Y, como el glóbulo rojo es un cuerpo clausurado en sí por la naturaleza, un "completo cerrado", pensó el descubridor de la Autoterapia que convenía "abrir" ese cuerpo clausurado, ese completo cerrado, para poner en libertad su reserva curativa y darle posibilidad de ejercer su mayor eficacia.

Aislados o separados los glóbulos rojos, luego de extraer sangre al enfermo, se los lava y tritura y se los inyecta al mismo que lleva esa sangre en su red arterial.

Tal método, implica una nueva concepción del glóbulo rojo, dentro de la ciencia, esa es su originalidad, y lo que importa un verdadero descubrimiento y una novedad científica.

Veinte años hace que aplica su método el Doctor Caride. El ha pasado ya de la convicción de hipótesis y de ensayo para entrar en la categoría de nueva verdad científica.

En Río de Janeiro y Bahía se aplica ya el método argentino con el nombre de **CARIDE - TERAPIA**; con él pueden tratarse todas las enfermedades en general, y como es de presumirse, se da con casos rebeldes.

Llama la atención como empiezan a triunfar los viejos principios médicos del vis naturae, y seguramente ello ocurre porque se van descubriendo modos de curar "causales", que atacan al origen de la enfermedad por medio de agentes tan generales, presentes en todos los órganos, como la sangre.

Así vemos como comienza a realizarse otro de los sueños de los antiguos alquimistas.

Ellos buscaron un remedio que curase todas las enfermedades; y los médicos actuales comienzan a entrever cómo y porqué medios se encontrará y aplicará en el mismo organismo, su poder curativo.

Hombres geniales, nos dejaron concepciones también geniales que no pudieron llevar a la práctica por falta de medios y conocimiento.

Creyeron en la unidad de la materia, idea que tomaron de la filosofía antigua; y la ciencia de nuestros días ha comprobado ese principio que apasionó tanto al medio - evo.

Buscaron, lógicos con ese principio, la fabricación del oro, la conversión en oro de otros cuerpos; y la ciencia de nuestros días ha llegado a convertir, como es notorio entre los aficionados a las lecturas científicas mercurio en oro.

A medida que las ciencias positivas avanzaban, los alquimistas fueron mirados con burla; luego, con simpatía, después, con respeto. Ahora... los admiramos.

Cuando Hipócrates afirmó que los enfermos se curan **por una fuerza de la naturaleza**, parecía su sentencia una negación de la medicina; hoy, gracias al descubrimiento de la **AUTOTERAPIA POR EL DOCTOR CARIDE**, se comprueba que la verdadera medicina está en buscar en la naturaleza las fuerzas curativas que ella nos ha dado.

¡Profunda lección de comprensión y modestia que nos da la vida!

Carlos B. Quiroga.

El tío de América

Por Mauricio Dangreaux

I

Daban las siete en las iglesias de la ribera derecha, y el viento levantaba el polvo de las calles.

Luciano Jachere, jefe de negociado en el ministerio de Agricultura, permanecía en su casa a consecuencia de un catarro y mataba el tiempo hablando con su adorada consorte Catalina.

El matrimonio gozaba de una felicidad perfecta, si ésta existe en la tierra.

Pero no, esa dicha no existe, y si los Jachere podían creer lo contrario, ahí estaban los Chaudarvine para desengañarlos.

¿Quiénes eran los Chaudarvine? Pues los vecinos de los Jachere.

Allí estaban en la misma casa, en el piso de enfrente que correspondía al mismo descansillo.

Eran unas malas personas que se daban tono con sus excelentes relaciones, con su fortuna y con su inmoderada vanidad.

Molestaban sin cesar a sus vecinos, y principalmente aquel día, en que Luciano Jachere tenía necesidad de descanso, los Chaudarvine preparaban una magnífica comida.

El perfume de las salsas y de las delicadas carnes invadían la casa y se filtraban por las rendijas de las puertas.

—Indudablemente, los Chaudarvine reciben hoy a varios artistas y ex ministros—dijo Jachere.

—No estás en lo cierto—contestó Catalina—. Hoy esperan a un tío que acaba de llegar de América.

—¿Tienen un tío en América?

—Sí.

—¿Pero todavía hay tíos de esa clase?

—¿No recuerdas que infinidad de veces nos han hablado de su tío Sebastián, un tío a quien no han visto jamás y que hace cuarenta años salió de Francia sin un centimo en el bolsillo? Dicen que hoy posee más de un millón de dólares y que nuestros vecinos son sus únicos herederos.

Luciano guardó silencio, cuando de pronto llamaron a la puerta. Como Luisa, la criada, no iba a abrir, el mismo Jachere corrió a hacer sus veces.

II

El buen hombre estuvo a punto de caer en tierra, impulsado por un individuo alto y grueso que se precipitó sobre él, diciéndole:

—¡Soy el tío Chaudarvine!

Y en vista de que Luciano no daba muestras de entusiasmo, añadió:

—¿Vive aquí Pablo Chaudarvine?

Una idea maquiavélica brotó en el cerebro de Jachere.

—Sí, tío pase usted. No sosegábamos desde que usted nos anunció su llegada.

—¿Y cómo sigue tu mujer?

Por toda contestación, Luciano le condujo al comedor, donde madame Jachere estaba encendiendo unos candelabros.

—¡Ven, Catalina, ven a abrazar al tío Sebastián!—gritaba Luciano con toda la fuerza de sus pulmones.

Catalina no volvía de su asombro; pero Luciano le guiñó el ojo y ella se dió al momento por entendida.

—Vamos, Catalina, dale un abrazo al tío.

—¿Pero te llamas Catalina? Yo creía que te llamabas Elisa.

—Sí—contestó Jachere sin vacilar—, se llama Elisa; pero en la intimidad la llamamos Catalina.

Madame Jachere se arrojó en brazos del tío y exclamó:

—Sí, querido tío, Luciano me ha hablado mucho de usted.

—¡Cómo!—dijo Chaudarvine—¿Te llamas Luciano? Yo creía que te llamabas Pablo.

—Sí, soy Pablo en sociedad; pero mi mujer me llama por mi segundo nombre. No sé por qué, nunca he querido llamarme Pablo.

Madame Jachere hizo preparar una excelente comida.

El tío estuvo encantador y habló extensamente de su fortuna y de los medios de que se había valido para obtnerla.

Relató la historia de su vida desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Había fundado en Cincinati un establecimiento colosal para la matanza de cerdos y la fabricación de grasas alimenticias. Su fortuna era enorme.

Después pidió informes acerca de la familia y preguntó por su primo Matías.

Luciano contestó que Matías había muerto.

Esto fué la señal de una horrible matanza.

A cada pregunta del tío Chaudarvine acerca de cualquier individuo de la familia, contestaba Luciano invariablemente:

—¡Ha muerto!

El primo José, la tía Mónica, el sobrino Policarpo fueron enviados sin más ni más al otro mundo.

El tío Chaudarvine, que, al parecer se mostraba curioso y anhelaba tener detalladas noticias de los suyos, se convenció de que no le quedaban ya más parientes que los sobrinos con quienes hablaba.

Después preguntó a Luciano quiénes eran los vecinos del descansillo, en cuya casa se oía gran ruído de platos.

—Unos majaderos llenos de vanidad y profundamente odiados por todos cuantos habitamos esta casa.

Pero había llegado el momento decisivo. Luciano había madurado un plan de campaña y sólo faltaba empeñar con vigor el combate.

Sebastián Chaudarvine se prestó a ello, dejando que la conversación fuera a parar al terreno político y económico.

En las últimas elecciones americanas había sostenido a los bimetalistas. Luciano Jachere se declaró inmediatamente enemigo de tales teorías.

El tío era proteccionista impenitente. Luciano le contestó que había considerado siempre a los proteccionistas como unos imbéciles y malos patriotas.

La discusión se enconó de un modo terrible, y aunque Catalina arrojó sobre aquel mar el aceite de la concordia, no tardó la escena en adquirir las proporciones de un espantoso tumulto.

El tío se puso en pie, rojo de indignación, y devolvió injuria por injuria.

Después cogió el sombrero y el bastón y se dirigió hacia la puerta lanzando con voz de trueno su último anatema:

—¡Os desheredo por miserables y villanos!

III

Los Jachere no respiraron con tranquilidad hasta que el tío Sebastián hubo desapareido de la calle.

Después se arrojaron uno en brazos del otro para celebrar la victoria y la burla hecha a sus vecinos.

A los pocos días, los Chaudarvine recibían una carta de El Havre.

El tío Sebastián les anunciaba lacónicamente que regresaba al Nuevo Mundo y que les desheredaba.

Los Chaudarvine no han averiguado jamás las causa de tan extraña determinación.

Episodios de la Vida de Reina — No. 14

Matrimonio

SUS sueños de mujer enamorada se realizaban. Desde aquel día compartiría con el elegido, una misma suerte y una misma vida. El porvenir se presentaba a sus ojos como un panorama encantador. Su espiritualidad y belleza combinadas con las prendas de caballerosidad e inteligencia del amado, eran augurios de una dicha cierta cuya estabilidad no interrumpiría ningún acontecimiento ingrato.

Para el baño

La abundante y espesa espuma del *Jabón Reuter* penetra en los poros y limpia completamente el cutis de toda impureza. Deja el cuerpo fresco y fragante.

Para Afeitarse

La pureza y lenidad del *Jabón Reuter* hacen que sea el mejor jabón para afeitarse. Su abundante y espesa espuma da al cutis un suave y agradable frescor

70 centavos cada jabón

Representantes HLA Y CIA., Maipú 73, *Buenos Aires*

Jabón REUTER

CANOAS MOTOBOMBAS

Los bomberos de Boston acaban de poner en servicio canoas-automóviles provistas de pequeños grupos de motobombas para el servicio de incendios. De marcha y evolución rápida, estas bombas son muy eficaces para la extinción de los incendios que se declaren a bordo. Estas bombas pueden servir también para utilizarlas en los canales y ríos.

Sol
Artista de Verdad

Juan Sol. He aquí un autodidacta de empuje, que dentro de la pintura actual ha conquistado una significación de valía. Un triunfador que debe por igual, a su genio y a su tenacidad, el adelanto en su profesión artística.

Quince años hace que elabora modelajes de yeso de ornamentación. Su estudio del dibujo se ha reducido, con miras a actuar en el taller de decorado escultórico donde se gana la vida, a concurrir a la Escuela Industrial de la calle Salguero, donde hizo imitaciones y copias durante un curso de efigies y estatuas.

Ha surgido como Quinquela Martín, enfocando el mismo campo. Pero temperamentos distintos, sólo coinciden en el motivo inspirador. Las visiones de Juan Sol nada tienen que ver con las del consagrado boquense. Este en colorido audaz y magnífico, exalta la dinámica del Riachuelo, mientras aquél exhibe su serena y melancólica poesía, tratando, en realidad, en esa forma emotiva y feliz, aspectos nuevos.

Un buen día, reparando una escultura, utilizó colores y con el sobrante entretuvo un rato de ocio, reproduciendo el soleado y florido patio de su casa. Alentado en esa oportunidad por un amigo, empezó a pintar. Dudando de sus disposiciones para el arte, con empeño se intentó alejarlo de la pintura. ¡Cuántas veces se le recordó que lo esencial era vivir, antes que volcar colores sobre el lienzo! Todo fué inútil. El sentía claramente el impulso de su vocación. Su más intenso goce, después de seis jornadas de labor manual, consistía en salir los días festivos, camino del Riachuelo, a caza de paisajes.

Tras varios ensayos, presentó algunas telas en un salón independiente. Luego afrontó la responsabilidad de una exposición individual. Ante la visión moderna y fina sensibilidad de colorista, el crítico Pagano certificó la existencia de un artista de verdad, al que pronosticó victorioso porvenir.

El año pasado, en octubre, Juan Sol llevó a cabo con buen éxito en Witcomb, otra muestra de su labor pictórica. El progreso que ésta puso de manifiesto ha sido sorprendente. En doce meses, y habiendo dejado el pincel para manejar únicamente, la espátula, ha fijado en sus cuadros, admirables juegos de luz abordando valientemente las tonalidades grises.

El anuncio de la crítica se cumplió plenamente. La realidad sobrepasó el más generoso optimismo.

Juan Sol consagrado a la tarea de reproducir un paisaje, olvida e ignora por completo lo que acontece a su alrededor. Su dicha consiste en pintar y en ese ejercicio pone su corazón. Al trasportar a la tela un ambiente de su especialidad, se considera el más feliz de los mortales. Traduce al color, con rapidez y maestría —sin bosquejo ni retoque—los motivos que siente.

Posee el don de poetizar las cosas, hasta en los detalles aparentemente más desprovistos de belleza. Su labor pictórica da la impresión de haber sido realizada a pincel. Su personalidad es inconfundible. Un proceso emocional palpita en sus entonaciones del Riachuelo, del puerto, de la Isla Maciel.

Son verdaderos aciertos sus visiones del río, bajo el resplandor solar que colora las nubes y resbala sobre la superficie ondulante y turbia. El amanecer, la llovizna, el crepúsculo, la niebla, la atmósfera sutil que emana del agua, el gris invernal, alcanzan vigorosas interpretaciones que destacan aptitudes de superior calidad, estilo propio y emoción original.

D I O N I S I O R. N A P A L

(De "Orientación".)

El primer Refrigerador equipado con CONTROL ACCESIBLE de FRIO fué el General Electric

En efecto, cada *Refrigerador General Electric* — desde el primero que se fabricó — sale de fábrica provisto de *Regulador de Frío* accesible.

15 años de estudios en los laboratorios de la institución industrial eléctrica más importante del mundo, han sido necesarios para producir este moderno Refrigerador, cuyas principales características son:

1— Control de frío en la parte superior del gabinete, fácilmente accesible a la vista.

2 — Como el calor sube, en el *General Electric* la unidad refrigerante está donde corresponde, es decir, arriba. No hay por lo tanto, ni calor ni maquinaria debajo del gabinete, cuya base es abierta, limpia e higiénica.

3 — No tiene canillas, ventiladores, poleas ni volantes para aceitar, juntar polvo y perder espacio.

En un año el *General Electric* ha alcanzado el primer puesto entre sus similares, vendiéndose más que cualquier otra marca, porque el público ha comprobado que es sin discusión el mejor.

REFRIGERACION ELECTRICA SIMPLIFICADA

Lo ofrecemos también con facilidades de pago.

GENERAL ELECTRIC

VICTORIA 618 esq. PERU
BUENOS AIRES

FLORIDA 548
VICTOR X RAY CORP.

SUCURSALES ROSARIO — CORDOBA — TUCUMAN — MENDOZA — SANTA FE — MONTEVIDEO

"Hombres necios, que acusáis"..

Sor Juana Inés de la Cruz

El 12 de noviembre de 1631 nació en un pueblo mejicano la poetisa que andando los años había de hacerse famosa con unos versos que desde entonces corren de boca en boca, como si por ellos no pasaran ni hubiesen pasado los siglos. Desde entonces acá vienen citándose, siendo muy pocos los que no han oído decir aquello de:

Hombres necios, que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.

Si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia,
y luego, con gravedad,
decís que fué liviandad
lo que hizo la diligencia.

Esta heroica defensora de todas las de su sexo, y que tuvo la valentía de hablar con un atrevimiento impropio de una mujer de su clase y condición, demostró un gran conocimiento del corazón humano cuando en la composición a que aludimos exclamaba, siempre refiriéndose a los hombres:

Siempre tan necios andáis,
que, con desigual nivel,
a una culpáis por cruel
y a otra por fácil culpáis.

Y no se detenía en estos reproches tímidos. Elevándose a los principios y a las causas de uno de los horrores y las vergüenzas más grandes de la Humanidad, defendiendo a las mujeres culpables, decía con una hermosa y noble sinceridad y una admirable grandeza de espíritu que contrasta con las acusaciones y los anatemas de los que, debiendo compadecer a los caídos y sobre todo a los más débiles, no tuvieron ni tienen piedad de ellos:

Cuál mayor culpa ha tenido
en unna pasión errada:
¿la que cae de rogada,
o el que ruega de caído?

O cuál es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga:
¿la que peca por la paga,
o el que paga por pecar?

Creemos que en toda la literatura del mundo no hay unos pensamientos tan audaces ni valientes como los que acabamos de leer en estos versos.

"¡La que peca por la paga!... ¡El que paga por pecar!..." Elevemos nuestro corazón por encima de los dolores humanos. Busquemos los orígenes de estos terribles y grandes dolores que existen precisamente porque hay quienes se venden y, lo que es más triste, porque hay quienes compran; pensemos en las amarguras que tiene que sufrir la Humanidad mientras el dinero sea la palanca del mundo y el hombre quiera ser no sólo el enemigo, sino el dueño del hombre; pensemos también en lo falso que hay dentro de nuestra civilización, y los versos de la poetisa mejicana sonarán en nuestra alma como las desgarradoras y conmovedoras páginas del gran cantor de los desgraciados: de Máximo Gorki. ¿Qué diferencia hay entre las quejas del escritor ruso y la tristeza de que da pruebas sor Juana Inés de la Cruz, que ve mucho más que toda su generación y toda su raza? ¿Qué diferencia hay entre estos dos espíritus que parecen gemelos por la misericordia que les inspiran las desgracias de sus semejantes? Unidas sus almas por esta misericordia sienten el dolor humano, que sería fecundo si no estuviera tan dormida la conciencia universal.

"Hombres necios, que acusáis..." ¿A quién, a quién acusáis? ¿A la que, cayendo de cumbre en cumbre, va a parar al abismo donde vuestra maldad la precipita? ¿A la que, deslumbrada y empujada por vosotros mismos, no tuvo la defensa de la educación del bienestar?

Pensemos, pensemos en los versos de la autora, que al fin de su composición ponía estos otros:

¿Pues para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis,
o hacedlas cual las buscáis.

Sor Juan Inés de la Cruz mostró desde su infancia un gran ingenio. A los tres años sabía leer. A los ocho componía sus primeras poesías. Sin maestros aprendió el latín. A los diez y siete años disertó en el palacio del virrey de Méjico delante de numerosos hombres de ciencia, dejándolos admirados. Atraída por la vida religiosa, profesó en el convento de San Jerónimo, donde vivió veintisiete años. Contagiada de la epidemia que hubo en Méjico en 1695, murió el 17 de abril de dicho año, a los cuarenta y cuatro años de edad.

El padre Feijoo, hablando de ella, escribió lo siguiente:

"Lo que menos tuvo fué el talento para la poesía, aunque es lo que más se celebra. Son muchos los poetas que la aventajan en numen, pero ninguno la igualó en la universalidad de noticias de todas las facultades."

En su época tuvo extraordinaria fama. La llamaron la Décima Musa, y ha poco hasta quisieron expulsarla del Parnaso. Era conceptista y gongorina, observándose en todas sus poesías su predilección por el estilo confuso, que vuelve a ponerse de moda. Escribió casi siempre de asuntos profanos. Fué también autora de comedias: *Amor es más laberinto*, y *Los empeños de una casa*, títulos en los que puede verse su peculiar manera de escribir y de pensar.

Entre sus poesías figura este soneto, que demuestra lo que la preocupaban y la interesaban los misterios del corazón humano:

Que no me quiera Fabio al verse amado
es dolor sin igual en mi sentido;
mas que me quiera Silvio, aborrecido
es menor mal, mas no menor enfado.
¿Qué sufrimiento, no estará cansado,
si siempre le resuenan al oido,
tras la vana arrogancia de un querido,
el cansado gemir de un desdeñado?

Si de Silvio me cansa el rendimiento,
a Fabio canso con estar rendida;
si de éste busco el agradecimiento,
a mí me busca el otro agradecida;
por activa y pasiva es mi tormento,
pues padezco en querer y en ser querida.

Discurriendo sobre los celos — tema frecuente en sus versos — escribió un largo romance, que empezaba así:

Son ellos de que hay amor
el signo más manifiesto,
como la humedad del agua
y como el humo del fuego.
El que no les sienta amando
del indicio más pequeño,
en tranquilidad de tibio
goza bonanzas de necio;
que asegurarse en las dichas
solamente puede hacerlo
la villana confianza
del propio merecimiento.
Para tener celos basta
sólo el temor de tenerlos,
que ya está sintiendo el daño
quien está sintiendo el riesgo.

Todas sus poesías se han olvidado. Lo mismo ha ocurrido con todas sus obras. De su fecunda y copiosa labor sólo han quedado los versos a que al principio aludíamos, versos que, escritos en momentos de dolor e inspiración, los recordamos cuando pensando en la vida, que vemos tan cruel e implacable, nos decimos y preguntamos que quién es más culpable,

aunque cualquiera mal haga:
¿la que peca por la paga,
o el que paga por pecar?...

Juan LOPEZ NUÑEZ.

El asalto de Nicea

Nicea, protegida por dos recintos, bañada por su gran lago, era una fortaleza musulmana demasiado importante para que los ejércitos cristianos no tratasen de apoderarse de ella. Con la ayuda moral del emperador Alejo Comnéne la sitiaron y después de una sangrienta batalla, seguida de desgraciadas tentativas para asaltar las murallas, Godofredo de Bouillon consiguió del emperador griego que sus naves bloqueasen la ciudad por la parte del lago, mientras que ellos minaban la torre "Gonate", que se abatió durante la noche.

El jefe griego Boutoumités, que mandaba la escuadra del emperador, obtuvo la sumisión de la ciudadela. Cuando Godofredo de Bouillon y sus guerreros quisieron entrar en la ciudad, por la cual habían vertido tanta sangre, el jefe de las tropas griegas les comunicó que Nicea era, en lo sucesivo, griega e imperial, y que los latinos sólo podrían entrar para visitar los monumentos. La única gracia concedida a los combatientes fué la devolución de los cautivos cristianos.

¡TENGA Vd. ahora más cuidado que nunca al comprar la excelente CAFIASPIRINA, por que su fama enorme como el mejor analgésico moderno, ha dado origen a SUBSTITUTOS y a IMITACIONES que pueden ser nocivas para su salud! Pida con toda claridad CAFIASPIRINA y cerciórese bien de que el empaque lleva impreso en color verde la CRUZ BAYER a cada lado de la palabra "CAFIASPIRINA." Si no fuere así, ¡rechácelo!

La CAFIASPIRINA *es lo mejor que existe para dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; jaquecas; reumatismo; consecuencias de los abusos alcohólicos, etc. Alivia rápidamente, levanta las fuerzas y no afecta el corazón ni los riñones.*

BAYER

¡PERO HAY QUE TOMAR LA LEGÍTIMA!

El triunfo del doctor Julio Prestes de Albuquerque, puede decirse que está asegurado en los próximos comicios presidenciales del Brasil

La descollante figura del actual presidente paulista es la que cuenta con más sòlidos y más calificados prestigios

En plena actividad política, los partidos que en el Brasil se disputan el triunfo en los próximos comicios presidenciales, hacen presumir que estos se desarrollarán dentro de las más puras normas democráticas y que el pueblo que tantos ejemplos lleva dados de su elevada cultura republicana y cívica, se mostrará una vez más digno del lugar preponderante que ocupa en el concierto de las naciones libres de América, como uno de los países que en grado francamente envidiable, ha logrado cimentar el imperio de sus instituciones y los derechos políticos en toda su integridad.

Promete pues, la contienda cívica brasilera, un espectáculo en realidad halagador para el prestigio democrático de ese pueblo. A la levantada propaganda que desarrollan las diversas fuerzas en que se divide la opinión pública del país hermano, únese la calidad de los candidatos que pugnan por asumir las responsabilidades del gobierno; y si a ello se agrega el entusiasmo y la fé con que todos se aprestan a intervenir en la lucha comicial a que nos referimos, fácil ha de ser percatarse de que cualquiera que sean sus resultados, el Brasil continuará su era de progreso y adelanto iniciada bajo el gobierno del actual mandatario Dr. Washington Luiz Pereyra Da Souza, modelo de magistrado recto, pundonoroso y esforzado, para quien los intereses colectivos de la nacionalidad constituyen y han constituído en todos los momentos de su gestión administrativa la más constante dedicación y la única directiva su obra gubernamental y trascendente..

Vinculado a tan alto magistrado por estrechos lazos espirituales y partidarios, compenetrado de las verdaderas necesidades del país a cuyos intereses sirve como presidente del floreciente estado de San Pablo, cuya administración se considera como la más progresista y sana de cuantas haya registrado la historia de esa provincia de formidable potencialidad económica; intelectual de nota y estadista de relieves propios y personalisímos, se destaca, entre todos los que aspiran a merecer su consagración en las urnas, la figura austera del Dr. Julio Prestes de Albuquerque, cuyo triunfo puede decirse se halla asegurado ya, contando como cuenta con el apoyo de un partido de positiva preponderancia en el escenario político del país hermano y los auspicios de cuanto más caracterizado y prestigioso actúa en la opinión pública brasileña.

Ya en números anteriores, nos hemos ocupado con la extensión que la obra y la personalidad del Dr. Prestes de Albuquerque merece, de esta figura descollante de la política activa del vecino país. Estadista eminente, lesgislador de nota, periodista y orador cultísimo, nadie como él ha sabido concebir la política en su más pura concepción patriótica, ni nadie como él supo consagrarse con mayor desinterés y sacrificio a las arduas tareas de las funciones públicas que desempeñó en las diversas etapas de su vida al servicio de los intereses de todos. Su administración, al frente de los destinos paulistanos, coronó su prestigio con los atributos del magistrado ecuánime, estudioso y sereno; y como una demostración palpable de cuanto ha hecho desde las esferas del gobierno en beneficio del pueblo cuyos destinos dirige, no habría más que echar un breve vistazo por la encomiable legislación de fondo votada por el congreso estadual a iniciativa del Dr. Prestes de Albuquerque y el progreso alcanzado por ese estado Paulista en las distintas manifestaciones de sus múltiples actividades industriales.

Espíritu amplio, abierto a todas las iniciativas, puede decirse que el futuro presidente carioca, sabrá trasladar al plano de las realidades, los altos postulados de su actual programa de gobierno, con la misma honestidad, el mismo desinterés y el mismo talento, con que supo realizar, como presidente del estado paulista, las promesas y las responsabilidades contraídas para con la opinión pública de ese estado, durante la lucha electoral que lo llevó a la primera magistratura del mismo. De ese concepto de la responsabilidad pues; de esa austeridad cívica que lo encuentra siempre al servicio de los intereses públicos cuando requiere el voto de sus conciudadanos y cuando logra que se lo concedan, nace el prestigio político del Dr. Prestes de Albuquerque, y la seguridad con que se lo sigue en el Brasil. Su gobierno de San Pablo, en este sentido, a dos años de haber asumido la primera magistratura, no ha dejado nada que esperar y nadie puede sostener en estos momentos, ni aún sus más decididos adversarios políticos, que haya quedado un solo punto del programa electoral del actual mandatario paulistano, que no haya sido desarrollado y cumplido durante el transcurso de su administración ejemplar.

Sostenida su candidatura de ahora por una de los partidos más poderosos de lo opinión brasilera; contando con el apoyo moral decidido y las simpatías del actual presidente Dr. Washington Luiz Pereyra; con toda una vida pública austera y una labor amplia y eminentemente progresista, no es raro entonces que el nombre del Dr. Prestes de Albuquerque, se señale de antemano como el de la candidatura que saldrá triunfante de las urnas al develarse el misterio de los próximos comicios presidenciales del país hermano, sin que se señale desde ya su gobierno, como el único, por las condiciones sobresalientes que le caratcerizan, capaz de continuar la obra del Dr. Pereyra Da Souza, el presidente consular que honra a esta parte de América y que ha llevado al Brasil al sitio culminante que ocupa entre las democracias más afianzadas y más sólidamente prestigiosas del continente.

La conmemoración de los difuntos

Pálidos moradores de la ciudad de todos
en la vasta república del silencio ulterior
donde la tierra acoge, después de tantos modos
de matar con la vida nuestra esencia interior.

Cuando en esta doliente y absurda romería
nuestra ingenua piedad se acerca a vuestros lechos,
vosotros, en la plena y audaz autonomía
que al morir restauró todos vuestros derechos,

sentiréis un sereno desprecio por las cosas
—los crespones, los cirios, las plegarias, las rosas—
que los cautivos llevan a los que ya han huído...

¡Oh, qué inefablemente se iría a vuestro lado
si no fuera el recuerdo de eso que hemos gozado
y el anhelo de tanto que no hemos conseguido!

José Martinez Jerez

CUNA ABANDONADA

Un tibio y plateado rayo de luna
bañaba dulcemente la blanca cuna
donde carne de rosa se hizo amor;
en la débil penumbra, vaga y sombría,
la solitaria alcoba se estremecía
al ritmo crepitante de un estertor.

De repente, algo extraño pasó en la estancia...
Oyóse un aleteo; viva fragancia

embalsamó el ambiente como un edén;
y un ángel sonrosado, de alas de armiño,
surgió junto a la cuna, dió un beso al niño,
y alzándole en sus brazos, le dijo: "Ven"...

"Dios se ha compadecido de tu inocencia
y te libra del yugo de la existencia;
vuelve con tus hermanos; venia te da;
vuelve a escalar la altura que tanto amabas...
¡Aquel lucero hermoso que tú cuidabas,
desde que nos dejaste no luce ya!

"Lograr no puede el alma más santo anhelo:
vivir y no mancharse, volver al Cielo,
pura cual si no hubiera salido de él...
Antes de que la sufras, te alza la pena:
te indultan de la Vida, de tu condena;
te libras de ser hombre, de ser infiel..."

Abrió el niño los tristes ojos oscuros
—ojos de niño enfermo, grandes y puros!—
y mirando a su hermano, le dijo así:
—Ya sé que en las alturas la paz se encierra,
mas no quiero tan pronto dejar la Tierra...
¡No quiero que mi madre llore por mí!

—¿Renuncias de los buenos a la victoria?
—Ver feliz a mi madre será mi gloria:
pendiente de mi vida la suya está.
—Pero ¿y si Dios se enoja cuando le diga...?
—Este no es un pecado que Dios castiga:
El también tuvo madre... ¡Me absolverá!
. . . . . .
. . . . . .

A la noche siguiente, la clara luna
encontró arrodillada junto a la cuna
a la madre, rendida bajo su cruz...
¡Al entrar en la alcoba, triste y vacía,
aquel pálido rayo... le parecía
que le llevaba un beso fundido en luz!

L. M. CAVESTANY

Ayer, Hoy, Mañana

DIALOGO

Personajes: LA ABUELA. — TIA ROSAURA, viuda, cuarenta años. — LELE, diez y ocho años.

LELE. — (Muy enfadada). ¡Abuelita! Ríñele a tía Rosaura. No me quiere dejar leer un libro que tiene: "La esclavitud femenina".

LA ABUELA. — Y tú, ¿para qué quieres leer eso? ¡Dichosas novelas! Cuando tu tía no quiere es que no te conviene leerla.

ROSAURA. — Si no es una novela, mamá. Es un libro de Sociología.

LA ABUELA. — ¿Y disputáis por una cosa tan aburrida? Tontita (a Lelé). Si tu tía te prestara el libro no pasabas de la segunda hoja.

LELE. — Que sí, abuelita; que a mí me gusta instruirme. Ahora que las mujeres vamos a votar y a gobernar un poquito el mundo, será menester que aprendamos muchas cosas para enmendar las tonterías que han hecho los hombres.

LA ABUELA. — ¿Qué sabes tú de hombres y mujeres, muñeca? ¿A que nos vas a resultar feminista? Tú, Rosaura, tienes la culpa con tu manía de los libros, de las conferencias, de los periódicos. Eres muy sabia, muy politicona.

ROSAURA. — Es que me voy volviendo vieja. Además, esta manía de leer me la pegó mi pobre Ernesto. Cuando leo, cuando pienso en estas cosas serias que a él le interesaban, me parece que todavía le tengo a mi lado. Pero tú (a Lelé), estás empezando a vivir. ¡Diez y ocho añitos! A los diez y ocho años no pensaba yo más que en tontear. Nos dice el espejo tantas cosas; es tan triste la vida; hay tanta luz en el cielo; todo sonríe, todo hace soñar. Luego vienen las penas.

LELE. — Ahora son otros tiempos. Yo no soy una chicuela insustancial. Si te parece, cómprame una muñeca o un aro.

LA ABUELA. — No te enfades, nenita. Ya echarás de menos la época de las muñecas. ¿Te figuras que ser electiva y diputada y todas esas cosas raras que os han metido en la cabeza, será muy divertido y muy bueno para mujeres? Yo ya sé que vosotras diréis: la abuela es muy antigua y no entiende de estas cosas modernas, por ella podría seguir la esclavitud femenina de que habla ese señor del libro. Esas son cosas de poetas o de charlatanes; no sé. Yo he vivido en otros tiempos y no he sido una esclava. Tu madre, ¿es una esclava? ¿Eres tú una esclava, cuando todos estamos pendientes de tus caprichos? No; no consiste "todo" en votar, ni en hacerles compe-

tencia a los hombres en la política, que debe ser una cosa muy fea, cuando todo el mundo habla tan mal de ella. No niego que hay pobres mujeres que tropiezan con hombres canallas que las hacen desgraciadas, pero eso no se remedia con leyes, y en la isla de San Balandrán sucedería lo mismo. Es que las mujeres somos así. Somos esclavas cuando queremos, esclavas de nuestros hijos, de nuestros nietos, del hombre a quien nos unimos ante el altar, pero esclavas por amor. Esclavas y reinas, porque todas tenemos nuestro reinecito que vale más que todos los del mundo: la casa.

LELE. — Sí, sí, nosotras metiditas en casa y los hombres divirtiéndose fuera. Eso ya no se lleva. Debía haber también Casinos para las señoras y para las muchachas.

LA ABUELA. — ¿Y qué falta os hacen? ¿No tenéis los tés, las "matinées", el "tennis", tantos sitios donde ir, tantas diversiones que yo no sé como tenéis cuerpo para resistirlas? Pero ya irás tú comprendiendo lo que vale tener un rinconcito nuestro, en que hemos pensado nuestros mejores pensamientos; en que cada cosa nos habla con ternura, en que vuelan muy calladitos los recuerdos y hay en el aire que respiramos tantas cosas, ecos antiguos de risas y de lágrimas; al cabo del tiempo las mismas lágrimas antiguas consuelan y refrescan el alma. Puede que las mujeres del porvenir, cuando seáis todas eso que anuncian los papeles hagáis grandes cosas. ¿Por qué no? Nunca he creído que fuéramos más tontas que los hombres, pero por mucho que hagáis, no será más positivo, ¡vaya!, ni más importante que el cuidado de una casa. Tu tío el obispo, que habla tan bien y sabe tantas cosas, decía que la misión de la mujer en su casa, no es sólo ser buena hija y buena esposa y buena madre y siempre buena cristiana, sino que le corresponde... ¿cómo decía? ¡Ah!, sí; que le corresponde un ministerio estético; hablando claro, que tiene la misión de embellecer la vida del hombre, tan llena de afanes, de desazones y de luchas. ¡Lo que gozaba yo cuando tu abuelo alababa el gusto con que estaba puesta la mesa, o lo confortable de nuestro comedor al calor de la chimenea, que le hacía decir: "Julia, esta noche no voy al Casino; se está aquí tan bien." Me gustaba oírselo más que un piropo. ¡Se puede hacer tanto bien con sólo saber ser mujer de su casa! Ahora que no nos oyen, os diré que los hombres no son tan malos, como decimos por broma delante de ellos. Se figuran ser los amos y siempre los hemos manejado nosotras. Casi siempre el que se descarría es por no haber encontrado una mujer que le sujete, que le haga amable el rinconcito tibio de la casa.

ROSAURA. — Sí, mamá, tienes razón como siempre. Pero hay tantas mujeres pobres, desgraciadas, que tienen que ganarse la vida, que es justo darles medios de defenderse como los hombres, de hacer leyes que las protejan. Además, lo uno no quita a lo otro. Las mujeres, aunque voten, aunque tengan su poquito de mano en el gobierno de la sociedad, no dejarán de ser mujeres. No se acabarán por eso los espejos, ni las flores, ni el velar ansiosas junto a una cuna.

LA ABUELA. — ¡Dios te oiga! Todo está en eso; en que a las mujeres, metidas en las cavilaciones de los hombres, no se les olvide que son mujeres. Si se apartan de su reino pequeñito, pero seguro, de la casa, ¡malo! Más que todo eso del voto y de los derechos que oigo hablar ahora, me alarma a mí una cosa que leí el otro día, porque yo también leo, cuando estoy aburrida; no os figuréis que no... Es una tontería; puede que os riáis. Están haciendo, no sé dónde, en los Estados Unidos o en Inglaterra, unas casas con cocina central, como la calefacción, donde los inquilinos pedirán la comida como en la fonda.

ROSAURA. — Pero, mamá, si eso sería una delicia. ¡Y ahora que está tan caro todo!

LA ABUELA. — ¡Tonta! Subirá el precio del cubierto. Comprendo que es muy cómodo no tener que pelear con cocineras, ni pensar ¿qué pondremos mañana? Pero todo eso irá achicando la casa; irá quitándole el aire de familia, el calorcito de la intimidad. Ya hoy anda todo muy variado. ¡Aquellas casas antiguas, de mi tiempo, en que se hacía la ropa blanca y se tenía todo por junto, eran casas! Ahora lo compráis todo en las tiendas. Es verdad que una señora de su casa tenía mucho más que hacer que ahora, pero eso le daba importancia. Las casas de ahora son poco casas; son tan pequeñas, se está tanto fuera de ellas que las tomamos menos cariño. Si la casa llega a volverse como un cuarto - fonda, entonces sí que las mujeres estarán en peligro de volverse hombres.

LELE. — No lo creas, abuela; como dice la tía, se puede atender a las dos cosas; un poquito a la casa y otro poquito al mundo. Además, todo cambia, como las modas.

LA ABUELA. — Es verdad. Eso lo sé yo mejor que vosotras, porque he vivido más. Pero no me negaréis que hay modas muy raras.

E. COMAS DE LAQUERO

La Noche de difuntos

OSOTROS, los que vivimos en las grandes ciudades, no sabemos cuanto hay de emoción conturbadora en la Noche de Difuntos, la que pone en el mes de Noviembre la señal gloriosísima de la resignación ante la Muerte. Los que vivieron la infancia en una aldea, son poseedores de esa majestad sublime, y ella anidó en sus almas, y allí están juntos al miedo y la oración... Cuando llega el crepúsculo vespertino, suenan las campanas de la Parroquia. Tañidos lentos, de vario ritmo, que parecen notas del canto gregoriano, y voces de los que ya no pueden hablar... Miles de lenguas mudas llaman con el vibrar del bronce desde el Campo Santo... Todo el pueblo se sumerge en la sombra de lo que fué... Tornan los que pasaron, y el heredero tiembla imaginando que el heredado va a ocupar su sillón en la mesa, cuando llega la hora de la cena. Hasta la taberna calla. Los ebrios beben silenciosos. El avaro usurero se esconde, temblando de los que él mató con la daga del desahucio.

Las inmensas angustias humanas, las de los vencidos y las de los victoriosos, pasan en ronda lúgubre por las callejas de la aldea. Cientos de siglos se juntan en esa hora de la prez. Los que pelearon por Carlos V, los que fallecieron en la postrer jornada del Fondak, los letrados de las Chancillerías de los Felipes, las Monjas que siguieron la doctrina de la Santa de Avila, los nautas de la Descubierta, el poeta que habla en verso, el labriego que componía sus rimas sobre el terruño, guiando el arado, el maestro que vertía la doctrina, el tirano que la avillanaba... Todos van en la danza fúnebre... Y allá, en la iglesia oscura, el sacerdote solicita de Dios magnánimo el perdón para el pecado de ayer, como para el pecado de los siglos lontanos.

En la negrura de la noche caen de los altos lágrimas de fuego. Son los dolores de los penados, de los que sufren la ausencia de Dios... Ellos gimen, ellos padecen... Y esas lágrimas brillan, un punto. Luego se borran.

Hervidero terrible de martirios, vorágine de amarguras... Los que sufrieron arriba, sin el contento de ofrecer su pena al Señor, continúan sufriendo abajo porque es Ley Divina que así sea. Sólo hay en el Cielo una puerta abierta al ser humano: la que tiene en su frontis este rótulo: "Renunciación".

Y cuando la última campanada retumba en las calles sin alumbrado, parece que el remordimiento comunal tiembla en el corazón del hombre...!

EL AMOR Y EL DINERO

¿Cómo debemos nosotros juzgar a la mujer que se "casa por interés", según la frase consagrada?

Creo que debemos contestar resueltamente: con un criterio mucho menos riguroso que el que la sociedad, hipócritamente, venía empleando hasta ahora.

Exceptuemos, claro es, de nuestro modo de pensar aquellas mujeres que, violentando todas las razones afectivas, morales y hasta estéticas se unen por la sola razón del dinero, a hombres a quienes odian, degenerados y físicamente repugnantes. De esto no hay que hablar. Pero la mujer que al reflexionar sobre un hombre, al que se siente insistentemente atraída, piensa en su pecunio y aun hace pesar esta circunstancia importante, quizá decisivamente, en su resolución afirmativa o negativa, ¿está en el mismo caso despreciable? Repitamos que no. El dinero, como la gloria, es la expresión práctica del éxito; por lo que puede adjudicarse un sentido biológico legítimo a la atracción que el caudal copioso, como el renombre social, ejercen sobre la mujer que busca su compañero.

A veces, muchas veces, el dinero no representa éxito social alguno, ya lo sabemos, sino tan solo una herencia inerte.

Pero aun entonces, el poseer una gran fortuna lleva aparejada una cierta preponderancia social, secundaria, pero indudable.

Por triunfar se puede ser rico; pero siéndolo, se puede triunfar con gran facilidad. Y en todo caso, el tener dinero es un elemento necesario para cumplir el instinto radical de la maternidad. Quizá no lo era en los tiempos antiguos; pero ahora sí, y cada vez de un modo más perentorio.

Por todo ello, el oro va acercándose cada vez más a la categoría de los elementos, no ya de primera necesidad, sino de necesidad radical, biológica, como la salud, sin la cual, como sin el dinero, se puede también ser madre, pero de un modo imperfecto.

Estas ideas van encontrando cada vez más una justificación social extensa, a medida que las dificultades económicas de la vida se hacen más agudas; y su expresión exacta está en las siguientes palabras, que Prevost, en un reciente estudio sobre la mujer de la época actual pone en labios de una muchacha que ha rechazado a un hombre que le agradaba al enterarse de que no tenía fortuna:

"Nada de lo que digo es extraordinario. Si yo hubiera sabido que en su familia había una enfermedad hereditaria, tampoco hubiese sido su culpa y todos habrían encontrado muy natural mi frialdad repentina. Pues la falta de fortuna es también una tara. Es algo incompleto y malsano. Así pienso yo, y muchas conmigo".

En realidad, esta misma tesis fué sostenida por Schopenhauer al comentar el refrán español: "Quién se casa por amores ha de vivir con dolores". Sucede lo contrario—dice—cuando se trata de matrimonios de conveniencia, arreglados por interés ,por las familias". Se equivoca, sin embargo, Schopenhauer, a nuestro juicio, al suponer que esta dicha que da el dinero se logra a costa de un perjuicio para la especie. Por el contrario, la especie es la que sale principalmente ganando de que nada falte en el hogar. La mujer que se casa por dinero, sacrifica su propia felicidad al bien de la descendencia. Dice el gran filósofo de Dantzig —una frase muy conocida—que en esa mirada analítica con que un hombre y una mujer jóvenes se escudriñan al verse por primera vez, se siente el genio de la especie, que medita. Pues bien: en esa meditación del genio de la especie entra, sin duda, al lado de la consideración de las cualidades psíquicas y físicas de los presuntos amantes, el arqueo de sus recursos económicos.

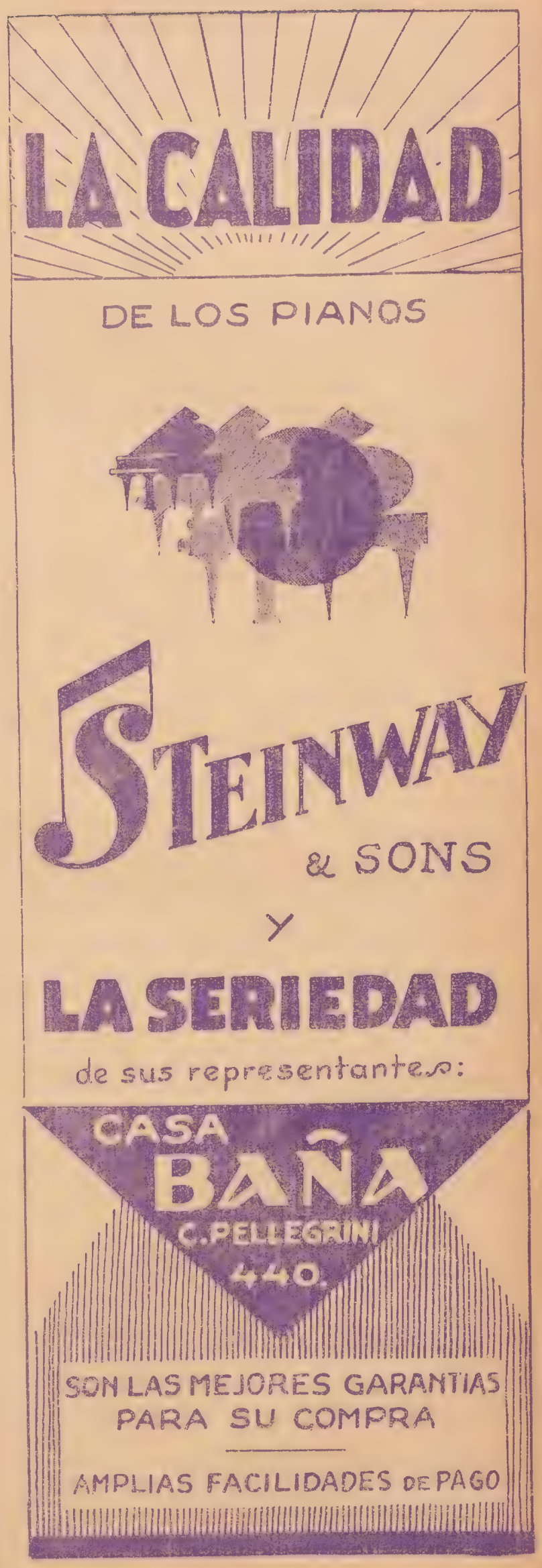
El equilibrio económico pasa, pues, a ser un punto de atracción. Y como, en general, se logra sólo en edades post-juveniles, el campo cronológico de la sugestión masculina se ensancha considerablemente.

Gregorio MARAÑON

LOS DOS ENEMIGOS

Tan grande era el odio que se profesaban dos hombres que, habiéndose visto obligados a efectuar un viaje por mar en la misma embarcación, el uno se fué a popa y el otro a proa, por evitarse el disgusto de mirarse. Desencadenóse de pronto una furiosa tormenta que puso en gran peligro el buque, y en un momento en que parecía iban a perecer todos, el que se encontraba en la proa preguntó al piloto qué parte del navío era la primera que desaparecería en el agua, porque, si era la proa, donde su enemigo se encontraba, sucumbiría por su parte contento, con tal de haber visto perecer antes a su aborrecido contrario.

El odio anula el raciocinio y todo sentimiento de nobleza e hidalguía.



El secreto de Carlos

Por *Andrés González* [illegible]

Mon rêve familier...

Paul Verlaine.

Entre los muchos amigos que concurríamos al café con asiduidad incomparable, ninguno tan interesante y de vida tan misteriosa como Carlos Peñalver, abogado en ejercicio, gran conquistador de señoras casadas y libertino impenitente.

Carlos era alto, esbelto y no muy agraciado de rostro, con modales de gran señor y gestos de hombre gastado de vivir. Vestía siempre con pulcritud exagerada, gustaba de lucir corbatas magníficas y camisas de seda deslumbradoras, y exhibía cada temporada tres o cuatro ternos flamantes. En suma; un muchacho "bien", que podía presentarse en todas partes, siendo acogido con satisfacción por las muchachitas casaderas...

La vida de Carlos era más bien vida de crápula que vida ejemplar... Retirábase siempre tarde, y andaba engolfado en aventuras y trapicheos galantes. Apenas había *demimondaine* que no le conociese. Se había pasado la mitad de su vida en cafés y en casinos.

Mas, siendo él de vivir tan borrascoso, chocábamos mucho oírle defender las teorías más sensatas y juiciosas en punto a moral. No consentía, ni en broma, tolerancia y lenidad para las costumbres de disipación y libertinaje, que él practicaba y que constituían el núcleo de su vida.

Sobre todo con las mujeres era inflexible. Apenas se hablaba de una bailarina que había dado un escándalo público o de una cupletista que cantaba tonadas escandalosas y algún chusco de la reunión comentaba el donaire, ya teníamos a Carlos, al vicioso Carlos, montando en cólera, hecho una furia, increparnos:

—Vosotros, muchachos fuertes y jóvenes, no comprendo como podéis alabar las gracias, o mejor dicho, las porquerías de una mujer soez.

—Pero, Carlos — solía interrumpir alguno, un poco picado — que tú no eres un anacoreta, ¡por Dios Santo!...

Una tarde de invierno y de lluvia, ¡cómo se nos puso porque un contertulio comentó frívolamente el rasgo de *La Bella Coquito*, exhibiéndose desnuda en una fiesta íntima, ante una concurrencia de jóvenes majaderos!

—Mentira parece que ni siquiera nombréis a esa desdichada, ni le riáis la gracia puerca que tiene en todas sus cosas...

Una carcajada estentórea resonó en el café, porque era voz pública entre nosotros que Carlos, recién llegado a la capital, había sido amigo íntimo de *La Bella Coquito*...

Oye, Carlos — le dijo uno del grupo — pero tú, ¿no tuviste que ver algo en tus tiempos con esa muchacha?...

—No por eso dejaría ella de ser una desgraciada y una puerca — replicó Carlos, con bello giro de discreción.

Una noche nos quedamos solos él y yo, sin duda porque la lluvia retenía en sus lejanos domicilios a los contertulios.

Largos trallazos de lluvia fustigaban las vidrieras. A través de los visillos medio corridos se veían cruzar transeúntes, acongojados bajo el peso de sus paraguas y de su murria climatérica.

Esta noche de lluvia y de borrasca nos evocaba noches de provincia, en que nos acogíamos a la paz de los saraos mesocráticos, de las tertulias sentimentales, donde se cantaban arias de ópera italiana y romanzas dulzonas de Paolo Tosti. Nos encontrábamos más apacibles y más provincianos, más limpios de la roña libertina de la vida ciudadana. A la melancolía que infiltraba el ambiente añadíase la sensiblería de un vals de Waldteufel, resonando en el piano de cola, largo y negro como un ataúd. Estos valses de Waldteufel, yo no sé qué tienen que, en vez de invitar a la alegría y al amor, despiertan los recuerdos de felicidades pasadas y hacen llorar por ternuras de algo presentido y no realizado...

Amortecidos de frío y de tristeza, pensamos salir del café. Nuestras palmadas resonaron en el vasto y frío silencio. Bien embutidos en nuestros impermeables, salimos a la fangosa callejuela donde el café está hundido.

Yo sentía deseos de conocer la vida íntima de Carlos, aquel muchacho tan extraño y complejo que, siendo un depravado, predicaba doctrinas de anacoreta. Peñalver era discreto, discretísimo (hasta rayar en lo impenetrable), en orden a su vida privada. Jamás le oímos hablar de su familia, ni supimos si vivía solo o con ella, si habitaba en una sórdida casa de huéspedes o en un hotel elegante. Le veíamos siempre en facha de hombre mundano, bien vestido, bien alhajado, bien portado, con aire satisfecho; y no podíamos penetrar en el sagrado de su vida de hogar y de sus menudencias caseras. *Secretum meum mihi*, parecía decirse, como todos los místicos y los enamorados... de verdad. "Mi secreto para mí.."

Mi curiosidad era grande por conocer las intimidades de Carlos Peñalver. ¡Era un muchacho tan interesante, tan fino, tan mundano y, a la vez, tan recto en sus ideas morales! Indudablemente, allí había "gato encerrado", me dí a pensar; algún hondo conflicto, algún serio problema había en su vida, alguna misteriosa tragedia, algún secreto formidable, que le hacía ser como era y pensar como pensaba...

Por el camino, mientras la lluvia nos azotaba el rostro y el viento alzaba en alto los bordes de nuestros impermeables, seguimos razonando el mil veces trillado [illegible]:

—Tú, Carlos — le preguntaba yo — ¿crees que una mujer que se entrega a un hombre, pero a uno solo, sin esperanza de recompensa, es honrada?...

—No preguntes cosas tan absurdas, querido amigo. No hay más que una clase de mujeres honradas: las honradas. Aunque esto parezca una cosa gedeónica y axiomática, no lo debe de ser mucho cuando hay quien lo discute... Toda mujer es honrada mientras sabe contenerse; deja de serlo desde el momento en que no se contiene...

—Pero, Peñalver, las mujeres son de carne y hueso como nosotros; no son ángeles...

—Yo, de adolescente, he soñado que eran ángeles, y la mujer a quien yo quiera de verdad tiene que serlo..., o por lo menos aproximarse mucho...

—Ese es un bello ideal, y nada más...

—Pero la mujer, si no es un bello ideal, ¿qué es?...

—Hombre, Carlos, exageras; además hay muchas circunstancias atenuantes en la caída de la mujer. No todas caen de igual modo. Figúrate una mujer joven, fuerte y con un novio que la agrada mucho, que la promete matrimonio, que es aceptado y visto con agrado por la familia, que la adora, que la canta al oído bellas mentiras. Esa mujer, ¿dejará de ser honrada porque, llena de pasión y de maternal ternura, se entregue a ese hombre?... ¿Eres capaz de decir que esa mujer no es hon[illegible]?

—No, no; resueltamente no, y mil veces no... Hemos llegado a casa... ¿Quieres subir y charlamos un rato, discutimos y leemos algo? Yo no tengo sueño esta noche...

—Bien; subamos...

Habíamos entrado en una calle quebrada y sórdida, mal pavimentada, con aceras estrechísimas, sobre las cuales los aleros dejaban caer grandes goterones, que resbalaban cristalinamente. Estábamos ante una casa de humilde aspecto. Carlos sacó la llave y abrió la puerta de la calle. Una escalera de caracol, toda resquebrajada por la humedad, en la cual nuestros pies se hundían, haciendo retemblar los peldaños..., conducía al piso.

Abrió en el cuarto piso Carlos, y penetramos por un pasillo lóbrego y oliente a humedad. En dos de las habitaciones, que tenían puertas a este pasillo, una rendija de luz brillaba. Carlos, un poco perturbado, avanzando delante de mí con una cerilla, me guiaba. Con voz algo temblorosa, me dijo, señalándome a cada una de las puertas:

—Mira, aquí duerme mi madre... Y aquí duerme mi única hermana...

Entramos en un despacho modesto, con una mesita llena de papeles y dos estanterías cuajadas de libros en estudiosa profusión y desorden, que acusaban hábitos de lectura en el dueño. La luz amarillenta de un quinqué de petróleo daba a la habitación un aire recogido de un gabinete de trabajo. Se adivinaba que en aquel pobre cuarto silencioso se debía leer y trabajar muy a gusto...

Sobre la mesa había dos retratos: uno representando una mujer pálida, rubia y débil, casi una niña, al pie del cual se leía: "A mi hermano del alma Carlos, su hermana Lola..." El otro era la efigie de un mozo alto y gallardo, con apostura marcial y uniforme de guardiamarina. A un ángulo de la fotografía leíase: "A mi futuro hermano Carlos, con todo el reflejo de simpatía y cariño, que a su hermana profeso, Luis Falcón, 15 septiembre 1921."

Me senté ante la mesa, frente a Carlos, y éste me ofreció un cigarrillo khedive. El humo aromático de este cigarrito parecía contrastar con la ruindad de la habitación mal alhajada, con sus sillas tristes y todo el ambiente que allí flotaba de clase media mal nutrida y mal cuidada, que sólo aspira a libertarse y ascender a una vida mejor...

Continuamos discutiendo, como si el problema aquél nos obsesionase de una manera personalísima.

—¿Tú crees de verdad que una mujer no es honrada... si se entrega a un amante de corazón y luego se dedica a vivir solamente para el fruto de sus amores?...

Hubo una pausa. Un fósforo restalló en el silencio.

—No, no; resueltamente no — contestó Peñalver.

En la alcoba vecina se oyó entonces un llanto de niño, un llanto oprimido y angustioso, de esos llantos que tienen los niños en las pesadillas; y entre las lágrimas sonaba una voz pueril, clamando acongojadamente:

—Mamá, mamá, mamá...

Carlos quedó silencioso y abrumado un minuto, como comprendiendo que yo había adivinado todo el secreto de su vida triste y disoluta, de sus teorías morales tan en disonancia con la realidad de su vida, lo mismo en el hogar que en la calle...

De nuevo la voz infantil sonaba, insistente y afligida:

—Mamá, mamá, mamá...

La lluvia tintineaba en los cristales de la ventana. El viento soplaba con lúgubre ulular de maldición...

Y Carlos comenzó a contar la historia de su hermana...

El cumplimiento del deber

I

Con su banderola en la mano, el guardabarrera esperaba ante su casita el paso del tren de El Havre.

El tío Benito es completamente feliz en aquel momento.

Su hijo Víctor, maquinista de la Compañía, conduce por primera vez su máquina.

Además, le trae el primer fruto de su matrimonio, un precioso recién nacido, del que ha de ser padrino el abuelo.

De pronto vuelve el anciano la cabeza.

Un tren vuelve a contra vía, mientras se oye el rugido de otro tren que también avanza rápidamente. La tierra tiembla y la catástrofe es inevitable.

El padre, lleno de terror, se precipita agitando su banderola reja ante la máquina en la cual cree reconocer a su hijo.

¡Ya es tarde para todo!

Chocan los dos trenes, estallan las calderas, y a los ojos de su padre desaparece el hijo en la espantosa explosión, que rompe todos los cristales de la casilla.

Víctor ha perecido en su puesto como un valeroso soldado.

II

Han transcurrido diez años.

Con su banderola en la mano, el guardabarrera espera ante su casilla el paso del tren.

A pesar de las terribles angustias que ha sufrido, el tío Benito vive todavía.

Unicamente se sonríe cuando a la caída de la tarde un chicuelo, al regresar de la escuela, se le presenta, y abrazándole le dice:

—¡Buenas tardes, abuelito!

Aquel niño es el único resto de su pasada ventura.

En medio de los escombros y de los cadáveres quemados y calcinados, había encontrado al recién nacido, salvado milagrosamente de la catástrofe.

Precipitóse sobre él como un avaro sobre su tesoro y se lo llevó a su casilla, donde le prodigó todos los cuidados y atenciones que el caso requería.

Miguel constituía su consuelo, su esperanza, su vida entera.

III

Ha llegado la época de las grandes maniobras. Los soldados ocupan la llanura, y durante un descanso un oficial se acerca a la casilla.

Es un hombre joven todavía; pero con la cabeza prematuramente cana.

El oficial interroga al niño, que se halla ante la puerta, y le pregunta:

—¿Qué edad tienes?

—Diez años, mi comandante.

—¡Diez años! Esa sería la edad de mi hijo.

El comandante suspira...., vacila, y dirigiéndose al guardabarrera, le dice:

—¿Hace mucho tiempo que sirve aquí?

—Veinte años, mi comandante.

—¿Asistió usted a la catástrofe de 1884?

—Soy el padre del maquinista que conducía el tren, y éste es su hijo.

—He evocado, sin quererlo, un recuerdo doloroso. Dispénseme usted. Mi mujer y mi hijo perecieron también en el siniestro.

Estimulado por aquella igualdad de infortunio, el comandante le refirió su historia.

Gravemente herido en la toma de Sontay, no supo la desgracia que le afligía hasta su vuelta de Tonkin.

—Mi mujer iba acompañada de un recién nacido que llevaba al cuello una medalla bendita, con la fecha de su nacimiento: "20 de Junio de 1883".

—¿Qué tiene usted, abuelo? — preguntó el muchacho — ¿Se ha puesto usted malo?

—No es nada. Vete a jugar.

Y balbuciendo una excusa relativa al servicio, el anciano se dirigió a la barrera, mientras el comandante se alejaba.

IV

Con su banderola en la mano, el guardabarrera espera ante su casilla el paso del tren de El Havre.

Está allí como un autómata, mirando sin ver, escuchando sin oir, e hipnotizado por una sola idea.

No piensa más que en la medalla y en la fecha, hasta entonces incomprensible para él, que guarda en un cajón como una reliquia.

El niño a quien salvó, el niño que constituye su alegría, su consuelo, su vida, no es su nieto. ¡Miguel, su querido Miguel al que adora con profundo amor, es un extraño para él! ¡Pero no eso no es posible!

Miguel le pertenece y no se lo cederá a nadie.

Una mano se deslizó de pronto en la suya.

—¿Está usted enfadado conmigo, abuelito?

—No, hijo mío.

—¿Sigue usted mejor? — preguntó otra voz.

Apoyado en la barrera, el comandante espera también el paso del tren, de aquel tren maldito que había destruído toda su felicidad. Y el tren pasa como un relámpago.

Suenan las cornetas, y cuando el comandante, ignorando el drama que se agita en el cráneo del anciano, tiende la mano al guardabarrera, coge éste en brazos al niño, y con voz ahogada por la emoción, exclama:

—¡Abrace usted a su hijo!

Tanto el maquinista, destrozado en su máquina, como el abuelo, cruelmente herido en lo más íntimo de su corazón, se habían sacrificado de un modo heróico en el cumplimiento del deber.

Arturo DOURLAC

LA MUNDIAL

consagrada una vez más como la más grande é importante Organización Argentina de Seguros sobre la Vida ha realizado en los últimos 12 meses

3.601 pólizas

de nuevos seguros de vida por

$ 30.141.000.00. c/l.

Treinta millones ciento cuarenta y un mil pesos

Cantidad de pólizas y suma de capitales asegurados no alcanzada jamás desde que el Seguro de Vida existe en el país, por ninguna Compañia Nacional ni por todas las Compañías Extranjeras establecidas en el país juntas.

Dirección y Administración:

Avenida de Mayo 749

(Pasaje La Mundial)

Salve sus piés

de dolencias tan comunes como durezas, callos, juanetes, hinchazones, congestiones, grietas, ojos de gallo, uñas encarnadas, etc., tomando todas las noches un baño de piés caliente donde se ha disuelto un puñado de

(Sales sanativas)

Su acción es generalmente notable, dá una sensación de bienestar y descanso asombroso.

Con Tarborats los piés se descongestionan, la sangre circula, los callos y durezas se ablandan y los juanetes y uñas encarnadas se desinflaman

En todas las farmacias a $ 2.60 el paquete

Farmacia Franco-Inglesa

MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida — Buenos Aires

2 de Noviembre

"Ultimo tributo"

Conferencia del embajador de España señor de Maeztu

Con el auspicio de la Unión Comercial Argentina, el embajador de España don Ramiro de Maeztu, pronunció en el salón de actos de la Bolsa de Comercio, una interesante conferencia que versó sobre "Las exposiciones de Sevilla y Barcelona". El conferenciante acompañado del intendente municipal señor Cantilo y de otros caballeros, al iniciarse el acto.

Un aspecto del numeroso y calificado auditorio que escuchó la disertación del señor de Maeztu

Banquete del Automóvil Club Argentino

Vista parcial de las mesas durante el banquete servido en honor de los miembros salientes de la comisión directiva del Automóvil Club Argentino, señores Motto, Liberti, Blanco, Sahores, Sojo, López Goitia, Luro, Fernández, Trabujo, Scarpellini, Escala y Pippa, que recientemente terminaron su mandato.

CERTAMEN LITERARIO

La sociedad Popular Educadora de Liniers, meritoria institución que viene desarrollando una eficiente acción cultural y educativa, mediante la enseñanza gratuita a gran número de alumnos, organizó un segundo certamen literario interesante torneo en que tomaron parte diversos escritores y cuya asignación de premios dió lugar a una lucida fiesta. — De izquierda a derecha: señor B. Firpo y Firpo, colaborador de "Fray Mocho", que obtuvo el primer premio para cuentos cortos; señorita Josefina Riccardi, a quien se adjudicó el primer premio del tema "La obra educacional de las escuelas populares"; señor Carlos José Chiola, que alcanzó el primer premio para el mejor soneto.

Nota Social

Sra Juana Cebrian Goyanes

de Prieto del Rio

El Dr. Antonio Bermejo

Una prestigiosa y consular figura desaparecida.

Con la muerte del Dr. Antonio Bermejo acaecida el 19 del mes próximo pasado, ha perdido la ciencia jurídica argentina a uno de sus más grandes e ilustrados cultores y la magitratura nacional a uno de los funcionarios que con dignidad tan apacible como austera, fué durante el último cuarto de siglo acaso, el guardián más celoso de las instituciones del país y el que supo con mayor fuerza social, enaltecer no solo su eminente jerarquía judicial, sinó elevar también, por su cultura, su ilustración, su talento y su noble conciencia el concepto y el prestigio de que gozan los tribunales de la Nación.

Diputado nacional cuando todavía no había llegado a la segunda juventud, el Dr. Antonio Bermejo fué llamado poco después a ejercer un ministerio; y si bien como legislador y como colaborador directo en este último cargo de un gobierno al que prestó eminentes servicios se consagró como un orador de nota y un trabajador incansable en las arduas tareas que se le encomendaran, su personalidad verdadera y ejemplar no aparece en el escenario del país, sinó desde el instante en que es elegido presidente de la Corte Suprema de Justicia, cargo en el que durante cerca de treinta años, consolidó, en la jurisprudencia argentina, las normas jurídicas en que se basa la jurisprudencia de la Nación y las leyes sustanciales que acreditan su adelanto y progreso.

La figura consular del Dr. Bermejo al extinguirse deja un inmenso vacío en la magistratura del país; pero la austeridad de su vida y la eminencia de su obra, iluminarán por muchos años aún la mente y el corazón de las generaciones argentinas, señalándoles el verdadero camino a seguir en el servicio de la patria ¡a cuya grandeza y honor tanto contribuyera la brillante y noble personalidad que acaba de desaparecer.

Don José Batlle y Ordoñez

A una edad avanzada y sin que por ello hubieran sufrido disminución alguna su singular dinamismo ni su robusta personalidad cívica que lo colocó entre las grandes figuras políticas continentales, falleció el 20 del mes ppdo. en Montevideo Don José Batlle y Ordoñez, ex presidente de la República Oriental del Uruguay durante dos períodos constitucionales y jefe insustituible de un partido cuya fuerza poderosa al servicio de superiores ideales, llena por así decirlo toda la historia del progreso institucional y la etapa más importante de la organización política del país hermano.

Diputado en 1887, senador por Montevideo en 1906, presidente de la República en 1903 y 1911 por segunda vez, el señor Batlle y Ordoñez, periodista y revolucionario que a su hora supo sufrir con rara entereza de ánimo los rigores de la adversidad y del exilio, pocas vidas tan intensas como la suya, pudieron prestar a su país el cúmulo de servicios que acusa la trayectoria pública del eminente estadista rioplatense que acaba de desaparecer.

Con posteridad, fué también don José Batlle y Ordoñez, presidente del Consejo Nacional de Administración como consecuencia de la reforma constitucional operada y de la que fué acaso el más decidido propulsor; y actuando nuevamente en el periodismo como director de "El Día", se convierte una vez

más, cuando se le suponía ya agobiado por la vejez y el cansancio en eje principalísimo alrededor del cual giraron hasta el instante mismo de su muerte, los intereses y los postulados de las fuerzas políticas tradicionales de su país.

Ha muerto el eminente político uruguayo, después de llenar meritoria y valientemente, un amplio ciclo de la evolución institucional de su patria; y su figura de relieves continentales al desaparecer no solo enluta al pueblo del país hermano a cuyo servicio se consagró por entero, sino que la democracia pierde, con la extinción de tan ilustre vida, a uno de sus puntales más decididos y típicos, que con su acción y su ejemplo, elevaron el prestigio cultural y el nivel político de los países libres de esta parte del continente americano.

Viajeros

Ausentóse para Bolivia el cónsul general de dicho país Doctor Alfredo Palacios Mendoza

En viaje de descanso, y con el propósito de visitar su país del que se halla ausente desde hace algún tiempo, acaba de ausentarse para Bolivia, el cónsul general de dicho país en el nuestro, doctor Alfredo Palacios Mendoza.

Vinculado estrechamente a nuestros más destacados círculos sociales, diplomáticos y literarios, goza el señor Palacios Mendoza en todos ellos, de singular prestigio y simpatía, no sólo por sus relevantes prendas personales que lo acreditan como uno de los representantes extranjeros de mayor cultura y más brillante actuación, sino por sus condiciones de caballerosidad y don de gentes que lo han hecho acreedor a la alta consideración y respeto de sus connacionales y amigos.

Es por lo demás, el doctor Palacios Mendoza, un publicista de nota y un escritor de estilo personalísimo y galano. — Sus producciones, que más de una vez han honrado las páginas de nuestra revista de la que es sincero y gran amigo, han merecido en repetidas oportunidades el elogio de la crítica, y en su país, a cuyo movimiento literario se halla también extensa y profundamente vinculado, considérase la obra del señor Palacios Mendoza como una de las que más han contribuído al prestigio cultural de la República en los últimos tiempos.

En el momento de partir, el distinguido viajero fué saludado por numerosísimos amigos que habían concurrido al efecto, testimoniándole una vez más el aprecio y la consideración de que goza y el afecto que entre nosotros ha sabido grangearse, a través de una actuación tan lucida como meritoria y correcta.

Partió con destino a Orán, don José Prieto del Rio, cónsul de España adjunto

Dentro de breves días, emprenderá viaje a Orán, donde ha sido trasladado, don José Prieto del Río, cónsul de España hasta hoy, adjunto al consulado general de la República Argentina, una de las figuras de más arraigo y prestigio en nuestro país, al que se halla vinculado desde hace cerca de tres años, a través de una labor constante, tesonera y meritoria.

Iniciado en la carrera consular el año 1911 en que fué destinado a Italia, pasó un año después, a Londres, donde por varios años desempeñó las funciones de vicecónsul, hasta 1916 en que fué trasladado al Havre, como cónsul de segunda clase, ascenso a que se hizo acreedor por sus singulares condiciones de laboriosidad e inteligencia. Nuevamente ascendido en 1920, fué destinado en carácter de cónsul de primera clase al Ministerio de Estado de Madrid, donde se le confió el cargo de subjefe del personal, y en el que tuvo oportunidad de destacarse como un funcionario de méritos sobresalientes. — Tal circunstancia, hizo que al crearse el puesto de cónsul adjunto en Buenos Aires, fuera designado para desempeñarlo el señor Prieto del Río, en el año 1926.

Secretario del Ateneo de Madrid y vicepresidente de la sección de Ciencias Morales y Políticas de dicha importante institución, le consagraron, durante su actuación en su patria, como un intelectual de nota y un estudioso de talento y prestigio. — Su obra desde este punto de vista es amplia y meritoria y su nombre ha merecido repetidas veces, justicieros elogios

El señor Prieto del Río ha sido condecorado, por lo demás, varias veces, no sólo por su gobierno sino por el de los países ante los cuales ejerció la representación consular de su patria, contando, entre otras distinciones honoríficas, con la Medalla de Oro de Ultramar, la de la Corona de Italia y la de la Legión de Honor.

El Museo Nacional de Bellas Artes, adquiere una nueva obra de Anganuzzi: "Cerril"

El Museo Nacional de Bellas Artes, acaba de adquirir últimamente, una nueva obra del pintor argentino Mario Anganuzzi, sobradamente conocido en nuestros círculos artísticos y que lleva ya consagrado justo renombre entre los que con mayores títulos y antecedentes, honran la pintura nacional.

Mario Anganuzzi cursó sus estudios en el colegio De Lasalle, y mostró, desde sus primeros trabajos una rara y singular inclinación intuitiva por el arte pictórico, en cuyos dominios penetró logrando merecidos elogios, con sus dos primeras exposiciones realizadas en el Salón Costa (1918) y en el Salón del Retiro en 1923. En estas exposiciones, sus telas eran alternativamente, de paisajes y figuras.

Trasladado luego a Potrerillos, provincia de Mendoza, en plena cordillera, dedicóse a la interpretación de los valles agrestes y de los picachos gigantescos, reuniendo sus trabajos en la muestra llevada a cabo en el salón Witcomb en 1925. En el año 1927, en Buenos Aires, Mendoza y Rosario, expuso de nuevo Anganuzzi, figuras y paisajes cordilleranos.

El Museo Nacional de Bellas Artes lleva adquiridas tres telas de Anganuzzi: "Duraznos en Flor" (1919), "Oro en las Peñas" (1927) y "Cerril" (1929), expuesto actualmente en el Salón Nacional. Anganuzzi se halla además representado en el Museo de Paraná con el cuadro intitulado: "El rancho de D. Cipriano" y en los museos de Santa Fe y Mendoza.

Ha merecido el honor del premio en los Salones Nacionales de Buenos Aires y en el Anual de La Plata. Actualmente se encuentra instalado en Chilecito, provincia de La Rioja, preparando una nueva exposición. Desde allí el año pasado y el presente ha remitido telas al Salón Nacional: "Cerril" y "El Afincado", que le valieron justos elogios por parte de la crítica.

La pintura humorística - Exposición Agrelo

La pintura humorística cuenta en nuestro medio artístico, con algunos cultivadores que han logrado destacarse en el género con producciones encomiables, que no dejan de acusar cierta originalidad de estilo, dentro de su acentuada comicidad. Una prueba de ello nos la ofrece la serie de acuarelas festivas que el día 7 del actual, expondrá en el salón de "Los Amigos del Arte", bajo el seudónimo de "Braulio Peralta", el conocido dibujante señor Daniel Marcos Agrelo. Todos los mencionados trabajos están inspirados en motivos camperos, como podrá apreciarse por el cuadro que reproducimos y que lleva por título "La enramada", bajo la cual un lote de expresivas lecheras, busca reparo a los ardores del sol y... a los tábanos de la crítica. A la derecha: el joven artista Daniel Marcos Agrelo, autor de las pictóricas bromas.

El Conservatorio Nacional de Música y Declamación

Su obra en la formación del ambiente lírico argentino. Algunas observaciones a propósito de su funcionamiento y de las temporadas oficiales del teatro Colón

El maestro Carlos López Buchardo

Equiparado por la índole de sus estudios y la misión altamente artística que desarrolla a las instituciones de enseñanza superior, el Conservatorio Nacional de Música y Declamación que funciona bajo la eminente dirección del maestro Carlos López Buchardo, constituye por su organización ejemplar, por sus fines y por las derivaciones que de él pueden esperarse como factor y propulsor de la cultura espiritual del país, uno de los establecimientos que más honran su prestigio educacional y una de las instituciones llamadas en un porvenir cercano a ejercer eficaz y decidida influencia dentro del movimiento artístico de la República.

Creado entre otros fines de orden permanente con el propósito de proveer de cantantes a la escena del Teatro Colón hasta hoy tributaria del arte y de los escenarios extrangeros, esta patriótica finalidad por si sola bastaría, dentro de un concepto nacionalista bien entendido, para que la institución que nos ocupa mereciera como merece una viva y singular simpatía, y para que hacia su adelanto y progreso converjan en auspiciosa y necesaria colaboración, no solo el esfuerzo de los poderes públicos, sino la acción y la iniciativa privadas que en otras manifestaciones de la cultura argentina, han tenido tan óptimos y saludables resultados.

No sería necesario en efecto si la opinión y las autoridades se percataran suficientemente de ello, que los cantantes argentinos cuya capacidad podría competir en algunos casos con la de las figuras más sobresalientes del arte lírico mundial, se vieran precisados, antes de debutar en el escenario del Colón, a ir a buscar la consagración del público y de la crítica europeas. Un sistema de selección semejante, teniendo como se tiene en el país una institución de cultura artística de la índole del Conservatorio Nacional, resulta no solamente ilógica y reñida con los más elementales principios nacionalistas, sino que, contribuye o puede contribuir y en mucho a provocar el desaliento de profesores y alumnos, cuya dedicación, esfuerzo y calidades justifican, amplia y decididamente, la existencia y funcionamiento del establecimiento cultural que nos ocupa.

No podríamos sostener, en virtud de los comentarios anteriores, un exclusivismo cerrado para nuestros cantantes en el escenario de nuestro primer coliseo. Demasiado sabemos que en materia de valores artísticos, un criterio egoista en este sentido sería ridículo y contraproducente por añadidura. Se restaría a nuestro público y a nuestros artistas líricos, la oportunidad de apreciar y conocer altísimos valores extrangeros de cuya actuación se podrían obtener grandes y provechosas enseñanzas; pero queremos significar solamente y a ello vamos, de que no se debe imponer a los cantantes argentinos de calidad surgidos de nuestras propias aulas y de nuestro propio ambiente, la consagración europea como un título habilitante para presentarse ante el público del Teatro Colón, cuyas puertas debieron estar siempre abiertas por vía de patriotismo y de estímulo para quienes, sin necesidad de haber debutado en la Scala de Milán por ejemplo, acreditaran méritos artísticos suficientes para ser incorporados al elenco de nuestras temporadas oficiales.

Tan no es aventurada esta manera de pensar que en la actual temporada oficial de Primavera, tres alumnos del Conservatorio Nacional, discípulos del maestro Tulio V. Quercia — consagrado mundialmente como una verdadera autoridad en la enseñanza del canto — los señores Pedro Mirasson, Fidel Aiello y Víctor Damiani, se hallan trabajando con señalado éxito en el aludido escenario, y han merecido justos y merecidos elogios por parte de la crítica nacional y extrangera, no solo por la calidad y el cultivo que han demostrado de su voz, sinó por el dominio de la escena y sus complicados recursos que vienen acreditando a través de su actuación lucidísima.

¿Qué podría oponerse entonces para que esos mismos alumnos y otros que también se han destacado ampliamente actuaran en las sucesivas temporadas de nuestro primer coliseo? ¿Faltan acaso alumnos, faltan profesores, acaso autoridad artística en la dirección del Conservatorio Nacional?

De nada de esto carecemos afortunadamente. La personalidad artística de Carlos López Buchardo que como hemos dicho ejerce la dirección del mencionado instituto, es sobradamente conocida para que nos detengamos a examinarla. Largos y proficuos años de labor musical lleva consagrados al arte nacional, y sus éxitos líricos, que a su hora registró la crónica periodística, le han colocado a la altura de las figuras más destacadas de los compositores extrangeros, no solo como autor de partituras de mérito indiscutible, sino como crítico de ponderado espíritu y de profundos conocimientos artísticos. Y a su lado, en una obra de elevada y proficua colaboración que honra al prestigio del Conservatorio Nacional, actúan, con capacidad y consagración ejemplares, figuras prominentes de nuestros círculos literarios y artísticos, que más de una vez, por sus conocimientos y sus obras, ocuparon auspiciosamente la atención y el interés de altas personalidades europeas.

El Conservatorio Nacional entonces, debe tener y debe dársele el verdadero alcance y la verdadera autoridad artística, que en todas partes del mundo tienen las instituciones similares. Los alumnos que pasan por esas aulas, deben tener el estímulo de su consagración y su esfuerzo, y los profesores ver coronada su obra, con la satisfacción espiritual que proporciona, el triunfo de quienes confiaron a las fuentes de su experiencia y su saber, la educación y el perfeccionamiento de sus dotes y condiciones naturales.

La incorporación pues de algunos de estos dirigentes a la Comisión Asesora del teatro Colón a fin de que los intereses nativos estuvieran representados de cerca, sería por otr aparte un medio que unido a los con anterioridad mencionamos contribuiría a la creación del propio ambiente lírico nacional y a que nuestro primer coliseo fuera un reflejo fiel de los valores que actualmente tiene y podría tener en lo futuro, un país que como la Argentina dedica a su cultura artística cuantiosas y apreciables sumas de su patrimonio económico.

El personal directivo y docente del Conservatorio Nacional de Música y Declamación, está constituido de la siguiente manera:

Director: Carlos López Buchardo; Vicedirector: Enrique García Velloso; Secretario: C. Córdoba Iturburu; Profesores: Tulio V. Quercia, José André, Ricardo Rodríguez, José Gil, Arturo Luzzatti, Athos Palma, Floro M. Ugarte, Constantino Gaito, Cayetano Troiani, Pascual de Rogatis, José Torre Bertucci, Miguel Mastroggiani, Jorge Lalewicz, Rafael Gonzáles, Héctor Belucci, Esperanza Lothringher, Blanca Ch. de Portade, Jorge C. Fanelli, Aldo Romaniello, Luis V. Ochoa, Jorge Cabral, Germán de Elizalde, Rafael Peacan del Sar, Enrique T. Susini, F. Alsina Castellanos, Luis F. de Retana, Ernesto de la Guardia, Edmundo Weingand, Néstor Cisneros, Bruno Bandini, Alberto Schiuma, Alejandro Gamberale, Adolfo Morpurgo, Augusto Sebastiani, César A. Stiattesi, Leticia de la Vega, Helena Smirnova de Romanoff, Egon Hobert, Gustavo A. Caraballo, M. Rojas Silveyra, José Ojeda, Enrique De Rosas, Juan Pablo Echagüe, Joaquín de Vedia, A. Cunill Cabanellas, José González Castillo, Pilar Chica Salas, M. Mercedes Cortejarena, Alfonsina Storni, Sofía Kussrrow, Leopoldo Longhi, Arturo Capdevila.

La nueva constitución del gobierno fascista en Italia

Dino Grandi, ministro de Relaciones Exteriores.

Emilio De Bono, ministro de las Colonias

Alfredo Rocco, ministro de Justicia y Culto

Pietro Gazzera, ministro de la Guerra

Giuseppe Sirianni, ministro de Marina

Benito Mussolini, jefe del gobierno, ministro del Interior y Duce del Fascismo

Italo Balbo, ministro de Aeronáutica

Antonio Mosconi, ministro de Finanzas

Balbino Giuliano, ministro de Educación Nacional

Michele Bianchi, ministro de Trabajo Público

Giácomo Acerbo, ministro de Agricultura y Floresta

Constanzo Ciano, ministro de Comunicaciones

Giuseppe Bottai, ministro de Corporaciones

Se cumplirá el 19 del mes en curso, el 47 aniversario de la fundación de La Plata

En menos de medio siglo de vida, la nueva ciudad que fundara don Dardo Rocha se ha colocado entre las urbes de mayor importancia del país.

Doctor Dardo Rocha, fundador de La Plata

Cúmplese el 19 del mes en curso, el 47 aniversario de la fundación de La Plata, episodio histórico que todos los años se conmemora auspiciosamente, honrándose la figura consular del fundador Dr. Dardo Rocha, gobernador entonces de la provincia de Buenos Aires.

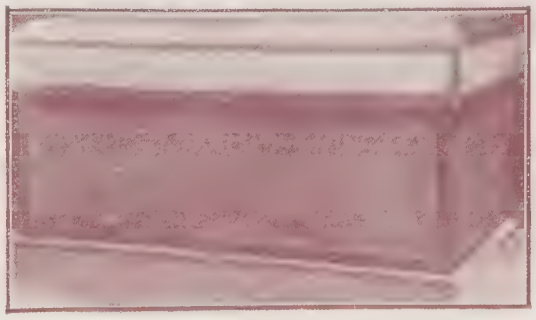
No es el caso de mencionar en los breves límites de una nota periodística como la presente, los innumerables obstáculos que hubo de vencer el esforzado fundador de la ciudad, hasta lograr realizar un proyecto que a su hora, por lo que tuvo de audaz fué solícita y despiadadamente combatido. Una nueva ciudad, abierta como quien dice a las mismas puertas de Buenos Aires, puerto populoso y base del intercambio comercial del país, de enorme potencialidad industrial y dueña de un comercio rico y progresista, pareció entonces un proyecto carente de toda posibilidad de realización práctica y más que todo, un proyecto que el porvenir, se encargaría de demostrar su irrefragable fracaso, absorbida la nueva ciudad y el nuevo puerto a crearse, por la vitalidad siempre creciente de Buenos Aires.

Fué necesario entonces que la aguda visión de estadista del gobernador Dr. Dardo Rocha, se consagrara por entero al triunfo de su idea, que él concebía, a pesar de la rudeza de la crítica y de los ataques políticos de quienes aspiraban a transformar a Bahía Blanca en Capital de la provincia, como capaz de dar márgen a la constitución de un nuevo y poderoso emporio industrial y comercial, que honrara, no solamente a ese estado argentino, sinó al país entero. Y por fin, conseguida la venia legislativa, acallada la grita que provocara el proyecto, triunfante a través de todas las vicisitudes, el Dr. Dardo Rocha pudo, el 19 de noviembre de 1882, colocar la piedra fundamental de la nueva ciudad, que declarada capital de la provincia de Buenos Aires, había de ser como ha sido, antes de medio siglo, la ciudad rica y populosa que hoy contemplamos, con todas las características y todos los progresos y adelantos de las grandes urbes.

Sobre la ensenada de Barragán, a solo 57 kilómetros de Buenos Aires, dueña de una población de más de ciento cincuenta mil habitantes, dotada de un puerto vasto y cómodo apto para la entrada de buques de gran calado, se alza hoy la ciudad de La Plata en plena actividad comercial, con sus calles rectas y bien trazadas cortadas por avenidas diagonales, embellecida por amplios y magníficos edificios. Y no hay para que insistir en detallar progresos que están a la vista de todos, ni características urbanas que la vida misma de la ciudad de La Plata, se encarga de popularizar día a día. Bástenos recordar en el día de hoy el auspicioso aniversario que nos ocupa como un homenaje a su infatigable fundador, cuya constancia y cuya visión de estadista, ha proporcionado a la provincia cuyos destinos rigió y al país del cual es una de las figuras más populares y prestigiosas, una ciudad por muchos motivos digna de la admiración y del orgullo nacional.

Soga empleada para el descenso de la piedra fundamental y bandera que flameó en el acto inaugural

Paleta que fué usada al colocarse la piedra

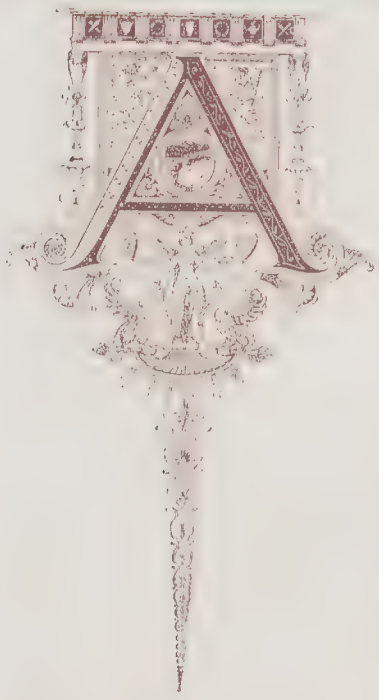


Facsimil de la piedra fundamental existente en la colección del doctor Rocha.

Pala que sirvió al doctor Rocha, al fundarse la ciudad el 19 de noviembre de 1882.

Del Dr. Baltazar C. Branca

Oración fúnebre pronunciada en representación de la Sociedad Argentina de Autores, en el funeral civil organizado por la Sociedad Argentina de Actores que se celebró el 21 de noviembre de 1922 en el Panteón de Artistas de Buenos Aires



Al adherirnos a la tradicional fecha consagrada por la piedad cristiana al recuerdo de los que fueron, publicamos la presente oración, inédita, pronunciada en la circunstancia que apuntamos. Su autor — el doctor Baltazar C. Branca — es un amoroso cultor de nuestras letras, conceptuosamente destacado por la crítica, en diversas oportunidades, con motivo de sus estrenos teatrales, la publicación de sus estimables ensayos en la novela, o de sus cuentos, forma literaria, esta última, en la que su sensibilidad y su visión de artista, han alcanzado su más alta expresión personal.

El hondo sentimento que esta oración ha despertado en el acto recordatorio a que nos hemos referido, por la emoción conque fué dicha en medio del profundo sobrecogimiento de los que la escuchaban y por todo lo que sugiere en nuestro pensamiento y en nuestro sentir, la reproducimos hoy, en memoria de aquellos a quienes se evoca en nombre de ese amor que florece el eterno recuerdo...

Señoras,

Señores:

Siempre fué el amor... Desde los remotos tiempos de la prehistoria, hasta nuestros días; desde la paliolítica, hasta aquel Egipto que del culto de sus antepasados hizo su más fuerte religión; que derrochó en sus sepulcros las maravillas de su genio arquitectónico y que creyentes en una "doble vida", solo pensaban en la eterna del Amenthés, donde se oraba a Osiris, a fin de que sus muertos fueran admitidos a la purificación que les permitiría, más allá, ver como ven las almas piadosas y oir como ellas oyen... Desde este Egipto que tan alto sentido dió a la muerte, hasta Grecia — donde según Platón, "un difunto era un espíritu convertido en una especie de divinidad que se invocaba como a un genio tutelar" que la incorporó a sus cultos para embellecerlo con las inspiraciones de su espíritu magnífico, levantando altares en Anthesterion, donde en oficios divinos, coronados de flores, ofrendaban a sus muertos cánticos armoniosos; que solían conducirlos, coloreadas las mejillas, sobre lechos de rosas y yerbas aromáticas, al son de sus clásicas flautas; que aromaban con perfumes sus sepulcros donde — en ofrenda de fidelidad o de amor — se rendían en tributo las más hermosas cabelleras...

De Grecia a Fenicia y Judea; y de estas, a toda la Cristiandad siempre fué el amor el que mantuvo vivo en el corazón de los pueblos la piadosa y consoladora tradición secular, de reservar un día a la recordación de los que fueron....

En nombre, pues, de este amor — hermanos que estáis aquí — y en fidelidad a sentimientos solidarios que un noble ideal fraterno nos confundió en vida al calor del abrazo familiar; que forjó la identidad de nuestros sueños y el florecimiento de comunes esperanzas; en nombre de todo esto es que los trabajadores del teatro, honrando su estirpe espiritual se han congregado en este sitio que llaman "del olvido y la igualdad" para rendir el mejor de sus homenajes en la reafirmación de ssu ideales ante vuestra memoria, con la misma unción con que se jura ante un altar, un libro o una bandera!

"Reino del olvido y la igualdad", dije, pero no... Oscar Wilde, había acusado ya, a los hombres, de no haber aprendido en su pobreza de imaginación para designar las cosas, a inventar bellas palabras, palabras justas...

Llamar "reino del olvido" a estos lugares de serenidad y de paz, es negar la hermosura de un sentimiento humano, con la injusticia de una amarga acusación: ¿qué significaría, entonces, esta doliente peregrinación de jóvenes, niños y de ancianos que en verdadera fiesta de almas, viene a componer con sus flores, sus plegarias y sus lágrimas, el poema viviente de la piedad y del recuerdo?....

Ni impera tampoco la igualdad desde que no sugieren los mismos pensamientos, ni la misma emoción, el block de piedra que solo dice del egoismo crudo del que sujetó su vida a las frías especulaciones del tanto por ciento y el sepulcro desmantelado y pobre del que, por haber recibido de Dios "un alma de poeta en cuerpo de mendigo", se ha hecho a su imagen para morir en la moral de San Agustín, o San Francisco de Asis...

No es lo mismo haber vivido en dolor y en humildad, por amor a la Belleza y la Justicia, que pasado por el mundo de espalda a ellas, sangrando con el doble filo del egoismo y la impiedad el corazón de los hombres...; ni la de serlo tampoco, llevar dentro todo el barro de este siglo utilitario, a vivir en oficio divino, regalando las armonías de un eterno florecimiento espiritual, como los pájaros que solo saben del encanto de sus trinos, o las estrellas que brillan en la majestad de las noches plateadas, para poner su nota de infinita poesía, en los cielos de Dios...

Afirma un filósofo que la muerte es fuente de toda filosofía y que sin ella "tal vez nunca hubiéramos filosofado". Sin embargo, nada más contrario a la consoladora suavidad de esos sentimientos que, por virtud de la fe — antítesis de la filosofía — desvanecen o alivian en nuestro corazón, el pavor misterioso de la muerte, con la alentadora visión de la esperanza....

Opongamos, entonces, a los secos razonamientos que pregonan la vacuidad de lo que, de más hermoso atesora el sentimiento humano, nuestra consoladora verdad — luz de esperanza que misteriosa estrella alumbra en nuestro espíritu — que sirve para querernos mejores; que nos dá la virtud de encontrarnos con Dios en la hora negra de nuestro escepticismo y desconcierto, esa verdad íntima en las ansiedades de la última hora: que la vida no termina en la muerte...

Decidlo, si no, los que lleváis vivo en vuestro corazón el recuerdo del ser querido que perdistéis un día que fué de amargas congojas: cuantas veces mientras sufriáis la torturante nostalgia de no verla, no os habéis estremecido ante la sombra fugitiva de vuestra madre que, como un angel bueno bajaba sobre vuestras cabezas su bendición? Y cuantas la fuerza del sentimiento trabajado por la visión del lugar vacío ante el blanco mantel familiar, no puso ante vuestra vista la imagen de la compañera que se fué, del hijo, o del hermano?...

No, armoniosa caravana de peregrinos de la belleza que os habéis dormido, la pupila encendida por la visión del último ensueño, no habéis muerto para nosotros... Y puesto que la muerte "es un nacimiento inmortal", solo os habéis transformado al llegar aquí, en ese ideal que, cantado por un hermano vuestro, "es la única cosa contra la cual se estrella la fuerza del tiempo, porque es una posesión de la eternidad..."

No habéis muerto... El pájaro azul que era ritmo y armonía en vuestras cajas perecederas, ha tendido sus alas hacia la selva ideal hasta cuya, nuestro espíritu asciende en horas de ensueño, para estar con vosotros...

Carmelo Carbone

Administrador del teatro cine "Grand Splendid"

Una de las salas más lujosas y de las más asiduamente concurridas por nuestro público de entre las muchas que se dedican al género cinematográfico, es sin duda alguna la del "Grand Splendid", propiedad de la firma Max Glucksmann y que se halla administrada por el señor Carmelo Carbone.

Pero sabido es que el público seleccionado como el que cuenta la sala del Grand Splendid, no concurre a determinados locales, atraído únicamente por la calidad del espectaculo, ni por el "confort" que pueda ofrecérsele, así sea, como en el caso que nos ocupa, de los denominados de primera categoría. Estas circunstancias, con ser fundamentales, no son únicas, sino que deben ir complementadas por la autoridad moral de una dirección intachable, cuyo prestigio debe acreditarse, mediante el trato continuo con el público que exige siempre una dedicación y contracción ejemplares.

Las condiciones del señor Carmelo Carbone, en este sentido, no pueden ser más apropósito. Su gentileza, su corrección, su buen gusto, son proverbiales entre los habitués de la aludida sala y nadie hay que deje de reconocer que una enorme parte del éxito y del prestigio adquirido por el elegante salón, débese al esfuerzo continuo y sistemático del señor Carbone, cuyo exquisito don de gentes, le han granjeado la estima y la consideración de todos.

Carmen Manrique

El éxito alcanzado por la primera figura femenina del teatro Mayo, Carmen Manrique, no tiene puede decirse precedentes. Su debut, en la elegante sala de la avenida de Mayo, fué al mismo tiempo su consagración, y nadie que haya tenido oportunidad de escucharla y de verla, podrá dejar de reconocer sus singulares dotes de cantante y actriz que la hicieron en poquísimo tiempo, la favorita de nuestro público.

Sus éxitos en los escenarios de España, por lo demás no podían sinó descontar su triunfo también en los escenarios argentinos. Carmen Manrique ha realizado en las tablas del género chico una carrera tan brillante como proficua y todo en ella reune las características de una verdadera estrella, de atractivos personalísimos y originales.

Demostración a la señorita Ventura

Vista parcial de la concurrencia que asistió a la demostración tributada a la educacionista señorita María Luisa Ventura por un grupo de amigas del cuerpo docente.

Bibliografia

Señorita Rosario Beltrán Núñez, autora del libro "La llama en éxtasis", que aparecerá en breve.

Nota de arte

Señor Aurelio Víctor Cincioni, joven pintor que acaba de exponer una interesante serie de cuadros, en la agrupación "Camuati"

Recital poético

Un aspecto de la sala del Príncipe Jorge, durante el recital poético dado por la señorita Fidela A. Sclari, a quien acompañó en el piano el señor Osvaldo De Santi.

Club social Tres de Abril

Grupo de señoritas que tomaron parte en el baile social, últimamente organizado por la comisión directiva del Club Tres de Abril.

Gente menuda

Raquel Haydée Marconi.

Quilmes Bock

La mejor cerveza negra

EN EL CEMENTERIO

Por *R. B. Girón*

El brazo de mi amigo se agitó como si una corriente eléctrica lo invadiese; se detuvo en seco, cual obedeciendo a un imperioso mandato. Su mirada, brillante por la fiebre, escudriñaba las grisáceas calles de nichos, ayer solitarias, silenciosas, en olvido; a la sazón animadas por grupos de mortales, fingidos, curiosos o abiertamente profanadores del reposo que se debe a los que fueron.

El tributo rendido antaño a los difuntos, en el reposo del hogar y en el religioso silencio del templo, se ha trocado en una de tantas fiestas casi gentílicas; hogaño se prescinde del recuerdo y del ruego; pero se visita la ciudad de los muertos ,del mismo modo que se va al Museo, de igual manera que se penetra en el teatro, en los jardines comunales o en cualquier lugar público.

¡Qué amarga es para el espectador que siente, la visita al cementerio de la gran urbe, en día semejante!...

El pálido rostro de mi amigo se animó de súbito.

—¿Ve usted eso? — díjome señalándome con mal reprimida ira los bulliciosos y abigarrados grupos de curiosos que recorrían las calles, comentando a voces, desvergonzados, las inscripciones de las lápidas.

Y soltando mi brazo se dirigió a uno de los ángulos, apoyó su frente contra el frío mármol y dos lágrimas que partieron de sus ojos fueron a estrellarse contra la pequeña repisa del nicho.

—Vamos — profirió luego, volviendo a apoyarse en mí. La bestia humana no deja ni reposar a los muertos ni sentir a los vivos...

Su pecho se inflaba por la acumulación de sollozos, que se agitaban en él como las aguas a impulsos de la tempestad submarina.

—Tal vez piense usted, — prosiguió, después de lograr calmar algún tanto su dolor, — que al venir aquí exprofeso ha sido a impulsos monomaníacos. No, amigo mío; vine a depositar en el sepulcro de un ángel la ofrenda de mi ternura y de mi amor puro, del único amor que he sentido en mi vida. No conocí a mis padres, vivía solo entre mis libros, las musas y los soldados; y, al acortarse mis días, un ángel se presentó a mi vista cuando tendía las alas para remontar el vuelo hacia la mansión de la dicha... Me explicaré; porque necesito recordar, para sufrir, pues el dolor tiene para mí deleitosos goces...

Al grito dado en Sagunto sucedió el pacto, entre "tirios y troyanos"; la columna partió en demanda de la frontera y mi batallón hizo alto en el mesón de Matidero Hace de esto muchos años. Mientras los soldados, haciendo del suelo mesa, daban buena cuenta de sus provisiones, la oficialidad y yo almorzábamos, satisfacíamos el apetito, servidos por el mesonero, un buen hombre, que se desvivía por sacarnos las víctimas de su gallinero.

A los postres presentóse el huésped en el comedor acompañado de una niña de doce años que llevaba en sus manitas un hermoso ramo de flores destinadas a mí, como jefe del batallón. La infeliz estaba tan pálida, tan enfermita y tan débil que apenas podía sostener el ramo. Más que criatura humana parecía una visión próxima a dejar este mísero planeta. No pude contenerme; cogila y después de besarla en la frente, la senté sobre mis rodillas. — ¿Es hija de usted? — pregunté al patrón. El buen hombre contestó afirmativamente, con la cabeza; quizás porque el dolor le quitó la voz. Luego dijo: — al saber que ha llegado un batallón ha querido levantarse... — ¡Pobrecita! — repuse, volviendo a besar su frente cadavérica. — ¿En qué podemos complacerte, hija mía, para corresponder a tus obsequios? — Coloreáronse sus mejillas y contestó con su opaca vocecita: — No he oído nunca música militar... — ¡Ah! ¿no? pues ahora te daremos un concierto para ti sola. Poco después la banda ejecutaba las mejores y más alegres piezas de su repertorio. Hicimos asomar a la niña a la ventana en la que quedó extasiada, poseída de de un encanto indescriptible. — Vaya ¿Estás satisfecha? — la dije. — Sí, señor, muy contenta... — Al retirarme al frente del batallón, con el corazón oprimido, hicimos todos un saludo de despedida a la niña, que desde la ventana siguió a la columna hasta perderla de vista. Detrás de la enferma, en la sombra de la sala, ante la desordenada mesa, el pobre padre lloraba como un niño... Seis meses después volví, solo; sólo por ver a aquel ángel, único que logró despertar mi amor... Había volado al cielo... Sus restos yacen ahí, en ese nicho donde yo acabo de depositar la amargura de mi corazón que ella despertó a la dicha y que ella con su ausencia mató.

POLIN

Para llevar al juicio del lector el conocimiento de un personaje — vivo o imaginario —, hay dos maneras: la de presentar al héroe mediante una descripción de sus cualidades o imperfecciones, o la de que el héroe mismo se presente solo, por medio de sus actos. Este último procedimiento es el que yo sigo siempre al dar vida a mis figuras.

Apegándome a él rigurosamente, voy ahora a mostrar la bondad de un personaje que ni es de mi invención, ni está ya en este mundo. Polín le llamábamos por cariño. Su nombre era Leopoldo.

Puedo decir que la paz de su semblante se acordaba muy bien con la que había en su espíritu. Pero vayamos a los hechos.

—Tengo que hacer un viaje — me dijo Polín una vez —. Mi amigo Ernesto va a casarse, me invita a la boda.

—Yo también — le respondí he sido invitada a ella; pero los viajes son difíciles; no podré asistir.

—Pues yo parto mañana. Y como he de volver en breve, muy pronto tendrás detalles del suceso y de la novia.

—Ansiosa los aguardo — exclamé con vehemencia —. Bien quisiera estar allí para presenciar con mis propios ojos tan alegre festejo; pero en fin, ya al oir después las noticias que me traigas...

—Sí, sí. Voy a fijarme en todo para hacer a mi vuelta un relato minucioso.

—Que sea lo más completo posible — supliqué —. No vaya a faltar algún dato importante, de esos que pintan exactamente las situaciones y que ponen de relieve a las personas.

—Dato ninguno faltará — me aseguró Polín —. Yo sabre describirlo todo con tal fidelidad, que a través de mis ojos se han de ver los de la novia... Creo haber ya dado algunas pruebas de eficacia.

Era verdad. ¡Sabía él tan bien esforzarse por complacer a los demás!...

Partió, pues, para el viaje; y ocho días después, estaba ya de vuelta.

Le rodeamos ansiosos para obtener noticias. ¿Era por fin dichoso Ernesto? ¿Iba a seguir viviendo en su mismo rincón natal? ¿No aspiraba a salir de allí? ¿No emprendería siquiera un corto viaje de bodas para venir con su mujer y abrazarnos?... ¿Y la novia?... ¿Era buena? ¿Era tan cordial con su marido? ¿Era linda?...

—Sus ojos — nos dijo Polín — tienen el color del cielo; sus cabellos son negros y abundantes; su boca semeja un clavel, y su perfil es dulcísimo Tal parece una madona.

—¿Es tan alta como Ernesto? — preguntamos —. ¿O es, quizá, menudita?...

—Ni lo uno ni lo otro; su estatura es mediana; pero ya digo y repito que la belleza de sus ojos es igual a la que tiene el cielo por la tarde Sin contar con que sus manos parecen dos azucenas.

Con detalle nos habló de la fiesta, de la casa, de los regalos, de la felicidad de los esposos, de sus planes... Y con fruición remataba a cada momento los párrafos repitiendo estas palabras:

—Pero la novia es mejor que todo, por dulce, por lista, por bella...

.. ..

Los años habían corrido. Ernesto y Alicia — éste era el nombre de la esposa — seguían siendo felices allá en su lejana tierra. De tiempo en tiempo nos llegaban noticias suyas. Habían aumentado sus haberes; la casa en que vivían era propia; un gran jardín la adornaba en el interior. Dos chiquillos inquietos como gorriones, les alegraban la vida. No deseaban más en este mundo.

—Me parece estar contemplando a la novia — decía frecuentemente Polín — con sus dulcísimos ojos azules, suavizados por el delicioso velo nupcial...

¡Quién lo hubiera pensado! En este vaivén de la vida, fuí yo la que me ví una tarde llamando a la puerta de los dos esposos, allá en su pueblo. Con verdadero regocijo puse el dedo en el botón de la campanilla. La oí sonar a distancia y esperé. Poco después, se percibieron unos pasos en el interior. Fué descorrido el cerrojo de la casona provinciana, giró la puerta un tanto, y asomó por la abertura un agraciado rostro femenino, con los ojos color de cielo y los cabellos de un negro profundo.

—¿Hablo, quizás, con Alicia, la mujer de Ernesto? — pregunté.

—Con la misma — me dijo dulcemente, abriendo del todo la puerta y presentándose ante mí de cuerpo entero.

Al verla, un grito de sorpresa y de dolor se ahogó en mis labios. Porque aquella mujer tan bella y dulce... llevaba en el pecho y en la espalda el peso de una gran corcova...

Cuando al volver de mi viaje, dije a Polín:

—No fueron tan exactas las noticias que me diste sobre Alicia... Hay un dato que callaste...

—Es cierto — me respondió con un suspiro de piedad —. Mas ¿para qué decir ese detalle doloroso? ¡Hay tanto bueno que admirar en todo y en todos!... ¿No es Jesús quien exclama ante el perro muerto: "Sus dientes parecen perlas?"...

—Tienes razón — murmuré conmovida.

Y al ver de bulto la inmensa bondad de Polín, me felicité en silencio.

Porque Polín era mi hermano... (que en gloria esté).

María ENRIQUETA.

JUGO DE UVA TRAPICHE

¿Que es el jugo de uva?

Bebida sin alcohol, alimento liquido de valores indiscutibles. - Produce una super nutrición sin exigir a los órganos digestivos el trabajo fatigoso de otros alimentos.

Es la bebida más saludable que la naturaleza nos brinda: los más destacados médicos lo atestiguan, los habituales a ella lo confirman.

El jugo puro de uvas "TRAPICHE" está elaborado con uva seleccionada y de cultivos propios, libre de materias extrañas en absoluto.

El Jugo puro de uvas "TRAPICHE" tiene una acción extraordinariamente benéfica en los enfermos del hígado, riñones é intestinos.

Sin ser una medicina, es algo más: Una deliciosa bebida, pura y saludable que hará más bien a su organismo que todas las drogas laxantes, depurativas y diuréticas, conocidas.

Esta bebida debe tomarse pura, con agua o soda, (siempre fresca)

Pídalo en todas partes

Benegas Hnos. & Cia. Ltda.
Florida 772 ◆ Buenos Aires

AGENTES EN MONTEVIDEO:
A. López y Cía., Misiones 1600

La agonía de Don Juan

Don Juan agoniza
y junto a su cama,
petate de preso
de podridas tablas,
de colchón de esparto
y almohadas de paja,
de colcha raída
y mugrientas sábanas,
tan solo una vieja,
corva y desdentada,
con grandes arrugas
y muchas legañas,
con grandes juanetes
y greñas muy lacias,
va y viene trayendo,
en vasos de lata
sucios y abollados,
mohosos y sin asas,
caldos que repugnan,
bazofias que exhalan
olores a todo
sin oler a nada;
menjurjes, potingues,
pócimas que en casa
de alguna hechicera,
curandera o maga,
en fogón inmundo,
con tizos por brasas
y en vieja cazuela
muy desportillada,
hubiéranse hecho,
por encargo y paga,
de aquella que entonces,
muy presta y ufana,
los lleva y ofrece
a Don Juan de Esparta,
el que fué temible
aunque ya no es nada
y quien, sin conciencia
de lo que se trata,
ora los ingiere
ora los aparta.
Enjambres de moscas
de miles de castas,
volando trasponen
la puerta de entrada;
zumban por doquiera
rincón de la estancia;
se posan en todo,
corren y se paran;
se atusan los élitros,
se afilan las patas
y, después de aquesto,
cual si se tratara
de paso forzoso
u obligada etapa,
todas, todas, todas
vánse a las subtancias
que llenan los vasos
inmundos de lata;
allí se estacionan,
succionan con ansia
hasta que, llevándose
algo entre las patas,
vánse a la cabeza,
más bien a la cara
o a las manos lívidas
de Don Juan de Esparta.
Es un cuadro horrible,
visión que desgarra
la entraña más dura,
el alma más mala.
Por si fuera poco,
el sol, que se marcha,
paso da a las sombras
que invaden la estancia.
Y ante aquel ambiente,
verdad y no farsa,
el menos sesudo
medita y exclama:
¡Pobre agonizante;
pobre Juan de Esparta!
Perdió su fortuna,
perdió su arrogancia
y, con tales pérdidas,
amigos y amadas;
perdió, con el tiempo
y su vida mala,
la salud que es algo
sin lo cual no hay nada;
perdió los afectos,
si es que los lograra;
mas lo que no pudo
perder, ni aún jugándola,
fué la desventura
de no hallar un alma,
piadosa y discreta,
que junto a su cama,
en estos instantes
de suprema marcha,
le espante las moscas;
dé a su boca agua
y enjugue el helado
sudor de su cara.
Que Dios nos depare
cualquiera desgracia;
que Dios no nos libre
de nada, de nada;
más que en este paso
que no se desanda
—dice el timorato
como el que se jacta
burlarse de todo
por no haber fe en nada—
tengamos al menos,
junto a nuestra cama,
no un cuerpo que gire
como gira un aspa,
sino alguien que sepa
ungirnos con agua
los labios febriles;
secar nuestra cara
y hacer que las moscas,
la tortura máxima
de los moribundos,
se vayan, se vayan.

José Pavía R. Jaén

El hombre que buscaba la dicha

Por E. CORREA CALDERON

Un día iba por un camino, pensando en la tristeza de nuestra vida, cuando apareció ante él un anciano que tenía unas melenas blancas, y le dijo:

—Sigue por este camino; llegarás a un valle ornamentado de claras fuentes, de prados verdes y de trigos rubios... Sigue por una senda de pastores, áspera e inclinada, y llegarás a una cumbre llena de soledad y de silencio... Allí estará más cerca de tí el cielo azul y resplandeciente.

—Ya he subido muchas veces al monte, y era como un dios, divisando la vida, tan pequeña...; pero no conocía la Dicha.

* * *

Andando, andando, encontró a un juglar, que era el favorito de unos príncipes de la tierra.

Y le preguntó:

—¿Por dónde se camina para la Ciudad de la Dicha?

—¡Oh! Es una ciudad lejana de un país fabuloso. Allí, las mujeres os sonreirán al pasar... Los hombres, que son hombres felices, os ofrecerán el corazón como hermanos... ¡Oh! Yo os acompañaría hasta ella, si mis cantos y mis princesas enfermas de melancolía me lo permitieran. Pero esas princesas y los reyes de la tierra morirían de pena al no cantar el ruiseñor — dijo con énfasis el poeta.

El Hombre que buscaba la Dicha, dijo para sí al marcharse el juglar:

—Eres un histrión... Quizás esa ciudad no exista más que en tu fantasía. Sin embargo, yo iré caminando, por si acaso llego hasta ella...

* * *

Sucedía muchas veces que, al caminar, llegaban la noche y las estrellas sobre los páramos inhóspitos.

Entonces seguía caminando bajo los signos de los cielos...

Cuando sentía una aguda sensación de soledad, cantaba un cantar nostálgico para alegrar su camino...

Una noche vió desde la lejanía las múltiples luces de una ciudad.

—¡Ah! ¡Quién sabe!...

Caminó presuroso y anhelante hasta encontrarse con dos hombres, que se retorcían, diciendo cosas absurdas...

Y les habló de este modo:

—¿Es aquélla, por ventura, la Ciudad de la Dicha?

Los dos borrachos se miraron fijamente uno al otro, y dijeron:

—Es un loco.

—Es un iluso.

Después le dieron a beber del vino rojo y ardiente que enloquecía.

* * *

Siguió en la noche caminando por las calles, obscuras y sombrías como aguafuertes.

Iba preguntando a los que encontraba:

—¿Es ésta, por ventura, la Ciudad de la Dicha?

En ningún lado sabían responderle.

Después, cuando ya se iniciaba el alba en el lejano horizonte, llamó a las puertas de las casas, pidiendo un poco de pan para su hambre.

Y llamó a la puerta de una casa humilde.

Una mujer pálida le dijo:

—¿Quiéres que te dé mi pobreza? Aun no lo tengo para mí...

Y llamó a la puerta de un palacio

Una mercenario le dijo estas palabras ásperas:

—¿Qué quiéres tan temprano?

—Tengo hambre

—Vete por las puertas de los pobres, tus hermanos, que nosotros tenemos una jauría que mantener.

Después, un mendigo barbudo le dió un poco de pan y le consoló:

—En este pueblo no tienen caridad...

* * *

Púsose en camino una mañana de Mayo.

En un huerto florido, junto a una pequeña casa rústica, cantaba una muchacha morena.

—¿Falta mucho andar para la Ciudad de la Dicha?

—Yo no sé dónde está eso... —

El viajero continuó. La mirada pensativa de la muchacha morena le seguía...

* * *

Anduvo muchas tierras.

Una tarde, al ir por un camino, abovedado por la fronda, sintió el ruido, detrás de sí, de los cascos de un caballo.

Al mirar para atrás, vió con sorpresa que llegaba un príncipe o un gran caballero.

Al ver que iban por la misma ruta, comenzaron este coloquio.

—Yo voy a buscar la Felicidad — dijo el príncipe.

—Yo, la Ciudad de la Dicha.

—Entonces vamos juntos, porque esa princesa que yo busco, reina en esa misma ciudad.

—¿Y no la encontró aún?

—Fuí por todas las tierras, pero no había dejado huella de su paso. He dedicado toda mi juventud a buscarla, y he empalidecido soñando en ella...

—Yo me dediqué a viajar como las golondrinas para encontrar la Ciudad de la Dicha...

* * *

En este coloquio iban, cuando llegaron a un crucero.

Y se pregutaron:

—¿Por cuál seguimos?

Estuvieron largos momentos meditando, y el príncipe habló así:

—Caminemos cada uno por el suyo. Ya nos volveremos a encontrar de nuevo en la Vida. ¡Todos los caminos son buenos si la suerte acompaña!...

* * *

Un día, el Hombre que buscaba la Dicha se puso a pensar:

—¿Qué busco yo? Ni tengo tristezas, ni tengo enfermedad. Yo no sé lo que es la Dicha; pero la Dicha debe ser eso... Poseo toda la alegría de mi optimismo... No podré desear las riquezas de los demás, porque las tengo todas y ninguna necesito...

Verdaderamente, él poseía la Dicha.

Se puso a caminar, contento de su pobreza.

Allá lejos había una casita entre unos árboles verdes. ¡Qué corto se le hizo el camino hasta ella!

Llegaba el crepúsculo. Se acercó hasta la casa y pidió albergue por aquella noche.

Había en la puerta una mujer joven, lo saludó cristianamente:

—Llegad en buena hora.

El viajero, después de entrar, se acercó a la lumbre.

Hablaron de cosas indiferentes, y de amor después.

La mujer joven le confesó:

—Yo sólo tengo esta casa pobre.

Y contestó él:

—Yo poseo toda la felicidad del mundo. Todo el oro del sol y toda la plata de la luna...

Unos días después se casaron para siempre, como en los cuentos infantiles.

* * *

El Hombre que hallara la Dicha estaba una tarde en el huerto verde y frutecido, cuando pasó por el camino real un pálido jinete sobre un caballo más esquelético que el de la Muerte.

El caballo iba despacio, como si fuese cansado y no pudiese andar.

El caballero estaba flaco y amarillo, como si tuviese hambre.

Parecía volver maltrecho de cuerpo y de espíritu de una cruzada por la Ilusión.

—Es un hermano de camino. Es aquel que ha compartido conmigo la bondad de sus palabras al caminar.

Fué a esperarlo a la puerta.

Le obsequió después con los frutos de los árboles, con la leche recién ordeñada, con la hogaza blanca y fresca.

Y contáronse los dos hombres.

—Yo he encontrado la Dicha en esta vida humilde y sencilla.

—Yo no encontré aún la Felicidad. Quizá fuese aquella Desconocida que pasó a mi lado... Quizá no la encuentre nunca...

NAFTA
KEROSENE
AGRICOL
Y.P.F.

Son combustibles de la más alta calidad y rendimiento elaborados y distribuídos por el Gobierno de la Nación

DIRECCION GENERAL DE YACIMIENTOS PETROLIFEROS FISCALES

Paseo Colón 922 - U. T. 33 Av. 6031
Direc. Tel.: PETROLEUM

La Suerte

Por *A. HERNANDEZ CATA*

Llegaban todas las tardes antes de empezarse la partida, cuando el tumulto de veraneantes era más activo en la playa y en los paseos; y tomaban, temerosos de perderle, el sitio de siempre, a la derecha del banquero. Esta precaución sólo era útil con respecto a los transeúntes. ¿Quién de los asiduos iba a usurpar el sitio a aquella ancianita que, próxima ya al sepulcro, ocupaba todas sus horas en dulcificar las del hijo, empujado aún más velozmente hacia la muerte por la tisis, retratada en su palidez, en sus ojos febriles, en su demacración sudorosa y vibrante? Mitad por ternura, mitad por miedo a merecer la mala suerte, nadie se habría atrevido. El juego es un monstruo matemático que se nutre de insubstanciales supersticiones.

Aparecieron a principios de un verano, hacía ya muchos, y desde entonces no faltaron nunca. Cada año él llegaba más consumido, y ya en los últimos era sólo un espectro que dejaba sobre el tapete fichas de nácar que la raqueta recogía implacable. Jugaba sin timidez, con valor tenaz no premiado nunca por el Destino, obstinándose en que le repitieran cuatro veces un número. A su lado la viejecita anotaba en unna cartulina cifras menudas; luego, cuando exasperándose en el empeño de metodizar el acaso empezaba él a arriesgar las fichas desordenadamente hasta perderlas todas, ella quedaba un rato silenciosa y, al verlo entristecer, poco a poco sacaba de su bolso de terciopelo un pedacito de nácar, el último, y se le daba al enfermo, quien titubeaba varias jugadas y lo ponía al fin con brusca decisión, ya de pie, cual si sólo esperara a que la bolita de marfil lo burlase esa vez para alejarse con resignada lentitud del brazo de la anciana.

De tiempo en tiempo alguien susurraba al oído de cualquier curioso la historia, traída allí merced a esa misteriosa indiscreción que traiciona casi siempre a cuantos anhelan embozar sus vidas en el silencio; aquella mujer era víctima de un inexorable destino. Cuatro hijos tuvo, y tres de ellos fueron segados por la tuberculosis al llegar a los veinte años, apenas entreveían el esplendor de la vida. Sólo éste había sobrepasado la edad para todos luminosa y para ellos siniestra; y para defenderlo contra el frío de la muerte, que a cada momento parecía quererlo penetrar, la madre lo rodeaba de todas las tibiezas, aun de las más nocivas. Ni estudios, ni preocupaciones, ni verdades. ¡Todas las energías necesitábalas él para la ardua tarea de vivir! El invierno y el otoño posábanlos en un pueblo templado del Sur, ahorrando, proyectando, para aparecer en la norteña playa con los primeros veraneantes, no en busca del estímulo salitroso del aire y del mar, sino para perseguir junto a la ruleta la jugada quimérica donde todos sus pensamientos se polarizaban. Cerca o lejos él estaba siempre, en espíritu, junto a la mesa de goce y tortura... A veces, en lo más recio del invierno, a media noche, decía en voz queda:

—En los libros de Montecarlo y en los de San Sebastián mismo he visto números repetidos hasta cinco veces.

Y la viejecita siempre estaba despierta para responder:

—Sí, claro... Y a ti también te lo repetirán... Pero duerme ahora; pensando en eso te fatigas.

Y otras veces, excitándose con la ilusión, suponía ya logrado su anhelo y:

—Ya verás — decía... — Serán lo menos doscientos mil... Aquella noche no nos quedaremos en casa como todas: saldremos a cenar fuera, y luego tú me esperarás en cualquier terraza y yo me iré un rato, solo, por ahí, y hasta beberemos un poco, ¡por un día!..., y montaré a caballo, y de contento que estaré me iré nadando hasta la boya como los más fuertes, y...

Y se quedaba, al fin, dormido, arrullado por las esperanzas, mientras el insomnio de la madre hacíase más agudo con el temor de que su fortunita inmolada al vicio del hijo, tan próximo a la muerte, acabase antes de que ésta viniera; ante el terror de que la vida, de la cual no había podido gustar las mieles, hiciérale conocer aún, tras el dolor de la enfermedad, el de las privaciones, el de la miseria.

Pero una tarde la femenina suerte estuvo, por capricho o fatiga, a punto de rendirse a su cortejador. En la sala, fueron unos minutos, primero, de tumulto; después, de vehemente silencio. Ya le habían dado el número 23 dos veces, y la bolita, luego de tintinear sobre los nervios de metal, a caer, certera, en un segmento rojo. La voz del "crupié" volvió a cantar, queriendo, en vano, guardar el todo monorrimo:

—¡23, encarnado!

Y mientras el enfermo, lejos de retirar el montón cuantioso de fichas, las hacinaba, no sólo sobre el mismo número, sino sobre todas las posibilidades de ganancia relacionadas con él, en la sala flotaba una quietud de angustia hecha de la generosidad de todos, hasta de los más ensimismados; el que sonreía con crispatura triste a cada golpe adverso, el que blasfemaba, el que guardaba extraña rigidéz en las facciones en tanto hundía en sus propias manos las úñas hasta hacerse daño, el que contaba y recontaba las fichas, el que miraba airadamente... la sala entera tenía su voluntad en la menuda bolita, que ya correteaba de nuevo por el borde inclinado y que luego de tropezar con uno de los rombos de oro fué a caer certeramente en el mismo casillero de la vez anterior, arrancando un múltiple suspiro seguido de largos comentarios.

Entre las felicitaciones, la madre y el hijo permanecían absortos, dándose apenas cuenta. Cuando cambiaron las fichas adquirieron, inesperadamente, su sentido real transformándose en billetes que apenas cabíanle en los bolsillos. Salieron en silencio, pasaron lívidos bajo los faroles, que ya empezaban a triunfar del crepúsculo, y, hendiendo la muchedumbre, fueron a encerrar su emoción en la alcoba que tantas veces los viera llegar indiferentes ante el infortunio cotidiano. Colocado encima de la mesa el montón de dinero, parecía desafiar a la imaginación con este reto: "Adivina cuánto puede hacerse conmigo, mide todos los goces brillantes que laten en este haz de papeles pesados, de mates colores." Y sólo entonces pudieron hablar, mas no en abundancia, sino con frases entrecortadas, atónitas:

—Ya ves... — repetía la ancianita; y él:

—¡Tenía que pasar!.... Ahora hay que festejar la suerte para que no nos abandone... Hay que celebrarla... Verás cómo me visto en un salto.

Y aun cuando ella tuvo cerca de la boca palabras para disuadirlo, no se atrevió a truncar la ilusión, y lo vió ir y venir presuroso, asomarse a la ventana, por donde entraba el susurro de la muchedumbre que llenaba siempre la avenida; vió, al cambiarse la camisa, el pecho hundido y el esqueleto terriblemente dibujado como si quisiera decir que muy pronto triunfaría de la escasa carne que lo aprisionaba. Sin dejarla siquiera sacar del baúl la ropa de etiqueta que antes ceñía su cuerpo y ahora parecía colgada de él, pronunciaba, sin detenerse, exaltadas palabras:

—Será una verdadera nochebuena... Ya verás si sirve el dinero!... No vayas a asustarte si me ves divertirme demasiado... Y si quieres, quédate... ¿Tú te creías que yo no era un hombre?

Alentaba muy fuerte, con trabajo. Puso unos cuantos billetes en la cartera y guardó los demás. Al abrir la puerta circuló una corriente de aire, y el sudor se le cuajó en la piel, le flaquearon las piernas y le conmovió un acceso de tos. La anciana no pudo sostenerlo y tras breve lucha hubo de dejarlo caer. El pañuelo estaba ya rojo. En el angustioso desamparo sólo se oía el jadear ronco que salía del pecho y este grito de la viejecita, que le salía de las ntrañas:

—¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!

Y cual si por este grito, más que por su propia impotencia, comprendiera el enfermo la verdad, abrió, con un arranque postrero, el cajón, cogió los billetes y, después de arrugarlos, de escupirlos, de hacerles todo el mal que su pobre naturaleza podía, los arrojó a la calle.

Abajo la muchedumbre se arremolinó, y mientras que muchas espaldas se curvaban hacia el suelo, algunos ojos se elevaron para mirar el cuadro luminoso del balcón sin comprender que aquella luz alumbraba un drama.

El más dulce amor de Don Juan

Por J. Ortiz de Pinedo

Don Juan no es ya el valiente caballero con hechos de rufián, que la leyenda y el poeta hubieron de legar a las futuras edades.

Don Juan ya no mata. Comprende que ha sacrificado a demasiada gente y que ya no se estila el disputar a cintarazo limpio el favor de una dama. Además, se halla muy espiritualizado. Don Juan, sin ser viejo, ha llegado a una madurez excesiva, y piensa, melacólicamente, que la vida no vale la pena de vivirla si no ponemos sobre su agria condición un poco de poesía. En una palabra: don Juan se ha hecho poeta.

Nunca lo pareció, dicho sea en honor de la verdad, aunque se expresase en muy bellos y sonoros versos; que jamás fué de poetas matar hombres y seducir mujeres, sin más ley que la fanfarria y el capricho; y si bien es verdad que a punto estuvo de ennoblecerse amando a la dulce doña Inés, acabó por estropear su propósito abandonando a su inocente víctima.

Pero hoy don Juan es poeta. Retirado en su casa de Sevilla, devana las horas de sus años cansados entregado a la lectura de libros amenos, a la evocación de sus días pretéritos y a una vaga aspiración hacia cosas ideales, imposibles. La existencia de don Juan es ahora como un bello ocaso: todo melancolía, todo recuerdo. No está arrepentido de sus muchas locuras, pero está fatigado de ellas, y este cansancio se asemeja un poco al arrepentimiento.

La sed de lo ideal le consume. Le enamora lo imposible. Sueña cosas altas, amores puros, conquistas sin sangre. Acostumbrado a vencer siempre en armas y en mujeres, le atrae el imposible con fuerza misteriosa... y quisiera vencerlo también.

Y don Juan se pasa las horas soñando que una mujer le ama ciegamente, no por el oro de su escarcela, tan ducha en comprar; ni por el brío de su espada, señora de todas; ni por la bizarría y gentileza de su continente, imán de los ojos de Eva, sino por una dulce luz de su alma, que es como venida del cielo, luz de virtud, de bondad, de sublimidad, de cuantos dones es capaz el alma humana.

Siempre con su ideal frente a sus ojos, don Juan sale una noche a pasear por la ciudad. Es Carnaval. Como en aquel buen tiempo en que hubo de entrar en la hostería de Buttarelli para escribir un billte amoroso. Cruzan las calles gentes enmascaradas. Don Juan camina con paso grave, meditativo. Recuerda, acaso, las locas noches de su juventud lejana, otros Carnavales que fueron testigos de sus orgías.

De pronto se detiene. Pasa una mujer... Admirable es su silueta, su contorno..., señoril su continente.

Don Juan se acuerda de que es don Juan y la sigue. La desconocida, advirtiéndolo, esquiva la persecución. Ha visto brillar en los ojos de don Juan el maleficio del Diablo. Y entre el tropel, enmascarado y multicolor como ropilla de Arlequín, desaparece la bella perseguida. Pero don Juan gana el atrio, penetra en la nave solitaria y silenciosa, débilmente alumbrada... Allí está su dulce presa que, al verle acercarse, se recoge como paloma asustada.

Y cuando don Juan llega, ella levanta el rostro con ademán de reto, como diciéndole: "Os engañáis... Ved quien soy... y respetadme". Y es que, ignorando que es don Juan, el corazón le ha dicho que aquel hombre es el más peligroso de la tierra.

Ante los ojos de la desconocida, don Juan tiembla por primera vez desde que vino al mundo. Es una niña casi, y sus ojos como dos lagos de serenidad, tan puros, tan transparentes, tan candidos, que recuerdan los del Niño-Dios.

Don Juan habla a la doncella, y no como solía en sus años pasados, fascinador y mentiroso, sino con palabras de suprema veneración, porque el corazón le dice que esta doncella es la fuente dulcísima de aquel amor puro que soñaba.

—No temáis, pobre niña. Estoy fatigado de hacer mal y deseo ser bueno. Vuestros ojos ya me están haciendo bueno desde que los he visto. Y quiero que a su luz descanse mi alma torpe de todas sus desventuras, de todos sus crímenes, de todos sus errores. Vos podéis ser mi perdón y mi consuelo.

La niña pregunta, horrorizada:

—¡Ah!... ¿Quién sois, entonces? ¿Acaso don Juan? ¡Sí, el perverso don Juan, el que ha hecho llorar a tantas pobres mujeres, y a mi madre entre ellas!... ¡No no quiero conoceros, no sois mi padre..., sois el Diablo, sois el Espíritu Malo..., mi infortunio y mi vergüenza! ¡Huid de mí, os aborrezco y os maldigo!

Don Juan tiembla, llena el alma de confusión y de vergüenza. Y asiendo la veste de la doncella, que intenta huir, horrorizada, don Juan se arrodilla ante ella y la implora.

Y, al cabo, la doncella le perdona, pidiendo a Dios que le perdone también. Y, redimido por su amor de padre, don Juan siente un placer desconocido hasta entonces... Siente que en la vida hay algo puro, santo, celeste..., un amor que no hastía ni cansa nunca, fuente dulcísima como la de la maternidad...

.. ..

Don Juan abre los ojos, y tras un punto de duda en que acaso busca en derredor la sombra de la doncella, prorrumpe en una recia carcajada...

Todo ha sido un sueño. Levántase del sillón en que lo tuvo, requiere la capa y la espada y sale de la estancia con su aire bizarro. Acaba de llegar a Sevilla. Encamínase al cementerio y esta noche cenará con Centellas y Avellaneda.

Frases Populares

¡Más rico que Creso!

Este último rey de Lydia sucedió en el trono a su padre Aliates el año 657 antes de J. C.

Los historiadores que no están acordes en el número de pueblos que Creso sometió a su poder, convienen en que aumentó considerablemente sus heredados dominios en guerras felices y humanas.

Las inmensas riquezas que la fama le asigna, cree Herodoto que pudieron ser el fruto de ciertas minas inmediatas al río Pactolo, cuyas aguas arrastraban arenas de oro, según la fábula.

Después de las conquistas militares y de los tesoros que acumuló, este legendario monarca se produjo como el más liberal y magnífico de su tiempo atrayendo a su corte a los sabios de todos los países, deseoso de aprovecharse de sus conocimientos y de recrear su espíritu nada ofuscado en las mercedes que los dioses le otorgaran. De Solón quedóse admirado, cuando luego de mostrarle las preciosidades de su morada y de preguntarle si conocía otro hombre más feliz, contestó el ateniense: "¡Muchos!"

—Tendrán mayor caudal, interrogó amostazado el soberano.

—No, menos; empero son más dichosos... Y se extendió en oportunas consideraciones encaminadas a persuadirle de que varón alguno antes de su muerte pueda sin riesgo vanagloriarse de su ventura.

Y ciertamente que la fortuna se manifestó más tarde muy adversa con Creso, pues perdió al heredero del trono en una cacería y fué despojado de la corona y hecho prisionero en la renombrada batalla de Timbrea; libertándole de la hoguera el nombre de Solón que fervorosamente pronunciara en tan terribles momentos recordando sus sabias máximas.

A contar de tal desastre, este rey que en tiempos atrás enriqueciera los templos de toda la Grecia, vióse obligado a vivir de la generosidad del vencedor Ciro.

LOPE BARRON

Los templos de Palenque

Palenque fué un lugar santo, como Teotihuacan, Izamal y Cozumel. Fué un centro religioso importante, una ciudad de peregrinación, llena de templos y de oratorios, una tierra consagrada para sepulturas.

El templo de las "Inscripciones" es el mayor de los templos conocidos en Palenque y está situado al sudoeste. Tiene 23,40 metros de frente y una profundidad de 7,80 metros. Se compone de una vasta galería, que ocupa toda la fachada, y de tres piezas desiguales, la mayor, en medio, y los otras dos a los lados.

Se llama a este templo el de las "Inscripciones" porque lo mismo la galería que la pieza central tienen grandes losas cubiertas de inscripciones.

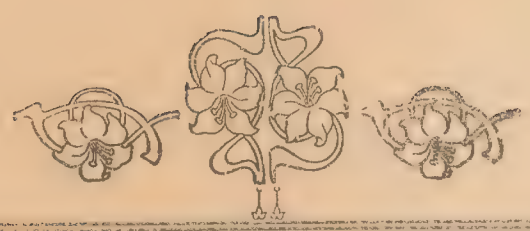
El templo del "Sol" es un pequeño edificio y es el único que está casi completo. Tiene 11,75 metros de frente y 8,15 de profundidad.

El interior del templo se compone de una gran pieza, que recibe la luz por las tres aberturas de la fachada de un santuario en el centro y de dos pequeñas habitaciones obscuras a los lados.

El templo de la "Cruz" tiene en el santuario, tres losas esculpidas. La del centro representa una cruz, cuyos brazos soportan dos figuras. La cruz descansa sobre una cabeza monstruosa y está coronada por un pájaro simbólico, de patas de águila y de larga cola. Las losas de los lados representan, la de la izquierda un hombre con collar y medalla; la de la derecha, una mujer.

Cada losa tiene la inscripción compuesta de sesenta y ocho caracteres, dando, sin duda, la explicación de la ceremonia.

Estos templos no debían tener en sus tiempos puertas, pues aún se ven unas anillas de piedra a cada lado de las entradas, que debían de servir para sostener alguna cortina o estera.



Plegaria

Desde este mi destierro geográfico, te pido,
Señor, que me perdones todo el mal que la hice:
Si abrí, de intento, un largo paréntesis de olvido
En mi afán de terminar que hoy el llanto bendice,
Dado que al fin comprendo que esta congoja extraña
Razón de ser, como antes, de por sí no tedría,
Si la música dulce del pífano de caña
No me hablase en las tardes de su melancolía:
Desolado suspiro que el crepúsculo exhala
A través del romance de las ensoñaciones,
En que su vuelo inicia aún inexperta el ala
En pos de nuevos mares e ignoradas regiones....

Oh, Señor: por la herida que llevo sobre el pecho.
Que tu misericordia me limpie de pecado,
Ya que de barro mísero el hombre ha sido hecho
Allá, en el primer día del mundo; así, a tu lado
Me quedaré soñando en una escala de oro
Pendiente del alféizar de un ventanal florido,
Gracias a tu palabra de absolución que imploro
Con las pupilas húmedas y el labio conmovido.
De otra manera, en vano tus pobres pies sangrantes
—Flor de luz en el agua, melodía en el viento—
Casi al final del viaje, como los navegantes,
Lavaré con las lágrimas de mi arrepentimiento.
¡Oh, Señor, sé clemente! Ignoras que era un niño
Cuando pequé, un niño de cabecita loca?
¿Qué el lodo de mi tacto manchó su piel de armiño?
¿Qué convertí en acíbares las mieles de su boca?
Bien. Pero te respondo que me faltó firmeza,
Que no tuve carácter y la engañé en el trance
De mi febril transporte por su carnal belleza
Y la ilusión de gloria que auspiciaba el romance.
Y luego... tú lo sabes: hacia extraños países
Fuíme en tren de aventuras, sin saber que al retorno
Hallaría la fuente de sus ojazos grises
Cubierta de hojas secas y con la noche en torno!

Por eso, arrepentido, a tí ahora me allego
Señor — dulce parábola suspendida en la altura —
Y te tiendo los brazos en actitud de ruego,
Después de muchos años de incurable amargura,
Y digo: mejor fuera no tener una historia,
No haber amado nunca, ni siquiera vivido
—Huso del alma que hila en la rueca ilusoria
Tantos sueños inútiles — para el Ideal que ha sido
Un palacio de naipes con torres almenadas,
Jardines de palmeras y lagos inocentes,
Irguiéndose en un fondo de colinas rosadas,
Ante el largo desfile de las tardes ausentes...
Oh, Señor, que Dios Padre exhortaste en el nombre
De los que han sed de amor y justicia terrena,
Vierte, pues, tu agua de iris en mi espíritu de hombre,
Que el tiempo en la clepsidra se va en granos de arena;
Y haz que mi planta, al márgen de los goces mundanos,
Se encauce finalmente por la senda del Bien
Y del Olvido, en que Ella, bajo soles lejanos,
Realizó su obra eterna de perfección... Amén.

Santos AGUILERA

Tríptico

LA MAÑANA

Abrió su estuche el sol y la mañana
empezó su reinado... El campo inmenso
cobró un matiz extraño y en los árboles,
—antenas que se elevan en el centro
de esta estancia olvidada en que paseo
la caravana loca de mis sueños—
en los árboles altos hubo un largo
piar de pajarillos y un remedo
de brisas, esta lánguida mañana
que huele a flores nuevas y a romero,
que van por los caminos lentamente
algunos labradores con sus perros,
siento la voz de la naturaleza
vibrando como un himno en el silencio,
y viene a mí y me acaricia todo...
igual que ayer cuando unos ojos negros
envolvían mi espíritu en su llama
para inspirarme melodiosos versos!
Esta mañana abrió su estuche de oro
el viejo sol, ese viajero eterno!

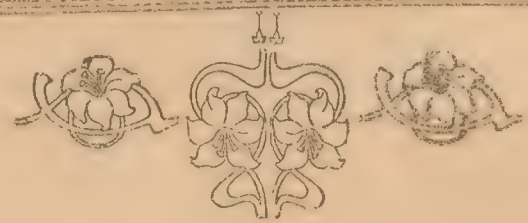
TARDE

Noviembre, tarde azul!... Hoy como nunca
te he recordado, hermana... Sobre la antigua
mesa dejé tu libro de poemas
donde se engarza un sueño de tu vida!
El silencio, mi amigo inseparable
entró como a hurtadillas,
y toda mi alma se me fué en la tarde
como un perfume de azucenas lívidas!
Y no lo sabes tú?... Dí, no sentiste
como un roce de fuego en tus mejillas?

NOCHE

La noche ha penetrado por mi ventana abierta!
Esta vieja ventana como pupila muerta,
impasible al misterio que siempre está mirando
al Oriente... La noche se deslizó temblando
y llegó hasta mí... Que inmensa comunión
mantiene mi pobre alma con su gran corazón!
La noche muchas veces me fundió en sus abrazos,
más puros que otros tantos que recogí en la vida
bajo el temblor profundo de una pupila herida
por un amor efímero que se rompió en pedazos!
La noche ha penetrado por mi ventana abierta,
esta vieja ventana como pupila muerta!

Félix B. VISILLAC



I

Muy temprano, Caperucita, salió de su casa con una cesta en que su madre le había puesto una orcita de miel y unas tortas de manteca, para que se las llevase a la abuelita, que estaba enferma.

Hacía tanto frío, que Caperucita tenía las mejillas casi tan coloradas como su caperuza. Siempre la llevaba puesta desde que su abuela se la regaló; viéndola tan linda con ella, todos empezaron a llamarla Caperucita, y nadie la conocía con otro nombre.

La tierra estaba cubierta de nieve, y los pies de la niña, al andar, iban señalándose en ella. El invierno era muy crudo. Caperucita iba bien abrigada, con sus guantes de pelo, su capa larga y su caperuza echada por la cara; entre lo rojo de la caperuza y lo colorado de las mejillas, sus ojillos azules parecían dos violetas del bosque.

—Ten cuidado con los lobos — le dijo su madre, cuando le puso la orcita de miel y las tortas en la cesta. — Como todo está nevado, los lobos no encuentran qué comer en el monte y bajan al pueblo y rondan por los caminos.

Pero Caperucita era tan juiciosa, que nadie se atrevía a hacerle mal. Y así su madre la dejó ir, después de darle un beso.

II

Andaba, pues, Caperucita, por el bosque nevado, cuando al dar vuelta a un sendero se encontró con Compadre Lobo. Compadre Lobo tenía las orejas en punta, enmarañado el áspero pelo y unos dientes blancos, afilados y espantosos. Estaba muerto de hambre. Buen bocado le pareció la niña; pero como andaban cerca de allí unos leñadores ocupados en coger ramas secas para las casas del pueblo, no se atrevió a devorarla.

—¿Adónde vas, Caperucita? — le dijo, en el tono más amable que pudo.

Al oirle, Caperucita, que, como todos los que no hacen nunca nada malo, ningún miedo tenía, pensó que sería lobo pacífico, y le contestó muy atenta:

—Voy a casa de mi abuelita, a llevarle una orcita de miel y unas tortas de manteca que ayer amasó mamá.

—¿Y vive muy lejos tu abuelita? — preguntó el lobo.

—Muy lejos, sí. Pasado el molino, a la entrada del otro pueblo, en la primera casa.

—Pues yo también voy a verla — dijo el lobo. — ¡Apostamos a quién llega antes! Tú vas por este camino, yo por aquél, y en casa de la abuelita nos encontramos.

Agradóle a la niña el juego, y de buena gana hubiese dado al lobo su cestita para que se la llevase en la boca, como hacía con el perro de su casa, que se moría porque le dejasen llevar la cesta de la cos-

tura, y corría con ella, y volvía luego a dejarla a los pies de Caperucita.

Temió, sin embargo, que el lobo sintiese deseos de probar las tortas, y nada dijo.

Pero no deseaba Compadre Lobo aquella comida, sino un bocado mejor. Echando a correr, en un periquete pasó el molino, llegó al pueblo y se detuvo ante la primera casa, mientras Caperucita, a causa de la nieve en que se hundían sus pies, iba despacio por su sendero.

III

Llegado a la casa de la abuelita, Compadre Lobo dejó caer el aldabón, llamando a la puerta: — ¡Tras, tras!

—¿Quién es? — preguntaron dentro.

—Soy yo, Caperucita — contestó el monstruoso animal, fingiendo la voz, — y te traigo una orcita de miel y unas tortas de manteca que ayer amasó mamá.

—Pues tira del cordelito para abrir el picaporte.

Estaba la abuelita enferma y no podía abrir. Varios días llevaba ya en la cama, y Caperucita, para entrar, tiraba del cordelito y desde fuera abría el picaporte.

Pero Compadre Lobo no dejó a la pobre abuelita, ni tiempo para asustarse. Entró como un huracán, y abriendo una tremenda bocaza se la tragó entera, en un abrir y cerrar de ojos.

Buscó después en la cómoda de la ropa limpia algo que ponerse, sacó un gran camisón bordado, una cofia con puntilla, y viendo en la mesa de noche las gafas de la pobre abuelita, se las caló y se metió en la cama, corriendo las cortinas para que hubiese poca luz.

IV

No había acabado de hacerlo, cuando llegó Caperucita.

Tiró del cordelito para levantar el picaporte, y entró muy contenta, diciendo:

—¡Buenos días, abuelita! Aquí te traigo esta orcita de miel y estas tortas de manteca que ayer amasó mamá.

—¡Gracias, hija! — se creyó obligado a decir Compadre Lobo, suavizando la voz todo lo posible, pero no tanto que la niña no le dijera:

—¡Abuelita, qué ronca estás!

Acercóse la niña a la cama, en su afán de ver si estaba peor la abuela, y no pudo menos de lanzar una exclamación:

—¡Abuelita, que orejas tan grandes tienes!

—Son para oirte mejor, hija mía.

En efecto: al lobo se le salían las orejas de la cofia, no muy bien encajada. Detrás de los espejuelos, sus ojos relucían de ansia.

—¡Abuelita, qué brazos tan largos tienes!

—Son para abrazarte mejor.

Al decir esto, tan cerca estaba de Caperucita la cabezota del animal, que vió ella brillar las dos terribles filas de dientes blancos y agudos, y, empezando a temer, dijo:

—¡Abuelita, qué dientes tan largos tienes!

—Son para comer mejor.

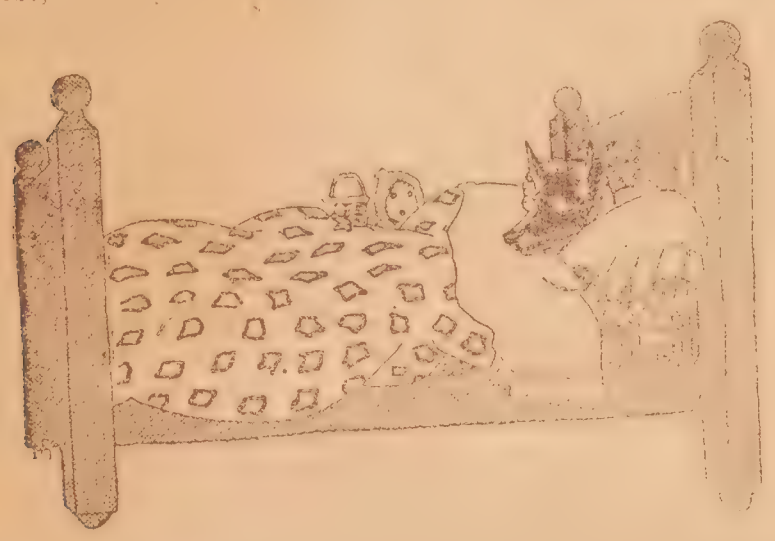
Y diciendo así, se engulló a Caperucita de un solo bocado, entera, con caperuza y todo: tal era el hambre que tenía.

V

Después de comer a sus anchas, Compadre Lobo, tendido en la cama de la abuelita, se quedó dormido. Tales ronquidos daba, que, al pasar por la calle, un leñador se quedó parado.

—No parecen de un ser humano — pensó.

Iba a seguir su camino; pero como el roncar redoblaba y se hacía imponente, se acercó a la puerta y llamó. ¡Qué si quieres! El lobo se había atracado de firme y no había quien le despertara.



Tiró del cordelito el leñador, levantó el picaporte y entró. ¡No fué flojo el susto que se llevó al ver a Compadre Lobo tendido en la cama y roncando a pierna suelta! Ya empuñaba al hacha para matarle, cuando de la boca del lobo salió una voz muy fina, entre ronquido y ronquido; la voz de Caperucita, que gritaba:

—¡Cuidado, que estamos aquí!

No supo al pronto el leñador de dónde salían aquellas palabras, pero, por fin, cayó en la cuenta. Tanta era la avidez del lobo, que se había tragado enteras a Caperucita y a la anciana, y tan grande y vacío

su estómago, que allí estaban las dos, vivas, no muy holgadas, pero sin sufrir daño alguno.

—¡Sáquenos de aquí! — gritaron.

Vió el leñador, sobre la cómoda unas grandes tijeras, y armándose con ellas abrió la barriga al lobo, que ni siquiera se despertó. Lo hizo con tal cuidado que ningún mal sufrieron la abuela y la nieta.

VI

Compadre Lobo, al sentirse aligerado de peso, hizo un movimiento y pareció que iba a despertarse, pero se volvió del otro lado y siguió durmiendo. Para que no echara de menos lo que se tragó pensaron que lo mejor sería rellenarle la barriga con piedras, y así lo hicieron. Después, con una aguja de colchonero y un fuerte cordel, cosieron la abertura y le dejaron dormir a gusto.

Como las piedras no suelen tener mucha substancia, pronto el lobo empezó a sentir una sed horrible, y a poco se despertó.

Cuál no sería su sorpresa al ver a Caperucita y a su abuela sentadas tranquilamente, haciendo labor, como esperando a que se despertase. Creyendo que soñaba, Compadre Lobo se restregó los ojos; pero luego se llevó las manos a la barriga, y al sentirla dura y rellena, pensó:

—¿No son éstas las que antes me comí? ¡Mejor! Me servirán para la cena. — Y dirigiendo la palabra a la vieja y a la niña les anunció sus piadosas intenciones.

—Muy bien dijo la abuelita, que ya había trazado un plan, de acuerdo con su nieta y con el leñador: — estamos dispuestas a servirle.

—Traedme antes un cubo de agua, que me muero de sed — mandó el lobo.

—El caso es que no hay cubo — apuntó Caperucita.

—Pero no hace falta — indicó la abuelita. — Tan lleno está el pozo, que el agua llega hasta el brocal. El señor Lobo, ya que es tan amable, irá él mismo a beber. No le costará mucho trabajo...

—¡Vaya una casa, que no tiene un cubo! — refunfuñó Compadre Lobo, levantándose a regañadientes. Y, ya que no había más remedio, hacia el pozo se fué con paso no muy seguro, porque la barriga le pesaba de un modo atroz.

El pozo estaba en el corral, junto al cobertizo de las gallinas, y detrás del cobertizo estaba el leñador, escondido, y con el hacha preparada.

Llegó Compadre Lobo al pozo, se inclinó sobre el brocal, y antes de que el leñador le descargase el hachazo, dió una voltereta y cayó dentro del pozo. Tal era el peso de las piedras que le habían metido en la barriga, que, a pesar de sus esfuerzos y de que sabía nadar, allí se ahogó en menos de un minuto.

Así acabó Compadre Lobo, pícaro redomado entre los de su estirpe, que no ha solido dar al mundo grandes ejemplos de virtud.

Abrazáronse Caperucita y su abuela, dieron las gracias al leñador por su ayuda, y la anciana, despidiendo a la niña, a quien ya aguardarían impacientes sus padres, le dijo:

—¡Adiós, Caperucita! Nada malo nos ha ocurrido, por fortuna. Pero ten presente que no hay que pararse nunca a hablar con el lobo...

Y colorín colorado...

Vergüenza

Por Sebastián GOMILA.

Se habían deslizado bonitamente unos dos años desde que Andrés Garón fué a Novaleda a instalar una fábrica de hielo importantísima.

Era Garón todo un buen mozo. Y en el poblado las niñas casaderas mirábanlo con ojos tiernos, avezándolo, aunque él no quisiera al papel de *cog du village*.

Sólo María Antonia, recatada hasta rayar en tímida, acertaba a ocultar un sentimiento que arraigó en su ánima más hondo de lo que presumiera.

Para ella había tenido siempre Andrés Garón alguna más formalidad de la acostumbrada. Y así lo prefería María Antonia, por su natural retraído y su seriedad nativa. ¿A qué comérselo con la mirada, cuando acertaba a contemplarlo en su imaginación a todas horas y con sólo cerrar los ojos?...

Entendía María Antonia que había en el mecánico alguna predilección por ella y un sesgo de gravedad que no solía emplear con otras Esto la halagaba, mejor dicho, la complacía, ya que la vanidad no halló nunca un acomodo en su ser.

Sus pláticas con Andrés Garón fueron casi idilios. Decidor y expansivo de ordinario, tornaba en parco y comedido al hablar con María Antonia. Pero la parquedad y el comedimiento, ¿excluían, por ventura, un afecto positivo?

Los días eran breves y los comentos largos. No cabía duda. Aquella gata mansa había acertado a engatusar al mozo. Así iba pasando el tiempo, y las rivales remedaban lo de la zorra con las uvas, diciendo: "están verdes".

Por estas y otras cosas, Andrés Garón hubo de limitar expansiones y reprimir impulsos con según quién. Todo lo cual hizo que la compañía de María Antonia le fuera más grata, y que María Antonia se entremeciera de contento, aun sin explicárselo. Porque, en rigor, era ella incapaz de alimentar competencias ni de alegrarse del fracaso ajeno. Y, por otra parte, ¿qué motivos había para tales cosas?...

Jamás el joven había aventurado el menor asomo de declaración amorosa, ni ella se sentía capaz de buscarla por senderos tortuosos. Dado su carácter, una revelación pasional le habría parecido un desentono. ¿No era preferible aquella placidez encantadora?

* * *

Los ojos perlinos parecían clavarse en la inmensidad azul, interrogándola. Antes de esto, la interrogación fué hecha a otra inmensidad obscura. ¿Qué habría en el fondo de su alma con respecto a aquel hombre?

El corazón respondía con aceleraciones indubitables. El firmamento pagaba, con el hermetismo de la infinitud, la mudez invencible de lo ignoto.

María Antonia había hecho, positivamente, de Andrés Garón algo esencial de su existencia. Pero María Antonia, turbada, venía a decirse a su modo: "¿Se habrá dado él cuenta?"

Y al asaltarle esta duda aumentaba su timidez, se acentuaba su recato y se agrandaba un temor a tono con su especial idiosincrasia.

No, en suma, lo mediado entre ellos no autorizaba la pretensión que, en el fondo, suponía la inclinación.

Ciertamente, abundan las formas de decirle una mujer a un hombre que lo ama. Pero eso cuando no se le ama. El amor íntimo, real, hondo, es como el cielo azul, callado y purísimo. Podrá descubrirlo el agraciado siendo un receptor sensible capaz de recoger esas levísimas ondas que emite un espíritu selecto. Por lo demás, ni social ni humanamente la emisión femenil entra en la práctica.

Llegaba el término preciso de la permanencia del joven en el poblado.

Días antes de marchar le había comunicado a María Antonia sus sentimientos y sus planes. Conservaría toda su vida un grato recuerdo de Novaleda, y en particular de sus amistades, sobre todo la suya, la de María Antonia. Su propósito era hacer fortuna. Una gran Compañía norteamericana le brindaba un porvenir seguro. En quince años...

La naturalidad con que se lo dijo acalló todo impulso y toda manifestación. Acallólos en forma que ni las lágrimas surgieron como protesta única. Se opuso un sentimiento a otro. Venció el de la vergüenza.

* * *

Por el sitio mismo donde tantas veces platicaran María Antonia y Andrés Garón vagaba ahora aquélla tristemente. Todo le recordaba al que se había puesto ya en camino, al que no volvería a ver más.

"¡No verlo más!"

Estas tres palabras incrustáronse en su pensamiento.

Y se añadían otras dos:

"¡Qué vergüenza!"

Novaleda parecíale un cementerio. Temía hoy las lenguas pueblerinas como flechas a merced de desalentados. Las burlas serían eternas...

Y las auras parecían aportar y repetir infinitamente aquel adiós que fué una puñalada. Y su voluntad no conseguía vencer aquella desilusión tremenda.

Lo que en suma no era nada constituía una tortura. Lo más natural del mundo pasaba a ser horrible. ¿Qué podía reprocharle a Andrés Garón? ¿Cómo tildar, de sarcasmo aquella despedida? —

Sonreía todo.

Y María Antonia se cubrió con las manos la faz y lloró, entonces sí que lloró, conpiosamente.

Sorpresas del servicio

Por Enrique ALIO.

—¡Sargento, agárremela por ese lado!...

—¿Di ande, mi oficial? Si es más anguila que mi compadre Reducindo cuando llega fin de mes...

—Y usté, Cabo, ¿por qué no interviene?

—Aseúzeme er zenó oficiá. Yo zoy mu cavayero y no pueo toca a laz damaz zin zu premizo!

—¡No macanee, Cabo; tómela de las piernas y de firme, porque yo ya no resisto más con ella!

—Ya la hemus dominau. ¡San Santiaju, me valja! ¡Interruéguela usté, señor Oficial antes que encomence de nuevo!

—Dejen ustedes que me arregle la chaquetilla... A ver, señora: ¿Cómo se llama usted?

(La detenida, roja de rabia y echando espuma por la boca contestó):

—Yo soy Juana la Loca y busco a mi amado Felipe... ¡Dónde estás Felipe mío?

—Yo que sé, señora. Aquí no hay dengun Felipe, como no sean los panecillus que acaba de dejar el panaderu. Pero estese usté quietecita, porque si no la vamos a tener que atar.

—De modo que usted se llama....

—Catalina de Médicis y lloro constantemente a los mártires de la terrible noche de San Bartolomé...

—Pa mí, señor Oficial, que a esta pobre se le ha metido gente en la azotea

—¿Qué pasa Oficial?

—Una presunta demente, mi Auxiliar, que el Cabo Pérez trajo de la parada.

—Si usté me premite, señor Auxiliar, la señora no es presunta demente; dice que se llama Catalina Juana y pa mí que el apeyido es Laloca de Médicis...

—Vamos. ¡Cállese Sargento y revísenla en seguida!

—¡Ay, mi madre! ¡Ahora sí que te quiero ver escopeta!

—¡Aleh! ¡Muchachos! ¡Ayudar toos; que no ze diga que los de la octava se han dejeo vencer por una mujé!...

—¡Asujétala de abajo, pedazo de bruto! ¡Agarrale las piernas sin miedo, hombre!

—¡Ay, mi sargento; me he quedao con las medias en las manos!...

—¡Qué barbaridad!

—Metele, Olegario, metele!

—¡Asujétemela por ese lao, Cabo!...

—¡Pero, ¿qué es ésto? aquí en la media encuentro dinero...

(Todos tiran al suelo a la loca Catalina Warner y corren a ver de qué se trata.)

—¡Son tres billetes nuevecitos de a mil pesos!

—¡A ver, Oficial inspector, embróchelos como cabeza del sumario! ¡Y pasen a esta loca al calabozo!

(Poco después, el cabo Pérez mohino y cabizbajo regresaba a su parada en compañía de su amigo el agente Martínez).

—¡Que disgraciaiu he nacio, compañero!...

—¿Y qué le vas a hacer, m'hijito?, cuando la taba nos echa lo de atrás, es al ñudo lamentarse...

—¡Y cuando pienso que todo jué por no hacerte caso! Porque si la rejistramos... pa qué te cuento, más vale...

—¡Claro, pues... los tres mil morlacos serían nuestros ahora, y no estarían en el expediente agregaos como cuerpo del delito a la indagatoria, quien sabe hasta cuando...

—¡Está visto, hermano que esos flamencos no eran pa mi pajarera!...

EL ARTE INDUSTRIAL ALEMAN

Respecto a la fabricación alemana de objetos artísticos de cristal, se puede asegurar que hoy no hay nación que aventaje a ésta en la industria del cristal. Puede dividirse en dos grupos: el tallado áspero y el tallado fino. El primero se dedica a la fabricación de vasos de cerveza y a todos los tallados ásperos. El segundo, a los frascos de tocador, que representan flores, animales exóticos y figuras.

También fabrica vasos, ánforas, cajas y multitud de objetos tallados primorosamente, algunos incrustados con oro y plata; otros, policromados. Todos ellos trabajados con tal maestría, que resultan verdaderas obras de arte.

LA NOVELA DE UN NOVELISTA

El último amor de Balzac

¡Escribir! ¡Escribir siempre, sin descanso alguno, amarrado al duro banco de la galera literaria! ¡Trabajar titánicamente, extrayendo del pensamiento novelas y novelas que sirviesen para que su autor viviera!... He aquí lo que fué la existencia de Honorato de Balzac, fecundo novelista, que hubiera sido el más grande de su tiempo de no haber tenido que librar los terribles combates que sostuvo durante su vida, angustiada constantemente por la falta de dinero.

Tipo de luchador, carácter férreo, corazón lleno de ambiciones y de anhelos de grandeza, no supo resistirla tampoco, y allí empezó su martirio.

La primera deuda le obligó a contraer otras nuevas, cadena sin fin que arrastró siempre y le hizo ir de sobresalto en sobresalto y de inquietud en inquietud, resolviendo diaria o diariamente el cada vez más difícil problema de su atormenada existencia.

Enamorado de la tranquilidad, del bienestar y del orden, no podía tener ni la más remota esperanza de conseguirlos. Su destino era aquel de trabajar loca y afanosamente para alcanzar lo que nunca alcanzaría: la paz del corazón y de la conciencia, la seguridad de que su vida estaba resuelta y no tendría que escribir más de aquella manera vertiginosa y violenta.

Algunas veces aprovechando circunstancias favorables, urdía planes financieros que demostraban la fertilidad de su imaginación y su capacidad para las grandes industrias.

¡Pero él era un escritor, sólo un escritor! ¿Quién iba a hacer caso de aquel visionario soñador e iluso, que inspiraba la desconfianza que inspiran siempre las personas de talento?

Tratado así, y obligado por la necesidad, tenía que desistir de sus propósitos para volver a sus tareas literarias, siempre con el miedo de no poder escribir, de que llegara un momento en que la inteligencia, petrificada o rendida, no le respondiese, y siempre con el temor de no hallar editores que le adquiriesen las obras.

En ocasiones se creía un mendigo que vivía de la misericordia de los que al publicar sus trabajos le hacían la merced de no olvidarlo y de tenerlo presente; favores que no sabía cómo agradecer, porque no sabía tampoco si sonrojarse por ello. Veía a sus compañeros ufanarse de sus producciones, envanecidos y orgullosos, mientras él seguía en *Comedia humana*, proyectando en ella mucho de su propia alma. Aquella sociedad que pintaba era la suya, la misma dentro de la que vivía, y aquellos héroes y aquellas victorias eran reflejo del estado de su alma, cada vez más dolorida, cansada y deseosa de que se la comprendiese. ¡Inagotable cantera la de su espíritu, que daba para tantas y tantas obras, conservando todavía alientos para seguir produciendo otras obras nuevas! Mientras este espíritu se conservara firme podía tener el consuelo de no morir como había temido tantas veces que acabaría. No. Su razón estaba segura. Su pluma no temblaba aún. Adelante, y a ver si mientras tanto surgía la suerte inesperada y bienhechora que dejara colmados y satisfechos los anhelos de su corazón.

¡Qué novela, qué hermosa novela la de aquel novelista, que tenía en sí mismo la más interesante y honda que podía imaginar y concebir! Si hubiese tenido tiempo, seguramente habría hecho con ella una obra psicológica profunda y eternamente humana. Pero no lo tuvo. La vida, cada vez más exigente e implacable, lo reclamaba, y sumergiéndose en ella, náufrago en sus olas, nadaba y nadaba en dirección a una playa desconocida e ignota.

Por aquellos entonces, cuando completamente desesperado aguarda el momento en que una de aquellas olas lo arroje y estrelle contra la miseria, que ve cercana, surge en su camino una mujer, una mujer extranjera, una admiradora que tiene por el novelista la ciega adoración que inspira un dios. Aquella extranjera es la condesa Hauska, que no sospecha la terrible y espantosa tragedia que hay en la vida de su novelista. Ella cree que el poeta es un ser que no tiene nada de común con los demás mortales, que se agita en un mundo superior y extraordinario, todo grandeza, luz y gloria. Ignora por consiguiente, todo el dolor, toda la amargura, toda la inquietud que hay en el corazón de Balzac, que, sintiéndose adorado como no lo fué nunca, no sabe que hacer. Y no lo sabe porque le han dicho que aquella mujer es rica, ¡rica!... ¡Qué palabra ésta, que suena en sus oídos y en lo más secreto de su corazón, llenándole de alegría!

Sin embargo, un ligero temor le asalta ¿Cómo confesará su pobreza a la mujer, que quién sabe lo que pensará de él? ¿Cómo dirá a aquella mujer devota y sumisa que el que ella cree un dios no es más que un hombre, y hasta por añadidura lleno de necesidades, deudas y dolores?

Al fin se decide. Y confiesa la verdad ,toda la verdad, a la condesa, que no le da importancia a aquello. Su riqueza, toda su riqueza, es para él. ¿Por qué sentir aquella timidez de que da pruebas el novelista, que no debe olvidar que en el mundo hay corazones bondadosos y leales, capaces de todas las abnegaciones y todos los sacrificios?

¡Pobre novelista! La misma alegría que siente le impide ver que ya es viejo. Enfrascado en el duro combate de la vida, no se ha dado cuenta de que los años fueron pasando y pasando. Entrégase a aquel amor, que es el más grande y el último de su alma, y espera con impaciencia la hora de una felicidad que creía que nunca había de alcanzar. La espera con impaciencia; pero aquella felicidad viene con la muerte. El Destino le reservaba este sarcasmo final. Tanta lucha en pos de la tranquilidad y la calma, y cuando éstas llegan es para que el que tanto perdió en buscarlas no las disfrute.

¡Y menos mal que la condesa Hauska, fiel al recuerdo del pobre escritor vivió unida a su memoria consagrándole siempre los más puros, nobles y generosos latidos de su admirable corazón de mujer enamorada y buena!...

Juan LOPEZ NUÑEZ

¡Tome Nota!...

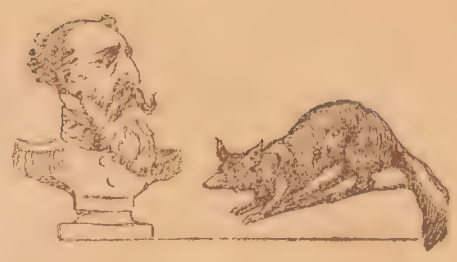
para regularizar el intestino no hay nada mejor.

Basta 1 ó 2 Pildoritas por noche para conseguirlo.

Los medios rápidos de locomoción y el crecimiento de las urbes

Es tal la influencia de los medios rápidos de locomoción en el crecimiento de las ciudades americanas, que en el espacio de un siglo, o sea de 1800 a 1900, Nueva York pasa de 60.000 habitantes a 4.113.000; Chicago, de 30.000 a 2.000.000; Buenos Aires de 40 mil a 1.129.000; Río de Janeiro, de 115.000 a 1.157.000; Lousiville, sobre el Ohío, que era un fuerte, en 1910 alcanzaba a 224.000 habitantes. El desconcertante aumento de Chicago en poco más de un siglo que lleva de existencia, se debe a ser el centro de veintisiete líneas férreas. Algo semejante le ocurre a Vancouver, que en 1890 no existía, y hoy tiene 100.000 habitantes.

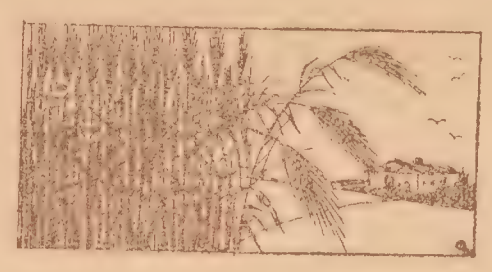
Fábulas y apólogos



LA CARAMBOLA

Pasando por un pueblo un maragato,
llevaba sobre un mulo atado un gato,
al que un chico, mostrando disimulo,
le asió la cola por detrás del mulo.
Herido el gato, al parecer sensible,
pególe al macho un arañazo horrible,
y herido entonces el sensible macho
pegó una coz y derribó al muchacho.
Es el mundo, a mi ver, una cadena,
do rodando la bola,
el mal que hacemos en cabeza ajena
refluye en nuestro mal por carambola.

RAMON DE CAMPOAMOR



LAS ESPIGAS

La espiga rica en fruto
se inclina a tierra;
la que no tiene grano
se empina tiesa.
Es en su porte,
modesto el hombre sabio
y altivo el zote.

HARTZENBUSCH.

LA ZORRA Y EL BUSTO

Dijo la zorra al busto
después de oirlo:
—"Tu cabeza es hermosa,
pero sin seso."
Como éste hay muchos,
que, aunque parecen hombres,
solo son bustos.

FELIX MARIA SAMANIEGO

COMEDIMIENTO y ASTUCIA

A cuatro o cinco chiquillos
daba de comer su padre
cada día; y como eran
tantas porciones iguales,
un día se olvidó de uno.
El, por no pedir (que es grave
desacato de los niños),
estábase muerto de hambre.
Un gato maullaba entonces
y dijo el chiquillo: — "¡Zape!
¿De qué me pides los huesos,
si aun no me han dado la carne?"

CALDERON DE LA BARCA

NO ERA NADA LO DEL OJO

Pegáronle una pedrada
a un hombre por un enojo,
tan en buen punto pegada,
que le echaron fuera un ojo,
como quien no dice nada.
Preguntóle al cirujano
si el ojo, con el dolor,
perdería; y él, ufano,
le respondió: —"No, señor,
que yo le tengo en la mano".

DIONISIO SOLIS

EL TESTARUDO

De noche, en un mal paso, sin linterna,
Juan se rompió una pierna.
¡Vaya todo por Dios!

Le curaron tal cual; pero volviendo
a aquel paso tremendo,
Juan se rompió las dos.

Sanó al fin; más tornando a la aspereza,
Juan se parte la cabeza
y muerto queda allí.

Si a un cristiano su culpa se le absuelve
y al vicio vuelve y vuelve,
¿no le sucede así?

CAYETANO FERNANDEZ

CENSURAR ES FACIL

Escriben que Cicerón,
oyendo al representante
Galo, que en Roma, triunfante,
tuvo excelente opinión,
vió silbar y murmurar
y que comenzó a decir:
—Mancebos, el escribir
es ingenio, y no el silbar.
Y esto al hombre se prohibe,
porque en diferencia igual,
silba cualquier animal,
pero sólo el hombre escribe.

LOPE DE VEGA

LA CIGARRA Y LA HORMIGA

La hormiga de su hormiguero
sacaba con alegría
lo que en el verano había
recogido en su granero.
Llegó una cigarra y dijo:
"De aqueso ¿me puedes dar?,
pues no lo puedo ganar
que es el invierno prolijo".
Mas la hormiga, con gobierno,
la respondió en canto llano:
"Pues cantaste en el verano,
danza, hermana, en el invierno."

MIRA DE AMESCUA

MALDICION DE CORCOVADO

Hurtáronle a un corcovado
una ropilla, y como era
hecha a su medida y como
para una tortuga hecha,
cuando echó menos el hurto
no hizo mayor diligencia
que decir contra el ladrón:
—"Plegue a Dios que bien le venga".

CUBILLO DE ARAGON

LAS SIERRAS DE CORDOBA

No tiene Vd. porqué pensar en realizar viajes de placer fuera de su país, teniendo en él múltiples y variadas bellezas panorámicas que podrá visitar y admirar sin sufrir las molestias consiguientes que proporcionan las excursiones por tierras extrañas.

LOS FERROCARRILES DEL ESTADO tienen un servicio de trenes directos y combinados que permiten la realización de viajes rápidos y cómodos a las hermosas e incomparables SIERRAS DE CORDOBA.

A lo largo de ellas, y abarcando todas las pintorescas poblaciones que dan animación a sus deliciosos valles existe un amplio servicio de trenes locales.

Aproveche Vd. las facilidades y comodidades que le ofrecen los FERROCARRILES DEL ESTADO, para pasar un temporada de descanso placentero en los lugares y villas que, como: SAN ROQUE, BIALET MASSE, COSQUIN, VALLE HERMOSO, LA FALDA, HUERTA GRANDE, CAPILLA DEL MONTE, LA CUMBRE, LOS COCOS, LOS MOLDES, CRUZ CHICA, CRUZ GRANDE, DOLORES Y CRUZ DEL EJE, brindan al forastero un clima agradable, aguas purísimas y la belleza de recónditos lugares que han hecho famosa a la región serrana.

Cualquier época del año, es sencillamente deliciosa en las sierras cordobesas.

En todas las villas serranas existen hoteles y casas de pensión.

:-: Caceria, Deportes Modernos, Excursiones :-:

POR MAYORES DATOS:

Administración General: San José 180

BUENOS AIRES

LA CONQUISTA

Por Renè Pujol

Cuando se es joven y se tiene un traje nuevo se puede uno permitir la libertad de seguir a una mujer por los grandes bulevares.

Santiago Dorteaux no se privaba, y el número crecido de sus victorias anteriores le hacía siempre creer que iba a añadir una nueva víctima a la lista.

Era, ciertamente, muy bonita la víctima. Bajita, rubia, de cara lindísima y un cuerpo encantador. No iba ni muy aprisa ni muy despacio, lo que prueba que era una mujer honrada.

En tales circunstancias los hombres prefieren las mujeres honradas. Su conquista halaga más.

Santiago Dorteaux se adelantaba ,se dejaba adelantar, se adelantaba de nuevo... Y la linda rubita no pudo menos de sonreir. No mucho, pero lo bastante para que Santiago pensase:

—¡Esto marcha.

De haber sido un poco psicólogo hubiera leído en aquella sonrisa:

—¡Qué idiota debe ser este pobre chico!

Pero cuando se es joven, se tiene un traje nuevo y se ve uno buen mozo en las lunas de los escaparates no se reflexioanan ciertas cosas.

El hombre tardó bastante en sentir la noción del ridículo, y hay hombres que no llegan a sentirla nunca.

Santiago Dorteaux se decidió a hablar. Minuto difícil, maniobra delicada, de la que depende el porvenir.

—¿Sería indiscreto ofrecerle un vaso de Oporto?—preguntó sombrero en mano.

—Naturalmente caballero.

Tenía una voz deliciosa, Santiago se lo dijo, y se entabló el diálogo

La señora rubia acabó por aceptar. Se instalaron en un café cercano y pidieron limonada

—¿Y qué desea usted, caballero? — dijo la joven.

—Yo, nada, señora — respondió Santiago, aturdido.

—¿Entonces por qué me ha abordado usted en la calle ,a riesgo de comprometerme?

—Pues.. por tener el gusto de hablar un rato con usted.

—Pues hablemos.

Apoyados los codos en la mesa, con la barbilla entre las manos , miraba a Santiago con una tranquilidad desconcertante.

—¿Es usted casado?

—No, señora. ¿Y usted?

—Sí.

—¿Hace mucho?

—Hace ya dos años.

Después de un rato de silencio Santiago se decidió a hacer la pregunta fatídica.

—¿Es usted dichosa?

—Muy dichosa, caballero.

—Eso se dice.

—Lo digo como lo pienso.

—¿Y no se aburre usted nunca?

—Eso sí—confesó la joven—. Estoy casi siempre sola. Mi marido se pasa todo el día trabajando.

Santiago puso a prueba todos los recursos de su elocuencia de conquistador profesional. La joven escuchaba con los ojos entornados.

—Debo advertile a usted una cosa—dijo al fin.

—¿Que?

—Que mi marido es muy celoso.

—Peor para él.

—Es que es muy fuerte y muy violento. Si nos sorprendiera sería capaz de matarnos.

—¡Bah!—dijo Santiago con un soberbio gesto de desdén.

—¿No tiene usted miedo?

—Nunca lo he tenido.

De pronto la hermosa rubia palideció y exclamó:

—¡Dios mío!

—¿Qué ocurre?

—¡Ah!... ¡Detrás de usted!.. ¡Mi... marido!

A Santiago se le secó la garganta.

—¿Nos ha visto? — balbuceó.

—No; pero nos tiene que ver necesariamente. ¡Y siempre lleva su revólver!

Santiago exclamó con espanto:

—Pero no disparará, ¿verdad? Yo no he hecho nada, nada. Soy inocente. Venga a decirle en seguida que entre usted y yo no hay absolutamente nada. He hecho mal en seguirla; pero eso no es motivo para matarme. Yo le daré cuantas explicaciones exija.

La rubita volvió a su sonrisa tranquila de antes.

—Tranquilícese, caballero. Mi marido no está ahí. Hace un mes que se fué a Inglaterra. Quería conocer sus verdaderos sentimientos. No tiene usted un alma muy noble, caballerito. Le aseguro que no ha hecho usted un papel capaz de seducir a una mujer. Adiós.

Y se alejó sonriente. Mientras Santiago lamentaba no haber tenido un gesto de valentía en aquella ocasión en que pudo haber quedado como un valiente a los ojos de una mujer bonita.

Crónica Mundial

MIENTRAS LE PREPARABAN EL ENTIERRO, EL AHOGADO RESUCITA Y SE VA A DESAYUNAR

En París un muchacho llamado Marcel Robert acaba de pasar por la terrible experiencia de que, considerándole muerto sin estarlo, fuese colocado sobre la mesa de mármol del Depósito de cadáveres de un hospital, mientras se hacían las diligencias necesarias para su identificación antes de proceder a su entierro.

El muchacho que tiene dieciocho años de edad, había ido al canal de Saint-Denis para tomar el baño .Cuando estaba nadando le dió un calambre y se hundió. Su cuerpo, aparentemente sin vida, fué recogido minutos después. Llevado a la orilla se le practicó durante bastante tiempo la respiración artificial, sin resultado alguno.

Llevado al Hospital de Saint-Denis se aplicó al ahogado una inyección, con la cual tampoco manifestó ningún signo de vida. Los médicos del Hospital hicieron entonces un minucioso examen del cuerpo y certificaron que el muchacho había muerto ahogado.

El cadáver fué trasladado al Depósito del Hospital, mientras llegaba la Policía.

Entre tanto, el empleado del Depósito empezó a echar sobre el cadáver una corriente de agua fría. Entonces ante el espanto del empleado, el muerto empezó a temblar y a los pocos minutos se sentaba tiritando sobre la mesa y pedía a voces sus ropas.

Cuando la Policía llegó al Depósito para hacer las gestiones de identificación del muerto, se encontró con que el "ahogado" se había ido a su casa, donde estaba desayunando con excelente apetito.

LABRADOR, PEON, DOMADOR CAZADOR Y GANADERO

Y ahora resulta que es una mujer.

En Sidney se ha registrado un nuevo caso de una mujer que se hacía pasar por hombre. Aunque sólo cuenta veintinueve años de edad, esta mujer ha ejercido los oficios de labrador, peón de ferrocarril, domador de caballos, ganadero y cazador.

Vestida de hombre, trabajó primeramente como un chico, y después como un hombre. Su verdadero sexo ha sido descubierto por un patrono que se negaba a pagarle treinta y nueve libras que le adeudaba por su trabajo en una granja. La mujer, al verse descubierta, ha declarado que nació en los Estados Unidos, de padres ingleses, con los que fué a Melbourne cuando tenía siete años. Poco después murió su madre, y su padre se entregó a la bebida, tratándola cruelmente.

La muchacha decidió entonces ponerse a trabajar para ganarse la vida; pero le fué imposible encontrar trabajo por ser una niña. Fué entonces cuando decidió vestirse con el traje de los chicos, y de este modo fué admitida para trabajar en una granja. Empleada en diversos oficios, estuvo en Nueva Gales del Sur, en Queensland, en Australia del Sur, y en Nueva Zelandia. Durante todo este tiempo le ocurrieron gran número de aventuras y ocupó cargos de los más diversos y trabajosos, especialmente durante los años que trabajó como peón en la construcción de un ferrocarril y cuando se dedicó a la doma de potros.

Esta mujer excepcional dice que su mayor deseo es regresar a Queensland, el país más hermoso de todos los que conoce, y dedicarse a cultivar una pequeña granja de su propiedad. Ha manifestado también que no piensa volver a ponerse los vestidos femeninos.

"Ahora — dice —es imposible volverme atrás. No he hecho daño a nadie, y siempre he cumplido bien en el trabajo. Si puedo ganarme la vida como un hombre, ¿por qué he de renunciar ahora a ello? Durante todos estos años de esfuerzo y trabajo he logrado ahorrar dinero, porque no bebo ni juego, como hacen los hombres. Además, si ahora me vistiera como corresponde a mi sexo, seguramente me sería imposible ganarme bien la vina porque no estoy acostumbrada a hacer los trabajos que hacen las mujeres".

LA CRIADA PRENDIO FUEGO A LA CUNA DONDE DORMIA EL NIÑO

Por encargo de los tíos de la criatura

Hace algún tiempo fué condenada en Roma, a quince años de prisión una criada a quien se acusaba de haber prendido fuego durante la noche a la cuna donde dormía el niño de dos años Ciccino Amato, que murió carbonizado.

Elle decía que se trataba de un accidente casual; pero los padres de la criaturita afirmaban que la criada había ido con una vela encendida hasta la cuna, y con la llama de dicha vela había prendido fuego a las ropas de la misma.

Hace pocos días la criada en cuestión, que estaba a punto de ser trasladada a un penal de mujeres, para que cumpliera su condena, solicitó hacer revelaciones.

El juez que había instruído su causa fué a verla a la cárcel, y la criaad le nijo:

—Antes de entrar en el penal donde he de purgar mi culpa quiero que se sepa toda la verdad. Es cierto que yo prendí fuego a las ropas de la cunita donde dormía el niño; pero lo hice porque así me lo pidieron el ex diputado Dante Majorana y su esposa; tíos de la criaturita. Ambos hubieran heredado diez millones de liras de no haber nacido el niño, y desde qeu este vino al mundo estaban desesperados, pues veían que se les escapaba tan enorme suma.

Un día me llamaron a su casa y me propusieron cien mil liras si yo hacía que el niño muriera de una forma que a todos pareciera casual y nada sospechosa.

Primero me negué; pero como soy muy pobre y me ofrecían mucho dinero, accedí. Y una noche me levanté de mi cama, y fuí andando descalza hasta la habitación contigua, donde estaba la cunita

del niño que yo tenía encargo de vigilar nocturnamente. Llevaba una vela encendida y con ella prendí fuego, y apenas ví que ardían las ropas de la cuna salí, cerré la puerta y me acosté.

Yo esperaba que Majorana y su esposa me libraran de ir al penal; pero como veo que no han cumplido ninguna de sus promesas, he decidido denunciarles.

Dante Majorana y su mujer que efectivamente debían heredar 10 millones si el hermano de ella, padre de la criatura, moría sin sucesión, han sido presos.

SE CASA A LOS OCHENTA Y CUATRO AÑOS, Y VA A LA IGLESIA EN UNA SILLA DE MANO

El novio es un joven de veintitrés años.

En la iglesia de San Juan, de Londres se celebró hace pocos días la boda de la señora Stevens, de ochenta y cuatro años, con el joven Agri Mills, de veintitrés, segundo hijo del capitán del mismo apellido que fué campeón australiano de ciclismo. La señora Stevens, que posee un castillo en la región de Sukerman, donde vivía su joven esposo, es propietaria de casi toda la región. Fué trasladada a la iglesia en una silla de mano. Asistieron numerosos parientes del novio y algunos de la novia. Esta, que era viuda desde hace cuarenta años, ha dicho a los periodistas que no podía soportar la soledad, y que se había decidido a contraer matrimonio en vista de que también una hermana del ex Káiser se había casado con un joven ruso.

LAS NOVELAS DE LA VIDA

LA NIÑA ROBADA POR LOS MAORIS

Ya no quiere vivir con los blancos

Hace cincuenta y cinco años que un ingeniero que estaba dirigiendo la construcción del ferrocarril de Nueva Plymouth a Inglewood, a través de Lepperton, en Nueva Zelandia, se vió obligado a mandar destruir un cementerio maorí situado en la ruta trazada para la vía férrea.

El ingeniero que se llamaba Perret, recibió la visita de una Comisión maorí, que le advirtió que si se atrevía a profanar las tumbas de sus mayores se vengaría del modo que más daño pudiera causarle.

Perret desatendió las advertencias de los maorís, y el cementerio fué destruído. Poco tiempo después desaparecía misteriosamente su hija Carolina, niña que contaba ocho años de edad. A pesar de que 150 hombres estuvieron durante varias semanas registrando todos los contornos, la niña no pudo ser encontrada.

Al cabo de cincuenta y cinco años, una sobrina de la niña desaparecida supo que en una tribu de maorís cercana a Auckland vivía una mujer europea. Sorprendida por el parecido de familia que observó en ella, se decidió a interrogarla. Finalmente ha sido identificada como Carolina Perret merced a una cicratiz que tenía en el cuello.

Carolina ha declarado que tiene un vago recuerdo de que siendo muy pequeña fué robada por los maorís en una canoa, a bordo de la cual la condujeron hasta Whangarei.

Al cabo de algunos años, cuando ya se había borrado de su memoria lo sucedido, se casó con uno de los jefes de la tribu, con el cual tuvo dos hijos. A la muerte de su marido se casó de nuevo con un rico granjero maorí, con el cual tuvo otros hijos, de los cuales sólo han sobrevivido tres.

Carolina, que vive como los maorís, y que se ha adaptado a sus costumbres, ha sido visitada por sus hermanas, que han confirmado la identificación, después de lo cual le propusieron que dejase aquella vida y se fuese a vivir con los suyos. Sin embargo, Carolina no parece dispuesta a dejar a los que siempre ha considerado como su única familia. Ha manifestado que quiere a su familia maorí más que a la blanca, que desconoce en absoluto, y que además desde muy pequeña no recuerda que hayan tenido para ella más que buenos tratos y consideraciones.

LA "ABUELA ANUKA" VENDIA VENENOS DESDE HACE CINCUENTA AÑOS

Y ahora tiene noventa y dos

Ante el Tribunal de Pojarevatz ha terminado la vista del proceso instruído contra Anuka de Pistonja, anciana de noventa y dos años de edad.

La acusada, conocida en toda la región de Belgrado por la "Abuela Anuka", llevaba dedicándose a la industria de los venenos cincuenta años, y ha sido causa directa o indirecta de que hayan muerto más de cincuenta personas.

Este proceso ha causado gran emoción, no solamente en Yugoeslavia, sino también en todos los Balcanes, pues algunos de los envenenados eran personas de calidad.

Los que querían deshacerse de algún miembro de su familia o de algún enemigo, acudían a la casa de Pojarevatz, donde vivía la "Abuela Anuka", y la consultaban acerca del caso.

Anuka los sometía a un largo interrogatorio y una vez que quedaba enterada del sexo, edad, estado de salud, posición social y costumbres de la presunta víctima, entregaba al consultante una dosis de veneno y le daba instrucciones acerca de su empleo.

Anuka tenía en un cuarto reservado de su casa, donde sólo entraba ella, una colección de venenos vegetales verdaderamente terribles. Según parece, algunos de ellos son desconocidos de los médicos y otros eran fabricados por ella misma con diversas substancias escasamente conocidas.

En la vista del proceso, Anuka, que no obstante sus noventa y dos años, demuestra una gran agilidad declaró qué creía honradamente que al vender sus venenos no cometía delito alguno.

—Yo—dijo—soy una humilde herbolaria. Venían a comprarme mis hierbas y las vendía muy baratas. Y si luego las usaban mal, eso era de cuenta de los compradores. Estoy segura de que cuando muera iré al cielo.

El Tribunal la ha condenado a quince años de presidio; pero como ya tiene noventa y dos, es casi seguro que muera en la prisión.

Las dos últimas personas que le compraron venenos, y que son una mujer llamada Stana Mamisova, que envenenó a su marido, y un hombre llamado Simón Marmirow, que envenenó a su padre, han sido condenados, respectivamente, a cadena perpetua y a veinte años de reclusión.

EL MUSICO QUE TIRO NARANJAS A UNA ORQUESTA DE "JAZZ"

Lo condenan a seis meses de cárcel.

La célebre Banda de música de "jazz-band" de Mr. Jack Hylton ha recorrido varias ciudades belgas dando conciertos, que han tenido en la mayoría de los casos éxito resonante. Sin embargo, la brillante "tournée" tuvo un ligero contratiempo en Lieja, donde un músico belga que se encontraba entre el público, y para el cual la música de "jazz-band" es un ruído insorpotable, se entretuvo tirando naranjas a la orquesta.

Detenido por los agentes de la autoridad ,el músico ha sido procesado. A pesar de que ha alegado que tenía perfecto derecho a exteriorizar su protesta, el juez le hizo creer su equivocación. "El acusado no pudo alegar que le acometió un sentimiento de violencia que no pudo resistir. Como músico sabía perfectamente lo que es la música de *jazz-band.*

Ha sido condenado a seis meses de cárcel.

HA MUERTO EL HOMBRE MAS VIEJO DEL MUNDO

El hombre más viejo del mundo, el turco Zoro Aga, residente en Constatinopla, que tenía ciento cuarenta y ocho años y había sido contratado por una casa cinematográfica americana para ir a los Estados Unidos, fué atropellado hace pocos días por un automóvil en el momento en que salía de su casa. El anciano murió en el hospital.

Las cafeteras y teteras eléctricas son elegantes prácticas y decorativas

COMPAÑIA ITALO ARGENTINA DE ELECTRICIDAD

Corrientes 561 - 569

U. T. 31 - Retiro - 3401

C. T. 1387 y 2524, Central

ASESINATO DE UNA POBRE MUJER POR CREERLA BRUJA

La creencia en brujas existe todavía en algunos pequeños pueblos de Portugal.

Recientemente ha sido asesinada brutalmente una pobre mujer de Portimao porque sus convecinos le hacían responsable de una serie de calamidades y desgracias que le habían ocurrido.

Todas cuantas enfermedades sufrían las atribuían a que la bruja les había echado mal de ojo; igualmente era responsable la pobre mujer de las malas cosecchas. Ultimamente, poco tiempo antes de ser asesinada, la maltrataban por creer que era culpable cuando el pan no salía bien cocido.

Como asesinos de la pobre mujer han sido detenidos tres hombres que habitaban pared por medio de la casa de la bruja.

—Dirán lo que quieran, pero esa Flor Azteca es realmente milagrosa. Miren que adivinar que yo tomo del famoso reconfortante HIERRO QUINA BISLERI.

¡Ba!; eso lo toma todo el mundo.

El chal de seda roja

INVESTIGACIONES DE ARSENIO LUPIN

Por Mauricio Leblanc

(Continuación)

TEN CUIDADO, QUE ES ZURDO.

Lupín se había levantado. Se inclinó un poco y mirando fijamente al Inspector añadió:

—La historia ha terminado. Probablemente pronto conocerás a la víctima... Alguna cantante o bailarina de music hall. Además, hay muchas probabilidades para que el culpable viva en las cercanías del puente nuevo y sobre todo en la orilla izquierda... En fin, todas las piezas de convicción te las regalo... Trabaja... Yo no me guardo más que este trozo de chal. Si necesitas reconstruirlo por entero, tráeme el otro pedazo, el que la justicia recogiera sobre la víctima. Traémelo dentro de un mes, día por día, es decir, el 28 de Diciembre próximo a las 10. Puedes estar seguro que me encontrarás. No tengas temor ninguno. Todo esto te lo digo en serio y como un buen amigo... Te le juro... No hay broma ninguna. Puedes ir adelante... A propósito; un detalle que tiene su importancia. ¡Cuando detengas al tipo del monóculo, ten cuidado; es zurdo! ¡Adiós, mi buen amigo, y buena suerte!

Lupin hizo una pirueta, llegó a la puerta, la abrió y desapareció antes de que Ganimard pensase en tomar una resolución.

De un salto se precipitó el Inspector, pero constató enseguida que el pestillo de la puerta se movía gracias a un mecanismo ignorado por él. Necesitó diez minutos para abrir aquella puerta y otros diez para abrir la de la antesala, y cuando hubo bajado los tres pisos había perdido ya toda esperanza de encontrar a Lupin.

Por otro lado, tampoco pensó más en ello. Lupin le inspiraba un sentimiento bizarro y complejo, donde había algo de miedo, rencor, admiración y la intuición confusa de que, no obstante todos sus esfuerzos a investigaciones, jamás llegaría al nivel de semejante adversario.

Le perseguía por deber, por amor propio, pero con el continuo temor de ser vencido por aquel temible mistificador y burlado ante un público siempre dispuesto a reirse de sus desgracias.

La historia de aquel chal rojo le pareció particularmente equívoca. Interesante, sin duda alguna, pero increíble...

—No, — exclamó Ganimard. — Todo es una broma... Un conjunto de suposiciones e hipótesis que no se basa en nada... ¡Bah! Ni hay que pensar en ello.

Cuando llegó al número 36 del muelle de las Orfebres, estaba resuelto a no acordarse más del incidente.

Subió al Servicio de la Seguridad. Allí le dijo uno de sus camaradas:

—¿Has visto al Jefe?

No.

—Preguntaba por tí.

—¿Ah?

—Sí. Ve a verle.

—¿Dónde?

—Calle de Berne... Un asesinato que ha sido cometido anoche.

¡Ah! ¿Y la víctima?...

—No sé de fijo... Una cantante de café concert, según creo...

Ganimard murmuró sencillamente:

—¡Diablo!... ¡Diablo!

Veinte minutos después salía del metropolitano y se dirigía a la calle Berne.

La víctima, conocida en el mundo de los teatros con el pseudónimo de Jenny Laphir, ocupaba un modesto departamento situado en un segundo piso.

Conducido por un agente de policía, el inspector principal atravesó las dos habitaciones y penetró en otra donde estaban ya los magistrados encargados de la investigación, el jefe de la Seguridad Mr. Dudouis y un médico forense.

Al primer golpe de vista, tembló. Había apercibido, echado sobre un diván, el cadáver de una joven cuyas manos crispadas sostenían un "trozo de seda roja". El hombro que dejaba al descubierto el cuerpo, desgarrado, del vestido, tenía la huella de dos heridas en torno a las que se había coagulado la sangre. La faz convulsionada, casi negra, conservaba una expresión de loco espanto.

El médico forense, que acababa de terminar su examen, exclamó:

—Mis primeras conclusiones son muy netas. La víctima ha sido herida primero de dos puñaladas y luego extrangulada. La muerte por asfixia es bien visible.

—¡Diablo!... ¡Diablo!... ¡Diablo!, — esclamó de nuevo Ganimard al recordar las palabras de Lupin respecto al crimen.

El juez de instrucción objetó:

—Sin embargo, el cuello no ofrece equimosis ninguna...

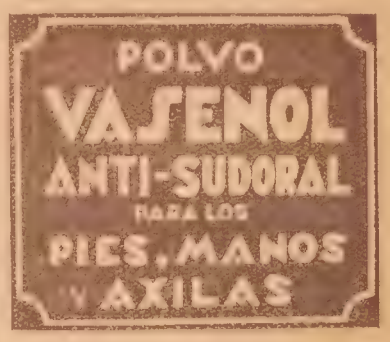
—La extrangulación, — declaró el médico,—ha podido ser practicada con ayuda de ese chal de seda que llevaba la víctima, a uno de cuyos extremos llevó las dos manos para defenderse.

—Pero, ¿por qué no queda más que ese trozo? ¿Qué ha sido del otro?...

—Entonces me dije: "Qué interesante sería investigar la otra mitad que encontrará la policía en el cuello de la víctima..." Porque esta mitad "que tengo, al fin", está terminada del mismo modo; así es que sabré si existe el mismo escondite y qué es lo que encierra... ¡Pero mira qué bien hecho está, y qué poco complicado!... Basta tomar un extremo del cordoncito rojo y tirar, para dejar al descubierto un hueco pequeño para guardar una medalla... otra cosita pequeña... Una joya... Un záfiro, por ejemplo...

¡AQUI, PRONTO!... ¡VAMOS!... ¡DAME!... ¡ASI, BUEN CACHORRO

En aquel mismo instante tiraba del cordoncito de seda y tomaba con el pulgar y el índice una admirable piedra azul, de una talla y pureza perfecta



—¿Y qué me dices, amigo mío?

Levantó la cabeza. El inspector, lívido, con los ojos extraviados, parecía petrificado, fascinado por la piedra que lanzaba destellos ante él.

Al fin comprendía toda la maquinación.

—¡Animal!, — exclamó.

Los dos hombres estaban de pie, uno frente a otro.

—Dame eso, — dijo el inspector.

Lupin le alargó el chal.

—¿Y el záfiro, — murmuró Ganimard.

—Qué estúpido eres...

—Dámelo, o sino...

—Si no, ¿qué?, especie de idiota... — exclamó Lupin. — Vamos. ¿Te imaginas que yo me he mezclado inútilmente en la aventura?

—¡Duvuélveme eso!

—¿Tú me has mirado bien?... De modo que hace cuatro semanas que te hago ir de un lado para otro como un perro perdiguero, y quieres ahora... Vamos, Ganimard; un pequeño esfuerzo... Vamos, ¡aquí! ¡Aquí Ganimard... trae, trae aquí! ¡Al amo!... ¡Vamos, cachorrito!

Conteniendo la cólera que tenía, Ganimard, no pensaba más que en llamar a sus agentes, y como la habitación en que se hallaban daba al patio, poco a poco, con un movimiento giratorio procuró ir hasta la puerta de comunicación. De un salto llegaría a la ventana, rompería un vidrio...

—Vamos... Eres tan imbécil como los otros... En tanto tiempo como habéis tenido la tela, no se os ha ocurrido la idea de palparla... Ni uno sólo ha pensado el por qué la pobre muchacha no quería soltar el chal. ¡Ni uno! Obrabais todos al azar, sin reflexionar, sin prevenirlo todo...

El inspector había logrado su objeto.

Aprobechando un momento en que Lupin se alejaba de él, dió media vuelta y agarró el picaporte de la puerta. Pero soltó un juramento.

Lupin se echó a reir.

—¡Ni aún eso! Tu me preparabas una emboscada, y no admites que yo pueda hacerlo por adelantado... Y tú te dejar conducir hasta aquí, sin preguntarte si no lo haré de exprofeso, y sin recordar que las cerraduras están provistas de mecanismos especiales!... Vamos, con toda sinceridad: ¿qué dices tú a eso?

—¿Qué qué digo?, — exclamó Ganimard, fuera ya de sí.

Rápidamente había sacado su revólver y apuntaba a la frente de su enemigo.

—¡Arriba las manos!, — exclamó.

Lupin se puso ante él, encogiéndose de hombros.

—¡Otra falta!

—Arriba las manos, repito.

—Otra falta. El revólver no hará nada.

—¡Cómo!

—Tu ama de gobierno, la vieja Catalina, está a mi servicio. Ha mojado la pólvora esta mañana mientras que tú tomabas el café con leche.

Ganimard hizo un movimiento de ira. Se guardó el arma y se lanzo contra Lupin.

—¿Cómo?, — exclamó Lupin, deteniéndole con la rodilla.

Sus ropas se tocaban casi. Las miradas eran provocadoras ,como las miradas de dos adversarios que están a punto de llegar a las manos.

Sin embargo, no hubo combate. El recuerdo de las luchas anteriores hacía inútil una nueva. Y Ganimard, que recordaba las derrotas sufridas, sus ataques inútiles y las fulminadoras contestaciones de Lupin, no se movió. No tenía nada que hacer; lo comprendía.

Lupin disponía de fuerzas contra las cuales toda otra fuerza individual se entrellaba.

—¿No vale más, — exclamó Lupin, — seguir así tranquilos? Además, amigo mío; piensa bien en los beneficios que te reporta esta aventura: glorias, certidumbres de un próximo ascenso, y, gracias a todo ello, la seguridad de una tranquila vejez. No pretenderás añadir a todo eso el descubrimiento del záfiro y la cabeza de Lupin... No sería justo eso. Sin contar con que el pobre Lupin te ha salvado la vida... ¿Quién, si no, te advirtió que el individuo era manco?... ¿Esa es la forma que tienes de agradecérmelo?... No está bien eso, Ganimard... Me das lástima...

Mientras hablaba Lupin, había hecho lo mismo que Ganimard y se había aproximado a la puerta.

Ganimard comprendió que el enemigo se le iba a escapar. Olvidando toda prudencia, quiso cortarle el paso y recibió en el estómago un formidable cabezazo que le mandó rodando hasta el otro extremo de la habitación.

. . . . . .

Con tres movimientos, Lupin hizo jugar el resorte, abrió la puerta y se esquivó riendo.

Cuando Ganimard, veinte minutos después, logró reunir a sus hombres, uno de ellos le dijo.

—Ha salido de la casa un obrero pintor que me ha entregado una carta, diciéndome:

—Déle eso a su patrón.

—¿A qué patrón, — le pregunté.

Pero él estaba ya lejos y no me ha contestado. Supongo que será a usted.

—Dame.

Ganimard abrió la carta. Estaba escrita a todo correr, con lápiz, y contenía estas palabras:

"Esto es, mi buen amigo, para ponerte en guardia contra una excesiva credulidad: cuando alguien te diga que las cápsulas de tu revólver están mojadas, por muy grande que sea la confianza que te inspire, y aún cuando se llame Arsenio Lupin, no te fíes. Dispara, y si hace una pirueta al pasar a la eternidad, tendrás la prueba: 1o. de que las cápsulas no estaban mojadas y 2o., de que la vieja Catalina es la más honrada y fiel de las sirvientas. Entretanto, y esperando tener el honor de conocerla, acepta mi buen amigo, los afectuosos sentimientos de tu fiel amigo. — *Arsenio Lupin*".

La luz artificial puede influir en la postura de las aves de corral

Los momentos en que las aves se ven obligadas a retirarse en sus respectivos gallineros al caer la tarde, traen como consecuencia lógica una disminución considerable en las posturas de los huevos.

Durante la noche, el ave pierde por completo su actividad, y durante este tiempo el animal no tiene oportunidad para comer, proveyéndose de las substancias de la yema dentro del huevo (que ha estado en el ovario de su creación). Ahora bien, si a las aves se les diese luz durante parte de la noche, no sólo se alimentarían, sino que estarían, sin lugar a duda, ocupadas y en actividad, puntos capitales en el problema de la producción del huevo.

Naturalmente, en el invierno las aves deben ser alimentadas con una comida especial para que ésta, a su vez, se transforme y contrarreste la temperatura baja que puede sufrir el animal, aumentando las calorías del cuerpo; pero este inconveniente puede ser fácilmente remediado proveyendo a las aves del calor artificial, que podría ser dado durante las primeras horas de la mañana y las dos primeras horas de la noche, o en su defecto, a la hora más conveniente para el criador.

Esta prueba ha producido, toda vez que ha sido aplicada inteligentemente, grandes beneficios, y es, sobre todo, muy productiva financieramente considerada, porque aumenta la postura en una época de gran escasez, y por lo mismo, de mayor valor en el mercado.

En algunos casos es más conveniente proveer la luz artificial desde que empieza a obscurecer hasta las ocho o las nueve de la noche, y ha dado mayor resultado que dar dos horas a la mañana y dos horas a la noche.

El tesoro escondido

Por Miguel MARTOS.

—Callesé, aparcero, y no siga contando — dijo Celedón, interrumpiendo a un viejo criollo que empezaba a contar una narración de aparecidos, — que aquí está el libro de las mil y no sé cuantas noches, y no es posible que and'él se halle otro gallo le pare rodeo... Aquí se lo presiento a don Laguna — agregó, palmeándole amistosamente la espalda al viejo gaucho, — que no almite cuentos de naide, por más pintao que sea, porqu'él es como Dios: en tuitas partes ha estao y tuito lo sabe...

—Mirá, mocoso mal educao — retrucó el viejo, amagándole un revés, — no me vengás con bordoneos, que así yo no sé cantar, y aprendé a respetar a los mayores no cortando su palabra honrada...

—Dejeló, don Laguna — dijo el criollo objeto de la interrupción, que así nomás ha e ser la cría... Ya se vé por la pinta... Cuente usté primero, qu'es güen narrador y muy mentao, que hi de tener el gusto en escucharlo.

—Como guste, don — dijo el viejo Laguna, acamodándose en la silla y dánlole de paso un buen pellizcón a la cebadora de mate, que se había quedado embobada mirando a Celedón y estaba dejando enfriar la yerba.

—Yo temién me hi visto una vez en asuntos d'espíritus del otro mundo, y, por Dios, que no me quedaron ganas de meterme otra vez en camisa de once varas... Jué una vez que bajé a Mendoza a traer un arreo de hacienda, hace años. Juí a visitar a un sobrino que vivía en una casa antigua de la calle... no me acuerdo cuanto...; todas me parecen lo mesmo. Güeno: una noche, después de comer, se presentó una visita que yo no conocía. Era un hombre como de cincuent'años, más bien flaco, pero derecho y duro, ni aunque parecía haber pasao tantas primaveras, y aunque tenía una vista penetrante como punta de lanza, no dejaba de ser simpático. Pasamos un rato hablando de sonceras, hasta que mi sobrino, medio cortao y dudoso, me dijo así:

—Tío, ¿usté conoce algo d'esperitismo?

Me quedé de una pieza.

—¿No ha oído hablar de los espíritus?

—Algo, sí, — le contesté, — pero muy poca cosa...

—¿Quiére que hablemos con el espíritu de un muerto? — me soltó a boca e jarro.

—Como les parezca — contesté yo, después de tragar saliva y mirar de reojo pa los laos, por si había algún aparecido. En seguida mi sobrina política trajo de un rincón una mesita redonda de tres patas, toda de madera, y la puso entre nosotros. Yo estaba como en la luna. Sin saber qué pensar ni qué hacer y con más ganas de salir disparando que de ver visiones del otro mundo, pero mi amor propio de hombre sin miedo me sujetaba. Me consolaba mirando de reojo pa los laos y acariciando como quien no quiere la cosa, el puño de mi daga... Una vez acomodada la mesita, mi sobrino, y el hombre de la mirada de acero, que así lo llamaré porque no me acuerdo del nombre, extendieron las manos sobre ella y me invitaron a hacer lo mesmo. Lo hice sin decir esta boca es mía y dejé hacer.

—Entorne un poco los ojos y piens'en Dios — me dijo el hombre de la mirada de acero.

—Así lo hice. Al ratito la mesa comenzó a crujir y s'empezó a mover lentamente de un lao, después del otro y del otro... Yo me comencé a reir y les dije qu'esa píldora no la tragaba, porque creí que eran ellos los que movían la mesa.

—No, tío — dijo mi sobrino, muy serio; — es el espíritu...

—Dejate de bromas d'esa laya — retruqué yo, riéndome, — que los dijuntos no son pa bromas.

—Señor — me dijo el hombre de la mirada de acero, — pa que usté no se ría es preciso que le probemos que no le engañamos. Quédese usté solo con las manos sobre la mesa, y después nos dirá. Y las levantó él junto con mi sobrino. Quedé yo solo con las manos sobre la mesa, y, por Dios, que casi salgo disparanlo... Aquel trast'endiablao seguía bailando por su cuenta y sin que yo hiciera otra cosa que sostenerlo apenas; de no, se hubiera caído al suelo. Eché una ojeada p'abajo e la mesa, y no había nada ni nadie que la moviera. Me quedé mudo... Al cabo de un ratito me repuse y les dije qu'estaba convencido. Pusieron otra vez las manos, y la mesa comenzó a marcar golpes con una de las patas. Ellos los contaban y los traducían en letras que al fin formaban palabras.

—Güeno, ¿y el espíritu and'está? — pregunté yo, mirando p'abajo del trast'endemoniao.

—No se ve tío — contestó mi sobrino; — él mueve la mesa y por los golpes sabimos lo que dice. Agora, sí es que usté lo quiere ver...

—No, gracias... — le retruqué antes de orejear.

—Se llama Napoleón — continuó mi sobrino.

—Como un perro que yo tuve — dije yo. ¡Quién sabe si no será su espíritu!...

—¡Cállese, señor... No sea profano — me dijo el de la mirada de acero, cortándom'el pasmo. El espíritu nos está dando las señas de un tesoro que hay en esta casa. Yo abrí ojos tamaños y cerré el pico, dejándolos hacer. Al cabo de un rato de preguntas y respuestas que m'estaban dejando patitieso, dijo el de la mirada de acero, poniéndose de pie:

—De pie, señores, y usté, señora, quite las sillas y abra la puerta. Obedecimos todos, y entonces la mesa embrujada comenzó a hacer una maniobra que me heló la sangre. Levantaba dos patas y girada en redondo, las asentaba, y volviéndolas a levantar de nuevo, giraba, y así, nosotros apenas limitándonos a sostenerla pa que no se cayera, la fuimos siguiendo hasta la puerta, después atravesó el patio, tod'oscuro como boca e lobo, sombreado por un pimiento y dos sauces antiquísimos, y se metió con nosotros a remolque en una pieza desocupada.

Entonces me dió miedo... Me parecía ver en cada rincón un fantasma... Pero, gaucho al fin y con daga en la cintura, amujé las orejas y apreté la cola.

Cuando la mesita se quedó quieta, mi sobrina política trajo una lámpara. Parecía que había dentrao Dios en la pieza cuando dentró la luz. Siguieron preguntando, y la mesa, sin moverse del sitio, contestó, con golpes, qu'estaba encima mesmo de lo que buscaban, a un metro y noventa y cinco centímetros...

—Aquí hay un tesoro enterrao desd'el año treinta y nueve — dijo el de la mirada de acero. Cincuenta mil pesos fuertes en oro, del fraile Aldao. ¿Qué le parece?

Que la ocasión no es pa despreciarla — contesté yo, entusiasmao, creyendo a pies juntillos la historia, — ni que tuviéramos qu'escarvar tres meses...

—Esa es mi opinión — dijo mi sobrino, — y si usté está dispuesto a ayudarnos, partiremos el tesoro los tres a igual...

—¿Por qué no m'hijito? — contesté encantao con la visión de los patacones. Agora mesmo empezamos, si les parece. ¿Hay palas y picos?

—Todo está preparao — me contestaron, — porque ya sabíamos lo del tesoro; lo que había era que la revelación tenía que ser esta noche, vísperas de San Juan... No podía ser ni antes ni después.

Comenzamos en seguida a levantar los ladrillos del piso con toda cautela, porque paré por medio había una casa de vecindá y un dormitorio daba junto a la pieza de la faena. Empezamos a cavar por turno. Ya sería la media noche y llevaríamos cavao un metro, cuando sentimos una cosa rara. Era como un gemido que saliera de abajo de la tierra. En ese momento estaba yo con la pala en la mano. El de la mirada de acero retrocedió, parece que sorprendió, con tan mala suerte, que trompezó con la silla en que estaba la lámpara y esta cayó al suelo, haciéndose trizas y dejándonos a oscuras. En ese momento, como si todo lo inesperao hubiera estao de acuerdo, sonaron en el antiguo relós de la plaza Cobos doce campanadas, lentas, claras y vibrantes, como si jueran el eco doliente de doce gritos de agonía en medio del silencio de una noche de luto... Sobr'el techo mesmo del cuarto en qu'estábamos, se armó una pelotera e gatos que parecía que rejaban el techo con sus gritos destemplaos, y en los fondos de la casa empezó a aullar un perro de mi sobrino. En ese momento pasó por mi imaginación un recuerdo que m'heló la sangr'en las venas. Una vez había óido contar qu'en la víspera de San Juan, a las doce e la noche, se hacen muchos sortilegios, pero que hay qu'estar muy bien prevenido, porque de no, se aparece Mandinga... ¡Ave María! Mis compañeros, atolondraos, salieron puert'ajuera qu'echaban humo, y yo, que no esperaba otra cosa, di el salto más grande que hi dao en mi vida. Juí a dar arriba de la mesita d'esperitismo, que se hizo tortilla con mi peso, y después de arar con las narices por el suelo un güen trecho, m'enderecé y tomé la puerta. A la cocina juí a dar, qu'era ande había luz. Allí estaban mis compañeros y mi sobrina. Después de mirarnos un rato sin hablar, el de la mirada de acero comenzó a reir... y yo también y mi sobrino.

—Coincidencia, — dijo, haciendo pechuga.

—¡Coincidencia!... retruqué yo. ¿Y el gemido?

—Es la dueña de la casa conti-

Al fin...

pude dominar mi pelo de carpincho. Gracias a la

VISTINA

la mejor goma fijadora del cabello, puedo estar ahora permanentemente bien peinado. El sobre de Vistina vale 0.70, y con solo agregarle agua se obtiene en un minuto 1|4 kilo de goma fijadora para el cabello.

EN TODAS LAS FARMACIAS

Depositarios: Casilla de Correo 1585

gua, que está en cama — dijo mi sobrino, — y el dormitorio de ella da junto al cuarto del tesoro...

—Puede ser... — dije yo, haciendo de tripas corazón, — pero tanta concidencia me da que pensar...

—No se preocupe, tío — dijo mi sobrina, sirviéndonos una güena taza de café a cada uno. — Calentemos el cuerpo con esto y volvamos al trabajo.

—Y ustedes, ¿por qué dispararon? — les largué a boca e jarro, un poco picao. El de los ojos de acero se me acercó y me dijo:

—La materia de por sí es cobarde y el primer impulso del espíritu en un caso d'estos es la fuga, pero una vez que reacciona vuelve a su nivel, como los ríos después de la tormenta.

Ni aunque no me quedé muy conforme, no tuve más remedio que convencerme, porque su razonamiento no podía ser más justo. Después que tomamos café, encendieron otra lámpara y nos juimos pal pozo del tesoro. Parecíamos quirquinchos. Llevábamos cavao un metro noventa, cuando la pala del hombre de la mirada de acero, qu'en ese momento estaba de turno, chocó con algo duro...

—¡El tesoro! — dijo. Este debe ser el botijón... Pónganse de rodillas y eleven las oración de gracia al Todopoderoso, mientras yo doy los tres golpes de la clave de Salomón.

Yo no sabía que clave o clavo sería eso, pero me arrodillé con mi sobrino y dí gracias a Dios de todo corazón por la suerte que nos daba, creyendo que el tesoro lo teníamos ya en la mano... El dió tres golpes con todas sus juerzas con la pala en el fondo del pozo y se puso a rezar. En ese momento el lamento de antes se oyó más claro, y yo no me mandé mudar, porque ninguno de mis compañeros pestañeó... Ninguno dijo esta boca es mía, pero estoy seguro, que cada cual de los tres tenía más miedo...

—A usté le toca agora — me dijo el de la mirada de acero, saliéndose del pozo; — estoy muy emocionado y me faltan juerzas...

—Muy bien — dije yo, dándome cuenta de que lo que le faltaba era coraje, — yo sacaré el botijón. Comencé a cavar con entusiasmo de muchacho, pero el botijón o la baldosa que lo tapaba era tan grande, que tuvimos que ensanchar el pozo como un metro por cada lao dende la boca. Así trabajamos hasta que aclaró el día. En mi vida hi sudao tanto como aquella noche... Cuando descubrimos bien, comenzamos a golpear con una barreta de acero lo que creíamos un botijón, pa romperlo, pero no podíamos; parecía piedra. Tuvimos que palanquerlo de los laos. Al cabo de un rato de hacer juerza lo sacamos. Era un pedrusco que pesaba más de veinte arrobas...

—¿Y? — le dije yo al de la mirada de acero

—Abajo deb'estar — contestó, y se puso a cavar de nuevo p'abajo y pa los cuatro costao. Al medio día solté la pala y les dije que me iba pa mis pagos. Habíamos cavao tanto, que la tierra la teníamos que sacar a baldes con una soga, y del tesoro ni señal...

—Nos ha engañao un mal espíritu — dijo, todo acharao, el de la mirada de acero.

—¡Qué mal espíritu, ni qué tesoro de Aldao! — le dije yo, dao al diablo. El caso es que los espíritus, si los hay, son ni más ni menos que los hombres, y cuando dan con un sonso les gusta divertirse a sus costillas. Nada contestaron, tal vez porque en ese momento entraron varios de los vecinos de al lao. Una niña de las qu'entraron nos dijo llorando a lágrima viva, que su madre se moría, que juéramos a acompañarlas. Después que nos lavamos la cara y nos sacudimos la tierra, nos metimos en la casa contigua, dispuestos a auxiliarlos en lo que juera preciso. La dueña e casa, una señora como de cuarenta años, estaba en cama, y en su cara se reflejaba una desesperación espantosa.

—Pasao mañana me muero... — jué lo primero que nos dijo, tod'acongojada.

—¿Y cómo lo sabe, señora? — le pregunté, medio intrigao por tal seguridá.

—¡Ah señor! — me dijo. — Tal vez ustedes se reían, pero si así lo hacen es porque no saben d'estas cosas... Hace ocho días qu' estoy en cama por un simple resfrío..., pero anoche hi recibío l'anunciación de mis tres últimos días de vida.

Nos quedamos como en el aire.

Al cabo pregunté yo, cada vez más instrigao:

—¿Y se puede saber qué anunciación es esa, señora?

—Es raro. Yo soy devota de San Pascual Bailón y este santo, lo hi sabío hace poco por mi confesor, les anuncia a sus devotas la muerte tres días antes de que llegu'el momento...

—¿Y usté lo ha visto al santo? — le pregunté.

—No, — me contestó. Lo anuncia con tres golpes abajo e la cama, a media noche.

Casi largo la carcajada. El de la mirada de acero y mi sobrino me miraron de un modo que me hacía cosquillas.

—Señora — le dije, tratando de asegurarme bien, — ¿usté sintió los golpes anoche?

—Sí señor... poco antes de dar las doce campanadas en el relós de la plaza "Cobos", y que se armara en el techo mesmo una pelea de gatos.

Hubo un silencio largo, de esos que uno hac'en la vida cuando un acontecimiento lo deja patitieso.

—Señora — dije, con resolución, — levántese y no piens'en la muerte, que lo qu'es esta vez no es San Pascual Bailón el que le ha dao los golpes. La señora s'enderezó en la cama como por un resorte, y abriendo tamaños ojos, me preguntó:

—¿Y esté qué sabe?

El de la mirada rara me tocó el pie con disimulo, pero yo, respondiéndole con un pisotón, le contesté a la señora:

—Yo hi dao esos golpes desd'el otro lao.

—Usté me engaña pa no afligirme — contestó ella, con un dejo de amargura que más bien parecía un gesto de desesperación.

—Se lo juro por Dios — contesté, — y si no, venga usté mesma a la casa e mi sobrino y se convencerá.

Entonces le conté todo lo ocurrido, dende el primer movimiento de la mesita hasta el último puñao de tierra que sacamos.

—Voy a ir yo mesma pa desengañarme — dijo, saltando de la cama con l'agilidá de una muchacha de quince años y poniéndose un tapao. Era cosa de no creer lo que corría la enferma... Pa mí que muchas personas se mueren más de impresión que de enfermedá... Cuando ella vido lo que sucedía y se dió cuenta de que decía la verdá, sanó instantáneamente. Dió un grito de alegría y se me abrazó al cuello y me besó como lo había hecho sólo mi madre...

Cuando a los pocos días me despedí y juí a decirle adiós, me abrazó de nuevo.

—Ya no le rezo a San Pascual — me dijo.

—Hace mal — le contesté. Si usté tiene una devoción, sígala. La fe no está reñida con el sentido común. Lo que hay es que a los sonsos nos pasan esas manos y a usté le ha sucedido con San Pascual lo que a mí con Napoleón.

El templo de Vichú en Chri-Ragam

Cuando se llega al templo de Vichnú, al prodigioso santuario que tiene siete recintos (el primero de dos leguas de circunferencia) y veinte pirámides de sesenta pies de altura, se siente uno turbado por su arquitectura tan característica del extremo Oriente. El inconcebible abuso de detalles asombra tanto como el exceso de construcción.

Todo lo que se haya leído de la India, como todo lo que se cree saber de ella, es asombrosamente excedido al verlo de cerca.

El primer recinto es absolutamente ciclópeo, anterior al resto del templo y de una antigüedad poco conocida. Obra de una generación que soñó hacer una torre de Babel y que se extinguió antes de terminarla.

Desde ahí se pasa a un pórtico, cuya bóveda, suspendida a más de cuarenta metros de altura es una disposición de monolitos de diez o doce metros de largo, cuyo remate indica la base de una pirámide inacabada, que hubiese sido algo sorprendente.

Del otro lado de los pórticos se entra en la magnificencia de las avenidas del santuario, que se prolongan a través de los sucesivos recintos ,orilladas de edificios religiosos, de piscinas, de bazares, de divinidades sentadas en nichos y sobre todo, de quioscos de piedra, de columnas arcaicas (la columna india tiene cuatro fases y el capitel es una especie de caída de algún monstruo).

El pórtico de cada recinto está coronado por la invariable e indescriptible pirámide, que tiene sesenta pies de altura y que se compone de quince pisos llenos de dioses colosales; algunos tienen veinte brazos, otros veinte caras; empuñan cuchillas, emblemas, flores de loto o cabezas de muertos. Gran cantidad de figuras de fieras se intercalan en las apretadas filas, pavos de colas extravagantes, serpientes de cinco cabezas. La piedra ha sido esculpida con tanto arte que cada accesorio parece independiente de la mzcla compacta del conjunto. Los colores con que pintaron todo ese mundo han resistido a los siglos casi inalterables.

Vista de lejos, cada pirámide es roja, pero según se aproxima uno el color cambia: hay tonos verdes, blancos, negros y oro.

En el último recinto sólo tienen derecho a vivir los brahamanes puros, afectos al servicio de los dioses.

Cuando, por fin, se llega al templo, a cada lado de la puerta final, varios elefantes están encadenados sobre los estrados de piedras animales muy viejos y muy sagrados, que se entretienen en comerse los arbustos ofrendados por los fieles.

La sequedad del ambiente

Es de una evidencia absoluta que todos sufrimos los efectos de los años secos, y que nada ni nadie puede substraerse a sus consecuencias. La poca humedad altera rápidamente la epidermis que poco a poco pierde elasticidad y colorido. Para combatir esta, todas las noches después de lavarse, use la Crema Vasenol, que al tonificar el cutis le da elasticidad y blandura evitando su envejecimiento.

—Yo no puedo más del estómago. ¿Tendré necesidad de tocarme el trigémino?

—Que trigémino, ni narices. Lo que Vd. debe de hacer es tomar del famoso reconfortante HIERRO QUINA BISLERI

VELADAS DEL FOGON

Cómo murió la veterana

Aquella noche la conversación giró en torno de ciertos episodios nacionales, que con frecuencia constituían el tema favorito de las veladas.

Por supuesto que, en muchas ocasiones, el escaso conocimiento de la historia y el ingenuo deseo de magnificar el suceso, sugerían al paisano de imaginación exhuberante como la naturaleza de los trópicos el relato de esas hermosas, de esas bellísimas, de esas incomparables leyendas que ruedan por los fogones de las estancias, fascinando con el encanto de sus imágenes y con el colorido de cuadros evocadores de sacrificios enormes y de glorias eternamente imperecederas.

Era así, de esa manera, como la bravura legendaria de los primeros guerreros de este continente iba desfilando por la campaña en trasuntos y manifestaciones de grandeza épica, que hacía vibrar los corazones despertando en el alma nativa el sentimiento de patria, adormecido, casi atrofiado, entre otras causas, por la evolución de la raza, que ha determinado esa indiferencia que caracteriza el ambiente de nuestros días.

Y esa noche, serio y solemne el paisanaje, como toda vez que rendía culto a la tradición, hablaron a su manera de las epopeyas del pasado, ponderando y admirando el arrojo de los criollos que vencieron a los soldados del rey.

—Sí,—dijo un gaucho salteño, —eran valientes los hombres. Pero, ¿y las mujeres? ¡Oh! Eran bravas también. Y si no, ahí tienen ustedes la tragedia de Sumalao!

— ¿Cómo?,—interrogó uno de los oyente. — Explíquenos cómo fué eso...

—¿Qué les explique? Bueno. Pero primero quítense el sombrero en homenaje a la memoria de Flora Menéndez, la mujer abnegada, la heroína anónima que sacrificó todas sus afecciones, muriendo entre las patas de los crinudos redomones, nada más que por cariño al suelo, por amor a la patria, por salvar a unos cuantos milicianos de Güemes...

Obedeció el auditorio, y entonces el gaucho salteño, un tipo perfecto de gaucho antiguo, uno de esos pocos ejemplares que van quedando para muestra y que pronto no existirán ni para remedio,— adoptó aire de circunstancias, y comenzó diciendo:

—La guerra de recursos se había extendido por toda la provincia de Salta, hasta el extremo que tanto en el llano como en los montes se vivía entre el humo de la pólvora, el ruído de la fusilería, los ayes de los heridos y las maldiciones de los hambrientos. Porque es de advertir que las provisiones de boca andaban tan escasas, que, para no sucumbir, los soldados tenían que carnear los caballos y las mulas que, inservibles a causa de su estado de flacura, no prestaban ninguna utilidad al ejército.

En esa época Flora una pobre mujer del pueblo una de esas desdichadas que surgen a la existencia como los hongos de las materias en descomposición y que a fuerza de rodar por los campamentos concluyen por ganarse el título de "cuarteleras" porque son parte integrante de la vida de cuartel, tenía su rancho en las afueras de la ciudad, en un valle pintoresco, desde donde podía admirarse el paisaje soberbio en su suprema belleza y grandioso por la fascinación que ejercen sus montañas, cuando por la mañana, pujando el sol que abría brechas a través de las nubes, pone en sus cumbres los matices y los reflejos de una inmensa y brillante pedrería.

Flora compartía sus pobrezas con un alférez que había conocido en una de sus tantas correrías. Y el alférez retribuía con una paliza por semana los cariños y la ropa limpia que con tanto esmero le proporcionaba la veterana.

La mujer, como buena criolla, era una patriota ferviente y entre las imágenes de su culto, la primera, después de Dios, era la del general Güemes. El hombre era de la otra alforja. Amaba a la patria adoptiva, odiaba al gaucho y veneraba el pendón ibero. Su ídolo era el general Olañeta.

¡Cuánto no hizo en la intimidad del hogar la pobre Flora por conquistarse para los suyos la espada de su amante!

¡Y a cuánto recurso no apeló el otro en su afán de convertir a la mujer en elemento de espionaje!

Pero ambos tropezaron con el inconveniente de una voluntad firme y de sentimientos capaces de sobreponerse a todas las conveniencias y a todas las afecciones.

Por eso Flora estaba triste. Por eso una tarde, sentada bajo la solera del rancho, mientras la orquesta de los pájaros preludiaba una divina sinfonía, ella lloraba! Lloraba porque no podía conquistar para los suyos la espada de su amante. Y lloraba porque le daban pena los estragos que estaba causando la guerra...

De pronto oyó el galope de un caballo. Puso atención y escuchó. Momentos después un jinete apareció en el camino. Flora no tardó en reconocer al alférez. Pero recién cuando llegó a las casas advirtió que el hombre estaba ebrio.

Sin unas cuantas copas de más, el soldado no hubiera incurrido en el pecado de tremendas indiscreciones.

Venía del campamento realista, donde en una reunión de jefes y oficiales se había resuelto atacar en las primeras horas de esa misma madrugada a la partida de patriotas que vivaqueaba en las cercanías de Sumalao. El ataque se llevaría a cabo antes de aclarar, a fin de sacar ventajas de la sorpresa que causaría en las filas contrarias un asalto imprevisto, tal vez en momentos e n que la gente se hallaba entregada al sueño.

Flora palideció. El alférez, que notó la palidez de su amiga, cenó y regresó al campamento.

Entonces una desesperación terrible se apoderó de la veterana. ¿Qué hacer en esas difíciles circunstancias? ¿Cómo salvar a los patriotas que iban a ser sorprendidos y tal vez pasados a degüello? ¡Si ella pudiera correr hasta Sumalao! Pero de allí hasta Sumalao había seis o siete leguas...

No perdió tiempo en cavilaciones. En un arranque decisivo corrió a la estaca donde verdeaba el gateado, lo ensilló, montó y... a Sumalao antes que llegaran los realistas.

Flora conocía perfectamente el terreno. De modo que, aunque ya la noche había cerrado y no había luna, no le costó trabajo entrar en una picada para cruzar el bosque. Lo estrecho del camino y las ramazones de los árboles la obligaron a marchar al tranco. Por

fortuna el bosque no era muy ancho y en menos de una hora estuvo del otro lado. Ya en la llanura, castigó al caballo y partió al galope tendido.

Corría. Volaba con ansias de llegar a tiempo. Y quien hubiera visto el tono claro de los percales resaltando en la obscuridad de la noche, antes de suponer que aquella especie de visión era una viajera que cruzaba las inmensas soledades para prevenirle a los gauchos patriotas el peligro que la amenazaba, hubiera imaginado hallarse en presencia de un fantasma o de un aparecido.

Corría la intrépida amazona. Corría sin darle resuello al animal. Había andado cerca de tres horas. Ya le faltaría para llegar poco menos de una legua. Un lonjazo más para apurar el mancarrón. Este sale a escape. Pero de repente se detiene de golpe y en un violentísimo envión arroja a la mujer a gran distancia. El caballo había metido las patas delanteras es una vizcachera.

Flora lanza un grito de dolor. Pide socorro. Intenta incorporarse, pero es en vano su tentativa. ¡Tiene una pierna rota!

Sufre horriblemente. Quisiera morir. Y mientras da gritos de loca, llamando a la muerte en su auxilio, se acuerda que tiene todavía una sagrada misión que cumplir.

Entonces comienza a arrastrarse hacia el campamento de los patriotas. En su camino, sobre la rastrillada de su cuerpo, va dejando un reguero de lágrimas y de sangre.

Se arrastra durante varias horas. Ya debe estar próxima al final de la jornada. Pero siente que la brisa le trae algo así como el eco de pisadas. Escucha. El eco se hace cada vez más claro. La mujer tiembla. Y sigue andando Tal vez son algunas partidas volantes que van explorando por los flancos del campamento.

El ruido de las pisadas aumenta. No cabe duda ya: ¡es la caballería realista! Comprende Flora que por más que se esfuerce no llegará a tiempo. Vuelve a temblar. Su desesperación tiene el gesto trágico de la agonía. Pero de pronto su rostro se ilumina. ¡Hay todavía una esperanza!

Entre tanto, dos soldados del rey se van aproximando, despacio, cautelosamente, como para evitar que el golpe fallara.

Flora, por su parte, arranca el pasto fuerte, resero y lo coloca de trecho en trecho en montoncitos.

Y los enciende. De cada montón surge una llamita. La brisa los estimula y en un instante, en el preciso momento en que el enemigo va llegando,una línea de fuego alumbra el escenario.

Los patriotas, que han visto la llamarada y a la luz de la quemazón a los realistas, abandonan rápidamente el campamento, se replegan al monte que está a espaldas del mismo y desde allí inician un recio tiroteo.

Sorprendidos el invasor, iba a emprender la retirada, cuando el alférez que mandaba la fuerza alcanzó a distinguir a la incendiaria. La reconoció en el acto. Y en el acto también comprendió la traición.

Lanzó un rugido de rabia y ordenó a sus soldados que todos en tropel avanzaran a la carrera pasando sobre el cuerpo de la veterana.

¡Y mientras los gauchos salteños se salvaban de la sorpresa y obligaban al enemigo a volver la espalda, la abnegada salvadora moría hecha pedazos entre las patas de los crinudos redomones!

L. F. CHURRUARIN.

SACRIFICIOS HUMANOS

Apesar de los adelantos, la guerra es menos feroz y despiadada que en los tiempos antiguos y, sobre todo, el trato que se da a los vencidos. Para convencerse bastaría recordar la suerte reservada en un tiempo a los prisioneros que consideraban como una gran aventura conservar la vida al precio de una horrible esclavitud, antes de ser sometidos a las grandes torturas que aún encontró como rito Hernán Cortés en 1519, al conquistar a Méjico. He aquí en qué consistían los sacrificios rituales al dios de la guerra.

El dios Vitzliputzli, que se puede parangonar en su omnipotencia a Júpiter y por su carácter belicoso a Marte, había prometido a su pueblo conducido por el capitán Mexi, la conquista de las fértiles tierras ocupadas por los navatelcas.

Tescalipuca era el dios de la penitencia, a quien se invocaba en las grandes calamidades, y a estas dos divinidades seguían en el Olimpo mejicano como dos mil divinidades menores, ante las que inmolaban los prisioneros de guerra.

Generalmente, las víctimas destinadas a las feroces divinidades eran prisioneros de guerra, que en el momento de la sangrienta ceremonia se conducían entre soldados a una alta plataforma, donde el gran sacerdote, asistido por cinco ministros, mostraba a cada prisionero un ídolo hecho de harina de trigo y de maíz, amasado con miel y sangre, diciendo: "Ese es tu dios". Inmediatamente el gran sacerdote abría el vientre del prisionero, le arrancaba el corazón aún palpitante y precipitaba a la víctima por las escaleras de la plataforma.

Una ceremonia afín a la precedente era la del duelo entre la víctima y el sacerdote.

El prisionero, atado por un pie a una gran piedra y provisto de un escudo y una especie de daga, tenía facultad de defenderse y ofender al contrincante. Si vencía era puesto en libertad y considerado como ciudadano mejicano; pero si era vencido, el sacerdote lo desollaba, cubriéndose con su piel sangrienta y recorriendo, cubierto con ella, las calles de la ciudad.

Todos estos abominables sacrificios se practicaban para implorar la clemencia de los dioses, que por ellos debían perdonar los pecados del pueblo, y con la sangre de las víctimas los sacerdotes frotaban el pavimento del templo y se refrescaban las orejas, levándose después con un agua especial preparada, que llamaban agua de sangre.

Afortunadamente, tales enormidades, tan abominables sacrificios, de que fueran víctimas también algunos soldados de Hernán Cortés, tomados prisioneros por los aztecas, han desaparecido de las prácticas bélicas de nuestros tiempos.

El punto de partida

Cuando se supo en París la llegada del multimillonario americano Smithson, el rey del hilo, numerosos reporteros acudieron a su casa, y por la prensa se supo que el S. Smithson tenía de platino los cartílagos de la nariz, que era hijo natural de un cow-boy del Far West, que padecía del estómago y que su hija, única heredera de su inmensa fortuna, acababa de ser raptada por un tenor italiano.

—Como ven ustedes — dijo el multimillonario a los representantes de la Prensa—, no soy más que un pobre hombre.

—Pero—preguntó un periodista—¿cómo ha ganado usted su primer dinero en los negocios?

—No tengo por qué ocultar —respondió el Sr. Smithson — que llegué descalzo a Nueva York. No tenía ni un solo céntimo, y anduve errando por la inmensa capital en busca de un empleo.

Un anuncio en un periódico me abrió los ojos. Leí en la cuarta plana: "Se desea profesor de flauta. Buenos informes. Buena retribución. Presentarse en..."

Yo no sabía tocar la flauta; pero a fuerza de leer el anuncio acabé por decirme que de aquello se podía sacar provecho. Precisamente en mi casa vivía un vecino que se pasaba el día tocando la flauta, con gran desesperación mía, por cierto. Fuí a verle y le convencí para que me diera algunas lecciones a cambio de una cantidad insignificante.

Al día siguiente me presenté en casa de mi futuro alumno. Salón magnífico; suntuosa instalación.

—¿Es usted profesor de flauta?—preguntó el padre.

—Para servirle.

—Se trata de un capricho de mi hijo que quiere aprender a tocar ese instrumento. ¿Se cree usted capaz de enseñarle pronto?

—La flauta es un instrumento muy fácil de aprender, caballero.

—Lo veremos. Asistiré a la primera lección.

Al salir fuí a casa de mi profesor y recibí las primeras nociones, e inmediatamente, frescos los conocimientos que acabé de adquirir, corría a casa de mi alumno, al que enseñé cuanto sabía y algunos consejos generales de mi propia cosecha. Tuve buen cuidado de complicar las lecciones, en vez de simplificarlas.

—Coja usted bien el instrumento..., esa mano mejor puesta..., sople usted más suavemente, con alma de artista...

El padre y el hijo quedaron encantados del profesor

Al final de semana calculé mis beneficios. Las lecciones de mi profesor me costaban personalmente cinco dólares; pero como el padre de mi alumno me daba por mis enseñanzas veinticinco dólares, me quedaba una ganancia de veinte dólares.

Entonces comprendí la marcha de los negocios.

Y volviéndose hacia los reporteros que febrilmente tomaban nota de sus palabras, añadió:

—Hagan ustedes lo mismo, señores.

Raul VITERBO

—¿Rusia y China, pelean por algo interesante?

—Ya lo creo. Nada menos que para apoderarse del famoso reconfortante HIERRO QUINA BISLERI lo mejor de lo mejor.

La Página Médica

LAS IDEAS MEDICAS DE UN MAL HUMORADO. — LA MEDICINA Y LA MODA

Hablemos hoy un poco de ese viejo vejigatorio que tan a la moda estuvo en otro tiempo y que es tan abandonado en la actualidad. Los preconizadores de nuevos remedios relegan, en realidad con harta desenvoltura, a ese amigo de la humanidad que tantas veces ha probado su eficacia y que por lo menos posee, sobre los recién venidos, la ventaja de tener en su favor una larga experiencia.

Pero estad seguros de que volverá, como los bailes de antes de la guerra sucederán al tango, como las faldas cortas han sucedido a las faldas largas, e inversamente. Existe sobre esto un precedente famoso: el retorno triunfal de una antigua favorita, la sangría. Durante el reinado del gran Luis XIV todo médico — sabio oficial o nó —se habría creído deshonrado si no hubiese prescrito alguna sangría crónica, con el propósito de quitar al cliente sus humores y de tener la satisfacción de ser llamado a consulta con más frecuencia. Por lo demás, los mismos enfermos pedían esa sangría, como hoy reclaman la pequeña inyección subcutánea o la célebre inyección intravenosa.

En aquel tiempo bajo el reinado del gran soberano, la terapéutica era representada principalmente por la lanceta y la jeringa; esta última era aplicada por el boticario, que hallaba en ello provecho y a veces la ocasión de admirar paisajes encantadores; de ahí que todo médico reciente, para estar en buenas relaciones con el señor boticario cuya influencia era importante y útil, debía de pensar en inscribir en su receta una lavativa semanal o por lo menos mensual, que había de ser preparada y administrada según el arte.

La moda no ha vuelto aún a la prescripción médica por el vejigatorio; pero estad seguros de que reaparecerá a no tardar y los que primero lo aplicarán llenarán su bolsillo, pues curarán a sus enfermos más aprisa y todo el mundo irá a consultar a los que conozcan la acción de ese remedio y como se aplica.

No riáis por ello, señores mios; hace pocos años, la sangría era objeto de mofa, y los estudiantes de medicina, en su fuero interior, sentían conmiseración hacia los medicatros de otro tiempo que hablaban latín y propinaban con gesto teatral una sangría. Y sin embargo un día, habiendo aparecido la grippe y resistiendo la pérfida a las baterías terapéuticas contemporáneas, preciso fué acordarse de la pobre abandonada. Fueron a buscarla con gran pompa, fué llevada en triunfo a la Academia, y en las sociedades doctas sólo ella obtuvo la aprobación unánime.

Lo que ha ocurrido con la sangría ocurrirá también con el vejigatorio, y el médico que lo aplique por sí mismo obtendrá resultados notables en la neumonía, en la congestión pulmonar, en las neuralgias persistentes; la equivocación del médico ha sido el abandonar a la familia el cuidado de aplicar el vejigatorio. Sobre todo, no apliquéis vejigatorios alcanforados, pues el alcanfor impide que prendan. No hay que temer la cistitis como consecuencia de su aplicación; en todo caso es rara y cura en 24 horas. Un vejigatorio posee más acción que una ventosa escarificada, y, dejado en permanencia, da mejores resultados que un absceso de fijación.

Empezad, pues, a aplicar vejigatorios para tener su experiencia, pues la moda los impondrá de nuevo.

El Mal Humorado

EL DOCTOR GERSON CURA A LOS TISICOS SUPRIMIENDOLES LA CARNE Y LA SAL

Dicen de Bielefeld (Westfalia) que el doctor Gerson, cuyo nuevo tratamiento de la tuberculosis está siendo objeto de grandes comentarios entre los médicos alemanes, va a abrir un sanatorio en la cercanías de Cassel.

El dinero para la instalación del sanatorio, , que será capaz para un centenar de enfermos de tuberculosis, ha sido donado al doctor Gerson por varios filántropos norteamericanos y por las autoridades locales, que a la vez le han facilitado todo lo posible los trámites oficiales para la construcción del edificio.

El tratamiento del doctor Gerson consiste casi esencialmente en someter a los enfermos a una dieta especial, cuya base es la supresión de la sal y de la carne.

LAS MUECAS SON NECESARIAS PARA CONSERVAR LA BELLEZA DEL ROSTRO

Con los consejos que han florecido en todas las épocas para conservar o acrecentar la belleza femenina podría formarse una biblioteca que contuviese tantos volúmenes, por lo menos, como la famosa de Alejandría. En nuestros días se hace intensa publicidad para encomiar el mérito de algunos productos.

Busquemos el secreto por otro lado. Escuchemos unos instantes lo que nos dice el doctor J. K. Wedsen, de Londres, para conservar la noble armonía de las líneas del rostro. Sus recomendaciones, en extremo ventajosas por lo económicas, constituyen una especie de código que puede resumirse en esta forma:

1.o Haced que trabajen todos los días los músculos del rostro por medio de muecas y visajes, y no vaciléis en entregaros a este ejercicio, ya sea en el tranvía o en el ferrocarril.

2.o Sonreid con frecuencia.

3.o La belleza de los ojos no puede adquirirse más que por medio de un ejercicio odecuado. Practicad el guiño y otros movimientos análogos.

4.o Mascad a menudo "chewingum" para afinar las líneas del perfil.

Esta gimnasia facial, además de económica, no deja de ser original, pero faltaría saber si su empleo resulta eficaz y si no se trata de una broma del aludido doctor. Una colaboradora de una revista femenina parisiense ha ido a preguntárselo al doctor Thooris, de la Academia de Medicina, especializado en las cuestiones de morfología.

"Nunca se recomendará bastante a las mujeres—ha dicho el eminente galeno — que practiquen la gimnasia facial, que no sólo les conservará la tonicidad de los rasgos, sino que, además, les ayudará a combatir la pesadez de la piel, que es la que forma las arrugas. Cada mujer lo mismo que cada hombre, posee un automatismo facial peculiar que conviene desarrollar mediante el ejercicio."

¡A hacer muecas, pues!

EL CEREBRO Y LA VISTA

La vista está bajo el control del cerebro, y al comenzar la vida no está aún desarrollada. Es por eso por lo que los bebés se ponen bizcos tan frecuentemente, lo que asusta tanto a las jóvenes mamás. Pero no es motivo para alarmarse, es una cosa muy natural, y la vamos a explicar.

El cerebro es el organismo más maravilloso, pero necesita educarse él mismo. No se puede exigir que la parte tan pequeña del cerebro de un niño recién nacido sepa manejar los doce músculos, seis para cada ojo, que necesita su vista. Y, sin embargo, bastan unas semanas para que ese cerebro tan chico aprenda a servirse de ese complicado mecanismo. En ese corto tiempo aprende a enviar por medio de un nervio distinto órdenes a cada uno de los doce músculos, haciendo que unos se estiren, otros se achiquen para obtener la perfecta armonía ,necesaria para ver, haciendo que los dos ojos se muevan simultáneamente en todas direcciones.

AFORISMOS MEDICOS

El que empieza con certidumbre acabará dudando y el que empieza dudando acabará con certidumbre. (*Bacón*).

o o o

La fuerza de la convicción en un hombre puede que no testimonie sino de la mediocridad de sus conocimientos. (*Berkeley Maynihan*).

o o o

Los sabios cuidan con celo el gran arbol de la ciencia; pero, siempre ocupados en la extremidad de los ramos, descuidan cultivar su tronco. (*A. Mesmer*).

o o o

La primera virtud de un médico consiste en no desesperar. (*J. Little*)

El precio de una esposa en distintas èpocas y paises.

Oscila entre dos botellas de ginebra y un ojo de la cara

Sin duda el valor de una mujer depende de la latitud, pues al mismo tiempo con que un jefe zulú pagaría con mucho gusto cuatro vacas para tener una esposa, maridos europeos hay que asegurau que su mujer vale su peso en oro.

El precio de las mujeres cíngaras varía tanto como las acciones petrolíferas. La costumbre entre las tribus cíngaras de comprar una esposa, o más bien de entregar al futuro suegro una suma que viene a representar como un preliminar matrimonio, es muy antigua y honorable. Aun predomina en ciertas regiones del mundo, y es sin duda superviviente de la época en que la transacción se basaba en el trueque. El "matrimonio por consideración" era costumbre en todas las ramas de la raza semítica y practicada por regla general en todo el Oriente. De ella procede la actual de dar dote a la novia, y también el anillo simbólico de platino y diamantes.

Pero todavía más extendida que la costumbre de comprar la esposa fué la que, entre otras, tenían los hebreos: un hombre podía obtener como esposa a la hija de un jefe por los servicios prestados al padre; el pretendiente tenía que trabajar unos años como servidor de su futuro suegro.

Entre los indios de América del Norte la costumbre era comprar la esposa por el precio de varios caballos. En las tribus africanas se cedía una muchacha por unas cabezas de ganado, unas pieles de leopardo o cierta cantidad de tabaco o de ron.

En China la costumbre era que el novio hiciera a los futuros suegros regalos de víveres. Toda una serie de presentes. Primero, el intermediario que pedía a la joven en matrimonio llevaba un regalo en dinero, acompañado de algunas frutas. Venía luego el rito de los pequeños regalos: dos gallos, dos jarras de vino, treinta o cuarenta libras de puerco, una docena de pescados salados y una cierta suma de dinero. Pasado un lapso, el intermediario volvía para llevar los grandes regalos. Esto era el principal acontecimiento.

El padre de varias muchachas bonitas podía vivir hasta el fin de sus días sin trabajar, pues los grandes regalos suponían una suma relativamente importante: una cabeza de puerco, un gallo y una pierna de puerco, antorchas pequeñas y grandes, dos paquetes de monedas, ganado, dos cargas de vino, y de gallinas, dos patos, noventa y nueve huevos de oca, una caja de queso, cuarenta libras de puerco, diez libras de pescados salados y diez cajas de pescado fresco. Todos estos regalos iban acompañados de ceremoniosas epístolas y ofrecimientos.

Los antiguos teutones y celtas tenían también costumbre de pagar una prima para adquirir esposa: oro, plata, tierras o casas. Además de la cantidad dada a los parientes, el marido germánico, el día de la boda, daba a su esposa un par de bueyes, un caballo enjaezado y escudo y lanza, para recordarle delicadamente que el matrimonio no era un largo descanso, sino que la mujer debía asociarse a los trabajos del marido y correr a su lado los riesgos.

La compra de la esposa es todavía de uso corriente en muchas tribus africanas. Entre los zulús, el precio en el mercado varía considerablemente. Año hay en que se puede encontrar esposa por tres vacas, y a lo mejor al siguiente habrá que dar ocho cabezas de ganado. Una epizootia provocó una disminución alarmante en la natalidad en la tribu de los karamoja. Como había quedado poco ganado, hubo pocos matrimonios y menos nacimientos. De tal manera está extendida la costumbre, que las muchachas que no son compradas con cabezas de ganado como moneda incurren en los reproches de las mujeres casadas, las cuales creen que tal muchacha no será posible que guste a un esposo. Los agricultores de esta región de Africa consideran, pues, a sus hijas como una fuente de ingresos importantes.

Entre las tribus fanti, en la Costa de Oro, bastan dos botellas de ginebra para obtener el consentimiento paterno. En la mayor parte de los casos no es esto más que un obsequio preliminar; pero pocos son los padres capaces de resistir a sus efectos. Cuando el contrato de matrimonio está concluído el futuro esposo entrega a los padres de la novia una cantidad de polvo de oro, que va de algunos gramos a las dos onzas. No obstante, el que obtiene una mujer por dos litros de ginebra está casado tan completamente como el que paga por la esposa su peso en oro.

Los somalis pueden casarse con una muchacha antes de que nazca, tratándolo con los padres. El presente de rigor es un caballo u otro regalo de carácter más personal. Si los padres aceptan, el convenio está hecho (si nace chica).

La venta y compra de esposas en una u otra forma ha sido uso corriente no solo entre los bárbaros, sino también entre la mayor parte de los pueblos civilizados. Con freceuncia, la suma pagada para la compra de la esposa se devolvía al marido al celebrarse el matrimonio, bien en forma de regalos o como dote de la contrayente. De este modo, en Siria un hombre pagaba por una esposa en proporción al rango del padre. En una tribu la costumbre era dar un tapiz, un anillo nasal, un collar y una alforja. El padre daba después estos regalos a la hija para ayudar a la joven pareja a establecerse.

En la antigua Asiria y en Babilonia había el mercado del matrimonio. La venta de mujeres se celebraba periódicamente, y solía hacerse por subasta. Todas las muchachas núbiles eran reunidas en un lugar determinado y sacadas a subasta por un funcionario. Para mayor igualdad, parte de las cantidades entregadas por las guapas y bien vendidas se entregaba a las que no lo eran. Una vez vendidas las más codiciables, aquellas de cejas poco marcadas o de angulosos contornos eran ofrecidas por una suma baja y adjudicadas a quien buenamente las quería.

Hace no más de cien años, entre los campesinos rusos, como reliquia de un primitivo estado social, se conservaba la costumbre del mercado del matrimonio. El domingo de Pentecostes en el jardín de verano de San Petersburgo, los jóvenes solteros paseaban entre las filas de muchachas que se ofrecían en matrimonio. Acompañadas de sus padres, y vestidas con sus mejores atavíos, mostrábanse teniendo en la mano cuál una docena de cucharas de plata, cuál una bandeja, cuál otro artículo cualquiera de lujo doméstico. Los maridos pasaban ante los grupos y elegían. Cuando se habían decidido entraban en relación con los padres de la muchacha, le mostraban un inventario de sus bienes y pedían la mano de la señorita. Cuando varios admiradores escogían la misma muchacha se aplazaba la decisión y por la noche la familia, reunida en conclave, discutía serenamente las ofertas, y el que más ofrecía se llevaba generalmente el premio. Una vez tomada la decisión se notificaba al aspirante su buena fortuna.

La venta y compra de esposas está muy lejos de nuestras ideas modernas. Pero la costumbre persiste todavía en ciertas razas de cíngaros bajo el pretexto de que la prima pagada por una esposa constituye más bien un dote que el precio de una compra.

Marjorie MEARS

—Yo encontré la fórmula para vivir con tranquilidad. Hago pólizas sobre seguros de vida, y luego les recomiendo el uso del reconfortante HIERRO QUINA BISLERI. No se muere nadie.

PENSAMIENTOS

La verdadera fuerza procede del conocimiento y del amor a la verdad: lo real es el punto de apoyo sólido del esfuerzo hacia el ideal. — ERNESTO LAVISSE.

* * *

Una sociedad sin jerarquía es una casa sin escalera. — ALFONSO DAUDET.

* * *

Somos criaturas tan tornadizas, que acabamos por experimentar los sentimientos que fingimos. — BENJAMIN CONSTANT.

* * *

Siempre se espera demasiado en el porvenir; solo los pesimistas tienen sorpresas agradables. — EMILIO FAGUET.

* * *

La mayor habilidad es obrar bien; la mayor virtud es callarse. — G. HANOTAUX.

* * *

Se necesita mucho valor para mantenerse sereno cuando todo el mundo se muestra violento. — C. LENIENT.

* * *

Las mayorías nunca tienen razón. — IBSEN

* * *

La mayor parte de las emancipaciones no son más que un cambio de servidumbre. — EMILIO FAGUET.

El triunfo de la oratoria

La oratoria triunfa. La más impura, la más descarada de todas las artes, despreciada por Platón, maldecida por Kant, desdeñada por Heine, excomulgada por los más insignes cinceladores de frases...

Flaubert, solitario individualista de los nervios vibrantes sensibles a todo hálito democrático, confesaba su repulsión ,toda vez que le hablaban de sufragio universal, o de los derechos del pueblo. No era tanto el olor que exhala el vulgo, no siempre igual al de la esposa de los Cantares, lo que ofendía su nariz sino más bien el carácter aristocrático de su arte, que predisponía tan mal su psiquis. Pero en los tiempos del autor de la "Education sentimentale" la religión y la política eran los temas preferidos en las conversaciones; hoy en día una nueva forma de oratoria invade, como bien lo saben nuestros lectores, el llamado mercado intelectual: la conferencia.

La recién llegada agita desde lejos el ramo de oliva. Ella no pretende limar las instituciones o sacudir el trono de los númenes; queda satisfecha con ofrecer al auditorio tesis artísticas, explicar leyes científicas, narrar aventuras de viajes extraordinarios.

El periódico nunca o casi nunca niega a ella el llamado bombito, que no siempre, decimos la verdad, despierta grandes entusiasmos. Lo grave es que por la exuberancia inquietante de la producción la mezquindad mental de un cronista muchas veces se encuentra con que tiene agotado todo el vocabulario — no muy extenso —de ocasión. ¡Dios mío! no es cosa fácil la de resumir cada día los conceptos raros y peregrinos, como los dientes de la enamorada de Berni, que, con admirable dominación del argumento, pudiera desarrollar el mago de la palabra A...., la atrayente oradora B..., el insuperable decidor C....

Por suerte sirve de socorro como último remedio, la expresión convencional pero providencial de la imposibilidad de traducir en fría y descolorida prosa la crónica de férvida y vigorosa elocuencia de quien, durante una hora, hizo palpitar tantos corazones, procurando un exquisito goce intelectual en el público numeroso y selecto.

El dominio de la oratoria hasta hace pocos años atrás, se reducía a las grandes ciudades; ahora no desdeña los centros menores, quizás por ahuyentar a toda malsana influencia de la ciudad: tanto que será difícil, dentro de poco tiempo, hallar una aldea que no haya hospedado un conferenciante más o menos auténtico. ¿Es un bien? ¿Es un mal? Es un hecho responde el positivista. Si la planta conferencia brota, si industriosos jardineros la cultivan, quiere decir que no falta el público que la solicita.

—¡Se imprime tanto! murmura el rentista X...

Siendo la jornada de 24 horas, ¿cómo hace el tal rentista — pregunto yo — para estar al corriente de todo? La reunión del Directorio de la sociedad anónima, los clientes, los cargos honoríficos, los hijitos, la esposa, absorben todo el tiempo.

Además también al rentista X. disgusta desencajar los ojos como un tonto cualquiera, cuando en las noches de visitas el doctor A., el publicista B., el poeta C., discuten sobre Ibsen, Niestzche, Einstein Tagore, la energía eléctrica o el planeta Marte ¿Dónde hallar, sin fatigarse mucho, en la búsqueda, la cultura necesaria y suficiente para aparecer menos tonto, y alguna vez, (todo puede acontecer en este mundo) hacerse pasar por un rentista enamorado de los buenos estudios? En las conferencias, pues.

Agréguese que la estación más cargada de conferencias es el invierno, afortunadamente; pues de Mayo hasta Setiembre sopla viento despiadado y molesta el frío; que para asistir a los teatros persiste la vieja costumbre de pagar la entrada, en donde muchos conferenciantes prodigan gratuitamente al auditorio sus conocimientos y no os sorprenderá la afluencia del público en las salas donde resuena la voz de los nuevos apóstoles de la ciencia y del arte.

Allí el cuerpo se calienta y el espíritu se refresca en el trabajo oxigenado de la idealidad.

Si alguna vez el conferenciante dormita como Homero, no dormita el rentista X, sino que se complace en hacer descansar su mirada sobre las señoras y señoritas que también — entiéndase bien — estando pendiente del labio del orador, hallan la forma de dejar admirar, a lo lejos, sus tocados Con esto no afirmo que todo el auditorio se componga de rentistas X; puede calcularse que, sobre trescientas personas que escuchan una conferencia, cien pertenecen a la familia zoológica de los X; cien oyen pero no escuchan y regresan a su casa con el cerebro virgen, como cuando ingresaron en la sala; ochenta han adquirido algún conocimiento de más, que dos días más tarde desalojarán de sus células cerebrales; dieciocho vuelven con el pensamiento a las cosas oídas; a dos (probablemente) la conferencia sirvió de estímulo para profundizar el argumento desarrollado por el orador.

Para que una conferencia, (hablo, se comprende, teóricamente), corresponda verdaderamente a su objeto, debe despertar todas estas energías en la mayor parte del público; aumentar los conocimientos ,aguzar las facultades críticas, estimular a nuevas indagaciones.

¿Cuántos conferenciantes hay que posean esas facultades? ¿Y el público que concurre a las conferencias, las merece?

Dos preguntas a las que el lector espera en vano que yo conteste.

Las conferencias son femeninas... no obstante suscitan amores indomables y odios implacables

¿Sabe el lector cuál es la clase social que las tienen en menosprecio?

Los especialistas. ¿Quiénes son estos seres? Seres humanos que saben muy poco de lo que los demás ignoran e ignoran todo lo que los demás saben. Economistas ortodoxos y heterodoxos han deplorado que la industria condene a muchos obreros, por toda la duración de su existencia, a fabricar única y exclusivamente mangos de cuchillos, o cabezas de alfileres. ¿Por qué no se compadecen aquellos fósiles, cuyo cerebro es asimismo única y exclusivamente empleado en la solución de alguna ecuación o en la clasificación de algún insecto? Desgraciadamente, nuestra civilización, a fuerza de una exagerada división del trabajo produce bípedos doctísimos en su república de ciencia, no más grande que la de Andorra, e idiotas y semiidiotas por todo lo demás.

¿Qué es, para estos, la humanidad? Un pretexto para fabricar cabezas de alfileres y resolver ecuaciones. La aversión de esa gente a las conferencias no merece ser refutada, porque ese criterio excede los límites de su especialidad.

Más, y la psicología lo enseña; siempre se odia aquello que se quisiera y no se puede hacer; ellos los especialistas, noventa y nueve veces sobre cien, no saben hacer conferencias.

Porque entre los conocimientos profundos y la claridad de las ideas y la limpidez de la exposición, existe, a menudo una autonomía como entre la Iglesia y el Estado; los especialistas, ¡ay de mi! sobresalen sobre todo en la... obscuridad docta.

Tampoco tiene valor la objeción de que mueve a los conferenciantes el propósito de difundir una media cultura. ¿Cuántos son los que poseen una cultura sin lagunas, y perfecta en todas sus partes?

Por tanto: entre la cultura media y la ignorancia supina y resignada, ¿quién tiene dudas en la elección?

Es preferible saber a medias que no saber nada por completo: el saber acabado es obra de Aristóteles y de Bacón, y la naturaleza, por suerte, no genera esos monstruos más que a la distancia de siglos. Suprimir la media cultura valdría lo mismo que suprimir nuestras escuelas primarias y secundarias. Afortunadamente el presupuesto de guerra, en la Argentina, no exige a lo menos por ahora esas hecatombes.

De manera que, por este lado las conferencias merecen aplausos, como merecen aplausos todos los esfuerzos dirigidos a combatir la ignorancia. Inconvenientes no faltan, pero nosotros no vivimos en Atlántida ni en el reino de Utopía. Es un signo de los tiempos este deseo de instruirse. ¿Y los conferenciantes? Creo oportuno no hablar y.... "pour cause". Así es que junto con geniales y cultos oradores abundan, también, aquellos que no pueden evitar el dar a conocer al público sus impresiones acerca de la última lectura... La ciencia, para ser exactos; el sentido estético, para resultar atrayentes, que es lo que necesitase para una buena conferencia, no están, tan fácilmente, al alcance de todos.

En cuanto a los improvisadores no les falta la mesita del café o de la confitería para tener cátedra, ni el circulito de los amigos, para hacerse aplaudir.

Oreste CIATTINO.

Costumbres de China

La vida social y política de China tiene, como es sabido, su base en la familia, con la más profunda raigambre.

El amor filial, con arreglo a las amenazas de Confucio, forma el fundamento de la sociedad. Como una gran familia se considera a la nación entera y la autoridad del Gobierno, a quien todo hijo o súbdito debe acatamiento ciego.

Con ese respeto al padre (que se extiende más allá de la tumba, como lo demuestra el proverbial respeto y culto de los chinos a sus antepasados) contrasta la penosa situación de los hijos y, sobre todo, de las mujeres en la familia china. La ley autorizaba al padre para vender sus hijos como esclavos, cosa frecuente en las clases pobres.

Había enorme número de esclavas. De hecho, toda mujer china lo es, ya que desde que nace está considerada como una carga superflua, siempre sujeta al hombre. Si es soltera, al padre; si es casada, al marido; si viuda, al hijo mayor. Esto es lo que se llama en el país "las tres obediencias".

En las tribus pobres o "hakka", el comercio de las propias hijas era todavía hace pocos años frecuente, y aun hoy, en los mercados remotos de Katahay y Kirin, pueden verse caravanas de coolíes, que llevan en los Kwai-Kens, especie de angarillas, a parejas de hijas que venden como esclavas.

Los huevos de ña Geromita

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

Gerónima o ña Geromita, como le llamaban en el pueblo tenía el plantel más hermoso de gallinas que existía en veinte leguas a la redonda. Nadie ignoraba en el pago que sus aves eran "número uno", de raza importada, y que solo se alimentaban de carne y verdura cocida, maiz y manojos de alfalfa flor, por esto cada gallina parecía una pavita de bien tenida que estaba, fama esta que aprovechaba la criolla para vender sus animales a un precio más elevado que los demás polleros del lugar pues valía la pena gastar y poder saborear una presa de rechupete.

Era tan comedida ña Geromita que ella misma se ofrecía para matar las aves antes de entregárselas al consumidor, pero cuando se trataba de venderlos para cría, ya ponía mala cara, buscando un pretexto para menospreciar la mercadería, diciendo que estaban flacas o eran viejas, y que quedasen en casa para evitar en lo posible la propagación de una raza. En cuanto a los huevos para echar, cosa extraña era, pero los pollos nunca salían parecidos a las madres, naciendo solo la cuarta parte de los que colocaban en los nidales a las cluecas, perdiéndose los demás por inservibles. Esto empezó a preocupar a los marchantes y vecinos, quienes al comprar los huevos acompañaban a Geromita hasta el gallinero para cerciorarse que los sacaba frescos del nidal, pero por más precauciones que se tomaran al respecto, nacían los pollos raquíticos y enclenques.

Intrigado el viejo Faustino con tal noticia juró descubrir la trampa a la paisana; así fué como a cada dos por tres estaba en casa de la "pollera" quien comenzó a sospechar de las asiduas visitas de aquel viejo criollo, con más mañas que pilchas.

Dió la casualidad que una tarde Geromita cayera enferma de algún cuidado y pidió al paisano que diera de comer a las gallinas, y las cuidara durante su estada en cama, pues más vale un malo conocido, que uno bueno por conocer, pensó; recomendándole cuidara de no vender ni un solo huevo a su clientela, ni de mirarlos con mucha insistencia, por tener una mirada demasiado fuerte, y podría ponerlos "güeros" (inservibles) con la fuerza de sus ojos.

Faustino hizo caso omiso de las órdenes que le diera la paisana y aprovechó la ausencia de ésta, para vender las docenas de huevos que ésta tenía ya recogidas en un gran cajón de la despensa, reponiéndolos con los frescos que sacaba del gallinero. Pasó la gravedad de Geromita, y también pasaron los días, y ya iba llegando a su término la cluequera de las gallinas que estaban echadas sobre los huevos que vendiera Faustino a los marchantes, ¡y los pollos no nacían!

Los vecinos increparon al criollo levantándole calumnias, diciendo que estaba en combinación con ña Geromita para explotar la buena fe del público con ¡sabe Dios qué brujerías!

La paisana sonreía y cuando la apuraban demasiado, solía responder:

—Eso le pasa a ese viejo pícaro por desobedecer mis órdenes, yo ya le advertí que no vendiera güeros pa cría porque estábamos en luna llena, y naturalmente que en esos días es de mal agüero echar al nidal las cluecas, además, él tiene una mirada demasiado fuerte que traspasa la cáscara y recalienta la yema.

Faustino escuchaba y nada decía, dudaba, aquello era algo imposible de descifrar; ¿por qué no nacían los pollos de los huevos que él vendió durante la enfermedad de Geromita?

El titeo al paisano fué formidable, hasta que este cansado de tantas puas y recriminaciones optó por tomar una determinación enérgica. Fuese a todos los clientes que tenían las gallinas en los nidales, y pidióles los huevos que él les vendiera, citándolos a que fueran a la plaza el próximo domingo, donde allí ,a vista y paciencia de los marchantes los quebraría para ver cual era el motivo por qué no picaban los pollos la cáscara de una vez.

El día de la cita aglomeráronse los curiosos y Faustino dió principio a la tarea. Entre la concurrencia tampoco faltó ña Geromita quien reía socarronamente.

El paisano cascaba los huevos uno a uno, pero, ni salían pollos, ni corría la clara, ¡misterio!, ¿qué contendrían? Viendo que esta medida no daba el resultado deseado, principió a pelarlos, saliendo los huevos enteros, cual si estuviesen cocidos. ¿Qué era aquello?

—¡Velay! ¿no digo?, es la juerza e' su mirada, repetía la criolla, no en balde es viudo tres veces, si mataba a las finaditas ojeándolas, mesmo como ha cosinao los güevos.

Alguien dijo que, sin duda las gallinas desconocieron la mano de su ama en el alimento, otros que estaban embrujadas, por fin resolvieron ir hasta la casa de la dueña, y sacando los que estaban recién puestos los quebraban, escurriendo de su interior el contenido fresco y apetitoso.

Convencidos que el de la trampa era el criollo, devolvieron el crédito a la dueña, siendo Faustino víctima de burlas mordaces por parte de la clientela de ña Geromita. Esto exasperó al paisano quien se empeñó en hallar el secreto a todo este enredo de mujer.

Así fué como una noche oculto detrás del armario de la cocina de la criolla, esperó pacientemente para ver lo que ésta hacía con los huevos que había recogido esa tarde.

No bien terminó de comer, sentóse Geromita junto al fogón donde había un balde con agua hirviendo y provista de una espumadera, fué sumergiéndolos uno a uno en el recipiente, y luego colocándolos en el cajón; así, con el contacto de aquella agua destruía el gérmen de producción; y que, sin duda alguna, aquel día de su enfermedad habiásele ido la mano, cociéndolos por demás.

Salió el criollo del escondite, y cuadrándose frente a Geromita, díjole:

—Con que yo tengo mi vista embrujada ¿no?

¡Ay Faustino!... por favor, tenga compasión de esta pobre mujer, y no me arruine mi negocito.

—Si yo no pienso hacerle daño, Geromita, ¡chá, que había sido peine! ¡já, já, já!... Bueno, mirá negra, ¿por qué no te casas conmigo y ansina reforzamos la firma... Me gustás por lo trompeta.

—Aceptao. El que compriende no priecisa de esplicaciones ¿no es eso?, y casualidad que yo estoy necesitando un socio como vos.

—¡Qué botón pa tu ojal!, y decime, ¿no tenís miedo de que te queme con mi mirada?

—¡De ande! si ya estoy derretida, ¿cómo me vas a achicharrar? aunque tenís esos ojos más dañinos que basilisco...

... ...

Poco tiempo después de la boda de esta yunta de criollos, su clientela fué enorme, pues egoistas, como todo ser feliz, vivían apichonando su cariño, faltándoles el tiempo para hacer trampa con los huevos; y nacían pollos que era una bendición.

Los chacales y el elefante

Los chacales no hallaban qué comer. Uno de ellos, ya viejo, meditó acerca de procurarse víveres.

Fué en busca del elefante, y, cuando lo tuvo enfrente, le dijo:

—Disponíamos de un zar, pero se hizo tan bestia que nos daba órdenes imposibles de ejecutar. Hoy queremos nombrar a otro zar y mi pueblo me envía en tu busca. La vida es allí tranquila: te obedeceremos en todo: te veneraremos. ¡Oh, ven a mandarnos!

El elefante consintió y siguió al chacal.

Este le llevó a un pantano, donde el elefante quedó atascado.

El chacal díjole entonces:

—¡Ahora, manda! ¡Manda pronto!

—Mando que me saquéis de aquí.

Echándose a reir, le replicó el chacal:

—Toma mi cola con tu trompa y en seguida te sacaré.

—¡Pero con la cola no podrás sacarme! — dijo sorprendido el elefante.

—¿Por qué mandas entonces lo que no es posible ejecutar? Precisamente por eso despedimos al otro soberano.

El elefante pereció allí mismo y los chacales lo devoraron.

León TOLSTOY

Una estatua de Napoleón en Laffrey

Fué en Laffrey, el 7 de marzo de 1815 ,donde se decidió el éxito de la prodigiosa empresa de Napoleón, retornando, con un puñado de hombres, de la isla de Elba para reconquistar a Francia.

Se conoce la famosa escena del encuentro del emperador y de sus guardias con las primeras tropas encargadas de detener su marcha y apoderarse de su persona.

El graa soldado exclamó al ver esto último:

"Soldados del quinto, soy vuestro emperador. ¿No me conocéis? Si alguno de vosotros quiere matar a su general, ¡aquí estoy!"

Al otro día, Napoleón recibía a las autoridades en Grenoble.

Doce días después, hacía su entrada triunfal en las Tullerías.

Por iniciativa del Consejo Municipal de Grenoble, para recordar la entrada del emperador en la ciudad, fué inaugurada en 1868 una estatua de Napoleón en la plaza de Armas (hoy plaza de Verdún). En noviembre de 1870, dos meses después de la caída del Régimen Imperial, la estatua fué derribada y mutilada a golpes de maza. Sus restos fueron a parar al guardamuebles del Municipio.

Se ha podido ver la estatua rota, el cuerpo del caballo descansando sobre el vientre, con su jinete decapitado. Los bajorrelieves están intactos, lo mismo que el águila, con una banderola en el pico con la famosa inscripción: "¡El águila, con los colores nacionales, volará hasta las torres de Nuestra Señora!"

Este monumento no será erigido nuevamente en Grenoble, sino en Laffrey.

La pradera donde se verificó el histórico encuentro sigue igual que hace ciento catorce años.

Los grandes secretos de la naturaleza

Los recientes experimentos realizados con verdadero acierto por el abate Bouly, ante autoridades científicas de indiscutible responsabilidad, han despertado curiosidad en Francia, donde, desde hace largo tiempo, abundan los magos de la "vírgula divina", merced a la cual descubrían los buscadores de riqueza dos cosas igualmente preciosas: el filón de una mina y el cauce de una corriente de agua subterránea.

El abate Bouly, en Vielleville, en el Puy-de-Dome, armado de su varita verdaderamente mágica, ha señalado la presencia de yacimientos de plomo, un filón de plata y hasta una veta de oro. A su paso, los peritos designados para verificar la experiencia dispusieron la apertura de pozos y zanjas, y en todos los casos se hallaron, efectivamente, indicios de los metales que el "adivino" había señalado.

Las pruebas realizadas por el abate francés no carecen de base científica, y el estudio de los fenómenos debidos a la "vírgula sagrada", en el siglo XVI, en su "Cosmografía", ya lo había iniciado Sebastián Munster. Más tarde, el jesuita Kircher dedicó algunos trabajos al estudio de estas mismas prácticas, aparentemente diabólicas y misteriosas.

En 1666 la Academia de Ciencias de Londres estableció un plan de investigación, que debía llevarse a cabo para establecer en este inquietante asunto de los "buscadores de agua" la linde que separa la superchería de la ciencia y la quimera de la realidad. Y esta curiosidad de los centros de estudios rigurosamente científicos, siglo tras siglo, hase renovado, particularmente en los de Francia, donde, en 1853, se comisionó a tres sabios — Babinet, Boussingault y Chevreul — para que se expidieran acerca de la verdad y de la mentira que pudiera existir en el prodigio de la varita de los buscadores de agua y metales preciosos.

Empero, desde entonces mucho ha llovido y no pocos filones de rico metal se han descubierto; mas el misterio de esta "sagrada vírgula" nadie lo ha explicado; por lo menos en una forma tan palpable y categórica como palpables y categóricos fueron sus resultados.

La varita mágica, como asegura el escritor Antonio G. de Linares, es la cosa más vulgar y la menos complicada del mundo. Se trata sencillamente de una rama de avellano bifurcada en forma de V... Pero esta humilde vara, puesta en manos de un "buscador", se anima con vida inteligente y activa. El "buscador" sujeta con las manos los dos extremos de le bifurcación, procurando abrir la horquilla todo lo posible, para mantenerla en tensión. Los brazos del nigromántico han de quedar en igual postura, y con los codos pegados al cuerpo. Avanza el hombre en tal disposición, y nada extraño ocurre en tanto que no llega a la proximidad de un cauce subterráneo o de un yacimiento mineral. Pero cuando pasa sobre el agua o sobre el filón ocultos, el "buscador" siente que la horquilla de avellano se mueve, que sus ramas se distienden, y a veces la influencia misteriosa es tan intensa, que las ramas se retuercen y acaban por romperse. Aquel suelo cubre el manantial o la mina, y para saber a qué profundidad exacta se halla uno u otra, bástale al peregrino retroceder lentamente, marchando de espaldas sin cambiar de actitud, hasta que las ramas de la horquilla vuelvan a su primitivo estado y a su inercia natural. La distancia recorrida en esta forma equivale a la profundidad a que se encuentra el agua o el mineral hallados.

Han existido numerosos "buscadores" famosos, de cuyas hazañas se guarda memoria. El padre Arcouse, superior de la Escuela de Thurins, llegó a descubrir mil trescientos manantiales, fallando en sus predicciones contadísimas veces.

Otro religioso — porque los religiosos parecen haber demostrado siempre especial predilección por este inofensivo, a la vez que útil, sortilegio —, el abate Paramelle, entre los años 1834 y 1843, descubrió novecientos manantiales.

Poco tiempo antes de la guerra, en Alemania, ante Guillermo II, el príncipe Han Carolath intentó utilizar la varita mágica; pero en este caso la divina vírgula demostró ser enemiga de la gente coronada y permaneció inmóvil, sin revelar el más mísero filón.

En el año 1913 se reunió en París un verdadero congreso de "buscadores", dispuestos a demostrar a los sabios que en sus investigaciones no existía superchería de ninguna especie. Entre ellos estaba el belga Probst, que tenía fama de haber descubierto yacimientos de hulla que se hallaban situados a más de 600 metros de profundidad.

Las demostraciones efectuáronse en el bosque de Vincennes.

El profesor Viré capitaneaba a los científicos y el belga a los "buscadores", quienes, sin fallar, no tardaron en señalar la existencia de cavernas subterráneas así como de yacimientos minerales.

Claudio Albaret, también, en un reciente estudio, habla de un "buscador" llamado Ramón Salazar, que en la provincia colombiana de Antioquía adquirió fama y riqueza con sus extraordinarias revelaciones hechas con la mágica varita.

Pero, en definitiva, como no sea el resultado de estas extrañas revelaciones, nada se sabe.

La Naturaleza guarda sus secretos; nos concede sus bienes, pero se reserva, como en tantos otros casos, la explicación que la humana curiosidad anhela.

El preso complaciente

Cuando la tía Gertrudis, anciana de sesenta y tantos años, apareció muerta en un horno, destrozada la cabeza a golpes, el rumor público acusó como autor del asesinato a Laricot, que era el único bandido que había en el pueblo.

Y no es que Laricot hubiese asesinado hasta entonces a nadie, pero hurtaba fruta y robaba gallinas; y como es sabido que del robo al asesinato no hay más que un paso, todo el mundo creyó que Laricot lo había dado.

—Soy muy viejo, señor alcalde, y esta memoria mía anda como Dios quiere; así es que no me acuerdo de nada, y hasta es posible que yo haya matado a la vieja. De modo que si a usted le parece puede mandar que me prendan.

Y el alcalde ordenó a Godot, el guardabosques, que llevase a Laricot a la cárcel.

En el pueblo había una prisión; pero como nunca había sido preciso encerrar a nadie en ella, Godot la utilizaba para aguardar sus manzanas y sus nueces. Hubo, pues, que sacar lo que en ella había, y como Laricot estuviese presenciando la operación con los brazos cruzados, Godot le dijo:

—Podía usted echarme una mano, tío Laricot. Al fin y al cabo para usted trabajo.

—¡No faltaba más! — contestó el preso. Y se puso a ayudar a Godot.

Cuando la cárcel estuvo vacía y Laricot dentro, Godot pensó que cuando hay un preso en ella hay que guardarla militarmente, y que esto le iba a obligar a pasarse todo el día y toda la noche, fusil en mano, a la puerta de la prisión.

Entonces se le ocurrió una idea. Entregó al tío Laricot su fusil.

—Tome, tío Laricot — le dijo —, se va usted a poner en la puerta con este fusil para vigilar.

—Con mucho gusto.

Y Laricot se pasó a la puerta de la cárcel el resto del día y toda la noche. De vez en cuando dirigía una mirada al montón de paja que había en el cobertizo y pensaba con envidia en lo bien que se debía dormir allí tumbado. Pero no se atrevió a echarse, porque era muy respetuoso con la autoridad y no quería desobedecer al guardabosques.

A la mañana siguiente, cuando llegó Godot, le dijo:

—Cada uno á su oficio, amigo. El tuyo es guardar a los presos y el mío estar en la cárcel. Así es que como me caigo de sueño voy a tumbarme.

Apenas entró en el calabozo llegó el alcalde a decir que los gendarmes habían detenido al verdadero asesino de la tía Gertrudis.

—¿Por qué no me dijiste que eras inocente? — preguntó a Laricot.

—Es que con esta memoria que tengo — repuso este — no estoy seguro de nada, y como todo el mundo decía que el asesino era yo, pensé que tal vez tuviesen razón.

Y tranquilamente Laricot fué a tenderse en la sombra de un árbol para reparar sus fuerzas, agotadas por la noche que había pasado en vela guardándose a sí mismo.

R. B.

Fauna marítima

Admirable es el espectáculo que la contemplación de los animales que pueblan los océanos ofrecen al observador. Hasta hace poco tiempo sólo los buzos y algunos pescadores de perlas habían podido gozar del maravilloso conjunto de luz y color que ofrecen las aguas del Occeáno al ser pobladas por seres de los tamaños más opuestos.

Mas, recientemente, se han inventado dispositivos que permiten predecir una no lejana realidad, en la cual potentes aparatos escudriñarán hasta los más recónditos de los mares para recoger las formas y coloridos que en ellos se ocultan. De lo conseguido hasta hoy se ha beneficiado la Cinematografía, que ha logrado llevar a la pantalla algunas especies desconocidas.

Aparte de ciertas variedades de peces (Fayas, peces espadas, peces luminosos, pulpos, etc.), los seres que más encantadores aspectos ofrecen al aficionado son los anémanos, las admirables medusas, que con su sutilidad y extraña forma vaporosa, son los más raros de todos los que pululan por las aguas.

Un pueblo sin gobernantes, leyes ni religión

No sin correr riesgos, los exploradores Stirling y Van Leewen acaban de realizar una prolongada y fructífera visita a Nueva Guinea.

La suerte corrida por algunos antecesores da una idea de los peligros a que se han expuesto. En 1922, un viajero inglés, que se aventuró demasiado lejos en las selvas de aquella región africana, fué capturado por los salvajes y devorado sin más preámbulos.

Porque una gran cantidad de papúes son antropófagos. Los cráneos en los cuales beben, como los antiguos escitas, con los que fabrican instrumentos musicales, son sin duda alguna, restos de sus festines.

Un poco más tarde, en 1924, otro inglés, antiguo compañero de Shackleton, Franck Hurley, hizo, a su vez, un viaje a Nueva Guinea.

Salió de la desembocadura del río Fly, el más importante de la región. Los primeros indígenas que encontró lo recibieron bastante bien.

Verdad es que, al punto, habían huído en cuanto él llegó. Pero viendo que los blancos no los perseguían, regresaron, blandiendo sus armas, prestos, al parecer, a jugarles una mala partida... Harley logró, por señas, parlamentar con un hechicero; y éste, seducido por el obsequio de un cuchillo y algunas chucherías, se humanizó al punto. Sus compatriotas aproximáronse a los europeos y manifestaron su admiración ante sus pieles de recambio, es decir, sus vestimentas.

La expedición Harley pudo atravesar el territorio de la tribu y avanzó aún más lejos. Pero una nueva tribu les salió al encuentro, mostrándose menos dócil. Entre los sambios, que por primera vez veían a los blancos, toda la expedición corrió riesgo de perecer. Debió su salvación a una huída más precipitada.

Regresó, empero, remontando el río en un avión; y sólo cuando los sambios le vieron acuatizar, considerándolos como seres sobrenaturales, permitieron a Harley vivir durante unos meses y recoger no escasos documentos sobre aquellos caníbales.

Fué en previsión de tales peligros que la expedición Stirling se aprestó a realizar la exploración de la Nueva Guinea, equipando un ejército de cuatrocientos hombres.

Estos estaban provistos de armas modernas y estaban en perfectas condiciones para luchar, tanto contra las inclemencias de la naturaleza como contra las agresiones de los indígenas. Llevaban, en efecto, una buena cantidad de fusiles, ametralladoras, municiones abundantes y hasta un hidroavión. Los dayaks de Borneo, habituados a marchar por la selva, fueron escogidos para acompañar a los europeos.

Desembarcaron en la desembocadura de uno de los más importantes ríos de Nueva Guinea, el Membrano, remontaron su curso y llegaron hasta los Nassau, elevados montes hasta entonces inexplorados.

Penetrando más aún en el interior, la expedición Stirling - Leewen llegó hasta una de las elevaciones más importantes de la cadena interior.

Allí moraban indígenas profundamente diferentes de los papúes representantes genuinos de los primitivos habitantes de la isla.

Toda la Oceanía, y quizá el Africa y buena parte del Asia — pues se encuentran indistintamente en las Filipinas, Borneo, Ceilán y aun en las selvas del Congo —, debieron estar, en sus orígenes, poblados por representantes de esta raza de pigmeos.

Mas estos pigmeos de Nueva Guinea son los restos más aislados de todos. Hace más de medio siglo, en efecto, que Stanley entró en relaciones con los pigmeos africanos. Y, últimamente, los miembros de la misión Citroen recogieron no pocos y curiosos documentos sobre la vida y costumbres de estos diminutos ejemplares humanos.

Estos de Nueva Guinea, por el contrario, han permanecido aislados del mundo, sin ver a un hombre blanco, sin guardar memoria de haberlo visto jamás.

Los exploradores fueron admirablemente acogidos por los naturales. Tan pronto como los europeos llegaron, los pigmeos rodeáronlos, prodigándoles las más visibles muestras de simpatía y conduciéndolos hasta su aldea.

Esta aldea está constituída por chozas emplazadas sobre plataformas instaladas entre los árboles y ocultas entre las ramas y la hojarasca.

Son pigmeos en toda la acepción del término. En efecto, su talla es ínfima. No tiene más de cuatro pies, o sea un metro y treinta centímetros. Su piel es muy negra, pero sus facciones son más regulares y mucho más finas que los del Africa Central.

Estos pigmeos cuentan con una organización política y social puramente democrática: no tienen ni rey ni jefe de ninguna especie; carecen de todo gobierno organizado, y únicamente actúa un consejo constituído por las cabezas de familia de la aldea. Porque, eso sí, la familia se halla perfectamente organizada. El matrimonio comporta ciertas ceremonias, de las cuales la principal es la siguiente: El novio y la novia se reúnen en la que llamaríamos plaza de la aldea. Todos los guerreros se reúnen. El futuro esposo, provisto de su escudo de madera, se ubica ante la prometida y con él ataja las flechas que le arrojan dos arqueros. De esta manera prueba que es capaz de defender a su esposa en todas las circunstancias y contra todos los peligros.

Así como carecen de gobierno los pigmeos ignoran lo que es religión. Entre ellos nada existe que se parezca a un templo, ni los ídolos de madera, tan caros a los papúes propiamente dichos, y cuya forma ligeramente humana o animal evoca, al menos, una vaga mitología. Empero, parece que otorgan un espíritu, una alma, a los ríos, los árboles y las piedras.

Por muchos detalles, han parecido, al profesor Stirling, hombres pacíficos y de costumbres dulces. Además, la expedición no encontró la menor huella de ese canibalismo tan difundido, al contrario, entre los papúes.

Efectivamente, los pigmeos son vegetarianos. Las papas, las bananas y yerbas diversas, constituyen su principal alimento. Algunas veces, muy de tarde en tarde, consiguen carne de cerdo. Aunque, de todas maneras, siempre resultan más favorecidos que los pigmeos de la selva ecuatorial africana.

Los exploradores, acogidos en forma extraordinaria, llegaron a aprender su lengua. Y de esta manera, Stirling y los suyos han realizado buen ecopio de observaciones etnográficas y hasta artísticas.

LA BOMBA

Orguenouille sería el pueblo más encantador de Seine et Oise si tuviese agua; pero la triste realidad es que no se encuentra ni una gota del preciado líquido. Y un pueblo sin agua aunque sólo tenga setenta y tres habitantes, es algo fastidioso. No por lo que puedan pensar los lectores. En Orguenouille la gente no acostumbra a lavarse con frecuencia, y en cuanto a beber, los vecinos son muy aficionados al alcohol y no echan de menos el agua. Pero hay vacas, caballos y mulas, a los que hay que dar de beber, y para ello es preciso cargar las cubas en las carretas e ir a buscar el agua a Cordeville, donde les sobra.

En estas condiciones imaginense la alegría que experimentaría Hilario Badinot cuando en un viaje a París vió en una exposición agrícola una bomba que, con sólo darle a una rueda, echaba agua en gran abundancia por un tubo grueso como el muslo.

—Esto me hacía falta en Orguenouille—se dijo Hilario Badinot.

Y como tiene dinero y es mozo que sabe que en la vida hay que hacer lo que se debe, preguntó el precio de aquella magnífica bomba.

—Son mil quinientos francos—le dijo el vendedor—. Pero fíjese en que es una bomba aspirante e impelente, capaz de hacer subir el agua a un séptimo piso.

—Yo no pido tanto—dijo Hilario Badinot—. Me basta con que suba al primer piso, que es el único que hay en mi casa. Lo que yo quiero es que me proporcione tanto líquido como ése.

—De eso puede usted estar seguro—contestó el vendedor.

Hilario Badinot pagó sus mil quinientos francos, y ocho días después el ferrocarril le llevaba la famosa bomba.

No perdió un minuto. Aquella misma tarde, ayudado por su criado, arrimó la bomba a la pared y empezó a dar vueltas a la rueda. Pero fué en vano; no salía ni una sola gota de agua.

—¡Esos parisienses! — exclamó—. ¡Ladrones! ¡Me han robado! ¡Pero ya le diré yo al estafador que me la ha vendido!...

Y al día siguiente Hilario tomó el tren de París, y desde la estación corrió a casa del comerciante.

—¡Muy bonito! ¡Robar así mil quinientos francos a un hombre de buena fe que ha creído en su palabra! ¡Magnífica bomba la que me ha vendido! No echa ni una gota de agua.

—Me deja usted asombrado, caballero—dijo el vendedor, lleno de extrañeza—. Ha colocado usted la bomba encima del pozo?

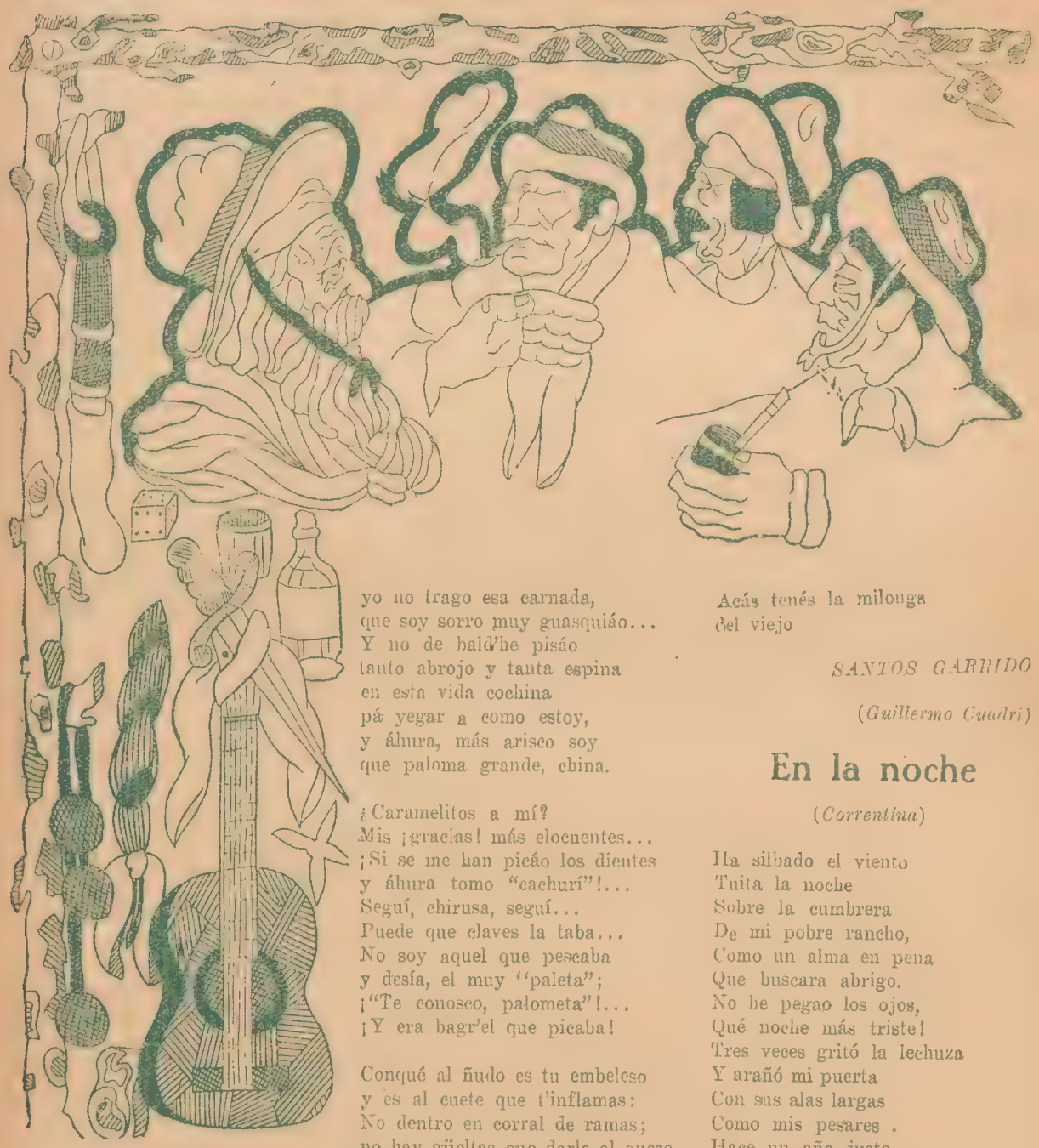
—¿De qué pozo habla usted?

—¿Pero no tiene usted pozo?

Entonces Hilario Badinot, mirando despectivamente al vendedor, dijo:

—¿Por quién me toma? ¿Usted cree que si hubiera un pozo en mi casa iba yo a ser tan cándido que me gastase mil quinientos francos en comprar una bomba?

Rodolfo BRINGER



Mi retruque

Pá la china Andrea Rodrigues

¡Me tirastes al codiyo!...
Disculpá, si en la cuerpiada,
te colorió la quijada
el "gavilán" del cuchiyo...

Resebí su carta, china.
¡Cuánta maña y cuánto enriedo!
Mas yo no me chupo el dedo,
y no me boliás ansina.
Se ve que sos muy ladina,
que muncho mundo hás corrido;
pero, ¡ahijuna a Don Garrido
no lo embosalás, ¡canejo!
Sabrás que "macaco viejo
no sube a palo podrido."

¿Qué mis versos ti han gustáo?
¿Qué a tu cara y a tus ojos
les milongu'en mis antojos
un verso bien espiráo?
¡La gran flauta! Me has bandiáo!
Dejáte, china, e'sonseras!
Tengo munchas primaveras;
tratá de asertar en otra...
"Yo no te compro por potra
pués se ten ven las basteras".

Enderesá pá otro láo
con tu charl'almibarada;
yo no trago esa carnada,
que soy sorro muy guasquiáo...
Y no de bald'he pisáo
tanto abrojo y tanta espina
en esta vida cochina
pá yegar a como estoy,
y áhura, más arisco soy
que paloma grande, china.

¿Caramelitos a mí?
Mis ¡gracias! más elocuentes...
¡Si se me han picáo los dientes
y áhura tomo "cachurí"!...
Seguí, chirusa, seguí...
Puede que claves la taba...
No soy aquel que pescaba
y desía, el muy "paleta";
¡"Te conosco, palometa"!...
¡Y era bagr'el que picaba!

Conqué al ñudo es tu embeleso
y es al cuete que t'inflamas:
No dentro en corral de ramas;
no hay güeltas que darle al queso.
Ansina, olvidáte d'eso;
dejá quieto a mi "sotreta";
vos tendrás muncha carpeta,
pero errastes d'ésta ves...
"Pá que a tiro me agarrés,
¡te quiero ver, escopeta"!

Al pájaro en la.... pisada
lo conose Don Garrido,
y en los años qu'he vivido
vi muncha taba cargada....
Calart'en tu escribaniada
no me dió muncho trabajo;
¡Si en seguida, echand'un "ajo",
dije: Viejito, ya sabe...
"Ojo al ave, y no se clave,
que'es calandria y güela bajo".

Te salió d'ésta ocasión
el tiro por la culata...
Me pensastes muy batata,
muy güampa o muy charabón.
Y anque jué de sopetón
tu carta, chirusa Andrea,
me dije: ¿Sí? ¡Pués patea!
¡Ni a cañonasos me cayo!
¡"Ni subo más a cabayo
si ésta yegua me voltea"!

"Comparasión comparando",
china, como dijo el vasco...
Y si en ésta yevás chasco,
si querés, seguí probando.
Pué que me dejés tediando,
si es que me agarrás dormido...
Hoy teng'un labio partido,
No me hagas réir, pués, chinonga...
Acás tenés la milonga
del viejo

SANTOS GARRIDO

(*Guillermo Cuadri*)

En la noche

(*Correntina*)

Ha silbado el viento
Tuita la noche
Sobre la cumbrera
De mi pobre rancho,
Como un alma en pena
Que buscara abrigo.
No he pegao los ojos,
Qué noche más triste!
Tres veces gritó la lechuza
Y arañó mi puerta
Con sus alas largas
Como mis pesares .
Hace un año justo,
Que se jué mi china;
Hace un año justo
Que dormir no puedo;
Me sobra la cama
Y me falta el sueño.
Mientras tuito duerme,
Solo con mi pena
Velo su recuerdo,
Como aquella noche,
Que pasé mirando,
Su boca cerrada;
Nidito de besos;
Sus ojos opacos
Por extraña sombra,
Aonde brillaba una lucesilla
Que alumbró mi alma,
Qui hoy llora por ella!

Ha silbado el viento,
Tuita la noche,
Sobre la cumbrera
De mi pobre rancho,
Como si un fantasma
Silbara entre dientes.

La posta

Cerquita é la sierra,
Estaba la posta,
Donde una muchacha
De ojos muy negros,
Espera al viajero,
Con cantos, risas y flores.

Silba el cuarteador,
Canta el mayoral,
Baja la pendiente
Entre nubes de oro
La gran diligencia;
Pero ahora la niña
No espera al viajero
Con su risa fresca
Como la mañana;
Sus labios no cantan,
Su alma está triste,
Sus ojos se alargan
Mirando al camino
Y esperando en vano
Que vuelva su amor.

Silba el cuarteador,
Canta el mayoral,
Llegan los viajeros y,
¡Que triste la posta,
Sin la muchachita
De los ojos negros!

Çansancio

Eran tres peones, la madre
Y ellos dos: Elbio y Eraclio;
De haraganes, se habían hecho
Famosos en el pago;
Los parieron cansados.
Eran guapos de raza
Pero nunca peleaban:
"Eso e de gente mala...
¿Y pa qué? Si se ensusea la ropa".
Siempre juntos lo dos;
Hablaban poco y nunca discutieron
Ellos siempre decían:
La razón e sigún
Como se mire,
Pa lo que vá a ganar
El que la tiene.
Una tarde de verano,
Con gana de amarguear,
Bostezó uno de ellos;
Sin mirarlo le dijo
El otro hermano:
—Juiste vos?
—Juí.
—Güeno
Ya que tenés la boca abierta,
Yamá a mama.

Duelo criollo

Se formó la rueda,
Se hicieron apuestas;
El gaucho más viejo
Trajo un manea
Pa unir de las patas
A los dos matreros,
Y empezó la lucha:
Tajo a tajo, iban;
Naide reculaba;
Pero un redepente,
Esquivando el bulto,
Uno se echó atrás,
A lo que el gauchaje
Le gritó en seguida:
No recule, amigo!
Y él dijo dispacio:
"Jué pa darle paso,
Se me cáiba encima".
De un tajo cortó la manea,
Limpió su cuchillo,
Y quedó mirando
Como moría un hombre
¡Por una zoncera!

Rafael J. ABELLA

Las seis esposas de un rey

Copiosa fué la serie de esposas del rey Enrique VIII de Inglaterra. Seis mujeres, trágicas y enamoradas, fatales y desgraciadas acompañáronle en el curso de la existencia, dando pábulo a la fantasía de los novelistas y acuciando la curiosidad de los historiadores.

Ocupa el primer lugar Catalina de Aragón. De ella dejónos un retrato un artista superior a Holbein, más hábil en descifrar el secreto de las almas. Ese hombre fué Shakespeare, quien, con su maestría inimitable, ha escrito las escenas famosas de su "Enrique VIII", donde aparece Catalina en presencia del rey y de los cardenales, explicando los motivos que la impulsaban a oponerse a la anulación de su matrimonio. Conmovido por los sufrimientos de la reina y la incontestable belleza moral de su carácter, el gran escritor hízola hablar con palabras de una nobleza tan pura que, con sólo dos escenas, ha logrado inmortalizarla. Catalina de Aragón unía a la firmeza real de su actitud, una gracia y una dulzura femeninas que, por desdicha, no aparecen evidenciadas en el retrato anónimo que se guarda en la Galería Nacional de Londres.

No cabe duda de que la hija de Isabel la Católica fué una mártir; pero mucho nos equivocaríamos al considerarla una santa. Quizá en algún momento careció de esa envergadura moral que la mayoría de los biógrafos le atribuyen... La sangre de su padre, el contacto con su suegra y su esposo, la atmósfera de mentira e hipocresía que respiró en su infancia, debiéronla obligar a no reparar en los medios cada vez que a algún fin quería llegar. Mas lo indudable es que su vida fué negada, empecinada y hasta torpe; teniendo mucha razón cuando aseguraba que había sufrido el "infierno de la tierra". En el curso de los prolongados años de su poderío, jamás intentó adivinar el carácter de su marido, ni precaverse contra el peligro que la asediaba. Más tarde, cuando se suscitó el divorcio, no escuchó más que su orgullo, y, empecinada, sorda a todo género de sugestiones, incluso las del Vaticano, no se resignó a la obligada separación. De esta manera, considerada como mujer, como heroína de novela o de tragedia, ningún destino más conmovedor que el suyo; sin contar que, por encima de todos sus defectos, poseía un corazón de una bondad maravillosa, y su conducta, en medio de las persecuciones, por poco razonable que ella parezca, atestigua una fuerza de alma, un valor, una resignación cristiana que llegó a conmover a sus peores enemigos, desde Cranmer y Cronwell hasta Enrique VIII.

Enrique VIII habíase casado con la viuda de su hermano nada más que por conveniencias políticas. Fué por amor que lo hizo con su segunda esposa; y este amor apasionado del adiposo monarca se explica ante el retrato de Ana Bolena. Es que hay en la mirada acariciadora de sus grandes ojos negros, en la sonrisa contenida de sus labios y en el conjunto de la fisonomía toda algo de viperino que sin disputa, debió cautivar y fascinar al temperamento groseramente pasional de Enrique VIII. Era el suyo uno de esos rostros que jamás se olvidan y de los que se tiene una impresión de calma malsana. Idéntica impresión deja el estudio del carácter de Ana Bolena. Difícil resulta la búsqueda de una sola cualidad simpática en esta celosa iniciadora del protestantismo.

Ana tuvo en Inglaterra diversas aventuras amorosas antes de lanzarse a la conquista del monarca. Y en cuanto hubo logrado ésta, evidenció cínicamente una insolencia, una rapacidad y una crueldad sin límites. Su conducta con respecto a Catalina y la joven princesa María—cuya muerte a punto estuvo de provocar—, sus artimañas para retardar su desgracia—hasta el extremo de anunciar que estaba a punto de dar luz un hijo de Enrique VIII—, la ignominia con que, encerrada en la Torre de Londres, acusó a sus fieles partidarios, todo es suficientemente conocido y forma fuerte contraste con la actitud de la reina católica que Ana Bolena se encarnizó en perseguir.

Ana fué decapitada la mañana del 19 de mayo de 1536. En la mañana del día 20 ,en la capilla del palacio de Hampton Court, Enrique—de quien el embajador imperial Chapuys decía que "jamás hombre alguno había sido engañado por sus mujeres más alegremente"—desposábase con lady Juana Seymur, joven de veinticinco años. Algunos cortesanos reprocháronle semejante prisa; y muy presto él mismo debió arrepentirse, pues días después, descubriendo en su corte dos hermosas jóvenes hasta entonces desconocidas, declaró a un confidente que mucho lamentaba haberse casado con lady Juana... Pero desde el instante en que se constituyó en Pontífice de su iglesia, sintiéndose dueño absoluto de sus actos ante Dios y los hombres, despojándose de todo escrúpulo de conciencia, Enrique VIII no toleró ningún obstáculo para la satisfacción inmediata y completa de sus caprichos. Y no cabe duda que muy presto se hubiera desligado de Juana Seymur si ésta, el 12 de octubre de 1537, no le hubiera dado un hijo y no hubiera fallecido a los doce días después del alumbramiento.

Juana Seymur en realidad sólo inspiró al enamoradizo monarca una pasión pasajera. El matrimonio se realizó debido a las instrucciones de los jefes del partido católico, los cuales esperaban que, mediante la influencia de la reina, se obtendría de Enrique VIII un nuevo acercamiento a la corte romana. Juana era amdre y poseía un excelente corazón. Se sabe con cuánta ternura trató a la hija de Enrique y Catalina y cómo procuró influir ante su esposo para que éste restituyera a las Ordenes religiosas los conventos que Cranmer y Cronwell, con la ayuda de Ana Bolena habían arrebatado. Vino luego el episodio cómico de los amores del rey con la princesa Ana de Cleves. Cromwell la había escogido para esposa de su monarca, y, empeñado en que el matrimonio se efectuara, encomendó a Holbein la factura de su retrato. Decidido por la contemplación del cuadro, Enrique pidió la mano de Ana y poco después la joven púsose en marcha para Inglaterra, ocupándose en el camino de aprender los juegos de naipes, gratos a su futuro esposo. En Londres, en Cantorbery, en Rochester, el pueblo dispensóla entusiasta acogida, pero cuando estuvo ante el monarca no escapó ni a ella ni a los de su séquito el deplorable efecto que en él causó. Y es que Ana de Cleves era fea, enfermiza, desproporcionada y con huellas de viruelas. Tal fué la impresión que causó a Enrique VIII que éste no se arrimó ni a ofrendarle los obsequios que le tenía destinados. No cabe duda que Holbein, obedeciendo a Cronwell, había modificado y favorecido bastante a la futura esposa de Enrique VIII, el cual, por aquella época, estaba muy lejos de parecer un Adonis. El día anterior al de sus nupcias Ana fué invitada a anular su matrimonio. Así lo hizo ella, pero con tanta gracia y buena voluntad que Enrique, conmovido, la aceptó, siendo quizá, la más afortunada de las seis esposas que tuvo.

La quinta de éste fué Catalina Howard; la sexta y última, Catalina Parr.

Con la primera los historiadores se han ensañado. Muchos no vacilan en asegurar que Catalina Howard había tenido varios amantes antes de casarse con Enrique VIII y que los tuvo después de casada, mereciendo con justicia que se le cortara el cuello.

Fotograbados
Tricromías.
Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones
Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

PUJOL, PREYSLER & Cía
CORRIENTES 1138
Buenos Aires
Unión Telef. 38, *Mayo* 4830

Los crímenes odiosos de Catalina Howard los ha explotado Alejandro Dumas. La única condición que se le ha querido reconocer es la de haber sido extremadamente hermosa. Fué, sin duda, una compensación después del matrimonio con la princesa Cleves. Después de todo, ella es la que viene a demostrar que el Barba Azul inglés no carecía de gusto y sabía apreciar la elegancia y la exquisitez de espíritu.

Catalina Howard, en su última hora confesó su inocencia de adulterio ante el obispo de Lincoln. Confesó que antes de casarse con Enrique VIII había sido novia de un primo suyo, Tomás Culpeper, al que había continuado amando en silencio. Durante su encierro en la torre no cesó de afirmar que aunque no merecía la muerte la aguardaba con alegría para poder reunirse al hombre amado. Y en el patíbulo mismo, después de haber sonreído y otorgado al verdugo el perdón, que éste, de rodillas le imploró, ella exclamó:

"Muero reina, pero ¡cómo hubiera preferido morir siendo esposa de Culpeper!" Después colocó su cabeza en el tajo.

Finalmente, la que enterró a Enrique fué Catalina Parr, mujer de tanto, reservada, de maneras afables, de habilidad suma, tanto en política como en el trato con su esposo. Amorosa con los hijos de Enrique, fué severa e intolerante con sus vasallos y servidores. Sobrevivió al rey como había sobrevivido a sus dos esposos anteriores, y tan pronto quedó viuda volvió a casarse en cuartas nupcias con el hermano del regente Somervet.

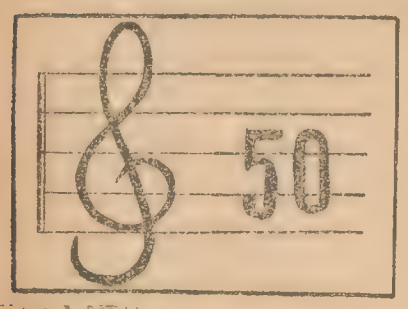
Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLIFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCION DE CHICOS Y GRANDES

No. 1 — CHARADA

Prima y segunda me pongo
para montar a caballo,
y en prima y última hallo
con qué los mares cruzar.
Dicen que el diablo, muy feo
tiene el tercia con primera,
y la segunda y tercera
desechamos al pesar...
La prima con la segunda,
pronunciada malamente,
para nombrar Presidente
donde quiera hace el lector.
Califican a mi todo,
a aquel que falto de juicio,
se hace a sí mismo perjuicio
por ser un derrochador.

No. 2 — JEROGLIFICO



No. 3 — METAMORFOSIS

0000000

Formar una palabra, agregando unos trazos a los siete ceros que aparecen en este grabado.

No. 4 — NOMBRE EN ACCION

No. 5 — COMPRIMIDO

A DO

No. 6 — FRASE HECHA

No. 7 — JEROGLIFICO

No. 8 — CUADRADO MAGICO

1	2	3
4	5	6
7	8	9

Colocar los números de manera que sumados vertical, horizontal y diagonalmente, den un total de 15.

No. 9 — COMPRIMIDO

1000 A
K

No. 10 — CHARADA

Sirve segunda y primera
muy mucho en el hospital,
y la segunda y tercera
para bultos transportar.
Prima y segunda, en las telas
es defecto capital,
y la tercera y segunda
en las minas ha de estar.
Prima y cuarta, de tus padres
mucho debes respetar,
y segunda con postrera
da cuadrúpedo en plural.
El todo, en tercera y prima
lo comen sin descansar,
por lo que suelen a veces
a sus hijos criticar.

No. 11 — COMPRIMIDO

NRO

No. 12 — FRASE HECHA

No. 13 — JEROGLIFICO

LL ARGENTINOS. ONZAS LIBRAS N

No. 14 — CHARADA GRAFICA

No. 15 — COMPRIMIDO

VIAVVV

Pensamientos

Ninguna coraza moral se ajustará bien al corazón del hombre si no la ha colocado la mano de una mujer — RUSKIN

* * *

El que habla de los hombres sin adulación y de las costumbres sin reticencias, aparece siempre como calumniador.— AURELIANO SCHOLL.

* * *

Un periodista afirma aquello de que no está seguro; un diplomático se aguarda de afirmar lo que sabe que es absolutamente cierto. — Dr. REMUSAT.

* * *

Los tímidos tienen miedo antes del peligro; los cobardes, durante el mismo; los valientes, después. — J. P. RICHTER.

* * *

Los libros son ecos que no hacen más que devolvernos el sonido de nuestros propios pensamientos. — E. ROD.

* * *

La tierra sería un paraíso si los padres fuesen siempre jóvenes y los hijos siempre niños. — VICTOR HUGO.

* * *

¡Se habla mucho de "él", es un elogio! ¡Se habla mucho de "ella", es una censura. — EUGENIO MARBEAU.

* * *

La calumnia está en todas partes, el calumniador no está en ninguna. — EUGENIO SCRIBE.

SOLUCIONES del No. 901

No. 38 — Abrazo

„ 39 — Por una sola vez

„ 40 — Consecuente

„ 41 —

5	60	40	65
70	35	55	10
75	30	50	15
20	45	25	80

„ 42 — Dolores del Río

„ 43 — El principio del fin

„ 44 — Para que el gato no pueda comerse nunca al ratón blanco es necesario comenzar la cuenta por el tercero de los negros a la derecha de aquel.

„ 45 — Sopera

„ 46 — El profesor tenía 27 centavos.

„ 47 — Párpados.

Las mujeres en el mundo de la delincuencia

Una dama distinguida que robaba los vestidos

Antes de ser detective, yo creía que las mujeres eran ángeles incapaces del mal. Mis ideas en este punto eran de tal índole, que cuando me representaba una mujer automáticamente, elevaba los ojos al cielo. Pero luego he pasado por Scotland Yard. Nada me asombra.

Sin embargo, hay pocas mujeres realmente malvadas. En veinte años de investigaciones, los anales del crimen no arrojan gran número de mujeres delincuentes habituales que trabajaran por su cuenta. Yo he conocido muchas mujeres que vivían en el crimen; pero, por regla general, había tras ellas un hombre que guiaba sus operaciones. Parece que las mujeres no tienen la audacia y la inteligencia del hombre para los grandes hechos. Pero cuando sus furores se excitan y aprovechan contra otra mujer no tienen piedad.

Estando en una ocasión en París encontré en el Hotel Crillon a un bandido internacional acompañado de una mujer a quien se conocía por el nombre de Cora. Yo los conocía como ladrones de joyas, y hablando con ellos supe que la Policía de París les hacía llevar una vida ingrata.

—Ahora operamos de modo más seguro — dijo Cora, sonriendo —. Desvalijamos a las mujeres; pero sabiéndolo ellas, que son consentidoras, y se lo robamos todo. Es muy fácil.

—¿El chantaje?

—La ley lo llama así; pero para nosotros es el filón.

Véase cómo trabaja la criminal moderna. Desde luego, me refiero al tipo que no se resigna a ser mechera en los grandes almacenes.

Frecuenta con su compañero los mejores hoteles. Va bien vestida. Van los dos al acecho de la víctima, que es, por regla general, una mujer espléndidamente vestida y enjoyada. Su edad y su belleza importan menos que la suntuosidad de su atavío.

Cora espera la ocasión de entrar en conversación con ella. También es mujer de bella prestancia, que lleva joyas y elegantes vestidos y a quien acompaña un hombre del mejor aspecto y elegancia intachable. Cora muestra admiración por las joyas de la dama, cuya vanidad entra en juego en seguida, y cuando el hombre aparece en escena la presentación es fácil. Se baila. El se muestra encantador con la señora. Y de todo ello resulta una invitación a la que ambos acuden.

Viene luego un período de preparación de la confianza. Visitas frecuentes. Cora me ha dicho que en algunos casos hay que esperar seis meses para dar el golpe. Una de las obligaciones del hombre es procurarse los favores de la víctima. Más pronto o más tarde la hace venir a su propia casa, o va él a la de ella; la compromete. Viene entonces la maniobra; la indignada esposa Cora fulmina terribles amenazas, y no se calma más que con un cheque de gran cantidad.

Madame Marich, la enorme mujer de 150 kilos, siempre dispuesta a flirtear y aficionada a divertirse — a veces rompía los escalones y los pisos de los taxis — era de un tipo diferente. Trabajaban muchos hombres de acuerdo con ella. Hacía sus víctimas también entre las mujeres. A una rica dama, aquejada de senilidad, le cobró una importante suma.

Josefina O'Dare no era tan habilidosa. Le gustaban demasiado los vestidos elegantes y gustar a los hombres de quienes era cómplice. La manía de grandeza la perdía. Recuerdo haberla encontrado una vez en el Hipódromo y que me dijo que seguramente su caballo ganaría el Derby. Había comprado el animal en una carrera a reclamar.

Pero uno de los casos más extraordinarios de mujer delincuente que yo he conocido es el de una que fué condenada por robo. Tenía un hogar encantador y un marido tierno; pero, sobre todo, un deseo insaciable de vestir con elegancia. Su guardarropa era riquísimo.

No podía comprender el marido de dónde venían aquellas toilettes estrepitosas. Con frecuencia la preguntó, y ella respondía, invariablemente:

—Eso es cosa mía. A ti no te cuestan nada.

Así era verdad; pero el marido, naturalmente, quería saber qué pasaba. Se comprenderá que el asunto le interesaba enormemente. El, que solía trabajar mucho, sobre todo de noche, para mejorar sus ingresos, comenzó a volver a su domicilio más temprano, y descubrió que su mujer tenía costumbre de salir sola de noche. Al cabo, suponiendo que allí habría materia de divorcio, la hizo seguir. El resultado fué la detención y condena de la mujer; se descubrió que llevaba una ganzúa y un martillo, con los que trabajaba, y había cometido más de una docena de robos en casas de modistos y modistas.

Cuando Robinson, el autor del crimen de Charing Cross, fué juzgado por el Tribunal, declaró que la mujer asesinada había ido a su despacho y le había pedido dinero, amenazándole con que si no se lo daba gritaría y pediría socorro. Perdió la cabeza y la golpeó. Estos casos de petición de dinero con amenaza son frecuentes. Practican, sobre todo, el sistema las mujeres y en gran escala.

Recuerdo un caso reciente. Una muchacha visitó a uno de mis clientes hallándose él solo en su despacho y le pidió dinero. El se lo negó, y ella le dijo entonces que si no se lo daba buscaría a su esposa y le diría que él la había seducido y abandonado. El siguió negándose, y tuvo el acierto de presentar denuncia y advertir a su mujer. La muchacha volvió a la carga. El la invitó a acudir a su casa para decir a su esposa lo que tuviera que decirle en su presencia. Consintió en apariencia; pero en el camino se arrepintió y no fué. No obstante, volvió al despacho por tercera vez. Un policía la acechaba y la detuvo. Ante los Tribunales, para defenderse, refirió una terrible historia de las relaciones que habían existido entre ella y su acusador. En su relato no había ni una sola palabra de verdad. Era una endiablada invención, y la joven fué condenada. Pero sus acusaciones no han dejado de afectar a la reputación de mi cliente, y aun hoy no falta quien diga que agua llevaría el río cuando sonaba.

Un gran amigo mío que está empleado en un almacén de Londres podría contar las mañas de que se valen las mujeres para procurarse vestidos. La imaginación se queda corta ante parecidos procedimientos, y lo curioso es que suelen ser mujeres que podrían procurarse vestidos sin necesidad de robarlos, y a no pocas de ellas les han ofrecido en varias ocasiones los hombres costosas toilettes.

No hay almacén que resista el ataque de las cleptómanas. Suelen ser hábiles y audaces; pero cuando se ven sorprendidas pierden la destreza y lloran hasta el extremo de que el director del establecimiento, aunque acostumbrado a tales mañas, suele emocionarse. De estos casos frecuentes se habla todos los días en los periódicos, y no es cosa de entrar en detalles; pero el incidente que voy a referir tiene algo de extraordinario:

Dos mujeres jóvenes que maniobraban en un almacén eran observadas por las detectives, que vieron cómo se guardaban varios géneros. Las siguieron, y en una calle apartada vieron que una de ellas mostraba a la otra un vestido que había robado. Una de las detectives las interpeló y les pidió que le enseñaran la factura. Le contestaron que no se metiera en lo que no le importaba. Las detectives entonces las invitaron a que las acompañaran al almacen. La contestación a esto fué que una de las mujeres le dió un bofetón y le hechó las manos al cuello. Hubo riña, y un hombre surgió, intervino, separó a las combatientes, y a una de ellas la sujetó enérgicamente contra la pared. Y las dos ladronas desaparecieron, porque la persona sujeta contra la pared era una de las detectives.

Edwin T. WOODHALL.

Ex inspector de Seguridad de la Sección especial de Scotland Yard.

LUZ INTERIOR

Hay, sin duda alguna una luz que no viene del sol ni de la luna; no procede de materia inflamable, no es ni siquiera la claridad de las estrellas: es claridad que viene de adentro.

Hay en la vida ciertos momentos, cortos y de ensueño, en los cuales, aunque sea de noche, aun cuando la más densa obscuridad nos envuelva, se ve esa claridad. Tiene luz de gloria, tiene reflejos de esperanza, tiene fulguraciones ideales, forma una aureola de rosa; y no se sabe dónde nace.

Durante los cortos momentos en que alumbra, todo se ve tornasolado, todo canta y vibra, todo respira hermosura.

¿De dónde viene esa luz?

Acaso del alma; acaso la llevamos dentro, medio apagada y mortecina; acaso será el luminar postrero que guíe nuestros pasos por los caminos de la otra vida.

¡Y qué poco a menudo se enciende!

¡Y cómo conforta, y cómo se revive cuando brilla una chispa de luz! ¡Y qué pronto se apaga! ¡Y qué obscuro sería el mundo sin estas luceciltas!

Santiago RUSIÑOL

PAPEL Y TINTA

"PARABOLAS", por FRANCISCO GIL ESQUERDO. — Buenos Aires.

Este escritor español que reside entre nosotros desde hace algunos años, ha reunido, en un tomo elegante, una serie de parábolas, que ponen de relieve sus dotes de excelente escritor y, lo mucho que ha recogido en la vida, inmenso libro, donde solo logran estudiar los espíritus agudos e inquietos que se sienten atraídos por la belleza.

Gil Esquerdo, con la gala de un estilo delicado, nos da unas parábolas, que las hace interesantes.

Los seres que gustan de este género literario, los que saben que la existencia brinda su tela, y que la filosofía dimana de ella, que el dolor, el amor, el placer, forman parte integrante del hombre, y el hombre, como complemento de la vida, va con su carga de sueños y visiones, los que interpretan la belleza de la forma, hallarán en este libro, que honra al señor Gil Esquerdo, un conjunto armonioso, un excelente decir y una armonía exquisita en el lenguaje.

Gil Esquerdo adquiere un puesto en las filas de sus contemporáneos, con la belleza de esta obra digna de citarse, y cuyo valor intrínseco, constituye un aporte para los que se interesan por esta clase de trabajos.

Felicitamos al digno español, que honra a su país natal y al nuestro, ya que aquí ha pasado parte de su vida, y su volumen ha sido inspirado bajo el sol de nuestra patria.

"BOCETOS ANDALUCES", por A. FERNANDEZ DE LOS REYES

"Bocetos andaluces", del periodista y literato malagueño señor Fernández de los Reyes, es un libro que contiene interesantes y festivos trabajos en prosa, cuyo principal mérito finca en que se leen amenamente y de un tirón.

Sin ser algunos de ellos, verdaderos cuentos, empero, por la manera como están enfocados sus argumentos y desarrollados sus pormenores, en nada desmerecen si los consideramos tales, es decir, cuentos y de buena ley.

Y, si hubieran dudas al respecto, bastará leer sus trabajos titulados: "Los burladores de la ley", "Los filántropos del siglo" y "Los honrados malhechores" y se verá que estamos frente a un verdadero cuentista.

Merecen también destacarse por sus méritos intrínsecos, los cuentos "Los parias de la pluma", "La muerte del poeta" y "La hija del arroyo".

"GRANOS DE ARENA", por VICENTE COLAPINTO

Nuestro distinguido colaborador, el doctor Colapinto, acaba de reunir en volumen algunos de los substanciosos trabajos que publicara años ha en las páginas de nuestra revista.

Leyendo nuevamente esas colaboraciones, adquieren ahora más unidad de pensamiento, pues en el libro se corresponden mejor los distintos aspectos de un todo, que el autor tratara aisladamente con capacidad y galanura de estilo como cuadra a sus asuntos.

Por ello, "Granos de arena", resulta un volumen por demás interesante y necesario para informarse de ciertos aspectos, como muy bien lo explica su autor al comienzo de su libro, bajo este sugerente epígrafe: "El decálogo para los enfermos".

"EL RELOJ DE LA HORA BAILARINA", por ARTURO CAMBOURS OCAMPO.

La tendencia ultraista a no rimar, aparte de la deficiencia estética que comporta de por sí este género de arte poética, hay que lamentarlo bastante, sobre todo como en este caso en donde un autor de sobresalientes condiciones poéticas,—es el caso del señor Cambours Ocampo — ve malograda su obra, por seguir una tendencia que en nada le favorece.

Leyendo sus trabajos, intitulados "Etica trágica", "Khosieito", "Paseo", Mister Fiss", "Pedro Mendoza", "Subterráneo", etc., se advierte que el señor Cambours Ocampo ha equivocado la senda elegida. Nos hubiera gustado más, escogiera por compañía a los autores clásicos.

"El reloj de la hora bailarina", nos parece por eso, un entretenimiento exótico del autor.

"APASIONADAS", por RICARDO BUCCIARDI.

Como su mismo título lo indica, este libro de poesías contiene versos amorosos, tocados por una ternura profunda y una exaltación comunicativa. Su autor, sin duda alguna, ha de ser muy joven, fervoroso e inclinado por instinto a las manifestaciones efusivas.

La mayoría de sus composiciones son de carácter amatorio, algunas de ellas bien realizadas. De entre estas últimas poesías, merecen citarse las siguientes: "A tu calleja", "La santa herida", "Ansiedad", "Tus retratos", "Ruegos de amor", "Las voces del recuerdo", etc.,

En suma "Apasionadas" denuncia la presencia de un alto espíritu poético, capaz de darnos obras de mayor aliento, pues condiciones no le faltan.

"RESPONSOS", por EDUARDO O. ZAPIOLA.

El conocido poeta platense, señor Eduardo O. Zapiola, acaba de publicar un tercer libro de poesías, cuyo epígrafe encabeza estas líneas.

"Responsos", es un volumen digno de ser leído, pues todo él contiene un acento profundo de un poeta sensible pero amargado, gustándole mucho recordar lo pasado y referirse a temas de filosófica inspiración.

El poeta señor Zapiola, con "Responsos", se ha superado notablemente; no solo maneja mejor su medio expresivo y su vocabulario es más escogido, sino que el metro elegido y el sentimiento lírico de que hace gala en cada una de sus poesías, concuerdan en un todo con la unidad del libro.

"PANDILLA DE HOMBRES HONRADOS", por DELIO MORALES

Con el subtítulo de "Vida de aventureros martingalistas", el escritor Delio Morales acaba de publicar un ameno libro de cuentos cortos, cuyo título sirve de epígrafe a estas líneas.

Aun cuando no todos tengan el carácter de cuentos, propiamente dicho, pueden considerárseles a la mayoría de ellos dentro de este género.

Clasificarlos por sus tendencias, nos parece que carecen de importancia en este caso; sólo diremos que se leen con interés, y que el lector llega hasta el fin de sus páginas sin fatigarse.

Decir esto de un libro, es hacer su mayor elogio.

"LAS FORMAS DEL FUEGO" y "EL CIELO DE ESMALTE" por JOSE A. RAMOS SUCRE

De Caracas, nos llegan estos volúmenes cuyos títulos son los del epígrafe, debidos a la pluma del escritor venezolano, señor Ramos Sucre.

Trátanse de poemas en prosa, escritos con galanura de estilo y un sabor parnasiano. Diríanse poesías en prosa.

"EL CRIMEN LEGAL", por ALCESTE MASI

La señora Alceste Masi ha publicado una novela social titulada "El crimen legal", donde presenta un caso interesante motivado por un lance de honor que sirve de base a una crítica demostrativa sobre los prejuicios del duelo.

El argumento agrada y la heroína resulta simpática. La obra que ha sido publicada por la Editorial Tor está escrita con llaneza, pero de modo que hace clara y fácil su lectura. La sencillez familiar del lenguaje, la forma explicable de resolver las situaciones ,el propósito de venganza justificada que determina la vida que hace la protagonista, hasta vengar la muerte de su padre causada por el rival en política, son atractivos que facilian el fin de abominar del duelo que la autora se ha propuesto.

Leyendo "El crimen legal", se tiene la impresión de estar frente a un autor consagrado por la opinión y no de una novel escritora que recién se inicia en la carrera de las letras, en la que tan difícil es acertar. Por supuesto, defectos los hallamos, casi imperceptibles, en el conjunto, pero con el tiempo, la autora los ha de ir subsanando a medida que su experiencia se los ponga de manifiesto.

"El crimen legal" no obstante constituye como novela social un verdadero triunfo para su autora, desarrollando una tesis altamente humanitaria al ir de frente contra el prejuicio del duelo, el cual, por lo general, no resuelve en justicia situaciones especiales y se presta a secundar los fines bastardos de quienes en lugar de recurir al crimen severamente castigado por las leyes, echan mano de ese arbitrio para rehuir la sanción de éstas.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

"Bahía y Pascual", por Joaquín Campa.

"Ideario Argentino", revista mensual, dirigida por E. Correa Robín y Carlos B. Quiroga.

"Transfiguración" y "Cuando la mujer quiere", novelas, por Guido Quaranta.

"Relaciones de los Estados Unidos con las otras naciones del hesmiferio occidental", por Charles Evans Hughes.

"De la vida", por Ignacio Prieto del Egido.

Historia del reloj

No se conocen el autor, ni el lugar, ni la fecha de la invención del reloj.

Todo lo que se sabe es que había ya fábricas de relojes en París y en Nuremberg a principios del siglo dieciséis o fines del quince. Estos primeros relojes de dimensiones y formas diversas fueron muy imperfectos. Tenían frecuentemente un gran valor; pero no marchaban las horas de manera muy aproximada. A mital del siglo dieciséis se adelantó algo en su fabricación por la invención de la rueda espiral, cuyo inventor se desconoce.

En 1675, Huyghens imaginó el regulador de resorte espiral, cuya idea le disputó el abate de Hautefeuille y A. Hooke. En 1676 aparecieron los relojes de repetición, inventados casi al mismo tiempo por tres relojeros de Londres: Barlow, Quare y Tompson. El primer reloj de esta clase que se vió en Francia fué enviado a Luis XVI por el rey Carlos II.

A Graham se deben los relojes llamados cilindros.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carulla
Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades Internas
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 14 a 16
Unión Telefónica: ILbertad 0819

Dr Víctor Moraschi
OCULISTA
Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"
De 14 a 16 y 30 horas
PARAGUAY 1615
U. T. 7297 Juncal

Dr. Eloy A. Escobar Bavio
Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa
Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre
Consulta: de 16 a 19 horas
CALLAO 433, 1.o piso
U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán
Dentista Cirujano
De 14 a 18 SAENZ PEÑA 251
U. T. 38 Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano
Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebileau (París)
Consultas: de 14 a 16 horas
GUIDO 1685 U. T. 41 2957
Buenos Aires

Dr . Alejandro Pinto
Del Hospital Rawson
Matriz, ovarios y cirugía de Señoras
SUIPACHA 27 U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale
Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
Enfermedades de los ojos
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7385 Av.

En honor de los jefes y oficiales de la primera y segunda división del ejército

La Compañía de Tranvías Anglo Argentina, organizó un almuerzo en honor de los jefes y oficiales de la primera y segunda división del ejército nacional, que fué servido en el local de la estación Centenario de aquella empresa. La cabecera de la mesa ocupada de izquierda a derecha por el coronel Grosso Soto, en representación del ministro de Guerra; el ingeniero Marcelo Rongé, administrador general de la Compañía de Tranvías Anglo Argentina; el general de división Elías Alvarez; el señor Hugo Wilson, del directorio de dicha empresa, el general de brigada José P. Marcilesi, el coronel Guillermo Mohr, el doctor Apattie y otros caballeros.

El administrador general de la Compañía de Tranvías Anglo Argentina, ingeniero Marcelo Rongé, ofreciendo la fiesta en un elocuente discurso.

Un detalle de las mesas ocupadas por los comensales, durante la realización del simpático acto.

Homenaje a monseñor Harrinson

En su residencia de Villa Devoto, el coronel David Marambio Catán, ofreció una recepción en honor de monseñor Ramón Harrinson obispo de Podalia, del clero de Chile, que hace tiempo es nuestro huesped.— A la izquierda: monseñor Harrinson y las señoras Dominga C. de Monzón y Alcira M. de Guillot. En el centro: el obispo de Podalia acompañado de la familia del señor Catán y de otras personas invitadas al acto. A la derecha: el coronel David Marambio Catán y su ahijadito Horacio Víctor Guillot.

El Camel tiene un mundo de amigos...

MERECIDOS, dirá usted. No obstante, el Camel se ufana de contar con más amigos que cualquier otro cigarrillo. Y son los mejores amigos entre los fumadores: distinguidos, meticulosos, leales. Se decidieron por el Camel después de compararlo con otros cigarrillos. Más de un millón de fumadores modernos, de exigente gusto selectivo, prefieren el Camel para toda ocasión.

Eligen el Camel por su calidad: los tabacos más selectos, y una mezcla que revela en forma gloriosa todas sus exquisiteces. He aquí el cigarrillo fuente de todo el placer del fumar.

No sólo saboreará Vd. el Camel: se deleitará con su suavidad inesperada, y con su sabor y su fragancia famosos. El Camel le conquistará mediante la satisfacción más exquisita que puede hallarse en un cigarrillo.

"¡Fume Vd. un Camel!"

R. J. REYNOLDS TOBACCO COMPANY, WINSTON-SALEM N. C.

Unicos Agentes: MASSALIN & CELASCO - Tacuarí 560 - Buenos Aires

Talleres gráficos de DAVID GURFINKEL — Montevideo 421 — Buenos Aires